

Eduardo Infante

Salvar a Sócrates

Una novela para aprender a filosofar

Ariel

Índice

Portada

Portadilla

Un persistente olor a ajo

Demonios del pasado

Asamblea de dioses

¡Al despacho de dirección!

Ecos del legado

El robo del caduceo

La puerta del espacio-tiempo

Una puerta con dos puertas

No tocar los penes con barba

Todos los caminos llevan a Atenea

Donde el orgullo te lleve

Pelea de gallos

«Katábasis»

«Anábasis»

La denuncia

Palabras que salvan vidas

Piedras negras

Toma el dinero y corre

El honor de un pirata

Cuando las leyes hablan...

El gallo de Asclepio

La constelación del «daemon»

Créditos

SALVAR A SÓCRATES

Una novela para aprender a filosofar

Eduardo Infante

Ariel

Un persistente olor a ajo

El final de la historia que estás a punto de leer fue trazado muchos siglos antes de que alguien escribiera estas palabras. Por eso, con ayuda de la Musa, empezaremos justo en la mitad del viaje: allí donde el primer paso y el último se confunden, donde origen y ocaso se reflejan como espejos y la frontera entre principio y fin se desvanece.

Un chirrido de frenos interrumpe el amanecer. El autobús escolar de la academia Saint Xabier se detiene frente a la entrada de la mansión de los Miller con un jadeo mecánico.

A Jason Miller lo han educado para competir y ganar. Es atlético, inteligente, popular. Sus compañeros lo admiran, sus profesores lo adoran. No hay nadie que no lo quiera. Salvo él mismo, cuando se afeita en el espejo y solo ve imperfecciones en el rostro que a los demás les parece tan atractivo. La desviación casi invisible de la nariz hacia la izquierda, los poros abiertos en la mejilla o la marca despoblada en una ceja le provocan una vergüenza insoportable. Y eso ni siquiera es lo peor. Cada mañana, incluso antes de levantarse, se siente un Atlas enfermo y débil, incapaz de soportar el peso del mundo en el que le ha tocado vivir y la carga de las expectativas que han depositado sobre sus hombros. Su padre forma parte de esa carga y es el otro espejo en el que Jason ve sus fallos, un recordatorio constante de que nunca será lo que él espera. Se culpa y se castiga por ello, y cada día le cuesta más ponerse la máscara de triunfador que ha ido fabricando con los años.

Capitán de los Spartans, el equipo de fútbol de la elitista academia Saint Xabier. Jason es el último eslabón de una cadena impecable. Su abuelo y su padre también llevaron el brazalete cuando estudiaban en la misma academia. El primero fue héroe de guerra y alcalde de la ciudad; el segundo es un empresario de éxito que se enorgullece de ser un hombre hecho a sí mismo, a quien la vida, según repite, nunca le regaló nada. El señor Miller está empecinado en que su hijo emule el legado familiar y se lo recuerda en cada desayuno con el ritual de las «5 preguntas».

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—Jason, señor.

—¿Cómo se llama tu padre?

—Jason, señor.

—¿Cómo se llama tu abuelo?

—Jason, señor.

—*Nomen omen*, ¿qué significa?

—El nombre es tu destino. Soy Jason, el hijo de Jason, capitán de los Spartans y nieto de Jason, capitán de los Spartans.

—¿Cuál es tu deber?

—Llegar a ser quien soy.

El señor Miller asiente con severidad y le entrega el zumo de naranja como quien otorga una medalla. Jason lo toma sin mirarlo. Antes de girarse para salir, reprime una arcada, como si cada respuesta le hubiera raspado la garganta por dentro. Sale por la puerta principal, impecablemente peinado, con la mochila al hombro y el rostro endurecido. Ni siquiera se despide de su padre. Solo sube al autobús escolar y ocupa su lugar de siempre, en la parte trasera, junto a sus compañeros del equipo. No hablan de nada en especial. Parece un lunes como cualquiera de los reglados días de Saint Xabier. Cruzan la majestuosa entrada de la academia, levantada con

piedra sólida, mármol frío y maderas nobles, por la que pasaron presidentes de los EE. UU., deportistas de élite, jueces del Tribunal Supremo y exitosos hombres de negocios. Sobre el arco central, de medio punto, descansa el lema que identifica desde hace trescientos años a los alumnos: VIRTUS. Aquellas seis enormes letras doradas recuerdan a todo aquel que cruza esa puerta que su deber es perseguir la excelencia en cada acción que lleve a cabo, por ordinaria o insignificante que sea.

Para llegar hasta su clase de matemáticas avanzadas, Jason debe atravesar lo que los alumnos de Saint Xabier llaman «el pasillo de la fama», un enorme *hall* flanqueado por robustas vitrinas de caoba que atesoran trofeos y medallas. En la pared, frente a los trofeos que certifican las treinta y tres veces que los Spartans han ganado la Liga estatal, cuelgan los retratos enmarcados de los capitanes que han liderado aquellas gestas. Todos los días Jason cruza el pasillo de la fama con admiración y respeto, y se detiene ante el retrato de su abuelo. Este gesto es tan ritual como las cinco preguntas de su padre y un recordatorio más de que su destino ya está escrito. Otra losa.

Pero hoy la rutina se rompe. Algo enorme se interpone entre Jason y el retrato de su abuelo: un chico tímido que lleva una mochila desgastada y pelo rizado, su nombre es Alexandro Papadopoulus. Alex es un estudiante becado que ha entrado en Saint Xabier no por su linaje ni por sus méritos académicos o deportivos, sino gracias a un programa de integración de inmigrantes puesto en marcha por el Departamento de Educación. Él no lo sabe, pero el destino les va a unir.

Alex ignora por completo el ritual de las cinco preguntas de Jason, no tiene ni idea de las cargas y los complejos que el otro arrastra detrás de su fuerte apariencia; por su lado, Jason desconoce que

Alex quedó huérfano cuando era un bebé y que sus tíos, los señores Papadopoulus, asumieron su tutela después del fatídico accidente de sus padres. Una tarde de fuerte lluvia, bajando la sinuosa carretera del Pentélico, uno de los montes que rodean Atenas, el coche derrapó sin dejarles escapatoria. Su padre, Sofronisco, era escultor y su madre, Sofía, comadrona. Ese día volvían de visitar unas canteras en las que Sofronisco había encargado una enorme pieza de mármol de la misma montaña de donde se extrajo la piedra para erigir el Partenón. A pesar de que Alex era demasiado pequeño para recordar, eso marcó su temprana vida.

Ahora Alex vive con sus tíos en la planta de arriba de un restaurante de comida griega. La señora Papadopoulus trabaja en cocina y el señor Papadopoulus en sala. Tras la crisis económica que arruinó Grecia, muchas familias tuvieron que salir del país para buscar oportunidades. Los Papadopoulus tiraron de contactos para emigrar a Chicago. El restaurante les da lo justo para ir saliendo adelante.

Alex habla inglés con un fuerte acento extranjero, viste un uniforme de segunda mano que le queda algo grande y desprende un fuerte olor a ajo. Su tía le prepara cada mañana *strapatsada*, un desayuno griego elaborado con huevos, tomates, cebollas, albahaca, queso feta y ajo, mucho ajo. Aunque Alex se enjuaga la boca con insistencia, nunca consigue quitarse un persistente aliento del que se mofan sus compañeros de clase y que le ha valido el mote de «Cabeza de Ajo». Con cada broma, los alumnos de Saint Xabier le recuerdan que no está en su sitio, que nunca lo estará por mucho que se esfuerce, que nunca llegará a ser uno de ellos. Es un exiliado emocional, desplazado en todas direcciones. Tal vez por eso se hace preguntas que los demás no se atreven a formular.

—«¿Qué significará ser un Miller?...» —susurra Alex mientras garabatea en un cuaderno. Se ha quedado parado en medio del pasillo, pensativo, como si aquellos retratos le hablaran. Y no es el único que lo observa. En lo alto de las vitrinas, unos antiguos ojos reptilianos lo contemplan con una mezcla de compasión y tedio.

Alex lleva toda la mañana dándole vueltas al artículo que debe entregar para el periódico escolar. Su plan inicial era escribir sobre el nuevo menú vegano del comedor, pero una idea le ha asaltado de camino a clase: ¿y si contara la historia de los Miller desde otro ángulo? ¿Y si, por una vez, desconfiara de la versión oficial? ¿Y si investigara a las personas que se escondían tras aquellos personajes...?

Pero enseguida duda. Escribir sobre eso puede meterle en problemas, y él ya tiene bastantes. No es idiota: sabe que en Saint Xabier cuestionar a la poderosa familia Miller es cuestionar el alma misma de la institución. Y Alex ya arrastra demasiados frentes abiertos. No necesita abrir otro más.

Jason lo mira, desconcertado.

—¡Apártate de la foto de mi abuelo, Cabeza de Ajo! —le grita al oído.

Alex se sobresalta con el berrido, se vuelve bruscamente y, en su torpeza, golpea sin querer el cuadro del abuelo de Jason, que cae al suelo y se rompe. El marco cruje como un hueso astillado. Por un segundo, el tiempo se detiene.

—¡Mierda! Yo... yo no quería... —balbucea Alex, mirando el desastre con los ojos muy abiertos—. Lo siento... de verdad, ha sido sin querer... solo estaba... solo estaba mirando.

Pero de nada sirven sus disculpas entrecortadas. Jason estalla. La cara se le enciende y la adrenalina corre por sus venas como un potro desbocado. No escucha nada de lo que Alex dice: solo ve la

imagen rota en el suelo como una afrenta personal y un símbolo de todo lo que se quiebra por dentro.

Con una mano agarra a Cabeza de Ajo por el pescuezo, mientras la otra se cierra en un puño que amenaza la cara sudorosa y blanquecina.

—¡Voy a romperte esa asquerosa boca a la salida! Tienes seis horas de tregua antes de que patee tu grasiento culo griego.

—¡Jason! —interviene Zack, uno de sus compañeros del equipo, bajándole el puño—. Déjalo. No delante de todos. Espera al final del día. Que todos vean quién manda... pero no ahora, tío. No delante de los profes. Y tú —añade inclinándose hacia Alex con una sonrisa lenta y venenosa—, esta noche vas a suplicar que te deporten a ese estercolero del que saliste.

En ese mismo momento un timbre ensordecedor los silencia. Alex aprovecha para escabullirse como una rata de alcantarilla. Se salva, literalmente, por la campana. Corre con el cuaderno pegado al pecho. No lo ha perdido. Ni la idea. Sigue ahí, latiendo.

Demonios del pasado

Jason está en clase de matemáticas avanzadas, sentado en la última fila, con la espalda apoyada contra la pared y la mirada clavada en su móvil. Al igual que el resto, pasa olímpicamente de lo que la profesora garabatea en la pizarra. De pronto, salta un mensaje en la pantalla:

Hoy iré a verte al entrenamiento. Espero que estés a la altura. — Papá.

Jason se queda congelado unos segundos. Sabe perfectamente lo que su padre quiere decir. La mandíbula se le tensa. Reprime un suspiro y se pasa la lengua por los dientes como un perro que olfatea peligro.

Una carcajada lo saca de sus pensamientos. Mira a su alrededor. Media aula se está descojonando mientras miran las pantallas de sus móviles. Durante un instante fugaz, un pensamiento irracional surca su mente: «¿Se ríen de mí?». El estómago se le encoge.

Alex tiembla como un animal de granja que sabe que ha llegado su hora. No puede concentrarse en el teorema que la profesora está resolviendo en la pizarra. No hay fórmula matemática que arregle su verdadero problema. En lugar de números y operaciones, solo ve puñetazos. Solo espera el castigo.

Jason capta una imagen fugaz en la pantalla de uno de sus compañeros y lo entiende: la broma no va con él. La tensión se disuelve. Vuelve a mirar su móvil. Le basta un vistazo para entender

el chiste, cruel y brillante a la vez. Se une al coro de risas. Jason sonríe por primera vez en todo el día.

Alex sabe que es mejor no mirar. Pero hay puertas que uno no puede dejar cerradas, por mucho que sepa que al otro lado solo le espera el dolor. Saca del bolsillo su viejo Samsung heredado de su tío, desbloquea la pantalla, entra en el chat del grupo de clase... y se encuentra a sí mismo convertido en el cruel meme que ha desatado la tormenta: un montaje cutre, con su foto en una esquina y una tabla de «información nutricional» al lado. «*Grasas: 90 %. Sudor: 200 %. Ajo: ilimitado. Dignidad: 0 %.*» Debajo, en letras rojas: «*Producto importado. No apto para consumo humano*». Suda como nunca antes. El olor, ácido y denso, se extiende rápidamente, alcanzando a los compañeros más cercanos.

Las risas y los comentarios suben de tono.

Zack, sentado justo delante, se gira con gesto teatral. Rebusca en su bolsa de deporte, saca una toalla empapada en sudor y se la lanza a la cara.

—Toma, campeón —dice con una mueca burlona.

Jason remata sin levantar la vista:

—Sécate, puto cerdo griego. La toalla te la puedes quedar, eh.

Alex se queda helado. Nadie dice nada. Nadie lo defiende. Se levanta bruscamente, con los ojos clavados en el suelo. Murmura algo sobre ir al baño. La profesora, aún absorta en su explicación, asiente sin apenas alzar la vista. Atraviesa la clase como un soldado degradado, obligado a recorrer el pasillo del deshonor mientras todos lo observan. Nadie le lanza una palabra. Solo miradas. Solo risas. Solo vergüenza.

Jason lo sigue con la mirada y, sin despegar los labios de su sonrisa torcida, le dice en voz baja a Zack:

—Síguelo.

Zack levanta la mano.

—Profe, yo también necesito ir al baño —dice, fingiendo urgencia.

—Uno a uno, por favor... —masculla la profesora, harta de dar clase para zombis—. Vale, pero no se demore. —Zack ya se ha levantado antes de que termine la frase.

Alex, cruza el pasillo, lo intuye. Mira por el rabillo del ojo y confirma su temor: Zack viene detrás. Acelera el paso. Lo oye. Zack también acelera.

Alex echa a correr.

Las suelas resbalan en el linóleo, el corazón le martillea el pecho. Gira la esquina y entra en el baño. Cierra la puerta de un portazo y echa el pestillo justo a tiempo.

Zack golpea la puerta con la palma abierta.

—¡Te traigo también el desodorante, cerdito! ¡Abre!

Un silencio tenso lo envuelve todo.

Del otro lado, Alex respira entrecortadamente. Se aferra al borde del lavabo y se mira en el espejo, como si esperara encontrar allí un rostro distinto. Golpea el mármol con rabia contenida. Las lágrimas le resbalan por las mejillas en silencio.

—¿Por qué siempre yo? —susurra, sin esperar respuesta.

Baja la mirada. Se sorprende al ver los enormes lamparones que el sudor ha dejado en su camisa, como si alguien le hubiese vaciado un cubo de agua por las axilas. No puede volver así a clase.

Se desabotona la camisa con manos temblorosas, arranca un trozo de papel higiénico y trata de limpiarse como puede. El papel se rompe, se pega, no sirve de nada. Y él sigue sollozando como si nadie más en el mundo pudiera oírlo.

—Como no le eches jabón, eso no sale —dice una voz aguda, que resuena desde el único retrete con la puerta cerrada.

Alex se queda quieto, como congelado. Deja de llorar.

—¿Quién anda ahí?

—Uno que intenta mear, pero con tanto llanto no me sale ni gota. En serio, colega... ¿Qué más da que te llamen Cabeza de Ajo? Lo que deberías preguntarte es por qué te hundes cada vez que un par de pijos te ladran cuatro tonterías. Vamos a ver, ¿por qué te avergüenza ser tú y no te avergüenza dejar que ellos decidan cuánto vales?

Alex parpadea, desconcertado. ¿Quién demonios habla así?

—Ser tonto, eso sí que es motivo de vergüenza. Pero oler a ajo, no. A mí dame ajo y quítame de idiotas. El ajo le da un toque mediterráneo a cualquier receta, es antiinflamatorio, fortalece el sistema inmunológico y mejora la salud cardiovascular. La estupidez, en cambio, solo tiene una propiedad conocida: es la principal causa de muerte entre los humanos. El ajo te cura. La estupidez te mata. Tú mismo.

—¿Y a ti qué te importa lo que me pasa? ¡Déjame en paz! —grita Alex, sin moverse del espejo.

—¿A mí? A mí me la trae floja. Le importa a la que me manda.

—¿Qué estás diciendo? ¿Quién te manda? ¡Sal de una maldita vez!

—Vaaaale, salgo... pero prométeme que no vas a gritar. Tengo los oídos delicados y los gritos me dan migraña.

—¿Por qué iba a gritar? ¡Sal ya!

La puerta del retrete chirría al abrirse. Alex da un paso atrás, instintivamente.

De allí sale un ser reptiliano que no llega al metro de altura. Está cubierto de escamas rojas, tiene una cola corta y nerviosa que se agita de lado a lado, y unos ojos inyectados en fuego que lo miran con descaro. Sus pies descalzos producen un sonido húmedo contra las baldosas.

Alex lanza un alarido.

El pequeño ser se lleva las garras a las orejas, mientras pone una expresión de dolor exagerado.

—¡Joder! ¡Te dije que no gritaras! —se queja, retorciéndose como si le hubieran taladrado el tímpano—. ¿No sabes seguir una instrucción básica?

—¡Ya, pero no me dijiste que eras un... un...! ¿Qué demonios eres?

—¡Eh, eh, eh! ¡Cuidadito con tu vocabulario! —Levanta un dedo escamoso—. De demonio, nada, pedazo de asno. Soy un *daemon*. D-A-E-M-O-N. ¿Qué narices han visto en ti los olímpicos?

—¿Un qué?

—D-a-e-m-o-n —repite, deletreando con pedantería—. ¿Pero tú cómo aprobaste filosofía?

—Pues copiando. Como todo el mundo.

El ser resopla, se lleva una garra a la frente y pone los ojos en blanco.

—¡Santa Atenea! Cada vez me lo pones más difícil... ¿No te explicaron lo del *daemon* de Sócrates?

—Algo me quiere sonar...

—Pues toma apuntes para el próximo examen: los *daemones* somos intermediarios entre los dioses y los mortales. Grandes poetas como Homero y Hesíodo ya hablaban de nosotros. Somos una especie de genios protectores y guiamos hacia su destino a aquellos a quienes los dioses olímpicos designan. Mi última misión fue proteger y guiar a Sócrates. El gran Sócrates. Maestro de maestros. Aunque... viendo cómo acabó, igual no estuve muy fino.

Se cruza de brazos y observa a Alex con un gesto de fastidio.

—Quizá por eso Atenea me ha enviado ahora a ti. Como castigo. ¡Será cabrona!

Un golpe seco sacude la puerta del baño. Luego otro, más fuerte. Le sigue una voz conocida, agresiva, impaciente:

—¡Cabeza de Ajo, abre! ¡Abre! No puedes esconderte ahí todo el curso.

Alex se tensa de inmediato. El *daemon* se lleva un dedo a los labios y le hace una clara señal de silencio. Luego entorna los ojos, molesto por la interrupción.

Alex duda de que todo aquello sea real. Se pellizca la mano con fuerza.

Nada.

Otro pellizco, más intenso.

Nada.

Un tercero, tan brutal que le arranca un quejido. Le va a dejar marca.

Pero todo sigue allí. El baño, la puerta, la voz de Zack y, sobre todo, ese pequeño ser escamoso de ojos en llamas que lo observa como si fuera un tábano a punto de picarle. Esto no parece ser un sueño. «Necesito un psiquiatra», piensa. «O una pastilla. O las dos cosas.» Pero no, no está alucinando. El *daemon* es demasiado nítido. Tiene volumen, sombra, presencia... ¡Y respira! Alex traga saliva. El corazón aún le va a cien por hora. El silencio entre los dos se alarga unos segundos, incómodo. Alex se siente ridículo. Y como no se le ocurre nada mejor que decir, suelta lo primero que se le pasa por la cabeza:

—¿Atenea?

—Sí, Atenea. Diosa de la razón, madre de la filosofía... y con un genio que ni Ares con resaca. Ha premiado a valientes, a librepensadores, a analistas brillantes, a estrategas con lengua afilada y mentes aún más cortantes.

El *daemon* hace una pausa, mira con desprecio a Alex y remata con sorna:

—Y luego estás tú.

Hace una pausa dramática.

—No tengo ni idea de qué ha visto Atenea en ti.

El *daemon* resopla de nuevo. Luego, en un gesto que Alex no esperaba, le pone una garra en el hombro.

—Pero oye... podría ser peor. Podrías ser espartano.

—¿En mí? ¿A qué te refieres?

—Sí, Cabeza de Ajo, tienes un destino que cumplir...

—¡No me llames así! —grita Alex, visiblemente alterado.

—¡Anda! ¡Por Zeus padre y soberano! ¡Pero si el muchacho tiene carácter! A ver si va a ser verdad que por tus grasientas venas corre sangre de héroe... Mis disculpas, aprendiz de Aquiles —dice el *daemon*, con una inclinación burlona.

—Disculpas aceptadas —responde Alex, aunque duda mucho que fueran sinceras—. Pero dime, ¿a qué te refieres con eso de mi destino?

—Todo a su debido tiempo. Ahora vamos a lo urgente: cómo salvar tu griego culo de Jason y sus esbirros.

Hace una pausa dramática, como si estuviera a punto de desvelar un plan maestro ideado por el mismo Ulises.

—Vale, escucha bien. Ha llegado el momento de que le eches un par de huevos. Sales por esa puerta y te enfrentas a Zack.

Alex traga saliva.

—¿Estás loco?

—No. Estoy harto de los cobardes. Le plantas cara. Le dices que si vuelve a tocarte, si vuelve a burlarse, si se atreve a rozarte con una toalla más, lo denuncias. Y si lo denuncias... se va a la puta calle. Lo echan del equipo. ¡Me encanta el Estado de derecho!

El *daemon* se crece. Sube la barbilla, alza el puño como si marcara el inicio de una revolución y suelta:

—Y luego, sí, volvemos a clase. Con la cabeza bien alta. Sin esconderte. Porque si muestras debilidad, Alex, te van a devorar. Aquí huelen el miedo como los lobos. O impones respeto, o te comen.

Alex lo mira con recelo... y, al mismo tiempo, con un extraño asomo de admiración. Quizá no sea tan mala idea dejarse guiar por un espíritu griego cínico, escamoso y bocazas. Al fin y al cabo, es el primero que le ofrece un plan en condiciones. Pero enseguida cae en la cuenta:

—¿Cómo que volvemos? ¿Vas a entrar conmigo? ¿Y si alguien te ve?

—Tranquilo, Alex. Te voy a llamar Alex porque «Alexandro» suena a peluquería de señoras. En cambio, Alex... Alex mola. Me recuerda a Áyax, el guerrero más bestia de la guerra de Troya.

Hace un gesto con la garra como quien cierra un tratado.

—Y no, nadie más puede verme. Solo tú. Los *daemones* solo nos comunicamos con el humano al que los dioses asignan. El resto ni nos ve ni nos oye. Lo siento, chaval, pero estamos inseparablemente unidos hasta que cumplas con tu destino.

Alex suspira. Mira la puerta del baño. Luego al *daemon*. Y después, otra vez a la puerta. Apoya la mano en el pomo. Duda un segundo. Respira hondo y la abre. Está dispuesto a enfrentarse a Zack, a decirle lo que nunca antes se ha atrevido a decir. Pero Zack ya no está. El pasillo está vacío. Alex se queda quieto, sin saber si sentirse decepcionado o aliviado.

El *daemon* sonríe, satisfecho.

—Un pequeño paso para un griego... —murmura.

Alex no contesta. Pero, por primera vez en mucho tiempo, no se siente del todo solo.

Asamblea de dioses

Año 399 antes de nuestra era. El palacio de Zeus rebosa de inmortales. Dioses, semidioses, ninfas, héroes y monstruos aguardan expectantes la asamblea más solemne desde la guerra de Troya. Once sillas se disponen en círculo alrededor del trono del padre de todos los dioses y hombres. Atenea ha emplazado a los doce olímpicos y nadie quiere perderse un acontecimiento tan extraordinario.

Zeus aún no se ha sentado. Se ha retirado en silencio a un templete del jardín, un rincón suntuoso donde brota la ambrosía en un estanque de mármol blanco. La brisa apenas roza los laureles y el aire huele a resina antigua y tiempo detenido. Su túnica, arrugada y manchada de polvo, cuelga descompuesta sobre los hombros. La barba, desordenada y salpicada de canas, le da el aspecto de un matemático consumido por una fórmula indescifrable, alguien que lleva días sin dormir ni probar bocado, obsesionado por una verdad que se le escapa. Con los codos apoyados en las rodillas, sostiene una copa entre las manos como si fuera una reliquia inútil.

Suelta un bufido que suena más a renuncia que a furia, cansado y seco. Vuelca la copa con desgana, y el chorro de ambrosía cae sobre la piedra. Contempla el reguero derramado como quien ve, sin sorpresa, los restos inevitables de una derrota anunciada.

—Es la primera vez que no sé lo que es justo —murmura para sí mismo—. Y, aun así, tengo que impartir justicia.

Se incorpora despacio. Se sacude el polvo de los pliegues de su túnica con parsimonia, como si supiera que, haga lo que haga, ya nada volverá a estar limpio. Toma el rayo con gesto mecánico, cruza los jardines en silencio y entra en el palacio. Al atravesar las puertas de la sala capitular, todos se levantan en señal de respeto. Todos menos Hera, que está de morros.

Hera, la esposa de Zeus, regresó al Olimpo a regañadientes. Harta de las infidelidades de su marido, que había retozado con medio panteón y media humanidad, lo había abandonado tiempo atrás para refugiarse en una isla del Egeo, donde el único trueno que se oía era el del mar golpeando los acantilados. Pero la convocatoria de Atenea no admitía ausencias: los doce debían estar presentes. Y Hera, muy a su pesar, ocupa su sitio en la asamblea, con los brazos cruzados, la mirada helada y el orgullo en pie de guerra. Zeus la observa de soslayo al entrar. Conoce bien su carácter y sabe que esta vez ha ido demasiado lejos. Ha vivido suficientes tormentas con ella como para presentir una nueva. Intenta esbozar una sonrisa conciliadora, pero no le sale. Piensa en decirle algo que rebaje la tensión, pero no encuentra palabras. Se sienta en su trono, fingiendo calma, aunque sabe que está a punto de estallar la tempestad.

—Podéis sentaros —dice Zeus mirando de reojo a Hera, forzando una ironía que apenas disimula su incomodidad—. Hemos sido convocados por Atenea para decidir sobre la vida o la muerte de Sócrates. Que tome la palabra quien nos ha reunido. Que hable la diosa de la sabiduría y la democracia.

—Gracias, padre. —Atenea se levanta con calma. Su figura impone sin necesidad de alzar la voz: lleva el casco bajo el brazo, el peplo azul oscuro ceñido al cuerpo y el escudo colgado a la espalda. Se adelanta al centro de la sala y habla con voz clara, sin dramatismos ni titubeos—. Hoy se cometerá una injusticia contra el más justo de

los hombres. Se le condenará no por sus actos, sino por las sucias maniobras de quienes temen su pensamiento. Ares ha movido sus fichas con precisión: ha manipulado voluntades, sembrado sospechas y allanado el camino hacia una condena que él mismo ha fabricado. Su plan no es castigar a un hombre, sino golpear el corazón mismo de la democracia. Si consigue que los ciudadanos usen la justicia como un instrumento de venganza política, podrá decir que el sistema ha fracasado, que la democracia se contradice, que es débil y que necesita ser superada. Entonces tendrá la excusa perfecta para destruirla desde dentro.

Hace una pausa. Pasea la vista por el rostro de cada dios como si analizara sus reacciones, calculando la mejor forma de continuar. Luego prosigue, midiendo cada palabra.

—Desde que inspiré a los atenienses a gobernarse sin amos ni reyes, mi hermano no ha cesado en su empeño de desmantelar este arte de vivir en libertad. Ares ama la guerra, sí, pero más aún el poder. Lo conocemos: se complace en doblegar a los mortales y en instaurar dirigentes autoritarios que lo veneren. Esto no es un capricho: es una jugada más en su estrategia. No vengo a quejarme, sino a exponer hechos. El juicio a Sócrates es una trampa. Y si no intervenimos, lo que caerá no será un hombre, sino la obra más digna de la razón, lo más divino que hemos dado a los mortales: la democracia.

—¡Bah! —ruge Ares desde su asiento—. Hermana, deberías escribir tragedias, no discursos. Deja ya esas absurdas teorías de la conspiración. Nadie tuvo que empujar a ese vejete para que se cavara la tumba con su propia lengua. Si Sócrates hubiera estado calladito y no le hubiera tocado tanto los cojones al personal, nada de esto hubiera pasado. ¡Pero no! Prefirió enfrentarse a todos, como un hoplita en solitario contra un ejército entero. El viejo de las

narices lo cuestionó todo y a todos, y ahora lo cuestionan a él. Pues que se joda. Yo no he provocado esta guerra, solo me aseguré de que el campo de batalla estuviera listo. Y no te voy a mentir: me alegra verlo caer.

Dioniso, medio tumbado y con una copa en la mano, alza la voz con fastidio.

—¿Podemos acabar con esto pronto? He organizado un banquete en honor a mí mismo... y ya llego tarde.

Hermes, recostado en el respaldo de su silla, se ríe por lo bajo y asiente con gesto cómplice.

—Al menos Ares tiene agallas —dice, jugueteando con su caduceo —. La democracia es lenta. La guerra, en cambio, decide.

Atenea lo fulmina con la mirada.

—¿Hay algo que quieras compartir con los presentes, Hermes?

Hermes, siempre con una media sonrisa y los pies inquietos como si ya quisiera estar en otro lugar, se encoge de hombros y alza la voz sin levantarse del asiento.

—Pues mira, sí. ¿De verdad vamos a llorar por ese bocazas? Sócrates no es un sabio, es un alborotador. Cuestiona todo, pero no construye nada. Socava el respeto por los dioses, por las leyes, por el orden. Se esconde detrás de su ironía para sembrar el caos. Y ahora que la ciudad lo juzga, venís aquí a defenderlo como si fuera un mártir. Lo que merece no es compasión, sino justicia. Y la justicia, esta vez, se llama muerte.

—Siempre me pasáis el marrón a mí... —murmura Hades con amarga ironía—. ¿Otra vez vais a mandarme al inframundo al último iluminado que os molesta? No estoy para visitas incómodas. El río Lete fluye tranquilo, los muertos reposan en su letargo y las Erinias, por una vez, no chillan. Pero si Sócrates baja... —hace una pausa y ladea la cabeza con resignación— seguro que empieza a preguntar, y

a poner en duda hasta la condena de Sísifo. Ya lo estoy viendo: como baje ese filósofo, me va a montar una escuela en plenos Campos Elíseos.

Una carcajada se escapa de Dioniso, mientras Apolo niega con la cabeza. Hera alza la voz para reprender a Hermes, que no se calla. Atenea exige respeto, Ares golpea la mesa. Todos los dioses comienzan a hablar al mismo tiempo, sus voces se solapan, se elevan, se cruzan. El mármol retumba como si los ecos de la guerra hubieran despertado en la sala.

—¡Silencio! —grita Zeus con un estruendo que sacude los muros —. ¡Por el rayo, basta ya! ¡Uno en uno o juro que os devuelvo al Caos del que salisteis! Me estáis provocando una migraña digna del Tártaro. ¡Ya recuerdo por qué razón solo convocamos estas asambleas cada mil años!

—Bueno —interviene Hera con desdén—, querido, no sería la primera vez que Atenea te da un dolor de cabeza.

—No empieces, Hera —responde Zeus, tocándose la cicatriz en la sien por donde nació Atenea—. Prosigue, hija mía.

Atenea guarda unos segundos de silencio, como si sopesara lo que está a punto de decir. Zeus baja la mirada, resignado. Entonces, la diosa retoma la palabra:

—Acuso a Ares de descender al mundo de los mortales bajo la forma de Ánito, un empresario rico e influyente. Acuso a Ares de sobornar al comediante Aristófanes para que ridiculizara a Sócrates y minara su reputación ante el pueblo. Acuso a Ares de corromper a Meleto y Licón, dos políticos ambiciosos que solo buscan notoriedad, para que fabricaran una acusación y llevaran al filósofo ante los tribunales. Todo este proceso, desde el inicio, ha sido manipulado.

Apolo, impecablemente vestido con un himatión de lino blanco que brilla como la luz del mediodía, se incorpora desde su asiento

con la gracia de quien nunca duda. El laúd, colgado a la espalda, emite un leve acorde cuando se mueve. Sus rizos dorados caen con elegancia sobre los hombros y en sus ojos hay la tristeza serena de quien ha contemplado demasiada belleza marchita.

—Yo también vi lo que ocurrió —dice con voz clara y musical—. Atenea no exagera. Ni Sócrates ni la democracia merecen este destino.

Atenea devuelve a su padre una leve inclinación de cabeza. Luego da un paso al frente y se acerca al centro del círculo, haciendo que cada palabra resuene:

—Ares busca convertir la democracia en su propio verdugo. Quiere que la *polis* condene al mejor de sus ciudadanos para demostrar que el sistema es un fracaso. Es un mecanismo clásico de los tiranos: usar las herramientas de la libertad para dinamitarla desde dentro. Disfrazar la destrucción de legalidad, envolver la injusticia en los ropajes de la ley, y hacer que el pueblo firme su propia condena creyendo que ejerce su soberanía. Eso se llama totalitarismo.

Se vuelve hacia Ares con una mirada inquisidora.

—Tú no quieres justicia. Quieres poder. Y para eso necesitas eliminar lo único que aún se te resiste: el pensamiento libre.

—¡Padre, haz callar a esta fanática o la callaré yo! —brama Ares, con fuego en los ojos—. Hice todo eso, sí, y más, pero para desenmascarar a Sócrates, que pretende un mundo sin dioses, sin templos, sin orden. ¡Eso es impiedad! Las leyes sagradas deben respetarse o regresaremos al caos de los titanes. ¡¿Queréis eso?!

—¡Silencio! —ordena Zeus, mesándose la barba.

Todos callan. Solo se escuchan los roces de las túnicas y algún carraspeo incómodo. Zeus permanece quieto, con la mirada fija en un punto indeterminado. Tarda en hablar:

—He decidido. Dejemos que las leyes de Atenas juzguen a Sócrates. No intervendremos.

—Padre... —Atenea toma la palabra—. La justicia solo es verdadera si puede corregir sus errores. Permíteme actuar. Dame una grieta en el destino por la que introducir una posibilidad de salvación.

Zeus la observa en silencio. Posa el rayo sobre el suelo y suspira largo. Su voz, más grave que nunca:

—Hija, créeme, también mi alma carga con este dolor.

—¡Pero, padre...! Sócrates te sirvió con honor en Potidea. ¿No lo recuerdas? Cuando la falange se rompió y los hoplitas retrocedían aterrados, él no se movió. Sostenía su puesto con la serenidad de quien no teme ni a la muerte ni al juicio de los hombres. Incluso cuando su escudo quedó astillado, resistió, cubriendo con su propio cuerpo a su compañero herido. Muchos huyeron, pero él se mantuvo firme. Fue valiente cuando otros temblaban, lúcido donde reina la confusión. Su coraje no fue el del impulso, sino el de la conciencia. ¿Acaso no viste cómo lo admiraban incluso sus enemigos? Hasta los persas hablaron de aquel griego que parecía invulnerable, no por su fuerza, sino por su convicción. No luchaba por la gloria ni por la victoria, sino por algo más alto: por la virtud. ¿Y ahora vamos a dejar que muera como un criminal, olvidando que un día fue más héroe que muchos de nosotros?

—Hija, todo lo que dices es cierto.

Zeus baja la vista y, en silencio, entrelaza las manos sobre el regazo. Sus pulgares giran uno sobre otro, lentos, como si estuviera dando cuerda a un pensamiento. Es un gesto casi imperceptible, pero lleno de significado. Atenea lo observa con atención. Conoce ese ademán. Lo ha visto antes, en otras decisiones difíciles, en momentos en que la ley y la justicia se enfrentaban dentro de él.

Atenea percibe una grieta, una rendija por la que aún puede colarse la esperanza. Esa mirada, perdida, pero no ciega, es su oportunidad.

—Recuerda cuando Sócrates se alzó en la asamblea para defender a los generales tras la derrota de Arginusas. El pueblo estaba furioso. Querían venganza, no justicia. Aclamaban la muerte de los comandantes sin juicio previo. Era una tormenta de gritos, rabia y miedo. Y él, solo, se levantó. Con la ley en la mano, les recordó que incluso en el dolor hay que respetar el orden. Se enfrentó a todos sin temblar. Ese día, él fue más digno de este monte que muchos de nosotros.

—Todo eso también es cierto, hija. Pero ni siquiera yo puedo alterar el destino. Ningún dios puede. Hay hilos que ni el rayo puede cortar. Cada mortal tiene su hora marcada desde el día en que nace. Nosotros, los dioses, no debemos ni podemos cambiarlo. ¡Se levanta la asamblea! ¡Se levanta la asamblea!

Deméter, que hasta entonces había permanecido callada, se seca una lágrima en silencio.

—Siempre pagan los justos las injusticias que otros siembran.

Zeus deja su asiento sin decir una palabra más. El sonido de su rayo al arrastrarse por el suelo suena como un eco de cierre. Cruza la sala con pasos lentos, sin mirar a nadie, y desaparece por el umbral que conduce al jardín. Algunos dioses lo siguen. Los asientos se vacían poco a poco. Solo Ares y Atenea permanecen aún en su sitio. Ares sonríe con arrogancia. Se incorpora despacio, estira los hombros y se da media vuelta para marcharse, satisfecho. Pero una mano firme de Atenea lo detiene:

—Esto no ha acabado, hermano.

Ares gira el rostro sin sorpresa, pero con fastidio.

—Claro que ha acabado, hermana. Tu filósofo caerá, y con él esa democracia de papel que tanto veneras. ¿O es que no has

escuchado lo que ha dictado nuestro padre? No debemos cambiar lo que va a ocurrir.

—Pero nada ha dicho nuestro padre sobre lo que ya ha ocurrido —contesta Atenea con una astuta sonrisa.

—¿Qué pretendes hacer?

—Salvar lo que ya se perdió, hermano...

¡Al despacho de dirección!

Alex vuelve a clase con el corazón encogido y la camisa empapada. Camina despacio, como si cada paso lo acercara al patíbulo. Pero esta vez no va solo. A su lado, flotando con descaro, lo acompaña una criatura que no debería existir: medio metro de sarcasmo escamoso con pinta de dragón punk. Solo él puede verlo. Y ojalá pudiera dejar de hacerlo.

Llega a la puerta del aula. Toca con los nudillos. Suspira. Entra.

La profesora lo observa por encima de las gafas, sin dejar de escribir en la pizarra.

—¿No has tardado mucho, Alexandro? ¿Qué estabas haciendo en el baño?

El *daemon* alza una ceja y le susurra, con sonrisa canalla:

—Dile que tenías necesidades que solo una mujer como ella podía satisfacer. Y que si te hubiera echado una mano, habrías vuelto antes.

—Pero ¿cómo le voy a decir semejante barbaridad? —musita Alex, entre dientes.

—¿Qué dices, Alexandro? —inquiere la profesora, girando la cabeza.

—Nada, señorita Lewis. Solo pensaba en voz alta. Me entretuve mirando las fotos del pasillo...

Jason tensa los nudillos sobre la mesa.

—Siento haberme retrasado, señorita Lewis. Le prometo que no volverá a pasar.

—Eso espero. Vuelve a tu sitio.

Alex atraviesa el aula como quien camina sobre hielo fino. Su sitio está al fondo, pero antes debe pasar junto a Jason. Y entonces ocurre. Con un gesto rápido y certero, Jason le engancha el pantalón y se lo baja hasta los tobillos. Alex se queda en calzoncillos, congelado por el asombro y el ridículo. Un segundo eterno. Las carcajadas estallan como una bomba. Un par de móviles se levantan en el aire. Alex se sube el pantalón a toda prisa, rojo como un tomate, con los dedos torpes por la humillación.

—¡Ya está bien! —grita la señorita Lewis sin volverse, aún de espaldas, escribiendo en la pizarra—. ¡Silencio de una vez! ¡Y tú, Papadopoulus, siéntate de una vez y no armes más jaleo!

Las risas se apagan a medias. Alex se muerde el labio. La rabia y la vergüenza le arden en la cara. Cuando por fin retoma el paso, Jason le clava la mirada. Sonríe, satisfecho, como un gato que ha cazado su ratón y le lanza una amenaza en voz baja, apenas un susurro:

—Ya te pillaré, Cabeza de Ajo. No me olvido de ti.

—¡Pijo de mierda! —grita el *daemon*, que se ha subido a una de las mesas—. Eres un imbécil con bíceps ciclados, ideas vacías y ego repeinado con gomina. Si no fuera un puñetero ser espiritual, te estampaba la cabeza contra la taquilla.

Alex llega a su sitio, se deja caer en su silla, encogido, intentando volverse invisible. Pero Jason se gira una vez más. Le clava los ojos y vuelve a hacerle el mismo gesto amenazante.

—¿No vas a hacer nada? —le espeta el *daemon*, ahora sentado en su mesa, balanceando las piernas como un niño malcriado—. ¿Vas a dejar que ese anuncio de dentífrico te marque el territorio? ¿Qué llevas en las venas, chaval? ¿Sangre u horchata?

—Déjame en paz... —susurra Alex.

—¿Vas a permitir que un abusón te amedrente? ¿No te avergüenzas de ti mismo? Vamos, hombre, dile algo. ¡Haz algo! No te quedes ahí parado como un gato de escayola. ¡Reacciona!

—Que te calles —repite Alex, esta vez con un temblor en la voz.

—Por indiferentes como tú —sigue incansable—, los malos ganan. Odio a los indiferentes, sois el lastre de la historia. Vuestro no hacer nada, vuestro no tomar partido es lo que provoca que la injusticia triunfe. ¡Gallinas! ¡Gañanes!

—¡He dicho que me dejes en paz! —brama Alex, de pronto, con una voz que rasga el aire como un trueno.

El aula se queda muda.

Los lápices se detienen. Las miradas se clavan. Incluso la profesora deja de escribir. Y, sin mediar más palabra, señala con el dedo la puerta:

—¡Al despacho de dirección, Alexandro Papadopoulus!

Alexandro, encajado en un sillón de polipiel que chirría cada vez que se mueve, espera. Frente a él, la puerta cerrada del despacho de la directora: la antesala del juicio final. Se retuerce las manos. Si lo expulsan, sus tíos lo mandarán de cabeza al restaurante. Lo ve venir: mandiles grasientos, olor a fritanga y clientes preguntando por el «auténtico sabor griego». Prefiere la muerte.

El *daemon* no ayuda. Deambula por la sala como una avispa atrapada en una botella de cristal, con las garras a la espalda y la cola agitada como un metrónomo enloquecido.

—¿Quieres estarte quieto? —salta Alex, crispado—. Me estás poniendo de los nervios.

—No puedo evitarlo —responde la criatura, sin dejar de moverse —. Cuando me altero, necesito circular. Es una cuestión de dinámica cuántica: si un sistema excitable permanece demasiado tiempo en

reposo, colapsa su propia función de onda. ¿Tú quieres que colapse? Porque yo no.

—¿Y tú desde cuándo sabes física cuántica?

—Desde los años veinte. Estuve asignado a Schrödinger durante una misión.

—¿Schrödinger? ¿El del gato?

—El mismo. Solo que el gato... —El *daemon* se señala con ambas garras y pone cara de resignación—. Digamos que fue una metáfora muy mal entendida.

Alex lo mira sin salir de su asombro.

—No te imaginas lo que es pasar semanas encerrado en una caja con un frasco de veneno, un contador Geiger y un físico austríaco que apesta a tabaco de pipa. Desde entonces, me muevo todo el rato. Por trauma cuántico, ¿sabes?

—No sé si creerte... Pero, en cualquier caso, explícame por qué estás tan alterado. ¡El que se juega el cuello soy yo!

—¡Por todos los dioses del Olimpo! —exclama la criatura, llevándose las manos a la cabeza—. ¡Porque voy a ver a la jefa!

—¿Qué quieres decir con eso?

El *daemon* no responde. Se hace el sueco. Alex, con la mirada clavada en el suelo, desiste. Una baldosa está agrietada. El silencio se le mete bajo la piel. Y, de pronto, sin quererlo, un recuerdo lo asalta.

Está en el restaurante de sus tíos, un domingo por la tarde. Huele a orégano, a pan recién hecho y a aceite de oliva caliente. Su tío Nikos está sentado en una mesa del fondo, pelando aceitunas con una navaja vieja mientras tararea una canción. En la pared, colgada entre botellas de ouzo y platos decorativos, hay una imagen enmarcada de Sócrates, con la barba revuelta y los ojos profundos como cuevas. Debajo, escrita a mano sobre un cartel amarillento, la

frase en griego antiguo que Alex se sabe de memoria: ΓΝΩΘΙ ΣΕΑΥΤΟΝ. Conócete a ti mismo.

—¿Sabes qué decía el viejo Sócrates? —le preguntaba su tío mientras le ofrecía una aceituna—. Que el alma crece cuando uno se hace las preguntas adecuadas. Mira, Alexandro —continúa su tío, poniéndose serio por primera vez—. Ninguno de los nuestros ha pisado nunca una escuela como esa. Te han dado la beca, sí, pero para nosotros supone un esfuerzo. No malgastes esta oportunidad. Aprende. Mira a tu alrededor. Y no te avergüences nunca de lo que eres. Ni siquiera cuando los demás no sepan verlo.

Alex no responde. No supo qué contestar entonces. Y no sabría tampoco ahora.

Un clic de carpeta lo saca del trance. El secretario de la directora se asoma por la puerta con una sonrisa profesional y una carpeta bajo el brazo.

—Señor Papadopoulus, ya puede pasar.

Alex traga saliva. Un escalofrío le baja por la espalda. Siente la hoja afilada sobre su cuello.

—Buenos días, directora Harris. ¿Puedo...?

—Adelante, señor Papadopoulus, toma asiento. ¿Te apetece algo de beber? ¿Café, té, zumo, agua? ¿Quieres probar estas pastas de mantequilla? Me las traen de París, de una pequeña pastelería que hace los mejores *croissants* del mundo. Son extraordinarias.

—Nada, gracias, directora. Estoy bien. —El gesto lo descoloca. Quizá sea la última comida del condenado antes de la ejecución.

—Alexandro, ¿tienes ya una idea de qué te gustaría hacer cuando termines bachillerato?

Se queda en blanco un instante.

—No lo sé —responde, encogiéndose de hombros.

—Es normal a tu edad. ¿Hay alguna asignatura que te guste especialmente?

—No me gusta estudiar.

—Entonces no pensemos en asignaturas. Piensa en algo que disfrutes hacer aquí, en este centro. Una actividad que te haga sentir bien.

Alexandro levanta la mirada, sorprendido por el giro de la conversación.

—Me gusta colaborar en el periódico escolar —admite, tras una breve pausa—. Me mola escribir cosas...

—¿Y por qué crees que te gusta?

—No sé... Es lo único que hago que no me hace sentir un inútil. Me gusta contar lo que veo con mis propias palabras.

La directora sonríe y da un sorbo a su té.

—Eso suena mucho a vocación. Tienes alma de periodista.

—No creo... No soy lo bastante listo.

—Tal vez no se trate de ser listo —responde Harris—, sino, como tú mismo has dicho, de saber mirar lo que otros no ven y contarlo con honestidad.

Hace una breve pausa y posa la taza sobre el platito. Luego añade:

—¿Sabes? La democracia se alimenta de muchas cosas, pero sin verdad se muere de hambre.

La directora Harris mira a Alex con seriedad, pero también con una calidez que nunca había visto antes en un profesor.

—Albert Camus decía que el periodismo es la primera línea de defensa contra la mentira organizada. Y no le faltaba razón. Cuando cuentas lo que ves, cuando das voz a los que no la tienen, cuando

haces preguntas incómodas... estás haciendo más por la justicia y la libertad que muchos políticos.

La directora se levanta despacio, camina hasta la estantería de su despacho —una vitrina acristalada donde conviven libros de filosofía, política y literatura— y extrae un volumen de cubierta sobria. Lo sopesa un segundo en las manos, como si recordara algo. Luego se lo tiende a Alex.

—Léelo. Es de Hannah Arendt. Una pensadora que escribió sobre los totalitarismos, pero también sobre el valor del juicio, la verdad y el papel de la palabra en los tiempos oscuros.

Alex lo coge con cierta timidez, como si temiera estropearlo.

—Arendt decía que, en un mundo donde mentir se ha vuelto norma, pensar y decir lo que uno ve se ha convertido en un acto de resistencia. El auténtico periodismo no es solo una profesión: es un repositorio de verdad. Uno de los pocos que nos quedan. Y sobre él se sostiene, a duras penas, la democracia.

Por primera vez, Alexandro escucha a un adulto con verdadera atención.

—No lo había pensado así...

—Quizá porque nadie te lo había dicho. Pero te lo digo yo. —Hace una pausa. Luego señala el libro que Alex tiene entre las manos—. Las armas de algunos son espadas. Las de otros, palabras. Si decides seguir ese camino, tendrás que ser valiente. Porque decir la verdad, a veces, es lo más peligroso. Pero también lo más necesario. Hannah Arendt decía que no existen pensamientos peligrosos, que lo peligroso es pensar.

Alex baja la mirada.

—Entonces el periodismo no es para mí. Yo soy un cobarde.

La directora lo observa unos segundos en silencio. Algo en su postura se vuelve más solemne. La calidez de la mirada se enfría un

grado. El ambiente cambia con brusquedad, como si alguien hubiera abierto una ventana, pero todas permanecen cerradas.

—¿Sabes por qué estás aquí? —pregunta, mientras moja una galleta en una taza humeante.

Alex niega levemente con la cabeza para, acto seguido y no sin miedo, llenarse de valor y responsabilizarse de lo sucedido. La galleta se empapa. Un hilo de vapor se enrosca en el aire como una serpiente blanca.

—La señorita Lewis me ha expulsado de clase por gritar —murmura, sin levantar la vista—. Pero... es que últimamente lo estoy pasando mal. No sé... Estoy un poco desbordado. Todo me supera. Me cuesta dormir. Me cuesta estar aquí. Y hoy... exploté. No volverá a pasar, se lo prometo.

Hace una pausa. Traga saliva.

—Pero... por favor, no me expulse. Si lo hace, mis tíos me pondrán a trabajar en el restaurante. Y yo... no quiero pasarme la vida sirviendo *souvlakis*. Quiero... —Se detiene, titubea—. Quiero intentarlo. Quiero terminar el curso.

La directora deja la taza en el platito con un leve chasquido cerámico.

—¿Expulsarte? No, muchacho. No es eso lo que tengo en mente. Lo que tengo para ti... es una misión.

—¿Cómo dice?

El *daemon*, que hasta entonces se había mantenido en silencio, emite un suspiro profundo.

—Ya era hora... —murmura—. Agárrate, chaval, que vienen curvas.

La directora se pone de pie. Camina hasta una estantería baja y extrae una caja de madera tallada con motivos griegos. La coloca sobre la mesa, la abre y saca un pequeño objeto envuelto en lino. Lo

despliega. Es un colgante circular, antiguo, de bronce oscuro. En el centro, grabado con trazo firme, se distingue el perfil de una lechuza con las alas recogidas y un ojo que parece observarlo todo. En el reverso, una inscripción en letras griegas:

ΓΝΩΘΙ ΣΕΑΥΤΟΝ

Alex se inclina sin querer, instintivamente atraído. La inscripción lo golpea como una ola de sal y memoria.

—Eso... ya lo he visto antes —murmura—. En el restaurante de mis tíos. Justo debajo del retrato de Sócrates.

—¿Y recuerdas lo que significa?

Alex asiente, casi en un susurro:

—«Conócete a ti mismo.»

La directora sonríe, complacida.

—Es la primera enseñanza del oráculo de Delfos. Y también la primera de Sócrates. No es casualidad que la hayas tenido delante toda tu vida.

—¿Por qué me enseña esto?

La directora levanta la mirada. Ya no parece la misma. En sus ojos brilla una luz dorada, tenue pero imposible de ignorar, como si llevara el amanecer atrapado en las pupilas. Una luz que no se refleja en las paredes, ni en el cristal de las gafas. Una luz que parece venir de otro tiempo. De otro mundo.

—Porque no estás aquí por accidente. Y porque hay algo que solo tú puedes hacer.

La directora alza el colgante. La luz del sol lo atraviesa, proyectando la sombra de la lechuza sobre la pared.

—Esta misión es más vieja que esta ciudad. Más antigua que esta escuela. Y más urgente de lo que imaginas.

Alex traga saliva.

—¿De qué misión habla?

La directora sonríe. Y cuando responde, su voz suena distinta: más grave, más antigua, como si viniera desde el fondo de una caverna o desde las páginas de un libro olvidado.

—Salvar a Sócrates.

Alex parpadea, desconcertado.

—¿Cómo dice? ¿Salvar a Sócrates...? ¿El filósofo? ¿El de los libros? —Deja escapar una risa nerviosa—. Esto... será una broma, ¿no?

Pero no obtiene respuesta.

La sala parece más grande de lo que era hace un instante. Las paredes, más antiguas. El aire se vuelve más denso. Más dorado. Un rayo de luz entra por la ventana y golpea directamente el colgante. Algo metálico centellea al fondo de la sala. Un destello recorre la estancia y Alex tiene que cubrirse los ojos con la mano. Cuando los abre de nuevo... ya no está ante la directora Harris. La figura que se alza frente a él impone una autoridad que nada tiene que ver con una directora académica. Luce un casco corintio de bronce bruñido, con una cresta negra que se ondula como un estandarte. En el pecho, una égida decorada con serpientes entrelazadas. A su lado, un escudo grabado con la cabeza de la Medusa. Y en la mano, una lanza de bronce con la punta tallada en forma de diamante. La túnica ondea aunque no haya brisa. Sus ojos no son los de una directora. Son los de alguien que ha visto el origen y el fin del pensamiento humano. Y no ha pestañeado.

—Soy Palas Atenea —dice con una voz que resuena más allá de las paredes, más allá del tiempo—. Hija de Zeus. Diosa de la sabiduría, de la estrategia, de la filosofía y de la *polis*. Protectora de los que piensan. Guardiana de los que preguntan. Madre de aquellos que no se conforman con la apariencia.

Alex se queda paralizado. Sus ojos no pueden apartarse de la lanza cuya punta reluce como una promesa de muerte. Está tan acostumbrado a ver peligro en cada esquina, que da un paso atrás casi sin darse cuenta. Su cuerpo se encoge por puro instinto, como si esperara el golpe inminente de la diosa.

—¿Pero... usted...?

El *daemon* aparece a su lado, sonriendo como si estuviera viendo una función de teatro griego que ya conoce de memoria.

—Te lo dije, cabezón. Agárrate.

Atenea se aproxima. Ya no necesita alzar la voz. Cada palabra pesa como el mármol.

—Sócrates va a ser condenado. Y con él caerá mucho más que un hombre. Caerá la ciudad que se atrevió a pensar. Caerá la semilla de todo lo que aún no ha nacido. Y si no intervenimos... caerás tú también.

Se detiene frente a Alex. Le clava la mirada.

—Alexandro, eres la esperanza de esta diosa —dice Atenea, con voz grave—. Mi hermano Ares ha confabulado para eliminar a Sócrates y provocar una crisis en Atenas que borrará la democracia de este mundo durante milenios. Solo tú puedes evitarlo.

—Con todos los respetos, señora... ¿qué narices tengo yo que ver con todo eso? —balbucea Alex, retrocediendo medio paso—. Yo no... no entiendo nada. No sé ni qué estoy haciendo aquí. Solo intento llegar vivo al final del día.

—Tú no has nacido para huir —responde Atenea sin pestañear—. Por tus venas corre sangre de héroe.

—¿Yo? ¿En serio? —Alex se pellizca la grasa de la barriga, incrédulo—. ¿Ha visto esto? ¿Qué clase de héroe soy yo?

Atenea no sonríe.

—En los talleres de los escultores atenienses era habitual representar silenos: seres grotescos, toscos, incluso ridículos. Pero si sabías abrirlos, dentro hallabas la imagen perfecta de un dios. Tú eres así. Por fuera, tal vez parezcas vulgar. Pero dentro de ti... hay mármol noble.

—¿Y cómo sabe eso?

—¿Nunca has sentido que no encajas en este mundo?

—Todos los días —responde Alex—. Desde que puse un pie en este colegio.

—Ellos no ven lo que tú eres. Solo lo que aparentas ser. No saben mirar el alma.

—¡Por el divino Zeus! —revienta el *daemon*, levantando las manos —. ¡Díselo ya, mujer! Encárgale la puñetera misión de una vez, que esto se está poniendo más largo que una tragedia de Esquilo.

Atenea le lanza una mirada que podría petrificar a una Gorgona. El *daemon* pone cara de «yo no he dicho nada» y empieza a pasearse por el despacho, toqueteándolo todo como si buscara un botón de autodestrucción.

—Alexandro —retoma la diosa—, eres el último descendiente vivo del divino Sócrates. Necesito que viajes al pasado y lo salves del juicio que sellará su destino. Solo tú has nacido con la capacidad de lograrlo.

—¿Pero por qué yo?

—Lo sabrás a su debido tiempo. Por ahora, confía en mí. Hoy, al ocaso, se producirá una conjunción perfecta entre los planetas y el sistema solar. Llevo más de dos mil años esperando este momento. Es la única fisura en el tejido del tiempo que nos permitirá actuar sin despertar a las Moiras, las que controlan el tenue hilo de nuestra existencia. Pero para cruzar el umbral, necesitamos una llave: el caduceo de Hermes.

—¿El qué?

—Déjame a mí, señora. Por favor —salta el *daemon*, que ya se ha subido a una mesa como un predicador delirante—. Vamos a ver, cara de pan: Hermes es el Amazon del Olimpo, el recadero oficial. Va de dios moderno, pero es más antiguo que el trueque. Hermanastro de la señora —señala a Atenea— con la que no se lleva nada bien. Nada. Cero. Gélidos. Fríos como el Hades.

—Repulsivo —añade Atenea con desdén—. Un machista recalcitrante. Un fascista de tomo y lomo.

—Exacto. Para que te hagas una idea, es como si Donald Trump y Elon Musk hubieran tenido un hijo y lo hubieran criado leyendo a Maquiavelo. Dios del comercio, los ladrones y los mentirosos.

Alex parpadea.

—Zeus le encargó ser el heraldo de los dioses y le entregó el caduceo: una vara mágica con dos serpientes entrelazadas, que le permite viajar entre mundos, realidades y dimensiones. Una especie de Google Maps interdimensional. Y adivina qué: se lo vamos a robar.

—¿Robárselo? ¿A un dios?

Atenea guarda silencio. Se limita a asentir con gravedad. Luego alza la lanza en gesto de despedida y, en un fulgor dorado, su figura se disuelve en el aire, como si el tiempo la reclamara de vuelta a su lugar. Durante unos segundos, Alex se queda mirando el espacio vacío.

—¿Acaba de... desmaterializarse?

—Técnicamente sí —responde el *daemon*, encogiéndose de hombros.

Alex se refriega los párpados, como si saliera de un sueño, y mira al *daemon,* la criatura que le acompaña.

—¿Esto ha pasado de verdad?

—Define «verdad» —responde, ya jugueteando con el tarjetero de la directora—. Pero sí. Ha pasado. Y ahora, colega, empieza la parte divertida: el robo. ¿Qué hay más griego que un buen robo mitológico? Prometeo robó el fuego. Ulises robó la victoria en Troya. Nosotros robaremos el tiempo. Tradición, muchacho.

Alex no responde. Todavía le zumban los oídos. Abre la puerta del despacho. El pasillo sigue igual: fluorescentes parpadeando, alumnos cruzando deprisa, olor a fotocopiadora. Bajan las escaleras sin hablar. El *daemon* avanza a saltitos por la barandilla, tarareando algo que parece un canto órfico con ritmo de bachata. Alex no pregunta. Salen al exterior. El aire huele a asfalto. Cruzan el aparcamiento del colegio esquivando coches de profesores. Solo entonces, cuando el mundo parece haber recuperado su forma, Alex rompe el silencio:

—¿Y cómo vamos a hacerlo?

El *daemon* se sube al capó de un coche y extiende los brazos como un director de orquesta:

—Con mucho arte, *mi arma*. Tú deja los detalles en estas bellas garras que me ha dado la providencia divina. El plan es sencillo: Hermes lleva años escondido en nuestra ciudad. Regenta una tienda de empeños en el barrio viejo. Esta tarde iremos allí, buscando, ejem, un regalo para tu novia.

—¿Qué novia?

—Te la inventas, imbécil. Le pones nombre, le das una historia trágica. Hazla pelirroja y con pecas, eso siempre funciona. Mientras Hermes se entretiene escuchándote, buscaremos el caduceo. Seguro que lo tiene cerca. Es desconfiado. Nunca lo pierde de vista.

—Amanda.

—¿Qué?

—Amanda. Se llama Amanda. Mi novia imaginaria...

—Puede valer...

Ecos del legado

El sol cae a plomo sobre el campo de entrenamiento de los Saint Xabier Spartans. No es un día cualquiera. Es el último entrenamiento antes de la gran final del sábado, el partido que decidirá la liga. Nadie puede permitirse fallar. Mucho menos el capitán.

El silbato del entrenador corta el aire. Jason corre, salta, bloquea, ordena. A su alrededor, sus compañeros siguen sus indicaciones como si condujera a la guerra una falange de hoplitas. Todos están a la altura. Todos menos él. Algo en su juego no funciona.

El sudor le empapa la frente, pero no es el calor lo que le agobia. Es una presencia que nota clavada en la nuca: los ojos de su padre, firmes como dardos, juzgándole desde la grada. Jason quiere hacerlo bien. Necesita hacerlo bien. Pero justo cuando lanza un pase cruzado, la presión lo traiciona. El balón sale desviado, girando en el aire como una rueda descompensada, y cae al suelo con un golpe seco. Como una promesa rota.

Lanza una mirada fugaz hacia la grada. Su padre niega con la cabeza, cierra los ojos un segundo y aprieta la mandíbula. Luego, sin levantar la voz, deja caer una frase que pesa como una losa:

—Otra vez no, Jason.

Jason la oye. Baja la cabeza. Los hombros se le hunden.

—Ufff... hoy no está nada fino —murmura uno de los jugadores.

También eso lo oye. Se muerde el labio con rabia contenida. Por un instante se queda inmóvil, como si el tiempo se detuviera. Luego resopla por la nariz, se seca el sudor con un manotazo áspero y

vuelve a la jugada con furia, tensando cada músculo como si pudiera redimirse a base de fuerza bruta.

En el vestuario, el vapor de las duchas empaña los espejos. El aire huele a sudor y a linimento. Gritos, risas, imitaciones exageradas del entrenador, palmadas en la espalda. Los jugadores narran lo vivido en el campo como si fueran pasajes de una épica de Homero: engrandeciendo y exagerando sus acciones.

—Buah, tío, te he metido un bloqueo que aún estás buscando tus riñones por el césped.

—¿Tú a mí? ¿Qué dices, *flipao*? Pero si me resbalé solo.

—Resbalaste porque usé el corte bajo a lo Zack Martin: entras por ángulo, metes hombro y ¡boom!, el otro vuela. Manual, *bro*.

—¿Zack Martin? ¿Tú? ¡Pero si te mueves como una albóndiga congelada cuesta abajo! Lo único que bloqueaste fue la vista del entrenador con tu culo.

—Albóndiga la que le metí ayer a tu madre.

—¿A mi madre? Hermano, a mi madre no la tocas ni en sueños.

—¿Tu madre? Tu madre es tan fea que cuando se hace un selfi, le tiene que pedir perdón al móvil.

—Fea... La tuya es tan gorda que cuando sube a la báscula, sale «por partes».

—¡La tuya es tan vieja que su certificado de nacimiento lo firmó Jesucristo!

Uno de ellos se tira al suelo fingiendo un KO. El otro levanta los puños como si acabara de ganar un combate de boxeo. La carcajada colectiva estalla como una ola. Se empujan, se dan collejas amistosas, se tiran las toallas como si fueran medallas de guerra.

Jason no ríe. Permanece sentado en el banco, justo frente a su taquilla abierta como una gran boca de metal a punto de engullirlo. Se ha quitado las coderas, los guantes, los tacos. Las manos, aún

enrojecidas, se aferran a sus muslos. La cabeza gacha, la espalda arqueada. Todo su cuerpo parece empeñado en desaparecer, en hacerse más pequeño. Una gota le resbala por la mejilla. No es sudor. Se la limpia con rapidez, casi con rabia, porque su equipo sabe que Jason no llora. Porque su equipo necesita que Jason no llore.

Y, sin embargo, lo hace. Se levanta y se coloca frente al lavabo. Lo que el espejo empañado devuelve no es un héroe, sino la imagen borrosa de un juguete roto.

Alguien lanza una toalla al aire y le da en el hombro.

—Eh, capitán —le dice uno de los chicos—. No te rayes. El sábado la rompemos. Contigo al frente.

Jason asiente despacio, sin levantar apenas la vista.

—Sí... el sábado —dice Jason sin convicción—. Lo daremos todo.

Se pone de pie con calma. Se estira los hombros, toma la toalla y se dirige hacia la ducha sin mirar a nadie.

Se encierra en la ducha. Abre el grifo al máximo. El agua cae con furia, golpeando sus hombros, su cuello, su espalda. Apoya las manos en la pared de azulejos blancos y baja la cabeza. El agua le inunda la cara. Las lágrimas se confunden con el chorro. Se queda inmóvil, dejando que la corriente le golpee. En ese pequeño rincón de baldosas puede permitirse, al menos por un instante, no ser Jason Miller: el capitán, el hijo ejemplar, el heredero. Solo un cuerpo temblando bajo el agua caliente.

El chorro de agua le golpea la nuca y despierta un recuerdo que lo arrastra lejos de allí. Tiene diez años y vuelve a casa corriendo, con las manos aún manchadas de grasa y el corazón desbordado de emoción. Lleva la camiseta manchada y una sonrisa que no le cabe en la cara.

—¡Papá! —grita desde el recibidor—. ¡El señor Kowalski y yo! ¡El Mustang! ¡Ya arranca!

Su padre no se inmuta. Permanece sentado en el escritorio. Está revisando documentos, rodeado de papeles subrayados y gráficos en la pantalla del portátil. Levanta la vista solo un segundo.

—¿Ha visto tu madre cómo te has puesto? —dice, sin disimular el desagrado—. ¿Otra vez en el taller de ese hombre?

Jason duda, pero no pierde la sonrisa.

—Sí... ¡Arreglamos el motor! Yo encontré la pieza que faltaba y él me dejó apretarla. Funcionó. ¡Funcionó de verdad!

Su padre deja el bolígrafo sobre la mesa. Se quita las gafas lentamente.

—Jason, escúchame bien —dice, con la voz grave que siempre precede a una lección—: ese tipo de cosas no son para ti. Tú no estás hecho para perder el tiempo entre grasa y herramientas. Eso es trabajo de obreros. De gente sin aspiraciones. Si no te esfuerzas en los estudios, nunca entrarás en una universidad de prestigio. Y sin una universidad de prestigio, jamás llegarás a ser alguien. ¿Lo entiendes?

Jason no responde. Asiente, bajando la cabeza.

—Bien. Límpiate y sube a tu habitación. Ponte a repasar matemáticas. Quiero que estés allí hasta la hora de cenar. En dos horas subiré a examinarte.

Jason cierra el grifo bruscamente. El agua se detiene con un quejido metálico. Y con ella, también el recuerdo. El taller, el Mustang, el rugido del motor y la voz severa de su padre se apagan bajo el goteo irregular de la ducha. Sale envuelto en vapor, la toalla colgando de la cintura, el pecho aún agitado. Cruza el vestuario en silencio, evitando las miradas. La mayoría de sus compañeros ya se ha marchado.

Al llegar a su taquilla, Jason recuerda la clase de filosofía de esa mañana. El profesor Santori caminaba entre las filas con las manos en los bolsillos, hablando de *ananké*, la necesidad, el destino inevitable. «Ni los dioses escapan a ella —dijo—, porque *ananké* no es una opción. Es lo que se impone. Lo que está escrito antes de que tú llegues.» Le pareció exagerado entonces. Un concepto antiguo, ajeno. Ahora no. Ahora entiende que hay destinos que se heredan. Apellidos que dictan lo que debes ser. Rostros que te miran desde la pared como si te hubieran dejado una misión que no se puede rechazar. Que uno nace con una piedra sobre los hombros y aprende pronto que no puede soltarla. Y entonces recuerda a Sísifo, la historia que les contó. La de un hombre condenado por los dioses a empujar una roca enorme hasta la cima de una pendiente, solo para verla rodar colina abajo una y otra vez. Eternamente.

—Camus —dijo Santori— lo convirtió en símbolo del absurdo. Pero también en un héroe. Porque lo trágico no es la condena. Lo trágico es saber que no hay sentido... y seguir empujando.

Jason baja la vista. Ve su casco sobre el banco. Lo coge. Lo sostiene un momento entre las manos. El casco es su roca. Le pesa. Mucho más de lo normal, como si estuviera hecho de plomo. Le vence las muñecas. No es capaz de sostenerlo. Lo deja de nuevo en el banco. Despacio, como quien devuelve algo que quema. Respira hondo y mira al suelo. Luego, sin pensar, coge el móvil. Necesita escapar. Aunque sea por un momento. Aunque sea a una pantalla.

Lo desbloquea con el pulgar y se mete en las redes. Desliza con el dedo, saltando de imagen en imagen. Una historia de uno del equipo marcando abdominales frente al espejo. Pasa. Un selfi en el baño de uno de primero. Pasa. Una chica de clase posando con filtro. Pasa. Desliza rápido, como si el presente se pudiese borrar haciendo *scroll*, pero todo parece una repetición de lo mismo. Hasta que se detiene.

Una imagen capta toda su atención. Una foto publicada por Alex en su cuenta. Está posando con sus tíos en lo que parece una fiesta de cumpleaños griega: mesas llenas, platos rotos en el suelo, banderines azul celeste, una tarta casera y un cartel que dice Χρόνια Πολλά, Θείε Στέφανε! Jason no entiende cómo alguien como Alex puede mostrarse así, sin vergüenza. No buscaba aquella foto. Ni siquiera sigue a Alex. Pero el algoritmo se la pone delante, en bandeja. Es la foto del momento. La que todos están mirando. Y ahora él también.

Los comentarios arden. Parece una competición para ver quién suelta la mayor burrada.

—Bro, ese pastel no es de cumpleaños, es de compensar carencias afectivas.

—Confirmado: Grecia no solo está en crisis económica.

—Esos no son tíos, es el comité olímpico de devorar carbohidratos.

—Nunca vi una camiseta pedir auxilio.

—Y pensar que va al mismo cole que nosotros... ¿Quién lo dejó entrar? ¿El Ministerio de Inclusión?

—Literalmente, vomito viendo esa foto.

—Alex, la Virgen de Fátima, aún esperando su primer beso desde 2006.

—Viendo esta foto me queda claro que no solo es virgen: es inmune al deseo humano.

Jason pulsa «comentar» Esta competición sí puede ganarla. Sabe cómo hacer daño. Las palabras que empieza a teclear, una a una, no dicen mucho. Pero juntas... juntas son de una crueldad quirúrgica. Terrible. Una puñalada con bisturí, directa al corazón. Y lo peor es que lo sabe. Y, aun así, las escribe.

—Ni las ratas follarían contigo. Vuelve a tu país, gordo de mierda.

Cuando termina, se queda mirando la pantalla. Lee lo que ha escrito. Una vez. Otra. Una tercera. Si eso llega a los ojos de Alex, no solo lo va a humillar, lo va a destruir. Después de eso, quedará manchado para siempre. Nadie volverá a mirarlo igual. Ni hablarle igual. Alex no querrá volver. Ni al aula, ni al comedor, ni a ese pasillo en el que rompió la foto de su abuelo. Lo sabe. Y no le importa. Siente un chute de adrenalina en el pecho. Algo parecido al placer: poder. El dedo le tiembla cuando pulsa «enviar». Una vibración recorre su cuerpo. Como si acabara de cruzar una frontera. Y entonces, lo oye. Un susurro. Leve. Una voz que no viene de fuera, sino de muy dentro.

Una voz conocida. Familiar.

«Esto no está bien.»

Pero esa voz es débil. Demasiado débil. Apenas un eco lejano. Otra, más fuerte, la aplasta al instante. Late como un tambor de guerra. Le dice que se lo merece. Que la compasión es para los débiles. Que los espartanos no olvidan ni perdonan. Esa sí la escucha. La que clama justicia. ¿O quizá sea otra cosa?

Cuando sale del vestuario, el coche negro, impecable, lo espera frente a la entrada. Siempre en el mismo sitio. Dentro, su padre. Mano izquierda en el volante, el reloj ajustado al milímetro. Jason se mete en el coche y cierra la puerta sin hacer ruido. Durante unos segundos, no pasa nada. El motor sigue apagado. Su padre mira al frente. Ni una palabra. Ni un gesto. Solo el clic metálico del reloj al girar sobre su muñeca. Jason se remueve un poco en el asiento. Mira de reojo, luego al retrovisor. El parking está casi vacío.

—Lo de hoy —dice por fin su padre, sin mirarlo— ha sido lamentable.

Jason quiere decir algo, pero no encuentra las palabras.

Inspira. Abre la boca. La cierra.

—Ni un pase limpio. Ni una orden clara. Me ha dado vergüenza verte ahí fuera.

Jason aprieta las manos sobre las rodillas.

—Estoy... —empieza, pero no acaba.

Su padre gira levemente la cabeza, lo justo para dejarle claro que no le interesa nada de lo que su hijo tenga que decir. Silencio. Pulsa el seguro de la puerta. El clic suena como una sentencia.

—Bájate.

Jason lo mira, sin entender.

—Vete a casa andando.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

Jason tarda un segundo en reaccionar. Luego abre la puerta con torpeza. Sale. Cierra sin fuerza. El coche arranca al instante. Jason se queda en medio del asfalto. Y el parking está completamente vacío. Echa a andar. Las zapatillas levantan polvo del arcén. La mochila pesa más de lo que debería. Camina sin mirar atrás. A lo lejos, se oye un motor. Un coche se aproxima y se detiene a su altura. Zack lo mira desde el asiento del conductor. Tiene una mano en el volante y la otra apoyada en la ventanilla, con esa cara de imbécil que lo caracteriza. Ha visto todo desde el aparcamiento. Ambos lo saben, aunque ninguno de los dos lo admitirá.

—¿Preparando el Camino de Santiago? —pregunta con media sonrisa.

Jason se encoge de hombros sin dejar de andar. Zack se inclina hacia el asiento del copiloto y abre la puerta desde dentro.

—Súbete, Forrest Gump. Deja de hacer chorradas. Ahora lo que tienes que hacer es descansar. Tienes que cuidar ese cuerpo. Todos dependemos de ti.

Jason duda. Solo un segundo. Luego lanza la mochila al asiento de atrás y se deja caer junto a su amigo. El coche arranca. Avanzan unos metros. Zack pone música. Nada concreto. Solo ruido. Ruido cómodo.

—¿Tus piernas bien? —pregunta Zack sin mirarlo.

—Mejor que mi orgullo —responde Jason. Y se arrepiente en cuanto lo dice.

Zack asiente, como si no lo hubiera escuchado. Pero lo ha hecho.

Y por eso no dice nada.

—El campo, el sábado, va a estar a reventar —dice Zack, al cabo de unos segundos—. Los de primero están haciendo una pancarta enorme. Me la enseñaron hoy: «*In Jason we trust*».

Jason fuerza una sonrisa. Zack no responde. Jason añade, más bajo:

—A veces pienso en dejarlo todo.

Zack tarda en contestar. Luego suelta, sin mirarlo:

—A veces yo también pienso que eres idiota. Pero se me pasa.

Jason ríe. Justo lo que Zack quería oír.

—Idiota funcional —murmura.

—A ratos —dice Zack, abriendo una botella de agua. Se la pasa sin decir palabra. Jason la acepta, bebe, y la devuelve.

—Gracias, Zack, en serio.

Zack lo mira de soslayo.

—¿Qué pasa? ¿Es que ahora somos novios? Ven, dame un besito.

Le agarra la nuca teatralmente, como si fuera a besarlo. Jason se aparta entre risas.

—¡Para, maricona!

Estallan en carcajadas. Durante unos segundos, el coche es solo eso: dos amigos riéndose a carcajadas de una estupidez. Sin

entrenadores. Sin padres. Sin nada más que el alivio de sentirse idiotas juntos.

Jason se gira hacia la ventanilla con media sonrisa. Y entonces, lo ve. Un coche pequeño, viejo, con una pegatina de Αθήνα 2004 en la luna trasera. Dentro, Alex. Conduce encogido sobre el volante. Jason se tensa.

—Es él —vocifera, sin apartar la vista—. Es ese puto cerdo griego.

Zack gira la cabeza. Lo ve. Una sonrisa lenta, cómplice, se le dibuja en los labios. Jason se endereza en el asiento.

—Síguelo.

Zack lo mira de reojo. Pisa el acelerador. El motor responde. El coche se lanza tras Alex. Jason observa el coche como si pudiera atravesarlo y entonces lo dice.

—Voy a destrozarte la vida.

El robo del caduceo

Alex aparca la vieja tartana de su tío junto a unas farolas que aún no se han encendido. El *daemon*, encaramado al salpicadero como un gato impaciente, le señala con un gesto su objetivo: un edificio frente a ellos, una mole de hormigón que parece diseñada para violar cada principio fundamental de la estética. La entrada no decepciona: dos columnas falsas, pintadas en un dorado histriónico, sostienen un pórtico grotesco que intenta imitar la arquitectura griega, pero evoca más bien un burdel temático de Las Vegas. En el friso, brillando con desvergüenza, puede leerse: «Empeños a lo bestia». Un Partenón de extrarradio.

—¿Cómo es el caduceo? —pregunta Alex, sin quitar la vista del edificio.

—Una vara de olivo, dos serpientes enroscadas y un par de alitas en la punta —responde el *daemon*, con tono de quien ha contado esta historia demasiadas veces—. Zeus se lo dio a Hermes cuando lo nombró mensajero oficial del Olimpo, para que pudiera viajar a la velocidad de la luz. Y, cuando los planetas se alinean de cierta manera, el caduceo hace algo más que correr como un rayo: abre un portal en el espacio y el tiempo.

Se reclina contra el cristal y mueve la cola lentamente, como si se abanicara con ella, y luego añade:

—Dicen que, en cierta ocasión, Hermes usó el palitroque para separar a dos serpientes que se estaban zurrando. Y en lugar de morderle, los bichos decidieron enroscarse a la vara y quedarse ahí,

como símbolo de la neutralidad del mensajero de los dioses en cualquier disputa.

El *daemon* lo mira de soslayo, y al notar que ha captado su atención, baja la voz y deja que su acento se tiña de amenaza.

—Pero ya te lo digo yo: neutralidad mis cojones. Hermes lleva siglos compinchado con Ares. Se dedican a derrocar democracias, imponer gobiernos autoritarios y forrarse con el caos. —Hace una pausa, y pregunta de pronto, sin apartar la vista del edificio—: ¿Conoces la doctrina del *shock*?

—No —responde Alex, encogiéndose de hombros—. Pero apuesto a que me la vas a contar igual.

El *daemon* chasquea la lengua, satisfecho.

—Veo que aprendes rápido. Naomi Klein lo explica de maravilla: el truco de Hermes es provocar —o aprovechar— una buena catástrofe. Una guerra, una pandemia, un atentado, una crisis financiera... cualquier cosa que sacuda al pueblo hasta dejarlo grogui. Lo importante es que estén confundidos, aterrados, paralizados.

Hace un gesto amplio con la garra, como quien despliega un tablero de ajedrez.

—Y justo en ese momento, llegan ellos: los tecnócratas, los salvapatrias, los genios del recorte. Te hablan de reformas, pero lo que hacen es vender tu casa pieza por pieza: privatizan la salud, la educación, la luz, el agua, el aire si los dejas. Recortan derechos y te lo venden como modernización...

Se reclina con un suspiro hondo y escupe con desprecio:

—Hermes no es solo el dios de los mensajeros. También lo es de los comerciantes, los mentirosos... y los ladrones. El caduceo no es un símbolo de paz. Es su licencia para robar.

—Parece un tipo peligroso —murmura Alex.

—¿Sabes lo que hizo nada más nacer? Le robó el ganado a Apolo. Recién salido del útero, el cabrón se escapó de la cuna, caminó hacia Tesalia, escondió sus huellas... ¡y se llevó cincuenta vacas como si tal cosa! Cuando Apolo fue a reclamarle, puso cara de santo y hasta le compuso una canción con una lira. Siempre con una sonrisa, con un chiste a punto. Pero debajo de ese sombrero de trilero se esconde uno de los seres más retorcidos del Olimpo. Hermes no entra con tanques. Entra con un contrato. Y cuando te das cuenta, ya te ha hipotecado el alma.

Alex guarda silencio unos segundos. Observa el edificio, como si pudiera atravesar con la mirada las paredes y ver a Hermes al otro lado.

—¿Y aun así vamos a robarle?

El *daemon* se incorpora sobre el salpicadero como si estuviera en la proa de un trirreme. Sus ojos reptilianos brillan con un fuego azul. Levanta una garra y su voz adquiere el tono de un estratego antes de la batalla:

—¡Claro que sí, muchacho! Le robarás a un ladrón, y no a cualquiera: al maestro del saqueo. Robarle a Hermes su caduceo es hacer justicia poética. Es desarmar al enemigo con su propio símbolo. ¡Esto no es un robo cualquiera, Alex! Es un acto de resistencia. Un homenaje a Prometeo.

Alex lo mira desconcertado.

—¿Cómo que «le robaré»? Pensaba que eso lo hacías tú.

—Ay, criatura... Ojalá. No hay nada que me dé más gustico que robarle a un ladrón. Pero no funciona así. Soy un *daemon*. Los humanos no me ven, salvo tú. Los dioses, en cambio, me tienen más que fichado. Si cruzo esa puerta, Hermes huele el pastel antes de que pise el felpudo.

Posa una de sus garras en el hombro de Alex.

—Y, además, esta misión necesita algo que yo no tengo: torpeza humana. Inseguridad, cara de cordero degollado, esa expresión tuya de perdedor. Inspiras lástima, Alex. Y la lástima es el mejor camuflaje.

—¡Sin faltar!

—Venga, no te pongas digno. Repasemos el plan: entras con la excusa de buscar un regalo para tu querida Tomasa...

—Amanda.

—Sinceramente, te pega más Tomasa, aunque tratándose de encontrarte una novia tampoco es que tengamos muchas opciones.

—¡Vale ya de faltar, joder!

—Lo siento, va en el paquete. Es parte de mi encanto. Escucha: entras, charlas un poco, sueltas cuatro frases de cuñado ilustrado, lo haces sentir especial y... si se da la ocasión, le birlas el palito. Fácil.

Se detiene, le toma por los hombros y le clava la mirada.

—Pero ojo: no basta con repetir lo que quiere oír. Tienes que parecer uno de los suyos. Que en ti reconozca su misma podredumbre ideológica. El objetivo es que se confíe. Que baje la guardia. Y entonces... zas.

El *daemon* junta las puntas de los dedos como quien cierra un pacto.

—¿*Capisci*? —pregunta mientras sacude una garra, teatral, como un miembro respetable de la Cosa Nostra.

—*Capisci* —responde Alex, abriendo la puerta del coche. Sale con paso firme, se sube la capucha y camina hacia la entrada de la tienda.

El *daemon* lo observa alejarse y deja escapar una frase, casi con ternura:

—Que Atenea te ampare.

Alex cruza la puerta y lo recibe un zumbido de fluorescentes viejos. El aire huele a nostalgia mal ventilada. A ambos lados, hileras de vitrinas y mesas desbordan de objetos que parecen salidos de un sueño febril de Dalí: una máquina expendedora oxidada, una armadura samurái con la pintura descascarillada, un anillo de la Super Bowl, un cuadro atribuido —quién sabe si con razón— a Picasso, una pistola de pirata con empuñadura de marfil, una batería firmada por Stevie Wonder, una guitarra que podría haber pertenecido a Johnny Cash, un tiovivo desmontado, y más allá, un océano de relojes antiguos, joyas empañadas, discos rayados y libros con polvo de otra época. Sus ojos se detienen en un libro encuadernado en cuero dorado, con inscripciones que parecen runas vikingas o algún alfabeto olvidado. Extiende la mano. Está a punto de abrirlo, cuando una voz grave y seca lo interrumpe desde algún rincón entre las sombras:

—¿Qué buscas, chico?

Alex da un respingo y retira la mano del libro como si quemara. La voz, surgida de entre las vitrinas, le hiela la nuca. Una figura emerge entre los pasillos. Viste de negro riguroso, con una camisa de lino abierta hasta el pecho, donde relucen varios cordones de oro trenzados como serpientes. Lleva botas tejanas, un sombrero de paja toquilla ladeado con estudiado descuido y un puro sin encender en la comisura de los labios. En cada dedo, un anillo ostentoso, cada uno coronado por una piedra diferente.

—Tranquilo, muchacho —dice, alzando una mano con cortesía—. No te asustes. Mira lo que quieras. Estás en tu casa. Bienvenido al templo del comercio. Aquí todo tiene un precio.

Alex asiente con torpeza, incómodo, y coge de nuevo el libro sin atreverse a responder. El viejo lo observa unos segundos, con una sonrisa torcida que no deja claro si se burla o examina.

—¿No saludas? ¿O eso ya no se lleva entre los jóvenes?

Alex reacciona al instante, titubeando al hablar, como si las palabras se le resbalaran de la lengua.

—Perdón. Buenas tardes... Me llamo Alexandro.

—Alexandro... nombre de emperador. Me gusta. Por aquí todos me llaman el viejo. —Hace una leve inclinación, casi una parodia de cortesía—. Bienvenido al paraíso de la libertad: aquí puedes comprar o vender lo que te dé la gana, sin moralinas, sin intermediarios y sin Estado que meta la nariz.

Da una calada al puro. Aspira con parsimonia. Exhala despacio.

—Y bien, emperador... ¿vienes a comprar o a vender?

—A comprar —responde Alex, con la voz un poco más firme—. Quería algo especial para mi novia. Es nuestro aniversario.

El viejo entrecierra los ojos, como si evaluara el peso de cada palabra. Da un par de pasos hacia Alex y se inclina levemente sobre el mostrador. El humo del puro le envuelve la cara como una neblina espesa ocultando sus intenciones. De pronto, suelta una carcajada ronca que hace vibrar el cristal de una vitrina cercana.

—Bien pensado, chico. Ahora es cuando hay que invertir en ellas, cuando aún tienen las carnes prietas. —Le guiña un ojo que no deja claro si está bromeando o probando hasta dónde puede tensar la cuerda—. Pero no lo olvides: dentro de unos años, empieza a guardar algo para las amantes. Es ley de vida.

Da una palmada seca sobre el cristal, haciendo temblar los relojes que hay en su interior. Alex fuerza una sonrisa.

—¿Tienes algo en mente o prefieres dejarte seducir por el azar? —pregunta el viejo, girando sobre sus talones con una agilidad inesperada y echando a andar por lo que parece un templo consagrado a sus propios vicios—. Aquí hay reliquias, recuerdos y basura disfrazada de tesoro. Justo como en la vida.

Camina sin prisa. Sus pasos suenan huecos. Se detiene frente a un expositor cerrado, uno de los pocos que está bajo llave, y apoya la mano encima. El silencio se alarga un segundo más de la cuenta. Luego gira la cabeza, apenas unos milímetros.

—A veces, las piezas más valiosas no se muestran. Hay que saber pedirlas —dice, y sus ojos, por fin visibles entre el humo, brillan. La tienda, de pronto, ya no parece tan grande.

Alex asiente con una sonrisa prudente. Intenta parecer sereno, pero su mirada delata la urgencia: se mueve más rápido que sus pies, escaneando cada vitrina. Busca algo que encaje con la descripción del *daemon*: una vara, dos serpientes, unas alas. Hermes camina a su lado con las manos enlazadas a la espalda, dejándole espacio pero sin perderlo de vista. Habla con soltura, como quien disfruta oyéndose.

—Dicen que el valor de las cosas lo decide el deseo, no la utilidad —musita con voz baja, como si revelara un secreto alquímico—. Por eso un cromo de béisbol puede costar más que una joya antigua. O una mentira más que una verdad. Platón ya lo sabía: la mentira, si es buena, ordena. Domestica. Sirve para gobernar a los idiotas.

Alex pasa junto a una estantería cargada de armas oxidadas, muñecas de porcelana, huesos tallados y frascos con etiquetas ilegibles. Nada. Solo ruina decorativa.

—¿Y qué tipo de chica es tu novia? —pregunta el viejo de repente, girando apenas la cabeza.

—Es... especial —improvisa Alex—. Le gustan las cosas únicas. Con historia. Con alma.

—Ah, alma. —Hermes sonríe, mostrando unos dientes sorprendentemente blancos—. Entonces estás en el lugar adecuado. Aquí todo tiene alma. Algunas incluso siguen respirando.

Hermes no se despega de él. Su sombra se proyecta larga, oblicua, como si lo persiguiera por delante.

El estómago le da vueltas. El sudor le recorre la columna. Finge interés por una lámpara *art déco* de brazos oxidados, un casco de boxeo firmado por alguien, ilegible, una colección de dedales que parecen reliquias de una maldición. Pero sigue sin ver nada. El momento aún no llega.

Hermes se detiene frente a un reloj de pie. Deja de hablar. Lo observa en silencio. Su rostro, hasta entonces desenfadado, se endurece. El péndulo está inmóvil.

—Ya se ha vuelto a parar —dice, con desagrado—. Siempre a la misma hora.

Da media vuelta y regresa al mostrador. Abre la caja registradora y comienza a hurgar entre monedas y papeles. Extrae una pequeña llave dorada. La sostiene un instante en el aire, brillando como un diente de sol, y luego regresa al reloj. Se agacha, encaja la llave en una rendija oculta del mecanismo y empieza a darle cuerda. Cada giro emite un chasquido sordo, mecánico.

A Alex, desde su posición, le parece ver algo entre los compartimentos de la caja registradora. Un objeto alargado. Dorado. Semioculto bajo un revoltijo de recibos arrugados y fajos de billetes con esquinas dobladas. Pero no es el brillo metálico lo que lo atrae. Es otra cosa. Ese objeto no refleja la luz: la emite. Una claridad interna, densa, que vibra. Un resplandor que no ilumina, late. El corazón de Alex responde con un sobresalto. Entonces suena un pitido. Hermes saca un teléfono del bolsillo interior, lo revisa con fastidio y contesta.

—Disculpa, esto no me llevará nada —dice mientras se aleja—. Enseguida vuelvo contigo.

Camina hacia la trastienda y cruza la puerta. La cierra tras de sí con un clic suave, definitivo.

Alex da la vuelta al mostrador. Pero sus dedos se detienen un instante cuando está sobre la caja. ¿Y si el *daemon* miente? ¿Y si esto es una trampa, y al meter la mano, no vuelve a sacarla? Un sudor frío le recorre la espalda. No hay tiempo, y el silencio pesa más que el miedo. Respira hondo. Abre la caja del todo. Ahí está. La vara. La coge. Pesa. Tiene brillo. Tiene el tacto frío del metal y la forma justa para parecer sagrado. Durante un segundo, Alex cree que alguien lo está mirando. Se gira, pero no hay nadie. Tampoco hay serpientes. Ni alas. Solo una estilográfica antigua, recargada hasta la caricatura. Una punzada de decepción le sube al pecho.

Está dejando el objeto en su sitio cuando una voz corta el aire:

—¿Qué haces ahí, chico?

Se queda congelado. Hermes está detrás.

Alex se gira de golpe. Reacciona por puro instinto: abre la vitrina más cercana, mete la mano y saca lo primero que toca. Una especie de cilindro metálico con formas extrañas.

—¡Perdón! Vi esto y pensé que podía ser el regalo perfecto para Amanda...

Hermes se acerca. Observa lo que tiene en las manos.

—¿Vas a regalarle un consolador de principios de siglo a tu novia? —Suelta una carcajada breve, cortante—. Eres un romántico, chaval.

Alex intenta responder con otra risa, pero se le queda atrapada en la garganta. Aun así, consigue articular una frase más o menos convincente:

—Tiene... gustos peculiares.

Hermes no dice nada. Lo observa, en silencio, calibrando. Luego da un paso atrás, sin borrar la sonrisa, pero sin apartar la mirada.

—Aquí se pregunta antes de tocar —dice—. No todo en esta tienda se deja manosear sin permiso. Igual que tu Amanda, ¿eh?

Alex asiente, aún con el consolador entre los dedos. Se obliga a mantener el tipo. Solo cuando Hermes se gira y vuelve a internarse en los pasillos, puede respirar con alivio.

Alex deja el objeto en la vitrina. Las manos aún le tiemblan. Tiene que reaccionar. Ganar tiempo. Hacerse el simpático. Cumplir el plan. Sigue a Hermes a una distancia prudente, todavía procesando lo cerca que ha estado de arruinarlo todo.

—Oiga... —empieza, con voz algo forzada—. Me ha gustado lo que ha dicho antes. Lo de que aquí uno puede comprar sin moralinas.

Hermes se detiene. Se da la vuelta con una ceja alzada. Le da una calada al puro.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es lo que te ha gustado, exactamente?

Alex traga saliva y recuerda las instrucciones del *daemon*. Piensa en las palabras clave.

—No sé... todo ese rollo de la libertad. De que cada uno haga con su dinero lo que quiera. Que el Estado no meta la mano.

Hermes entorna los ojos. El puro le cuelga de la comisura del labio como una sonrisa torcida.

—Ajá... —dice—. Me estás empezando a caer bien, chaval.

Alex respira hondo. El anzuelo está echado.

—Vivimos en un mundo blandito —añade Alex, tanteando el terreno—. Ya no se puede decir nada sin que alguien se ofenda.

Hermes lo escucha sin interrumpir. Asiente apenas, como quien ya se sabe el guion pero disfruta oyéndolo en boca ajena.

—La igualdad está sobrevalorada —prosigue Alex, más seguro—. La naturaleza no es igualitaria. Algunos nacen para mandar, otros para obedecer.

Hermes suelta una carcajada seca, sin apartar la mirada.

—Tienes madera, chico. ¿Y dices que eso lo aprendiste en el instituto?

—No precisamente —responde Alex, encogiéndose de hombros—. Allí solo nos repiten ideología *woke*. Pero he aprendido a pensar por mí mismo, a informarme por otras fuentes. Dígame, ¿cuándo ha funcionado eso de poner a todos al mismo nivel? Lo justo es que cada uno llegue tan lejos como se lo gane.

—La meritocracia... —dice Hermes, con una sonrisa que se afila—. Una palabra hermosa. Llena de posibilidades que los borregos no entienden. Pero tú pareces comprenderla bien.

Alex finge modestia, aunque por dentro nota cómo se le tensa el estómago. Lo está consiguiendo.

—El mayor enemigo de la excelencia es la igualdad —añade—. Premiar al que no se esfuerza, castigar al que brilla... así se hunde un país.

Hermes da un paso más. Ya no sonríe solo con los labios, sino también con los ojos.

—Estás diciendo cosas muy sensatas, Alexandro. Me alegra ver que aún queda gente que no ha tragado con todo ese discurso progre de papel mojado. Igualdad, inclusión, democracia... ¡Bah! Palabras vacías para adormecer a las masas.

Se gira. Camina unos pasos. Se detiene.

—¿Sabes qué pasa, chico? Que los débiles se han organizado. Y ahora quieren hacernos sentir culpables por ser fuertes.

Hermes avanza entre las vitrinas mientras habla. La adulación de Alex lo alimenta como gasolina. Cada frase le sale más alta, más cargada, más incendiaria.

—El mundo se ha llenado de víctimas profesionales. Gente que no produce, no arriesga, no construye... pero exige. Exige respeto, exige derechos, exige cuotas. ¿Y sabes qué? Les damos todo.

Porque nos han hecho creer que debemos pedir perdón por destacar.

Alex lo sigue con cuidado. No dice nada. Asiente, repite algún «claro» o «tiene razón» aquí y allá, pero sus ojos ya no están en Hermes. Están en los estantes. En cada rincón de ese caos ordenado donde puede esconderse el caduceo.

—La democracia está agotada —sigue Hermes—. Ya no sirve. Demasiada gente opinando, decidiendo, bloqueando. ¿Y mientras tanto? El mundo real avanza. Las crisis se multiplican. Pero ellos continúan ahí: debatiendo en comisiones, votando en asambleas...

Hace una pausa. Se inclina hacia Alex con tono confidencial.

—Carl Schmitt lo vio claro —dice—. En tiempos de excepción no necesitamos debates. Necesitamos decisión.

Alex frunce el ceño.

—¿Quién?

—Carl Schmitt. Un pensador de verdad. Seguro que no te lo han explicado en clase, ¿eh? Prefieren hablarte de Rousseau, de igualdad, de buenismo democrático... pero cuando llega el caos, los que mandan de verdad son los que deciden. No los que votan.

Alex aprovecha para examinar una caja de madera labrada. Vacía.

—Necesitamos líderes —dice Hermes, alzando la voz—. Hombres fuertes. Que manden sin pedir permiso. Como antes. Como debe ser. Mira a los grandes: Google, Tesla, Amazon... ¿Funcionan como una democracia? No. Tienen un jefe. Una visión. Una dirección.

Alex le sigue el juego.

—Un CEO para la sociedad.

Hermes se vuelve hacia él con brillo en los ojos, como si acabara de escuchar una revelación.

—Exacto. Un CEO. Un emperador. Un nuevo César.

Alex asiente. Su mirada acaba de detenerse en algo. Un baúl de cuero, oscuro, con un detalle grabado en la tapa: dos figuras serpentinas entrelazadas, apenas visibles bajo la pátina del cuero. No hay alas. No hay vara. Pero el patrón es familiar. Demasiado. No parece estar ahí por azar. Está encajado entre una radio antigua y una escafandra oxidada, como olvidado a propósito.

Hermes está de espaldas, absorto en su propio discurso, gesticulando con la mano libre mientras sostiene el puro apagado con la otra.

—Roma cayó por exceso de democracia —proclama—. Cuando todos hablan, nadie manda. Por eso Julio César hizo lo que había que hacer. ¡Y mira el resultado! Auge, poder, orden. Hasta los dioses respetaban al Imperio.

Alex se agacha junto al baúl. Comprueba que Hermes sigue sin mirar. El cierre es un puzle: placas de nácar que se desplazan en canales ocultos. Nada común. Nada decorativo. Esto guarda algo.

—La historia se repite, Alexandro. Siempre. Primero la decadencia, luego el caos. Y del caos... nace el líder.

Alex encaja una pieza. Luego otra. El mecanismo cede. Hermes continúa de espaldas, bramando:

—Estamos al borde del abismo. Se viene abajo todo: los valores, la economía, la identidad. Y cuando eso pasa, los hombres de verdad actúan. No piden permiso. No consultan. Actúan.

Clic. El baúl se abre. Alex contiene el aliento. Dentro, solo un fondo de terciopelo desgastado. Lo observa unos segundos, como si aún pudiera materializarse algo. Pero no. No hay vara. No hay serpientes. No hay caduceo. Solo vacío. Se le acaba el tiempo. Ya no sabe qué más decir para mantener distraído a Hermes, ni dónde seguir buscando. Siente su presencia detrás. Hermes no tarda en

girarse. Lo está mirando con otros ojos. Está empezando a sospechar. La misión ha fallado.

La voz atronadora de Hermes irrumpe de nuevo:

—¿Pero tú a qué venías? ¡Ah, sí, tu novia! Se me había ido el santo al cielo con la charla.

—No se preocupe. Me encanta escucharle —responde Alex, con una sonrisa forzada.

—Y a mí hablarte, pero los negocios son los negocios.

—Mi tope son cincuenta dólares —dice Alex, improvisando.

—¡Con ese presupuesto no llegas ni a tercera base!

Hermes estalla en una carcajada, como si la conversación le diera el mejor regalo del día. De pronto, alza la mano y le suelta a Alex una palmada en la espalda contundente. El golpe lo pilla desprevenido. Alex da un paso en falso hacia delante, intentando recuperar el equilibrio. Al volver la vista, lo ve: el llavero de Hermes se ha soltado del cinturón y cae al suelo. La risotada del dios ahoga el sonido. Hermes sigue riendo, completamente ajeno a lo que acaba de perder.

Junto al zapato de Alex, entre las llaves esparcidas, destaca un objeto dorado. Alargado. De unos quince centímetros. Un mango cilíndrico. Alas diminutas. Dos serpientes entrelazadas. Alex lo cubre con la suela sin hacer ruido.

—Póngase en mi lugar —dice, manteniendo el pulso—. Seguro que usted también fue joven. Tenga compasión de mis hormonas. ¿De verdad no tiene nada por ese precio?

Hermes resopla y lo mira con simpatía renovada.

—Me has caído bien, chaval. Los de nuestra cuerda tenemos que ayudarnos. Espera aquí, voy a ver si en la trastienda tengo algo que encaje con tu presupuesto.

Lo que ve le congela la sangre. Las serpientes están vivas. Doradas, afiladas, enroscadas al bastón como si respiraran por los ojos. Una de ellas los abre de golpe y los fija con una mirada que quema. La otra se alza de forma brusca, tensa el cuerpo como una cuerda y suelta un siseo violento, seco, que le eriza la piel. Alex se quita la chaqueta a toda prisa y la lanza sobre el objeto. Las serpientes se agitan con furia bajo la tela, golpean, forcejean, intentan zafarse. Él las envuelve como puede, las aprieta contra el pecho, hace un bulto con la prenda.

Desde el fondo de la trastienda, la voz de Hermes:

—Por cierto, chico... ¿cómo decías que se llamaba tu novia?

Alex tarda una fracción de segundo en reaccionar.

—Samanta —espeta, sin pensar.

En cuanto la palabra sale de su boca, sabe que ha fallado. No quiere saber si Hermes se ha dado cuenta. No quiere confirmar lo que ya teme. Echa a correr. Cruza la tienda, empuja la puerta con el hombro y sale disparado hacia el coche.

Las llaves le resbalan de los dedos. Vuelve a intentarlo. Abre. Entra. Tira la chaqueta sobre el asiento del copiloto. Mete la llave. Gira. El motor ruge. Las serpientes también.

Hermes sale de la trastienda con una caja pequeña entre las manos, envuelta en papel de estraza y sujeta con un cordel. Tiene una sonrisa todavía fresca en la cara.

—Mira lo que he encontrado, chaval... —empieza a decir, alzando la voz.

Pero no hay respuesta. Hermes frunce el ceño. Avanza un paso, observa la tienda.

Vacía. La sonrisa se le borra lentamente. Deja la caja sobre el mostrador, muy despacio. El humo del puro sube en espiral. Se lleva la mano al cinturón. El llavero ya no está. Da una última calada al

puro. El humo se enrosca como dos serpientes doradas. Luego se disipa.

El coche da un bandazo al tomar la primera curva. Alex aprieta el volante con fuerza. Apenas puede respirar.

—¡Lo tienes! —grita el *daemon* desde el salpicadero, dando saltos como un lagarto endemoniado—. ¡Lo tienes, lo tienes, lo tienes! ¡Hermes va a mear cobre durante un siglo!

Alex no responde. Tiene los ojos fijos en la carretera, las manos empapadas, el corazón en la garganta.

—¡No me lo creo! ¡Eres un ladrón legendario, un Prometeo de extrarradio! ¡Le has birlado el caduceo al mismísimo repartidor de Zeus!

De pronto, desde la chaqueta hecha un ovillo en el asiento del copiloto, se escucha un siseo furioso. Y luego, palabras. Dos voces, idénticas pero enfrentadas:

—Esto es culpa tuya. No hiciste nada para evitarlo.

—¿Perdona? ¡Fui yo la que intentó morderle el tobillo!

—Pues muy flojo lo debiste hacer, porque ahora estamos secuestradas por un adolescente sudoroso.

—¡Lo dices tú, que te quedaste más tiesa que un *souvenir* de aeropuerto!

—¡Estaba procesando la situación! ¡Todo esto es muy traumático para mí!

—¡Estabas posando!

—¡Víbora!

—¡Lagarta!

La chaqueta tiembla. Las voces se solapan, se escupen veneno. El *daemon* se incorpora, con los ojos encendidos en un fuego azul.

—¡Basta! —ruge—. Como no os calléis ahora mismo, os lanzo por la ventanilla y terminái s como tiradores de cortina en un motel de

carretera. ¿Entendido?

Las serpientes callan de golpe. Una respira hondo. La otra carraspea.

—Tampoco hacía falta ponerse así —murmura una—. Que seamos de sangre fría no significa que no tengamos corazón.

—¡Shhhhhhh! —estalla el *daemon*, con un espasmo de desesperación.

Silencio. Un par de siseos contenidos. Luego, muy bajito:

—Vale. Me callo.

—Yo también. Trato de no hablar. Por ahora.

—Pero conste que eres una zorra sin principios.

—Y tú un pelo púbico de Medusa.

—¡SHHHHHHHH!

El *daemon* se deja caer sobre el salpicadero, exhausto.

—Imposible —gruñe—. Tenemos que usar el caduceo pronto, o estas dos nos funden la cabeza.

Alex sigue conduciendo, con la mirada clavada en la carretera, pensando que quizá la cabeza ya la ha perdido. Que el mundo ordinario que conocía ya no existe. O que solo era un trampantojo que ocultaba una realidad extraordinaria, donde serpientes doradas se ofenden por los insultos de un ancestral espíritu griego.

—¿Y ahora qué? —pregunta Alex.

El *daemon* sonríe, recuperando el brillo en los ojos.

—Ahora, colega... ahora empieza el verdadero desastre.

La puerta del espacio-tiempo

—Nos siguen —dice el *daemon*, con la voz tensa y los ojos clavados en el retrovisor—. Coche rojo. Hace cinco manzanas que lo tenemos pegado al culo.

Alex aprieta el volante con fuerza. No pregunta quién. Lo sabe.

—¡Hermes! ¡Nos ha pillado! ¡Estamos muertos!

—No seas dramático, yogur caducado. Si fuera Hermes, ya estaríamos convertidos en estatuas ornamentales en el jardín de Ares.

Hace una pausa y se deja caer contra el asiento, imaginando la escena con delectación.

—Yo sería una preciosidad en mármol, con pose heroica, mentón al viento y un cartelito a los pies: «*daemon* descansando». Y tú... tú serías un fauno fondón o un sileno con cara de estreñido. Ares te colocaría al lado del retrete, para que hicieras compañía a los visitantes del baño.

Alex se revuelve en el asiento. Sus manos empapadas resbalan sobre el volante. Mira por el retrovisor. El coche rojo sigue ahí. Cada vez más cerca. El corazón le late en las sienes.

—¿Puedes...? —empieza, pero se traga la frase. Apretuja el volante. Vuelve a mirar el retrovisor. El coche rojo le pisa los talones. El sudor le cae por la espalda como un hilo de hielo.

El *daemon* sigue con su discurso estético, encantado de oírse. Alex no responde. El ruido del motor le zumba en el cráneo. Un pitido lejano. Frenos. Semáforo. Luz roja. Aprieta los dientes.

—¿Puedes centrarte, por favor? Creo que tenemos problemas un poquito más urgentes que mi potencial como estatua.

—Ya, ya... pero una cosa no quita la otra. El horror estético también es una forma cruel de tortura.

El coche rojo continúa a distancia, sin hacer movimientos bruscos. Como un depredador que sabe que la presa está acorralada.

—¡Te dije que era un mal plan! ¡Robarle al dios de los ladrones! ¡Qué idea brillante! ¡Como robarle la motosierra al malo de *Viernes 13*!

—Y, sin embargo, aquí estás, vivito y conduciendo. Aunque mal.

Desde el asiento trasero, un siseo los interrumpe. Las serpientes se retuercen como si la discusión las hubiera despertado de golpe.

—¡Nos va a caer una bronca monumental! —se lamenta una de ellas—. Hermes nos va a fundir. Ya me estoy viendo convertida en la hebilla de su cinturón.

—Nos lo merecemos —dice la otra en un tono de resignación—. Nos hemos dejado raptar por un adolescente con olor a desodorante barato y ansiedad.

—¡Yo me resistí! ¡Fui yo la que se revolvió! Tú ibas tan pancha, como si te sacasen de excursión.

—No tenía información suficiente. Estaba evaluando la situación.

—¡Estabas disfrutando del secuestro! ¡Te excita que te toquen, guarra!

—¿Guarra yo? ¡Guarra tú, que te enroscas al primer palo que encuentras!

—¡Guarra tú, que te dejaste acariciar por un sacerdote calvo en los Misterios de Eleusis!

—¡Era una ceremonia sagrada!

—¡Sagrada mis cojones! ¡Lagarta!

—¡BASTA! —ruge el *daemon*, girándose de golpe—. Una palabra más y os convierto en sandalias de cuero y os vendo en un mercadillo de Delfos.

Las serpientes se encogen. Bufan en estéreo. Y se callan. El silencio en el coche dura exactamente tres segundos.

—Qué genio —susurra una.

—Violencia contra las serpientes —responde la otra—. Reptilopatriarcado de libro.

—¡SILENCIO! —grita el *daemon* con desesperación.

El coche rojo continúa tras ellos.

—¡Es Hermes! —salta Alex, al borde del pánico—. ¡Nos va a matar cuando nos pille!

—Tranquilízate, morcilla con ojos —responde el *daemon* sin mirarlo—. Controla tu miedo con la mente, aunque todos sabemos que eres más impulsivo que un gato ante un puntero láser. Y atento a mi señal.

—¡Nos va a matar! ¡De verdad!

—Perdone que le corrija, joven caballero —interviene una de las serpientes, alzando la voz con fastidiosa solemnidad—, pero no los va a matar. Primero los va a torturar de formas inimaginables. Cuando les haya exprimido hasta el último grito y la última súplica, entonces sí: los matará. Y luego usará sus huesos para hacerse una mesita de noche estilo brutalismo místico. Probablemente para Hades. Le encantan esas cosas... —Hace una pausa—. ¿Sabías que ha redecorado su palacio en el inframundo?

—¿Qué me dices, chica? —salta la otra serpiente, de pronto interesadísima—. ¿Hades ha redecorado?

—Claro. Perséfone le montó una escena infernal. Que si el palacio es una cueva húmeda, que si necesita más luz natural, que si vivir medio año entre sombras le produce acné.

—Le amenazó con abandonarle definitivamente, aunque Zeus no le concediese el divorcio.

—Desde luego, esta chica ya ha pagado con creces la granada que se zampó.

—Ya te digo. Bueno, al final, Hades cedió. Contrató al espíritu de Le Corbusier.

—Me chifla ese arquitecto.

—Un genio. La muerte nunca había sido tan elegante. Lo ha dejado divino: moderno, funcional, minimalista. Líneas limpias, espacios abiertos, brutalismo con encanto. Brutalismo chic.

En ese momento, el *daemon* sube el volumen de la radio. De los altavoces estalla S*hifting Gears*, la banda sonora de *Bullitt*. La cafetera que conduce Alex nada tiene que ver con el Mustang GT Fastback de Steve McQueen, pero la música transforma el aire: jazz, funk y tensión pura. Huele a goma quemada antes de que nada ocurra.

—¡Ahora! —grita el *daemon*.

—¿Ahora qué? —Alex gira la cabeza, pálido.

—¡Que aceleres, imbécil!

—¡Pero si el semáforo se acaba de poner en rojo!

—¡Aceleraaaaaaa!

Alex cree que está al borde del infarto. Siente que su cuerpo tiene voluntad propia y ha tomado el control de mandos. Durante unos segundos, se siente atrapado en su propia mente, como si observara el mundo desde una pecera agitada. Cierra los ojos y hunde el pedal hasta el fondo. ¿Ha pisado el acelerador? ¿O ha frenado? Solo cuando el coche da un tirón seco y el rugido de los cláxones le explota en los oídos, entiende lo que ha hecho. El olor a goma quemada le golpea la nariz. Abre los ojos. Mira por el retrovisor. El

coche rojo ha quedado atrás, detenido por una fila de vehículos que cruza perpendicularmente.

—¡Vaya huevos, chico! —grita el *daemon*, eufórico, saltando sobre el asiento como un lagarto enloquecido—. ¡No imaginaba que estuvieras tan loco como para hacerme caso! A ver si va a ser verdad lo del pedigrí... y por esas venas corre sangre de héroe en lugar de colesterol.

Alex no contesta. Solo mantiene las manos en el volante, temblando.

—Gira en la siguiente a la derecha. Y sigue recto. Hasta llegar a un parque.

La vieja cafetera se sacude al tomar la curva. Unos quinientos metros más adelante, asoma la entrada de un parque público. A la izquierda, se extiende una franja de césped perfectamente segado, interrumpida por senderos de grava y algún que otro corredor solitario. Es un espacio ordenado por los principios del zen. Tranquilo. Silencioso. Al otro lado de la carretera, en cambio, reina el caos: columpios chirriantes, toboganes de colores vivos y un mar de gritos agudos que estallan como petardos. Padres con cara de agotamiento supervisan desde los bancos, medio atentos, medio atrapados en sus móviles. El contraste entre ambos mundos es tan brutal que parece trazado a propósito por algún dios con sentido del humor.

La carretera se va estrechando y termina en una pequeña zona de aparcamiento, donde unas líneas blancas gastadas marcan los huecos entre coches. Alex aparca. Gira la llave. El motor tose, carraspea y muere. Alex mueve la cabeza y mira al *daemon*, esperando la siguiente orden. Este no dice nada. Alza la vista al cielo y asiente:

—Justo a tiempo. El atardecer está a punto de caer.

Sale del coche sin decir palabra. Se detiene un instante sobre el asfalto y escruta el entorno: la hilera de árboles, los senderos vacíos, el ajetreo lejano del parque infantil. Su mirada se mueve rápido, calibrando ángulos, distancias, sombras.

Entonces se detiene. Sus ojos se iluminan.

—¡Eureka!

Alex pega un respingo.

Los ojos del *daemon* brillan. Señala con el dedo, seco, preciso:

—Allí.

A unos diez metros, entre el seto y un banco inclinado, se alza un edificio rectangular y gris, con una puerta metálica y un cartel azul desgastado.

—¿Eso es... un baño público?

—Para algunos, sí. Para nosotros, es el umbral.

—¿El umbral de qué?

—Del antes y del después.

—No entiendo nada.

—Perfecto. Así funciona la magia. Coge el caduceo —ordena el *daemon*, sin dejar de caminar.

Alex se queda quieto un segundo.

—¿Aquí? ¿Ahora?

—¿Quieres que lo haga yo, con mis garras etéreas? Venga, chico. Saca a las niñas.

Alex resopla y abre con cuidado la chaqueta. Las serpientes, enroscadas y malhumoradas, lo miran como si acabara de interrumpirles una siesta.

—¡Otra vez no! —se queja una—. ¡Nos está sobando cada cinco minutos!

—Esto ya roza el abuso —protesta la otra—. ¡Tengo derechos!

—¿Derechos? —interviene el *daemon*, volviéndose con desdén—. ¿Desde cuándo un par de bichos tiene derechos?

—¡Desde que Peter Singer escribió *Liberación Animal*! —salta la primera.

—¡Especista! —escupe una, con tono encendido—. ¡Sobón! No tienes ningún derecho a tocarnos sin nuestro consentimiento. ¡El consentimiento es la base de toda interacción ética entre especies!

—Y encima con las manos sudadas —añade la otra, con sorna—. Vamos, que no cuesta tanto llevar una toallita.

—Esto es una invasión de nuestro espacio simbólico, físico y espiritual —continúa la primera, elevando la voz—. Solo sí es sí, compañero. Y aquí nadie ha dicho sí.

—Bueno, tampoco nos flipemos —responde la otra, estirando las eses—. A mí, si me dan un buen meneo, no me quejo.

—Serás guarra...

—Serás feminazi...

—¿Habéis terminado ya vuestra tertulia parlamentaria? —interviene el *daemon*, sin molestarse en disimular el hastío—. Cerrad la puta boca.

Las serpientes sueltan un par de bufidos indignados y se enroscan al bastón a regañadientes. Alex las sujeta con las dos manos, con la incomodidad de quien transporta un cóctel molotov.

Llegan a la puerta de los baños. Alex duda.

—¿Vamos a hacer esto... aquí?

—¿Te parece poco digno? —replica el *daemon*, con media sonrisa —. Prometeo robó el fuego en una cueva. Ulises venció en un establo. Sócrates... en fin, Sócrates filosofó en la calle. Tú, colega, en un baño. Tradición.

Alex empuja la puerta. Entran. El interior huele a lejía barata, humedad y tiempo muerto. La claraboya del techo deja entrar un único haz de luz que atraviesa el espacio como una lanza dorada. La línea de sol se va estrechando, afilada como una cuchilla.

—Ahí está —murmura el *daemon*, señalando la franja de luz—. El último rayo de Apolo. Justo a tiempo.

Alex traga saliva. O lo intentaría, si le quedara algo en la boca.

—¿Y ahora?

—Ahora —dice el *daemon*— empieza la parte delicada.

Afuera, en ese mismo instante, el coche rojo que creían haber dejado atrás dobla la curva y avanza sin prisa. Se detiene junto a la vieja cafetera. Motor apagado. Puerta cerrada. Cristales tintados. Del retrovisor cuelga un llavero con forma de balón de fútbol. Tras el parabrisas, apenas visibles, se entrevén dos figuras. Una al volante. Otra en el asiento del copiloto. Inmóviles. Vigilando. La puerta del copiloto se abre con un chirrido lento. Una figura baja. Despacio.

Dentro del baño, Alex sostiene el caduceo. La luz dibuja una línea cada vez más delgada sobre la pared del baño.

—¡Rápido! —dice el *daemon*—. Colócalo justo ahí. En el centro del haz.

Alex obedece. Sitúa el caduceo en el punto exacto donde el último rayo de sol toca el suelo. Al instante, las serpientes reaccionan: silban, se arquean, se retuercen como si una corriente las atravesara. El bastón vibra en sus manos. El calor sube de golpe. Quema.

—*Sustine et abstine*, como diría mi viejo amigo Marco Aurelio —le susurra el *daemon* al oído en tono ceremonial.

—¿El qué?

—¿Tampoco sabes latín? ¿Pero qué demonios os enseñan en ese colegio? ¡Que aguantes y soportes, alma de cántaro!

—¡Me está quemando la mano!

—Aguanta y soporta, como haría un buen estoico. Escucha y medita las palabras del emperador: «El dolor es una opinión». Si logras cambiar tu juicio sobre él, deja de ser un mal. El dolor está en la carne, no en la mente. Y la mente —mira a Alex con desconfianza — puede mantenerse serena.

—¡Opinión mis cojones! ¡Pon tú la mano!

—¡Aguanta, muchacho! Ya falta poco. Desde luego, tú de estoico tienes lo que yo de monja cuando voy a Las Vegas. Qué poca dignidad, chico. Ya pasó. ¿Ves? El dolor se fue. Pero la vergüenza... la vergüenza se queda.

El *daemon* hace una pausa teatral, adopta una pose de filósofo y añade:

—O como dice Musonio Rufo: «Si haces algo bueno con fatiga, la fatiga se va y lo bueno permanece. Si haces algo vergonzoso con placer, el placer se va y la vergüenza se queda». Porque para los estoicos...

—¡Iros tú y tus estoicos a hacer puñetas! —revienta Alex—. ¡Mira mi mano! ¡Esto no es una opinión, esto es una quemadura de tercer grado!

—Bueno, estamos en un parque... Sitio ideal para una barbacoa.

—¡Basta ya! ¡Estoy hasta el gorro de tu ironía de lagarto griego!

—Vaaaale, ya me callo —dice el *daemon*, encogiéndose de hombros—. Qué poco humor tienes, colega. Luego te doy algo para la quemadura. Pero ahora, por los dioses, acabemos con esto.

Alex se observa la mano, convencido de que con tiempo y cuidado apenas le quedará una marca. Pero se equivoca. Aquello no es una herida corriente, sino el sello de algo que excede lo humano: una quemadura de fuego sagrado. No lleva una cicatriz, sino una señal. Le ha rozado lo divino, y eso lo ha cambiado para siempre. Ya no

encaja del todo en su mundo. Como Prometeo, ha osado tocar lo prohibido, ha desafiado el orden, ha robado una chispa de un poder antiguo... y ahora debe pagar el precio de acercarse a la verdad. El dolor quedará. Pero también el aura. La grieta. La transformación. Esa quemadura será el recuerdo constante de que no hay vuelta atrás. El viaje ha comenzado.

El *daemon* se inclina hacia él, más serio.

—Enséñame el caduceo.

Alex estira los brazos y abre la mano con cuidado. El caduceo ya no quema, pero aún emite una vibración sorda, como si algo dentro de él siguiera despierto. Las serpientes están rígidas, congeladas por el rayo de Apolo. El *daemon* se inclina sobre el bastón y señala el centro, donde los cuerpos enroscados de las serpientes ocultan un mecanismo apenas visible: un anillo metálico con números diminutos y dos segmentos que parecen girar de forma independiente.

—Ahí está —dice en voz baja, casi con respeto—. La cerradura.

—¿Qué tengo que hacer?

—La serpiente de la izquierda controla el espacio. Gírala para introducir las coordenadas geográficas. La de la derecha, el tiempo. No lo confundas, o acabamos en mitad de una guerra persa o, peor, en una excursión del IMSERSO.

Alex asiente, concentrado. Siente el pulso en las sienes.

—¿Dónde vamos exactamente?

—Atenas. Latitud 37.98376. Longitud 23.72784. Repítelo en voz alta. Memorízalo. Esa es la ciudad. Ese es el punto.

—Treinta y siete punto nueve ocho tres siete seis... Veintitrés punto siete dos siete ocho cuatro...

—Eso es. Ahora gira el cuerpo de la serpiente izquierda hasta que encajen los números. Va por tramos, como una combinación de caja fuerte.

Alex lo hace. El mecanismo ofrece resistencia al principio, luego cede con un clic seco.

—Bien. Ahora la fecha. El juicio de Sócrates fue en el 399 a. C. Así que introduce: día veintitrés, mes cuatro, año menos trescientos noventa y nueve.

—¿Menos?

—Estamos viajando al pasado, genio. Esto no es el Google Calendar.

Alex gira la segunda serpiente. Los segmentos de su cuerpo se alinean como discos de bronce antiguos. La fecha queda encajada. El *daemon* asiente, con una sonrisa satisfecha.

—Ahora... presiona los ojos.

Alex lo mira.

—¿Los ojos?

—Sí, los de las serpientes. Es el botón de activación. Zeus es muy teatral.

Alex suda como un cerdo. Alza los pulgares.

—¿Seguro que esto no va a explotar?

—Pulsa, héroe —dice el *daemon*—. No hay épica sin riesgo.

Alex respira hondo. Aprieta los ojos de las serpientes. Una semilla se abre en el corazón del tiempo. Un chasquido sordo. El caduceo se ilumina. Primero es solo un resplandor tenue. Luego, una vibración creciente que le sube por los brazos hasta la base del cráneo. El aire empieza a girar. Un sonido grave baja desde la claraboya, como el tañido de una campana de bronce suspendida en el vacío. El suelo tiembla. El espacio tiembla. La realidad se rasga. Un vórtice se abre en el centro del baño: un remolino dorado, una herida en el tejido del tiempo. El aire es succionado hacia dentro. Papeles, polvo, una colilla seca.

Y entonces... la puerta del baño se abre de golpe.

—¡Por fin te pillé, pedazo de mierda griega! —grita Jason, cruzando el umbral como un toro—. ¡Prepárate para la paliza de tu vida!

Sus manos se cierran en torno al cuello de Alex. Demasiado tarde. O justo a tiempo. El vórtice se traga a los tres en una fracción de segundo. El baño vuelve a estar vacío. Las luces parpadean. Una gota cae del grifo. Fuera, el coche rojo sigue aparcado. Dentro, el conductor no se ha movido, aún.

Una puerta con dos puertas

Alex jadea como si acabara de correr una maratón. Tiembla. No sabe si por el susto de que casi le parten la cara o por el vértigo de haber atravesado el umbral del espacio-tiempo. Recupera el aliento y, entonces, lo ve. Jason se desploma de rodillas sobre el suelo polvoriento. Tiene los ojos abiertos como platos, el pecho agitado, las manos temblorosas. Respira con dificultad. El aire no llena sus pulmones. Su cuerpo ha dejado de obedecerle. No sabe dónde está. No entiende qué está pasando. Alex no ve al capitán del equipo que le amarga la vida. Ve a un chico aterrorizado. «Que se joda», piensa.

—¡Mierda, mierda, mierda! —grita el *daemon*, dando vueltas como una peonza con ansiedad—. ¡Esto no estaba en el plan! ¡Esto lo cambia todo!

—¿Qué plan? —pregunta Alex, aún aturdido.

—La historia, zoquete. ¡La Historia con mayúsculas! La línea del tiempo, el tejido causal... La teoría del caos, el efecto mariposa... Un pequeño cambio en el sistema y ¡pum!, todo salta por los aires. Y ese trozo de carne que gime en el suelo —añade, señalando a Jason— podría ser justo eso: la mariposa. No podemos dejarlo atrás.

—¿Y por qué no? —salta Alex, cortante—. Que le den. Él haría lo mismo conmigo... o algo peor.

El *daemon* lo mira más serio que nunca.

—¿Y si, por dejarlo tirado, acabamos en un presente gobernado por Ares? ¿Un mundo sin filosofía, sin democracia, sin libertad? Solo

fuerza y guerra. ¿Quieres eso? Porque ese capullo podría ser la clave. O el error fatal.

Alex resopla. La satisfacción de ver sufrir a su enemigo le ha durado muy poco. Da un paso hacia Jason. Luego otro. Suspira con resignación.

—Joder...

Alex sabe exactamente lo que Jason está pasando. Y sabe también que un ataque de pánico no es agradable. Se agacha a su lado y le toma las muñecas con firmeza.

—Escúchame, no te estás muriendo, ¿vale? Tu cuerpo cree que sí, pero no lo estás.

Jason lo mira con los ojos desorbitados, sin entender del todo, pero aferrado a su voz como a un salvavidas.

—Tienes que respirar. Conmigo. Uno... dos... uno... dos. Inspira por la nariz, espira por la boca. —Alex marca el ritmo con su propia respiración, exagerada, lenta, estable—. Eso es. Bien. Sigue.

Jason asiente débilmente. Obedece como un niño pequeño, sin preguntas.

—No estás solo. Estoy aquí. Esto va a pasar. Solo tienes que aguantar la ola.

Jason asiente otra vez, más firme. La quemadura de Alex le da una tregua. Le parece que ahora le resquema menos.

—Bien, tío. Así. Eso es.

Alex traga saliva, siente lástima y rabia. Mucha rabia. Porque ayudar a Jason no le nace de la compasión. Le nace del deber. Y eso le escuece más que cualquier quemadura. Interviene el *daemon*:

—¡Tampoco es para tanto, joder! Un simple salto espacio-temporal. Es normal que se te desajuste la estructura molecular. El cuerpo no está hecho para atravesar un vórtice cuántico a esa velocidad. Se descolocan los átomos y se reordenan las neuronas.

Por eso sientes náuseas, mareo, ansiedad, ganas de llorar sin motivo... Todo eso es normal. Pasajero. Nada que un buen vino de Lesbos no cure.

Hace una pausa, mira a los dos chicos directamente a los ojos y remata:

—Sois de cristal, joder. A la mínima os da un pampurrio y empezáis a hiperventilar. Qué generación más blandita.

Camina unos pasos, negando con la cabeza, y sigue despotricando mientras se sube a una piedra como si diera un mitin:

—Antes, los jóvenes iban a la guerra, cruzaban el Mediterráneo en cascarones de nuez, pasaban hambre, peste, frío... y aún les daba tiempo a componer tragedias, fundar ciudades o inventar la geometría. Vosotros os dais un susto y ya estáis pidiendo cita con el psicólogo de urgencias. Que si ansiedad, que si *burnout*, que si «me duele el alma».

Señala a Jason con su garra.

—¡Claro que te duele el alma, campeón! ¡Es el síntoma de estar vivo! Pero no. Vosotros queréis pastillas para no sentir, pódcasts de autoayuda y terapeutas con frases bordadas en cojines. Lleváis la salud mental como si fuera una pulsera del Orgullo: «Mira, tengo trauma, ¿me das *likes*?». Confundís la tristeza y el miedo con la enfermedad. La vida no es la sala de espera de un centro de salud. Es combate. Es salto. Es incertidumbre. ¡Y eso es lo bueno, leñe!

—No tienes ni idea —le responde Alex—. ¿Sabes lo que es despertarte con el corazón encogido sin saber por qué? ¿Saltar al vacío cada mañana solo para fingir que todo está bien? He ido a terapia. Sé lo que es nombrar el miedo y desmontarlo poco a poco. La tristeza no es una debilidad. Es un síntoma, como la fiebre. Ignorarla no te hace fuerte, te hace imprudente. Lo valiente no es tragarse el dolor. Es pedir ayuda.

—Bah. En mis tiempos...

—Sí, en tus tiempos os enseñaron a aguantar, a reprimir, a silenciarlo todo. Y así os fue. Una generación entera de adultos rotos. Lo que tú llamas combate, nosotros lo llamamos desgaste. Lo que tú llamas coraje, es solo negación.

Un alarido rompe bruscamente la discusión.

—¿¡Qué cojones es este bicho!? —grita Jason, señalando al *daemon*.

—¡Lo ves! —se sorprende Alex.

—¡Como para no verlo!

—No deberías —musita el *daemon*, frunciendo el ceño—. Mmm. Primera vez que me pasa. Algo raro. Muy raro. Una nueva pieza en el puzle que habrá que encajar con la otra...Pero dime, espartano blandito, ¿estás seguro de que tu padre es tu padre y que a tu madre no la fecundó algún un inmortal?

—¡Me está vacilando un lagarto! Estoy perdiendo la cabeza. ¿Qué es esto? ¿Dónde estamos?

Las serpientes se parten de risa. Una dice:

—Engendro de medio metro. Ha dado en el clavo.

—La madre que os parió... —gruñe el *daemon*, metiendo el caduceo de un manotazo en su zurrón—. A callar ya, pesadas.

Jason empieza a hiperventilar otra vez. Su mirada recorre el paisaje: los campos, la muralla, el cielo griego.

—¿Dónde... dónde estamos? —balbucea.

Alex cruza los brazos. Tarda un par de segundos en contestar. Disfruta del desconcierto de Jason.

—Atenas —responde al fin—. Siglo v antes de Cristo. Más o menos.

Jason se gira hacia él como si acabara de decirle que están en Marte.

—¿¡Qué!? ¡No puede ser! ¡Eso es imposible!

—¿Ah, sí? ¿Y qué parte exactamente te parece más improbable? ¿La muralla de cinco metros con dos puertas? ¿Los soldados con lanzas? ¿O el *daemon* que se ríe de ti?

Jason vuelve a mirar a su alrededor, pálido.

—Esto es una pesadilla. Estoy soñando. Me habéis drogado. Esto es culpa tuya.

—Claro. Qué suerte la mía: quedarme atrapado en el tiempo con el tipo que quiere partirme la cara.

El *daemon* carraspea, divirtiéndose con la situación.

—Chicos... si no os importa, ¿podemos seguir con la parte en la que salvamos la civilización occidental?

—Tengo que volver. No puedo quedarme aquí —murmura—. El partido es el sábado. Mi padre... —Jason niega con la cabeza, desesperado—. No, no, no. Tiene que haber una forma.

El *daemon* suspira como si estuviera explicando por enésima vez las reglas de un juego a un niño torpe.

—No puedes volver, chaval. No todavía. El caduceo no funciona así. No es una *app* de viajes. Hasta que no cumpláis la misión, no hay botón de regreso. Atenea da pocas instrucciones, pero cuando lo hace, se cumplen.

Jason lo mira, descompuesto.

—¿Y qué misión? ¡Yo no he pedido nada de esto!

—Tampoco Sócrates pidió la cicuta, y mira —responde el *daemon*, encogiéndose de hombros—. Los dioses no juegan a los dados, muchacho. Si estás aquí, es por algo. No hay errores en la partitura divina.

Jason aprieta los puños. Se gira hacia Alex, buscando en él un saco de rabia donde estrellar su frustración.

—¿Y tú qué? ¿Tú sabías todo esto? ¿Me has metido en esta locura?

Alex le sostiene la mirada sin una pizca de simpatía.

—Créeme, si hubiera podido elegir, no me habría venido de Erasmus con mi acosador.

Se quedan unos segundos en un silencio denso, lleno de reproches. El *daemon* los observa con las cejas arqueadas y una media sonrisa venenosa, como quien contempla una pelea entre gallos de corral.

—Qué escena más histriónica. Si fuerais un poco más intensos, Eurípides os componía una tragedia.

Se da media vuelta y empieza a caminar, sin molestarse en mirar atrás.

—Vamos, Romeo y Julieta del rencor. El Olimpo no tiene tiempo para vuestras tensiones adolescentes. A mover el culo. Atenea no espera.

Alex comienza a caminar tras el *daemon* con paso firme. Jason se queda quieto, paralizado aún por el miedo. No puede creer que todo esto esté pasando. Y lo peor: que quien avanza con seguridad en medio de esa locura sea el tipo al que más desprecia. Cuando se da cuenta de que lo están dejando atrás, reacciona. Echa a correr para alcanzarlos. Pero no se pone exactamente a su altura. Se queda unos pasos por detrás. La distancia justa que su orgullo le permite. Le jode. Le jode mucho. Pero es la verdad: ahora mismo, la única seguridad que tiene... la irradia ese friki.

Alex se gira apenas. Cruzan una mirada breve, cargada de hostilidad, como la de dos tipos a punto de batirse en duelo. Se

detestan, pero también saben que juntos tienen más posibilidades de salir vivos.

El *daemon* se para en seco y los observa de reojo:

—¿Queréis que os consiga un escudo y una lanza? Porque con esas miraditas vais camino de protagonizar un *remake* prepúber de Héctor y Aquiles.

Y sin darles tiempo a replicar, señala al frente con su garra escamosa.

—Bienvenidos, tortolitos, estamos llegando al Dípilon. La puerta sagrada de Atenas. Si queréis hacer una reverencia, ahora es el momento —adopta un tono de profesor insufrible y prosigue explicando lo que nadie le ha preguntado—. Dípilon significa en griego 'dos puertas'. Se trata de una entrada doble, flanqueada por dos torres, diseñada para proteger y, de paso, impresionar a propios y extraños. Porque si hay algo que los atenienses sabían hacer incluso mejor que pensar... era presumir de pensar.

Camina unos pasos, señalando los detalles que apenas se distinguen entre el bullicio.

—Fijaos bien: todo es orden y proporción. Columnas, relieves, inscripciones. Aquí nada es aleatorio. Hasta el caos tiene simetría. Esa es la clave del gusto ático: belleza, medida y función. Y si algo no cumple las tres, se rompe, se pule o se esconde.

El *daemon* los mira y remata:

—Los espartanos tienen músculo, los persas tienen oro... pero los atenienses tienen estilo. Y eso, amigos, es infinitamente más peligroso.

El bullicio es ensordecedor. La puerta parece un enjambre, donde todo se mueve, se agita y se empuja sin tregua. Soldados con

cascos de bronce y lanzas controlan el paso entre órdenes breves. Carros cargados de higos, aceite y ánforas avanzan entre gritos. Artesanos sudorosos arrastran cerámicas rojizas aún calientes. Ciudadanos libres discuten de política, de leyes, de filosofía, como quien habla del clima. Mujeres de peinados altos y túnicas ceñidas portan cestas con ofrendas para los templos. Esclavos descalzos acarrean mercancías. Perros vagabundos husmean entre los restos. Un mendigo ciego recita, con voz cascada, unos versos de Homero:

> Háblame, Musa, de aquel varón de multiforme ingenio que, después de destruir la sacra ciudad de Troya, anduvo peregrinando larguísimo tiempo, vio las poblaciones y conoció las costumbres de muchos hombres y padeció en su ánimo un gran número de trabajos en su navegación por el ponto, en cuanto procuraba salvar su vida y la vuelta de sus compañeros a la patria. Mas ni aun así pudo librarlos, como deseaba, y todos perecieron por sus propias locuras. ¡Insensatos! Comieron las vacas del Sol, hijo de Hiperión, el cual no permitió que les llegara el día del regreso. ¡Oh diosa, hija de Zeus!, cuéntanos aunque no sea más que una parte de tales cosas.

Nadie se detiene a oírle. Todos fluyen. Es la Atenas de Sócrates. Una ciudad donde el comercio, el pensamiento y la belleza se mezclan sin pedir permiso. Como el río de Heráclito, la ciudad entera es un movimiento perpetuo. Atenas no se repite, cambia a cada instante. Nadie pisa el mismo suelo dos veces. Nadie escucha dos veces la misma voz. Nadie... excepto Alex. Él sí se detiene, deslumbrado.

—Bonitos versos, sí. Pero si te quedas a escucharlos todos, te harás viejo antes de llegar a Ítaca. Anda, Ulisito, en marcha.

Alex sonríe y echa a andar de nuevo, siguiendo sus pasos. Hay algo en esa mezcla de caos y belleza que le resulta extrañamente familiar. Observa los detalles con los ojos bien abiertos, bebiéndolos: los pliegues de las túnicas, el ritmo de las voces, el polvo que flota como oro en suspensión. Por primera vez en mucho tiempo, no se siente fuera de lugar.

Jason, en cambio, está atrapado en otro plano. Mira a su alrededor como quien cae de bruces en una película antigua rodada en un idioma desconocido. Sin subtítulos. Lo empujan, lo pisan, lo ignoran. Hasta el aire que respira le resulta ajeno.

Frente a ellos, un grupo de extranjeros espera la señal de los soldados para poder entrar. Son figuras extrañas, llamativas, cada una es un mundo en sí misma. Un fenicio de Tiro, de piel bronceada y barba oscura, viste una túnica corta teñida con púrpura de murex —ese color reservado a los que pueden pagar el precio del mar—. Bajo el sol, su gorro frigio de lana roja parece encendido. En la cintura, una bolsa de cuero tintinea con monedas y amuletos: sin duda, un comerciante camino del ágora. A su lado, un egipcio de Menfis, cubierto con una túnica de lino blanco, lleva la cabeza rapada y al cuello un collar de lapislázuli y oro con el símbolo del dios Thot. Sus ojos se mueven con lógica matemática. Tal vez ha venido a estudiar las estrellas con los sabios de Atenas. Un poco más atrás, un etrusco de Caere los sigue con dignidad altiva. Su túnica, de lana gruesa, está bordada con serpientes doradas. Un manto oscuro cubre su hombro izquierdo, dejando libre el derecho. Camina como quien está acostumbrado a que lo escuchen. Diplomático, estratega, político... lo que sea, no se halla aquí por placer. El *daemon*, que los ha observado en silencio, sonríe con sorna.

—Perfecto —dice el *daemon*, entrecerrando los ojos al ver al grupo de extranjeros—. Una torre de Babel con sandalias. Vamos, aprisa: infiltraos entre ellos como si supierais lo que hacéis. Vuestros ropajes dan el cante. Parecéis becarios del inframundo enviados por Perséfone a hacer prácticas. Intentad no parecer un par de turistas perdidos en una recreación histórica. Y lo más importante: no habléis con nadie.

Jason resopla.

—¿Y con quién vamos a hablar si ninguno sabe ni jota de griego?

—Habla por ti. Cogí lengua y cultura griega como optativa este curso y mi familia también me enseñó alguna cosa. Son de origen griego.

—¿Y qué sabes decir?

—No sé, por ejemplo: ὁ ταῦρος τὸν ταῦρον τετἀρακεν, τῷ ταὐρῳ τὴν ταραχὴν τετράχθω.

—¿Me lo traduces?

—El toro ha agitado al toro, que la agitación le sea devuelta al toro.

—¿Y qué significa eso?

—No sé. No significa nada. Es tan solo un trabalenguas que me enseñaron.

—¿Y para qué cojones nos va a servir ese puñetero trabalenguas? ¿Pero tú eres idiota o qué te pasa?

—Ὑμεῖς ἐκεῖ! Πόθεν ἐστέ; Τὶς γλῶσσα ταὐτη —tronó una voz a su derecha.

Uno de los soldados apostados en la puerta los observa con los ojos entrecerrados. Da dos pasos en su dirección, sujetando la lanza con firmeza.

Jason palidece al instante. Se le aflojan las rodillas y algo más.

—Nos ha pillado —susurra—. Nos ha pillado. Vamos a acabar en la cárcel. O crucificados. ¿Crucificaban ya aquí?

El *daemon* reacciona sin perder un solo segundo. Da un paso hacia Alex y le habla entre dientes, sin apartar la vista del soldado.

—Tranquilos. Ha preguntado de dónde sois y qué lengua estáis hablando. Alex, atención: vas a decir que sois tartesos y que habéis venido a comprar esclavos al mercado del ágora. Nada más. Repítelo palabra por palabra. Y, por el amor de Zeus, no improvises.

Alex traga saliva. Inspira hondo y balbucea:

—Ἐκ Ταρτησσοῦ ἐσμέν. Δούλους ἀγορᾶν βουλόμεθα.

El soldado los mira fijamente. No responde. El silencio pesa como el plomo. Jason no respira. Finalmente, el soldado asiente con un leve gesto, aunque sin perder la desconfianza en los ojos. Da un paso atrás y deja libre el acceso.

—Διέλθετε.

Jason se queda congelado.

—¿Qué ha dicho? ¿Qué ha dicho?

El *daemon* sonríe con suficiencia.

—Que paséis. Y que no la lieis. Así que, por el amor de Apolo, parad ya. Estáis llamando la atención, y recordad que eso era justo lo que no queríamos. Cerrad el pico. Tenemos que ir a ver a Atenea. Ella os dará instrucciones. Y hasta que estemos ante su divina presencia, no quiero oír ni un murmullo. ¿*Capisci*?

Los dos jóvenes obedecen al *daemon*. Se confunden entre el grupo de extranjeros y cruzan la puerta. Ante ellos se despliega la Atenas de Pericles, la que Platón inmortalizará en sus diálogos, la ciudad que, incluso hoy, sigue latiendo bajo las ruinas.

El olor del pan recién horneado se mezcla con el del pescado fresco y con el del incienso que arde en los pequeños altares, como igualmente se mezclan, en aquella ciudad, la política, la filosofía y el comercio. A lo lejos, se recorta contra el cielo la imponente silueta de la Acrópolis, la ciudadela sagrada, encaramada sobre una colina rocosa de piedra caliza.

Jason apenas levanta la vista. Todo lo que le rodea le resulta hostil. Se encuentra varios pasos atrás, tensando los hombros cada vez que alguien lo roza. Alex, en cambio, se detiene en seco. Se queda paralizado, estupefacto, contemplando aquella imagen. No puede contenerse:

—¡Vaya pasada!

—¿Qué habíamos dicho sobre no hablar? —protesta el *daemon*, carraspeando con tono irónico—. Bueno, en este caso haré una excepción. Lo cierto es que, aunque la he contemplado mil veces, la belleza inigualable de esta estampa me sigue sobrecogiendo. Esta es, sin duda, la imagen más hermosa de Atenas. Desde aquí se distinguen perfectamente sus tres corazones.

—¿Tres corazones? —pregunta Alex, con la voz baja y los ojos brillantes de curiosidad.

—Mirad —dice el *daemon*, alzando su garra escamosa—: en lo más alto, la Acrópolis, el corazón religioso de la ciudad. Allí está la gran estatua de Atenea, y es allí donde encaminamos nuestros pasos. A su derecha, si seguís mi dedo, se encuentra el ágora, el corazón económico, donde se compra, se vende y, sobre todo, se conversa. Y un poco más allá, en esa loma, el Pnyx, el corazón político. Allí se reúne la asamblea. Tres corazones latiendo a un mismo ritmo. Religión, comercio y política. Esa es la fórmula que ha hecho de Atenas la capital de la virtud, de la belleza y de la libertad. ¡Por el divino Zeus, cómo me gusta esta ciudad y cómo la he echado de menos!

Jason camina con la cabeza girando a todas partes. Se tropieza con un saco de grano, casi pisa a un perro, esquiva por poco a una anciana con una cesta de higos.

—¿Cómo puedes andar tan tranquilo? —le suelta Jason entre dientes, esquivando a un burro y a una mujer que le acaba de escupir cáscaras de higo cerca del tobillo.

Alex no se detiene. Ni siquiera lo mira. Solo espeta:

—Estás más preocupado por que no te pisen las zapatillas de marca que por entender dónde estás.

Jason frunce el ceño. No responde. Busca una réplica rápida, ingeniosa, algo que lo deje en su sitio. Pero no se le viene nada a la

mente. Se enfurece. Su ego está ardiendo y su boca solo sabe escupir:

—Gilipollas.

Se hace un silencio. Ninguno mira al otro, pero, por primera vez, caminan juntos. Dos enemigos condenados a colaborar.

—¿Sabéis dónde estáis pisando ahora mismo? —pregunta el *daemon*, deteniéndose en medio del camino—. Estáis caminando sobre la Vía Panatenaica, la arteria principal de Atenas.

Jason se detiene a su lado, con la camiseta pegada al cuerpo por el sudor y cara de querer prenderle fuego a esa arteria.

—Durante las Panateneas, la gran fiesta en honor a Atenea —prosigue el *daemon*, incansable—, este mismo camino se llena de procesiones: músicos, atletas, sacerdotes, ancianos con ramas de olivo, jóvenes con túnicas bordadas... y al final, el peplo, el manto sagrado que las muchachas tejían durante todo el año para vestir a la diosa. Cada piedra que pisáis ha sido testigo de siglos de devoción a la sabiduría.

Jason lo mira como si estuviera oyendo un anuncio del Spotify.

—Acabemos con esto cuanto antes —salta, cortándolo en seco—. Deja de darnos lecciones de historia y dinos, de una maldita vez, qué cojones tenemos que hacer para salir de este infierno.

—Lo primero que tienes que hacer para salir de este infierno... —dice con calma— es escucharme. —Se cruza de brazos y lo mira como un maestro frente a un alumno torpe—. Todo buen soldado, incluso uno con zapatillas de marca, necesita reconocer el terreno antes de cumplir su misión. Así que cierra la boca, abre las orejas y aprende. Este no es tu mundo, Jason. Y si no aprendes a caminar en él, te va a devorar.

Alex, unos pasos más atrás, esboza algo parecido a una sonrisa. El *daemon* ya camina de nuevo.

—Vamos. Estamos entrando en el Cerámico, el barrio de los alfareros. Mi rincón favorito. Aquí se fabrica algo más que vasijas: se moldea la identidad de Atenas.

El polvo del camino cambia de textura. Huele a arcilla cocida y a humo. A medida que avanzan, aparecen talleres abiertos, ruedas de torno girando, aprendices cubiertos de barro, estanterías llenas de vasijas rojas y negras que cuentan historias de dioses, guerreros y banquetes.

—El nombre de este lugar, el Cerámico, proviene del tipo de arcilla que usan sus artesanos —empieza el *daemon*, con su tono pedante —. Respirad hondo. Ese aroma que notáis... es arcilla cociéndose en los hornos. A mí me embriaga. Siempre que lo huelo, sé que estoy llegando a casa.

Camina entre los talleres con gesto orgulloso.

—Todo este barrio está lleno de alfareros que, con las manos cubiertas de barro, dan forma al modo de vida griego. Aquí se moldean ánforas para el aceite, hidrias para transportar agua, cráteras para mezclar el vino, copas, lécitos para perfumes y hasta figurillas votivas. Es el Ikea de Atenas... pero sin esas asquerosas albóndigas bárbaras.

Jason y Alex lo siguen pisando un suelo salpicado de fragmentos de cerámica, el aire cargado de humo rojizo y del perfume mineral de la arcilla recién cocida.

—La arcilla ática es rica en hierro y óxidos, por eso, al cocerse, toma ese color anaranjado tan reconocible. Los talleres de renombre, como ese que tenéis a la izquierda, purifican la arcilla para lograr una textura perfecta que solo se consigue en esta ciudad. Fijaos en ese bloque: homogéneo, sin grumos, simétrico, como debe ser una buena *polis*.

Se detiene ante unas piezas expuestas y señala con una garra los motivos decorativos.

—El negro que veis en los dibujos se obtiene también del óxido de hierro. Todo es aprovechado. Esta cerámica combina utilidad y belleza. Una vasija griega no sirve solo para guardar cosas: también debe elevar el alma. Fijaos bien: cada imagen cuenta una historia. Aquí, Heracles luchando contra el león de Nemea. Allí, una carrera de hoplitas. Más allá, Atenea naciendo del cráneo de Zeus.

Levanta la voz, entusiasmado:

—Nos narran lo que esta ciudad espera de sus ciudadanos: virtud, coraje, excelencia. Porque esta no es una ciudad cualquiera. Es el oasis de la virtud. El ateniense no se conforma con hacer cosas bellas. Él mismo quiere ser una obra bella. Es libre. Se forja a sí mismo. Ha levantado la Acrópolis, compuesto los versos de *Antígona* y se ha atrevido a preguntarse qué es la justicia y cómo se vive bien.

Y, con un gesto teatral, concluye:

—Todo buen ciudadano de Atenas aspira a ser un *kaloskagathos*.

—¿Kala... qué? —pregunta Jason.

—*Kalos*, 'bello' —murmura Alex, sin mirarlo.

—Y *agathos*, 'bueno' —añade el *daemon*, casi con ternura—. Un *kaloskagathos* es alguien que brilla por dentro y por fuera. Excelente en el combate y en la palabra. El ideal de ciudadano. El que toma la espada... y luego la palabra en la asamblea.

Jason asiente lentamente. Esa imagen le suena... familiar. Una punzada le atraviesa el estómago. Como si alguien hubiera pronunciado un tabú. La perfección. La palabra favorita de su padre.

—Aspirar a la perfección... quizá no sea algo tan bueno —murmura, sin mirar al *daemon*.

El *daemon* se detiene. Lo observa de perfil, sin burlas esta vez.

—¿A qué aspirar entonces? —responde, con una voz que suena casi humana—. La dignidad de un ser humano no está en conservar su ser, sino en mejorarlo. Lo que nos diferencia de los animales es una esencial disconformidad con nosotros mismos. Ese anhelo de llegar a ser otro del que somos.

Jason no responde. Pero esas últimas palabras se le quedan clavadas como una astilla. Disimula observando una vasija de barro rojizo, boca ancha y asas combadas como brazos rendidos. En su superficie, figuras negras corren en círculo: guerreros con lanzas, escudos redondos, caballos con ojos abiertos como secretos. En el centro de la escena, hay un cuerpo que cae. Un hombre, atravesado por una lanza, con el rostro vencido hacia la tierra. Frente a él, otro guerrero alza los brazos, pero no se sabe si grita victoria... o duelo. Jason acaricia el borde, sin saber por qué. No entiende del todo lo que ve, pero intuye que esa escena también habla de él.

Alex lo observa desconcertado. Algo no encaja. Esperaba del chulo de instituto un comentario hiriente... pero no esa sombra de duda. «Aspirar a la perfección... quizá no sea algo tan bueno.» ¿De dónde viene eso?

El *daemon* rompe el silencio con una voz estridente:

—Vamos, sigamos caminando, que aún nos queda un buen trecho. Tenemos que cruzar el ágora en hora punta. Estará llena hasta la bandera.

Se da la vuelta y comienza a andar a paso ligero entre el bullicio.

—Y no os despistéis —añade sin mirar atrás—. Seguidme y permaneced calladitos... que calladitos estáis más guapos.

Apenas cruzan el umbral del Cerámico, el mundo se ensancha ante ellos. El ágora late como el corazón de un organismo vivo. Un latido de piedra y voces, de columnas y tiendas, de ideas y vísceras. Es la plaza mayor de Atenas, pero también su columna vertebral:

aquí se compra, se discute, se reza, se sueña y, sobre todo, se grita. Cada uno grita por lo suyo y todos al mismo tiempo. Huele a aceite de oliva, a sudor, a cuero y a ambición.

Cientos de puestos ofrecen productos llegados de todas las regiones del Mediterráneo: especias de Egipto, telas teñidas de la púrpura de Tiro, miel del Ática, vino del Egeo. Los agricultores locales disponen cestos de higos secos, almendras y granadas, los pescadores ofrecen anguilas de Copaide y atunes del Jónico, y los carniceros despachan cordero y cabrito, aderezados con hierbas aromáticas del monte Himeto. En la calle de los curtidores, se exhiben sandalias magistralmente trabajadas. A la vuelta, los herreros, con sus rostros cubiertos por el hollín, martillean el bronce y moldean cuchillos, puntas de lanza y toda clase de herramientas. A dos calles de allí, los perfumistas ofrecen esencias de rosa y mirra guardadas en frascos de alabastro tallado y los boticarios venden ungüentos para aliviar toda clase de dolencias.

Jason parpadea, desbordado. Le cuesta procesar lo que tiene delante. Alex, en cambio, se queda embobado. Lo ha leído, sí. Lo ha estudiado. Pero estar allí es otra cosa. Reconoce las columnatas de la Stoa de Átalo, la silueta del templo de Hefesto al fondo, las estatuas de los héroes epónimos. El *daemon* se para en seco y se gira hacia ellos, extendiendo los brazos como un guía turístico ebrio de entusiasmo:

—Bienvenidos al ágora. Aquí se cuece todo. Esto no es solo una plaza. Es una idea. Una forma de estar en el mundo.

Jason camina con la cabeza baja, harto de tanto empujón. Alex va unos pasos por delante, embobado aún con la arquitectura. Se escucha un chirrido violento. Un grito. El crujido seco de un eje reventando. Un carro desbocado irrumpe entre la multitud. La bestia que lo arrastra —un mulo fuera de sí— embiste sin control. La gente

salta a un lado. Alex, absorto en una estatua, no lo ve venir. Jason reacciona sin pensar, en una fracción de segundo, como si estuviera en el terreno de juego. Se lanza hacia Alex y lo empuja con fuerza. Alex cae de bruces entre los pies de los viandantes. Se ha salvado por muy poco. Jason no tiene tanta suerte. El carro le roza el brazo con violencia. Un impacto seco como el de una maza.

El vehículo se pierde entre el tumulto. La multitud murmura. Luego, la actividad continúa. Nada se detiene en el ágora. Alex se incorpora, sacudiéndose el polvo. Tiene una herida leve en la ceja, pero está entero.

—Gracias. —Lo dice instintivamente, sin pensarlo, como si se le escapara del alma antes de poder retenerlo. Solo después se da cuenta de a quién se lo ha dicho—. ¿Estás bien?

Jason siente una punzada afilada desde el hombro hasta el codo. Le cuesta mover el brazo.

—Sí. Solo un rasguño —responde con una sonrisa torcida, como si aquello no importara.

No es cierto. Le duele. Le duele mucho. Pero ha aprendido a no mostrar el dolor. A esconderlo a los demás. A guardarlo en el mismo lugar donde guarda los gritos, la rabia, las lágrimas. Años de entrenamiento.

No tocar los penes con barba

Jason aprieta los dientes. El brazo le sangra a chorros, empapando su camiseta hasta oscurecerla por completo. Intenta mantenerse erguido, como si tensar los músculos pudiera disimular el temblor. Pero no puede. Da un par de pasos vacilantes, se tambalea... y cae de rodillas. El golpe resuena contra las losas del suelo. La gente alrededor lo mira con desconcierto, pero nadie se detiene. Alex se lanza hacia él. Jason tiene la cara blanca como la cal, los labios azulados.

—Estoy bien —miente.

Alex lo ve pálido y con la mirada desorientada.

—Mierda, Jason...

Lo sujeta por los hombros. La sangre le empapa ya toda la manga. Alex mira a un lado y otro, buscando una ayuda que no llega. La gente pasa de largo. Nadie parece verlos. Nadie quiere verlos.

Una mujer se acerca. Muy anciana. Va envuelta en una túnica azul oscuro que le llega hasta los pies descalzos. Su rostro es un mapa de arrugas profundas, pero sus ojos —negros, inteligentes— conservan un brillo cálido. Hay algo en ella que impone y consuela a la vez. Se inclina junto a Jason, observa la herida con gesto grave y luego mira a Alex. Le habla con voz baja solemne:

—Ταχέως, ἀκολουθεῖτέ μοι εἰς τὸ τοῦ Ἀσκληπιοῦ ἱερόν· δεῖ ἰᾶσθαι τὸ τραῦμα.

Alex parpadea. No ha entendido todo, pero sí algunas palabras. *Asklepios. Iásthai. Traûma*. Eso era «herida», ¿no? Y eso otro... ¿curar? Alex duda. El *daemon* les advirtió que no se fiaran de nadie. Por cierto, piensa Alex, ¿dónde demonios se ha metido? Pero Jason se desangra. Y aquella mujer... no parece peligrosa. Parece que sabe lo que hace. La anciana ya lo está mirando con expectación. Tiende una mano. Alex respira hondo y asiente con la cabeza. La venerable mujer toma el otro brazo de Jason. Entre los dos lo levantan y lo cargan a duras penas hasta un edificio blanco con columnas dóricas. En la entrada hay una serpiente esculpida enrollada a un bastón. Alex se detiene en seco.

—No. Espera... —murmura.

La sangre le sube de golpe al pecho. El sudor frío. Una serpiente. Un bastón... ¡El símbolo de Hermes! ¿Y si todo era una trampa? ¿Y si estaban a punto de caer en manos del enemigo? Da un paso atrás, arrastrando a Jason. La anciana se gira y le habla de nuevo en griego, señalando la herida con urgencia. Su voz no suena amenazante. Su mirada, tampoco.

Alex duda. Mira otra vez la piedra. Entonces se da cuenta de su error. Solo hay una serpiente. Una sola. No es el caduceo de Hermes sino el báculo de...

—Asclepio... —susurra.

Suspira aliviado.

—Lo siento —le dice a la mujer, aunque sabe que no lo entiende. Y esta vez no duda.

Cruzan juntos el umbral del templo. El interior huele a incienso y a hierbas secas. La penumbra está rota por la luz que entra desde una abertura en el techo. El espacio es sobrio. Solo columnas de piedra, nichos con ofrendas y un altar cubierto de paños blancos. Al fondo, una figura reclinada en mármol representa al dios. Asclepio: barba

larga, pecho desnudo, mirada serena. A sus pies, una serpiente enroscada le lame la mano. Sobre los muros, bajorrelieves muestran escenas de enfermos atendidos por sacerdotes. Algunos descansan en catres. Otros extienden los brazos hacia el cielo. Otros duermen como esperando algo.

Varios hombres vestidos con túnicas claras se arrodillan al ver llegar a la mujer. Uno de ellos se apresura a abrir una puerta interior. Otro trae una bandeja con frascos, vendas y un mortero de piedra. La mujer murmura algo en voz baja. Sabe exactamente qué hacer. Limpia la herida con vino. Cose con firmeza. Luego aplica un ungüento espeso que huele a laurel, ajo y algo más. Ata una venda de lino con manos seguras, precisas.

A un lado del templo, casi oculta entre las columnas, brota una pequeña fuente de mármol blanco. No hay esculturas ni inscripciones. Solo el sonido del agua cayendo en un pilón redondo, con la constancia humilde de lo sagrado. Alex se acerca, curioso. El agua es clara. Fría. Huele a piedra.

—Es una fuente de *katharsis* —susurra para sí—. Purificación...

La ha visto antes. Está seguro. Esa fuente no le resulta extraña. Se agacha, abre la mochila y saca un libro viejo, de tapa blanda, con las esquinas dobladas y el lomo remendado con cinta adhesiva. En la portada, descolorida, puede leerse: *Los griegos*, de H. D. F. Kitto. Es lo único que conserva de su madre. Su única herencia. Lo lleva siempre encima. Lo ha leído mil veces. Cada noche, durante años, lo abría al azar antes de dormir, como si en sus páginas pudiera encontrar su voz. Le reconforta releer los subrayados, seguir con la yema del dedo las anotaciones escritas con su letra.

Y cuando la nostalgia le duele, se refugia en otra tinta: la de su padre. En la dedicatoria que dejó escrita cuando aún eran novios, en el instituto:

Para Sofía,
En estas páginas encontrarás algo más importante que historia: una forma de estar en el mundo.
Que algún día podamos enseñárselo juntos a quien venga.
Te quiere,
S.

Alex acaricia aquella página con la punta de los dedos. Luego pasa rápidamente algunas hojas. Allí está. Un dibujo a pluma de aquella fuente. Una nota al margen: «Antes de acercarse al dios, los enfermos debían lavarse el cuerpo... y el alma». El agua no era solo limpieza. Era frontera. Un umbral. Lavarse era aceptar que algo debía cambiar. Dejar atrás el miedo, el dolor, la culpa... Levanta la vista y comprende dónde están. Lo reconoce por la planta del templo, por la disposición de la fuente, por lo que leyó tantas veces: el Asclepeion, el santuario dedicado a Asclepio, dios de la medicina. Allí, los antiguos acudían a sanar el cuerpo... y a calmar el dolor del alma. No era solo un hospital: era un lugar para soñar. Los enfermos dormían en su interior con la esperanza de que el dios les revelara, en sueños, la cura que necesitaban.

Instintivamente, mete los dedos en el agua. Se lleva unas gotas a la frente. Luego toma un poco con ambas manos y la vierte en el suelo, junto al brocal. No sabe por qué hace esa libación, pero siente que es lo correcto.

Vuelve junto a Jason. La anciana está machacando en un mortero una pasta de plantas y se la mete en la boca a Jason que reacciona al instante. Se incorpora como si acabara de despertar de una pesadilla.

—¿Qué...? —balbucea.

—Tranquilo. Todo está bien —dice Alex. Mira a la mujer y masculla una palabra griega que recuerda vagamente como «gracias». Pero la pronuncia mal.

La mujer sonríe. Los sacerdotes también. Uno de ellos hasta suelta una pequeña carcajada. La mujer le acaricia la cabeza a Alex, como una madre orgullosa. El gesto le atraviesa sin aviso. Un escalofrío de melancolía le recorre la espalda. Alex se señala el pecho.

—Alex.

Luego señala a la mujer con las cejas levantadas. Ella lo entiende.

—Ἀσπασία Μιλησία —dice, con voz firme, mirándolo a los ojos.

Alex se queda paralizado. Jason, aún algo desorientado, pregunta:

—¿Qué pasa?

—Es Aspasia... —susurra Alex, sin creérselo—. Aspasia de Mileto.

Jason frunce el ceño.

—¿Y quién demonios es esa?

Alex traga saliva.

—Fue maestra de retórica, filósofa, compañera de Pericles y amiga de Sócrates. Los más grandes de Atenas escucharon su voz. Pero como era mujer, muchos la llamaron puta para no llamarla sabia.

Alex se queda pensativo. Aspasia se acerca con algo en las manos: un pequeño disco de cerámica cocida con una lechuza grabada que extiende las alas. Lo parte con un gesto ritual. Da una mitad a Jason, otra a Alex. No explica nada. Los mira con una intensidad serena, y antes de marcharse, susurra unas palabras:

—Φύλαττε τὸ ἥμισυ σου.

Se aleja entre columnas como una serpiente, deslizándose como si el templo la reclamara de nuevo.

Jason observa su fragmento.

—¿Y esto qué es?

Alex acaricia el borde del suyo.

—Un *symbolon* —dice en voz baja—. Los héroes griegos que habían luchado juntos partían una pieza de cerámica como esta y

cada uno portaba su mitad hasta el final de sus días. Solo encajaba con la otra. Recordaba una promesa. Una deuda. Una alianza.

—La única deuda pendiente que tenemos es la paliza que te debo —replica Jason, sin mirarle.

Se lleva instintivamente la mano al brazo malherido y comprueba que ya apenas le duele. Se encoge de hombros y lanza la pieza al suelo con desgana, como quien tira una piedra al agua. Alex no le responde. Espera a que Jason le dé la espalda. Luego se agacha en silencio, recoge el trozo de *symbolon* y lo guarda en el bolsillo.

El sol cae ya más bajo. Ninguno de los dos se dirige la palabra. Pero el silencio entre ellos tiene otro sabor. Entonces lo notan. No hay rastro del *daemon*. Ni una palabra, ni una ironía, ni una risa sarcástica. El *daemon* los ha abandonado. Jason gira sobre sí mismo, como un animal asustado. Mira a un lado y a otro.

—¿Dónde está? —balbucea—. Dime que lo ves. Dime que está por aquí.

Jason parpadea desorientado. Un vendedor le grita en griego, otro le empuja. Una cabra pasa corriendo y casi lo derriba. Le da un codazo a Alex.

—Nos ha dejado. Nos ha dejado, tío —murmura Jason—. Estamos jodidos. Vamos a morir entre cabras y filósofos.

—Jason, tranquilízate —dice Alex—. Hay que pensar.

Pero la duda de Jason cala hondo en Alex. Hasta ahora había confiado plenamente en la misión, en la palabra del *daemon*, en la promesa de Atenea.

—¿Y si Atenea nos ha utilizado? —musita, más para sí que para Jason.

—¿Qué? —Jason lo mira colapsado—. ¿Qué has dicho?

—Piensa. ¿Y si todo esto no es un encargo heroico, sino una eliminación discreta? ¿Y si yo soy el error que hay que corregir? Tal

vez la verdadera misión del *daemon* sea deshacerse de mí. Quizá mi existencia no encaja en su equilibrio divino. Quizá nunca fue Sócrates el objetivo. Los dioses no son lo que parecen, Jason. Ni siquiera Atenea. Nadie da poder sin exigir algo a cambio.

—Para el carro —responde Jason—. Te estás rayando.

—¿No te parece raro que estemos solos? ¿Que, justo cuando más lo necesitamos, el guía desaparezca?

Jason no sabe qué contestar. Mira a su alrededor, como si aún esperara que todo esto fuera una broma pesada del *daemon* con moraleja final. Pero siguen solos. Y su silencio empieza a pesar más que su presencia.

Un hombre se les acerca. Es bajito, de panza prominente, enorme cabeza coronada con una amplia calva, rostro poco agraciado, ojos saltones, nariz redonda y chata, barba poblada y poco cuidada. Tiene pinta de borracho. Feo, con la mirada de toro. Malviste una túnica modesta y camina descalzo. Los observa con una sonrisa burlona. Como si los conociera. Como si los hubiera estado esperando. Les habla en griego. Parece una pregunta.

Alex frunce el ceño. Trata de comprender.

—Creo que ha preguntado qué estamos buscando —traduce con duda—. O... a quién.

—Dile que estamos buscando a nuestro... guía —dice Jason, forzando la palabra como si no creyera en ella.

Alex improvisa una respuesta. El hombre asiente, y en vez de marcharse, formula otra pregunta. Mira a Jason directamente mientras la dice, como si supiese que solo él conoce la respuesta.

—¿Y ahora qué ha dicho?

Alex se queda callado. Su frente arrugada.

—No lo sé. Solo he entendido una palabra: «*areté*».

—¿Y eso qué es? ¿Un arma?

—Significa virtud.

El hombre los observa en silencio. Se mesa la barba, sonríe con calma, asiente. Y entonces, sin decir nada más, se aleja. Se funde con la multitud como una sombra que se disuelve al sol.

—¿Tú lo has entendido? —pregunta Jason.

—No del todo. Pero creo que solo ha hecho preguntas.

—¿Por qué a nosotros? ¿Para qué?

—Ni idea. Tenía pinta de estar un poco loco.

—¿Veis? Os dejo solos cinco minutos y ya habláis entre vosotros como si fuerais compañeros de armas.

La voz del *daemon* suena a su espalda. Está sentado sobre un ánfora abandonada, con las patas cruzadas y una aceituna en la garra, como si nada hubiera pasado. Mastica con parsimonia, disfrutando del momento.

—¿Dónde demonios estabas? —salta Jason, aún con el pulso acelerado.

—Observando —responde el *daemon*, llevándose otra aceituna a la boca—. Era una pequeña prueba.

—¿Una prueba? —Alex lo fulmina con la mirada—. ¿Y si no la hubiésemos pasado?

—Entonces habríais acabado como Platón: subastados en un mercado de esclavos. Pero, oye, enhorabuena —añade alzando el hueso de la aceituna como si brindara—. Incluso habéis tenido el privilegio de conocer al abuelo.

—¿Qué abuelo?

—Nada, nada... Tiempo al tiempo. Lo importante es que habéis sentido miedo, incertidumbre, esa deliciosa angustia existencial... El humus perfecto para que crezca el conocimiento. Porque, amigos míos, la ignorancia es el primer paso hacia la verdad.

Los dos chicos se miran sin saber si pegarle o aplaudir.

—Ah, y por cierto... —dice el *daemon*, como cayendo en la cuenta de algo que casi olvida—, creo que le debéis un gallo a Asclepio.

Jason lo mira sin entender.

—¿Un gallo?

—Sí. Aquí, en Grecia, cuando alguien sana en un templo de Asclepio, debe ofrecer un gallo al dios como agradecimiento.

—¿Qué es esto, vudú?

—¡No, imbécil! —responde el *daemon* perdiendo la compostura—. No es por superstición, sino por sentido del deber cívico: una forma de reconocer que has recibido algo valioso de los demás y que ahora tienes una deuda. Una deuda ética. El gallo es más que un animal. Representa la vigilia. El canto que anuncia el amanecer. El paso de la oscuridad a la luz. Y ofrecerlo es como decir: «He sido curado, he sido despertado; ahora me toca a mí despertar a otros, cuidar de otros».

—¿Y de dónde narices saco yo un gallo? —bufa Jason.

El *daemon* chasquea los dedos. Del fondo de su zurrón, saca un pequeño gallo de cerámica, de barro rojizo, con el plumaje grabado en espirales mínimas y ojos saltones pintados con cuidado. Lo muestra con solemnidad.

—Lo tengo todo bajo control.

Jason alza una ceja.

—¿Lo has robado?

—Yo no robo —replica el *daemon*, ofendidísimo—. Yo socializo recursos.

Jason niega con la cabeza, suspira y toma el gallo.

—¿Y qué se supone que tenemos que hacer ahora con esto?

—De momento, lo guardáis. Ya sabréis qué hacer con él... a su debido tiempo.

Jason se gira hacia Alex, se lo tiende y dice:

—Toma, guárdalo tú.

—¿En serio? ¿También necesitas que te lleve los deberes?

—Anda, venga. Tú eres el friki de la mochila, ¿no?

Alex resopla, pero lo guarda con cuidado.

—Mira que eres vago...

—Bueno, amores. Si ya habéis terminado de hacer turismo... —dice el *daemon*, poniéndose en pie con energía—, pongámonos en marcha. Atenea no es precisamente famosa por su paciencia.

Alex se coloca a su lado y pregunta en voz baja:

—¿Puedes traducirme una cosa?

—Depende —dice el *daemon*, relamiéndose un dedo—. Si lo hago, ¿me prometes que estarás calladito al menos cinco minutos?

—¿Qué significa Φὐλαττε τὸ ἥμισυ σου?

El *daemon* se detiene. Lo mira con más atención de la habitual.

—«Cuida de tu mitad» —responde. Hace una pausa—. ¿Dónde lo has oído?

—Se lo oí gritar a un vendedor, pero creo que no lo escuché bien.

El *daemon* le mira con sospecha, pero no dice nada. Sigue caminando y pasa junto a un mojón de piedra rematado por un busto barbudo. En la base, un falo en erección apunta al cielo con descaro.

—¿Qué demonios son estas cosas? —pregunta Jason, señalando la escultura—. ¡Menudo pollón! Están por todas partes.

—Eso, *quarterback*, es el poder viril de Hermes en todo su esplendor. Se llaman *hermai* —responde el *daemon*, casi con solemnidad—. Pilares dedicados a Hermes. Marcan los límites de los barrios, dan buena suerte y ahuyentan malos espíritus.

—Pues no parece que estén funcionando muy bien con nosotros —suelta Jason mirando con sarcasmo al *daemon*.

—¡Anda! —responde el *daemon* con una carcajada—. No sabía que los pijos tuvieran sentido del humor. Vas ganando puntos, *quarterback*.

—¿Puedes dejar de llamarme así? —salta Jason, con los ojos encendidos.

El *daemon* se detiene. Lo mira ladeando la cabeza, como un cuervo curioso. Entorna los ojos, como si acabara de ver algo que los demás aún no han entendido. Sonríe con media garra en la cadera y lanza una pregunta que suena a frío bisturí:

—¿Acaso no eres «el *quarterback*»?

Jason aprieta los dientes y murmura:

—Soy mucho más que eso.

Vuelve a mirar las *hermai* intentando cambiar el rumbo de la conversación y dice:

—No sé, hay algo un poco perturbador en tener la ciudad llena de penes guardianes.

—Mucho cuidado con lo que dices, campeón. Una broma de mal gusto con estas estatuas le costó muy caro a un joven arrogante, bastante parecido a ti. Pensaba que se iba a comer el mundo, y terminó siendo devorado por él.

—He leído sobre eso —dice Alex—. Te refieres a Alcibíades, ¿no?

—Claro que me refiero a Alcibíades —responde el *daemon*, saboreando el cotilleo que está a punto de desvelar—. ¿Quién si no? Nadie mutiló las *hermai* por error. Fue él. Y no lo hizo solo. Se corrió una juerga con sus amigotes la noche antes de zarpar hacia Sicilia. Acababan de nombrarlo estratega, líder de la expedición. El niño bonito de Atenas, el favorito de todos. Era el alumno más querido de Sócrates, aunque no entendiera ni la mitad de lo que le decía. Tenía el cuerpo de un atleta y la ambición de un dios. Se creía intocable.

Y cuando uno se cree impune, todo le parece gracioso. Hasta burlarse de lo sagrado.

Se detiene un instante. Mira a Jason a los ojos. La voz se carga de ironía.

—Hay bromas que conviene no hacer. Uno no se debe reír de cualquiera.

Jason no dice nada. Pero su mandíbula se tensa.

—Pero lo peor no fue el sacrilegio —prosigue el *daemon*—. Lo peor fue lo que vino después. Lo llamaron a juicio, y en vez de dar la cara, se fugó como un cobarde. Desertó. Cambió de bando. Acabó luchando contra su propia ciudad. Se convirtió en traidor. O quizá —el *daemon* entrecierra los ojos y los clava en los de Jason— la traición siempre estuvo en su naturaleza.

El silencio pesa durante un segundo.

—No lo olvides, *quarterback* —dice el *daemon*, levantando un dedo garrudo—: en esta ciudad, una polla rota puede tener consecuencias políticas.

Alex abre la boca, pero no encuentra réplica. Jason se limita a murmurar:

—Vale. Tomo nota. No tocar los penes con barba.

El *daemon* aplaude con sarcasmo.

—¡Muy bien, Pericles! Ya estás listo para vivir en democracia.

Los tres siguen caminando, mientras Jason no puede evitar mirar de reojo cada nueva *herma* con mezcla de desconcierto y respeto. Se detiene frente a un edificio circular de piedra y ladrillo, coronado por una cúpula de tejas sostenida por seis columnas.

—Este es el Tholos. La sede del gobierno. El corazón de Atenas. Aquí arde el fuego sagrado, como en el hogar de cualquier casa

griega. Porque esto, chicos, es el hogar de todos los ciudadanos.

Los dos lo observan en silencio. Dentro, varios hombres están sentados en torno a una mesa.

—¿Y esos? —pregunta Jason.

—Los *pritanes* —explica el *daemon*—. Una especie de ministros. Cincuenta ciudadanos elegidos por sorteo cada año. Se encargan de organizar obras, servicios, presupuestos... pero su tarea más importante es presidir la Boulé.

—¿La qué? —Jason lo mira mostrando por primera vez cierto interés en las historias del *daemon*.

—El consejo de quinientos ciudadanos que prepara las leyes y propuestas que luego se votan en la asamblea: la Ekklesía, el verdadero órgano de poder. Aquí manda el pueblo. Literalmente.

—¿Y también se elige por sorteo? —interviene Alex, con curiosidad.

—Por supuesto —asiente el *daemon*—. El sorteo es la herramienta que garantiza la isonomía, la igualdad entre ciudadanos. No importa tu dinero, tu carisma, tu apellido, ni que tengas un canal de TikTok. Aquí, todos tienen las mismas oportunidades de gobernar. Y como los cargos son breves y no hay reelección, nadie vive de la política y se evita la concentración de poder en manos de unos pocos.

—Visto así, no suena tan mal —reconoce Jason, sorprendido—. Pero dijiste que eran cincuenta y yo ahí solo veo a diecisiete.

—Porque cada día solo un tercio permanece aquí de guardia. Custodian documentos, sellos oficiales, pesos y medidas, y las llaves de los santuarios donde se guarda el tesoro público. Comen y duermen aquí y, al terminar el día, son relevados por otros compañeros. Y la ciudad paga su comida: queso, tortas de cebada, aceitunas, puerros y vino. La remuneración por el servicio viene a costarle a la ciudad un óbolo por cabeza.

—O sea, que la política de aquí no es buen lugar para forrarse.

—Exacto —responde el *daemon*, orgulloso—. Atenas no paga con vil metal, sino con honor. Aquí los jóvenes no sueñan con vender su alma por seguidores, sino con comer en esa mesa y que sus nombres sean recordados por los hombres libres.

Jason señala a un hombre de complexión imponente que acaba de sentarse a la mesa.

—¿Y ese? Está mazado.

—Ese es Milo —dice el *daemon*, casi con reverencia—. Leyenda del deporte. Seis veces campeón olímpico. Maestro del pancracio: una lucha sin reglas donde se reparten hostias como panes. Dicen que partía árboles con las manos y que cargaba toros sobre los hombros. Los héroes deportivos, los que han dado gloria a Atenas, comen aquí como premio a su virtud.

—Pues esas tortas que se están zampando no tienen mala pinta —dice Alex mientras le ruge el estómago.

—Tú siempre pensando en comer —se burla Jason.

—¡Tengo hambre! Todavía no hemos probado bocado desde que llegamos.

—Tranquilos —dice el *daemon*, girándose—. El obrador que las prepara nos pilla de camino. Vamos, que el hambre no os deje más idiotas de lo habitual.

El *daemon* va unos pasos por delante, tarareando una marcha militar. Alex baja la vista un momento y se detiene. La quemadura de su mano le vuelve a escocer. Mira a su alrededor. Siente una presencia y un escalofrío le recorre el cuerpo. La mano quemada le palpita. La aprieta contra el muslo, intentando disimular.

Todos los caminos llevan a Atenea

Alex y Jason se comunican por señas con el panadero del obrador. El *daemon* los observa con una ceja alzada. El hombre, de brazos fornidos y cara curtida, está acostumbrado a tratar con metecos recién llegados que aún no dominan el griego del Ática. Alex saca unas monedas de sus bolsillos. El panadero las coge, las sopesa con la mano. No reconoce la ceca, pero eso no importa: el metal pesa. Y eso basta. A cambio, les ofrece una torta recién salida del horno. Crujiente por fuera, esponjosa por dentro. Cada bocado deja al descubierto alvéolos enormes, fruto de una fermentación lenta y de una mezcla de harina con leche de cabra. Sobre la superficie, un chorro de aceite de oliva verde y espeso, unas hojas de albahaca y tomillo, queso rallado y unos trozos de higo. Jason y Alex se relamen los dedos como si acabaran de descubrir que existe la felicidad en forma de pan.

Alex sigue sintiendo hambre. Las tripas le rugen otra vez. Jason lo escucha. Mira su torta. Luego a Alex. Suspira. Arranca un buen trozo y se lo tiende.

—Toma, friki. Pensaba dárselo a las palomas, pero veo que tú lo necesitas más. ¿Has visto la subidita que hay hasta la Acrópolis esa?

Alex frunce el ceño, duda.

—¿Te crees mejor que yo?

—Soy mejor que tú. Menos imbécil, seguro.

—¡Qué generoso! —dice Alex con ironía—. Los de vuestra clase solo os movéis por tres cosas: interés, interés e interés.

—Y los de la vuestra sois unos *haters* profesionales. Siempre echándole la culpa al sistema, pero a la que pueden, zas, a chupar del bote.

—Sin la pasta de papi no durarías una semana en mi barrio, el mundo real.

—¿Eso crees?

—Eso lo sé.

—Tú no sabes nada de mí, *drama queen*.

—Tú tampoco sabes nada de mí, *gym bro*.

Jason arquea una ceja, divirtiéndose con la conversación.

—¿Te ponen mis pectorales? Admítelo, friki.

—¡Gilipollas! —responde Alex—. Era una forma elegante de decir que tu falta de personalidad da *cringe*.

—Admite que te gustaría ser como yo —insiste Jason.

—Admite tú que estás enamorado de tu foto de perfil. Das vergüenza ajena: esa pose sin camiseta, con cara de estreñido y con el filtro de puesta de sol. De verdad, pensé que era un meme.

Jason suelta una carcajada.

—¿Me *stalkeas*? ¡Te pongo cachondo, admítelo! Te la meneas por las noches pensando en mí.

—Me caes como un anuncio de TikTok: molesto, innecesario y encima imposible de saltar. —Alex resopla, pero se le escapa una sonrisa—. Tienes un ego más inflado que un globo de feria.

—Y tú un complejo de inferioridad de *influencer* con doce seguidores.

—¿Pero tú has visto eso que llevas en los pies?

—¿Qué pasa con mis zapatillas?

—Es lo más hortera que he visto en mi vida. Parece que le robaste las botas a un Power Ranger. Blancas, con dorado... ¿Eso es purpurina?

—¡Es reflejo solar! Tecnología reflectante de última generación. Son de edición limitada.

—Lo que es limitado es tu sentido del gusto.

—Un paleto como tú no puede apreciarlas. Están hechas a mano por artesanos italianos.

—¿Ciegos?

Jason resopla. Mira sus zapatillas. Luego a Alex.

—Te molesta porque nunca podrías llevar algo así. En el fondo te fascinan.

—Lo que me fascina es cómo se puede tener tanto dinero y gastarlo tan mal.

—Toma la maldita torta y calla —dice Jason, volviendo a ofrecerle el trozo—. Pero si vuelves a hablar de mis zapatillas, te reviento con una *hemai* de esas.

—Se dice *herma*. *Hermai* es el plural.

—¡Vete a la mierda, friki! Come y calla.

Alex toma el trozo.

Sin decir una palabra, se zampa de un bocado el trozo de torta que Jason le ha dado.

—Creo que acabo de presenciar un récord olímpico —grita el *daemon* mientras aplaude—. Si comer tortas fuera disciplina oficial, te hacían hueco junto a Milo de Crotona sin pasar por clasificatorias. Igual hasta te esculpían en mármol con una torta en la mano.

—Hambriento y rápido. Una combinación peligrosa. —responde Jason—. Lo tuyo no es un metabolismo, es un arma blanca.

Esas palabras le devuelven, como un eco venenoso, el comentario cruel que Jason escribió en redes sociales. El gesto se le tuerce. Y justo entonces, la quemadura vuelve a arder en su mano. No es un dolor insoportable, pero sí punzante. Observa la cicatriz. Tiene forma de alfa. La primera letra de la palabra favorita de su padre:

Alétheia. Decía que los griegos no concebían la verdad como algo que se tiene, sino como algo que se revela. Que *alétheia* no es lo verdadero, sino lo des-velado. Lo que deja de estar oculto. Explicaba que el prefijo «a» era una negación, y que «*lethe*» venía del olvido. Que decir «verdad« en griego era, literalmente, decir: «lo que no debe ser olvidado». Recuerda cómo su padre se emocionaba con esas cosas. Le decía que la verdad estaba enterrada bajo capas de apariencia y que buscarla era como arrancar una venda. Como encender una lámpara en medio del engaño. Alex se queda pensativo. Inquieto. También recuerda que su padre le explicó que *alétheia* comparte raíz con el Leteo, uno de los ríos del inframundo del que las almas bebían para olvidar.

El alfa brilla tenue bajo la piel de su mano como si estuviera señalando. Las serpientes del caduceo, hasta entonces dormidas, se revuelven en el zurrón del *daemon*. Una de ellas asoma ligeramente la cabeza y olfatea.

—¿Qué pasa? —pregunta Jason.

A unos metros, al resguardo de un soportal, una figura encapuchada los observa. No se mezcla con los comerciantes ni con los viandantes. Se mantiene en la sombra, con la mirada clavada en los dos adolescentes, y en el *daemon*... Observa en silencio, como si esperara una señal. No interviene. Aún no. Nadie lo nota. No parece un comerciante, ni un peregrino, ni un ciudadano más. Está demasiado quieto. Demasiado fijo. Demasiado fuera de lugar. Cuando Alex le clava la mirada, la figura da un paso atrás y se desvanece entre las sombras, fundiéndose con ellas.

—Eh... —dice en voz baja—. Creo que hay alguien que nos sigue. Estaba ahí, mirándonos.

Jason se gira enseguida.

—No veo a nadie —murmura—. ¿Estás seguro?

—Bah, paranoia de turista —espeta el *daemon*—. En esta ciudad, todo el mundo mira a todo el mundo. Es deporte local.

—Ya, pero ese tipo... —insiste Alex— parecía demasiado interesado en nosotros.

El *daemon* resopla. Da un manotazo seco al zurrón, haciendo que las serpientes se agiten y vuelvan a esconderse.

—Deja de rayarte. Tenemos una diosa esperando. Y no conviene hacer esperar a alguien que puede convertirte en ceniza con solo parpadear.

Siguen caminando un buen trecho.

—¿Nos queda mucho para llegar hasta Atenea? —pregunta Alex, arrastrando los pies.

—¿Qué pasa? ¿El señorito ya se ha cansado y necesita echarse la siesta? —responde Jason, sin contener la sorna—. Y luego el pijo soy yo.

—No soy pijo. Soy eficiente. Mi cuerpo detecta el sufrimiento innecesario.

Jason se ríe por lo bajo.

—Eres un vago con buena labia.

—Y tú un descerebrado con abdominales... Un cartón de huevos tiene más contenido que tu cráneo. Si fueras más básico, serías una piedra pómez.

Alex sonríe. Punto de partido para él. Pero no lo dirá en voz alta. Jason lo encaja deportivamente con una media sonrisa. Este juego le divierte. El *daemon* los observa desde más arriba. Sonríe para sí. No dice nada.

—Ya estamos cerca —interviene el *daemon*—. Solo hay que subir hasta la Acrópolis por esa cuesta. Desde los Propileos, las puertas

monumentales de entrada, tendréis una vista privilegiada de la ciudad.

Alex alza la mirada. La cuesta parece infinita. El calor. El polvo. Las piernas que empiezan a quejarse.

—No me jodas... —protesta—. ¿De verdad tenemos que subir eso?

—Hay otra opción —responde el *daemon*—. Un camino más largo pero menos empinado. Empieza junto al teatro de Dioniso, en la ladera sur de la montaña. Es una ruta más suave, sin gloria, pero con sombra. Es el camino de servicio que usan los esclavos para llevar cargas hasta la Acrópolis. Es un camino funcional, nada solemne ni ceremonioso, pero es cómodo.

Alex busca con la mirada esa nueva ruta.

—Y luego está este otro: el camino ceremonial, mucho más bello, que os ofrecerá una imagen única de Atenas. Esta ruta no es solo una ascensión física, sino sobre todo espiritual. Con la exigencia de cada paso nos vamos elevando sobre nosotros mismos y nos encumbramos hasta la morada de los dioses. Este camino nos advierte de que no hay elevación sin esfuerzo. Pero al llegar arriba... uno ya no es el mismo.

Alex baja la vista. Luego vuelve a mirar la cuesta que asciende empinada. Una rampa interminable de piedra que parece sacada de una pesadilla diseñada por su profesor de Educación Física.

—Por el camino de los Propileos —dice.

Jason se le queda mirando. Parpadea. No es la respuesta que esperaba.

—Buena elección, joven Heracles —asiente el *daemon*, iniciando la subida.

—¿Por qué me llamas así? —responde Alex, resoplando ya en el primer peldaño.

—Porque Heracles también fue joven, perezoso y tragón —dice el *daemon*, como quien comienza una fábula—. Hasta que un día llegó a una encrucijada. Dos caminos. Uno fácil y lleno de placeres. Otro difícil, empinado y sin promesas inmediatas. Dos mujeres se le aparecieron. Una, radiante y seductora: el Placer. La otra, serena y sobria: la Virtud. El Placer le prometió una vida sin esfuerzo. La Virtud, una vida con sentido. Heracles eligió a la Virtud. Y ese día empezó a convertirse en héroe. Su vida fue un ejemplo de lucha, sacrificio y gloria, demostrando que la recompensa verdadera no está en la comodidad fácil, sino en el valor de los desafíos superados.

Jason mira a Alex. Bufa.

—¿Estás comparando a Heracles con este trozo de tocino sudoroso? Te veo muy generoso, *daemon*.

—También Heracles fue un trozo de tocino sudoroso —replica el *daemon*, sin inmutarse—. ¿O es que no has entendido nada de la historia que te acabo de contar? Los héroes no nacen, se hacen. No venimos fuertes de serie. Nos forjamos. A golpe de elección, de camino cuesta arriba. Esa es la lección que todo ciudadano debería recordar cada vez que pisa esta subida sagrada.

Suben en fila, sin hablar, como si el momento exigiera silencio. Jason va en cabeza, con el paso firme y el cuerpo erguido, como si la pendiente no fuera más que una de sus rutinas de entrenamiento. Ni una gota de fatiga en la mirada: es un atleta, y su cuerpo lo sabe. Alex le sigue unos metros detrás, jadeando, cargando con la mochila como Sísifo con la roca, con la camiseta pegada a la espalda y la dignidad goteando por la frente, pero sin rendirse. A ratos se detiene a fingir que observa las vistas, aunque en realidad solo intenta recuperar el aliento. Sus piernas protestan, pero él sigue. El *daemon*

cierra la marcha, silbando, zurrón al hombro, moviéndose con una ligereza burlona, como si flotara más que pisara.

Una de las serpientes del caduceo asoma la cabeza, bosteza con desgana y murmura:

—¿La elevación espiritual no podía tener escaleras mecánicas?

—Yo firmaba ahora mismo por un ascensor con incienso —responde la otra, sin abrir del todo los ojos.

—Con música ambiental y agua con pepino, ya que estamos.

—¡Por primera vez estamos de acuerdo en algo!

El *daemon*, sin girarse siquiera, le da un manotazo seco al zurrón. Ambas chillan y se esconden murmurando indignadas.

La Acrópolis se alza cada vez más cerca, majestuosa y altiva, como si los observara desde arriba, esperando decidir si son dignos de cruzar sus puertas.

—¡Mirad! Ya hemos llegado —anuncia el *daemon*—. Estáis ante los Propileos, el umbral que separa la ciudad terrenal de la ciudad sagrada.

Frente a ellos se alza una estructura colosal. No es una simple puerta, sino un complejo arquitectónico de simetría impecable, que evoca y prepara al visitante para el esplendor del Partenón. Seis columnas dóricas imponentes sostienen el techo como si no pesara. Forman cinco pasos: el central, más ancho, deja pasar caballos y carros durante las procesiones religiosas. Los laterales, más estrechos, son para los peatones. A la izquierda, una estatua de bronce de Atenea Prómacos se yergue desafiante, la lanza en alto como una flecha que señala el corazón de la Acrópolis. A la derecha, el pequeño pero elegante templo de Atenea Niké celebra las victorias del pueblo ateniense.

El *daemon* se planta ante las puertas, se da la vuelta con solemnidad programada y declara:

—Quien cruza estos mármoles deja atrás el mundo cotidiano. Entra en el dominio de los dioses.

—Metes miedo cuando hablas así —murmura Alex.

—Es un guion obligatorio de la jefa. Atenea es muy de liturgia. Le ponen los rituales y las frases pomposas —responde el *daemon*, resoplando—. Pero venga, daos la vuelta. Mirad esa vista. Decidme que no es una puñetera maravilla.

Ambos obedecen. Desde esa altura, Atenas se extiende como una constelación de piedra y tejados.

—Desde aquí la gente parecen hormigas —dice Alex.

—Así os ven los dioses —responde el *daemon* con una ceja arqueada—. Si miráis al norte, veréis entre columnas y pórticos el ágora. Y más al oeste, esa colina que asoma tras las copas de los olivos... ¿la veis?

—¿Cuál? —pregunta Alex, entornando los ojos.

—Esa. La de las ninfas. Allí se reúne la asamblea de ciudadanos, en un teatro natural llamado el Pnyx. En los primeros días, las reuniones eran en el ágora, pero con tanto bullicio era imposible hablar y escuchar. Así que se mudaron al Pnyx, donde caben cómodamente seis mil personas: el quórum necesario para una asamblea. Aunque el récord está en veinte mil almas.

—¿Dónde está el sitio desde donde hablaban? —pregunta Alex.

—Mirad a vuestra izquierda. Esa plataforma rectangular tallada en la roca... ¿la veis?

—¿Esa cosa negra? —dice Alex, confundido.

—¡Hacia tu otra izquierda! —salta Jason, dándole una colleja.

—¡Vale, vale! Ya lo veo. ¿Esa especie de podio rectangular?

—Eso es el *bēma* —responde el *daemon*—. El lugar desde el que un ciudadano hablaba al pueblo. El centro del poder en Atenas.

El *daemon* se sube a una piedra plana, alza la barbilla y adopta una pose exageradamente solemne, como si estuviera a punto de pronunciar el discurso más importante de su vida. Inclina levemente el cuerpo hacia delante, apoya una mano en la cadera y extiende la otra al estilo de Demóstenes, aunque con bastante más descaro y bastante menos dignidad.

—Cuentan que Ciro, el rey persa, nos visitó y se escandalizó de que el centro de la ciudad fuese un espacio vacío. No entendía nada. Él esperaba un palacio. Un trono. Una corona. Pero aquí no hay reyes. Solo un hueco.

—Si no hay reyes no hay súbditos —comenta Alex.

—Exacto —asiente el *daemon*—. Esa planicie iguala a todos los que allí se congregan. Atenas es una plaza vacía, el lugar de todos y de ninguno. El rey de Atenas es «Don Nadie», un hombre sin rostro, un espíritu. Aquí gobierna una ley que puede haber sido escrita por cualquiera. Por eso tiene autoridad. Porque quien la redacta no lo hace como joven o viejo, rico o pobre, sino como ciudadano. El *bēma* no distingue rostros ni apellidos, solo argumentos.

Señala la piedra.

—Fijaos bien. Está orientado para que quien habla tenga la ciudad a su espalda. Porque cuando uno sube ahí y toma la palabra, ya no habla por sí mismo: es Atenas la que habla a través de él. Los ciudadanos, cada vez que se reúnen allí, abren la asamblea con las sagradas palabras de Teseo, el gran héroe de Atenas:

¿Quién tiene un pensamiento útil a la ciudad,
y desea expresarlo ante todos?
Aquí, el que quiere, habla. O calla.
¿Qué otra igualdad mejor conoces tú?

El *daemon* los observa calibrando y eleva el tono épico.

—Las palabras de Teseo hablan de la isegoría, el derecho de tomar la palabra en público. Un derecho conquistado con sangre, fuego y agallas. Pero no basta con ese derecho. La democracia no sobrevive solo con libertades. Necesita virtud.

Hace una pausa. Mira a Alex y luego a Jason.

—Virtud para decir la verdad. Aunque duela. Aunque joda. A esa virtud la llamamos parresía. No se trata de subir ahí arriba a soltar tu opinión como si fuera un tuit. Se trata de atreverse. De enfrentarse a la mentira, de desmontar la falacia, de decir lo que nadie quiere oír, pero alguien tiene que decir. El día que nadie se atreva a decir la verdad... la democracia habrá muerto.

—¿No te estás viniendo un poco arriba, *daemon*? —dice Jason, cruzado de brazos.

—¿Un poco? —añade Alex—. Pareces un anuncio institucional.

—No tenéis ni puta idea, niñatos —responde el *daemon*, sin perder el tono grave—. Esa piedra es la piedra angular de la democracia.

—Oye... no queríamos ofenderte —se disculpa Alex—. Solo estábamos bromeando, ya sabes. Pero... lo que has contado nos interesa de verdad. Dime una cosa —frunce ligeramente el ceño—, ¿por qué es tan importante para ti esa piedra?

El *daemon* les lanza una mirada de nostalgia sin atisbo de su habitual ironía.

—Porque una vez hablé desde esa piedra.

Los chicos se miran en silencio.

—¿Qué quieres decir con que hablaste desde esa piedra? —pregunta Jason—. Cuenta, anda —insiste—. No puedes soltar eso y quedarte tan ancho.

El *daemon* suspira, como si llevara siglos esperando esa pregunta... y otros tantos evitando responderla.

—Esa es una historia para otro momento. Ahora no. Atenea nos espera. Y creedme, no queréis saber lo que pasa cuando se la hace esperar. No me preguntéis por qué lo sé... pero lo sé.

Cuando llegan al corazón de la Acrópolis, Jason y Alex se detienen de golpe. Delante de ellos se alza una estatua colosal, tan imponente que parece desafiar al cielo.

—¡Es enorme! —exclama Jason, dando un paso atrás—. Debe tener más de diez metros.

—Quince, para ser exactos —responde el *daemon*, sin perder su tono de guía insolente—. Quince metros de bronce puro. Estás ante Atenea Prómacos, la que combate en primera línea. Nada de mandar desde la retaguardia. Esta diosa va delante, abriendo paso.

Alex levanta la vista hacia la estatua. Su mirada de bronce parece atravesar el tiempo.

—La ciudad encargó esta joya a Fidias, el puto amo del cincel. El Da Vinci de su época, pero con más músculo y menos modestia. Desde aquí, Atenea vigila toda la ciudad y sus contornos. En los días claros, los marineros la ven desde el Pireo. Algunos juran que incluso desde alta mar. Una lanza como faro. Un escudo como advertencia. Para que, si a algún déspota persa le da por intentarlo otra vez, se lo piense dos veces antes de poner un pie en esta tierra de libertad.

El *daemon* saca dos varas de incienso del zurrón y se las tiende.

—Tomad. Prendedlas en ese fuego sagrado y colocadlas bajo la estatua. No es solo cortesía. Es protocolo.

Desde un rincón sombrío de la Acrópolis, la figura encapuchada vuelve a observar. Pero ahora, más cerca. Una brisa levanta

ligeramente el borde de su capa. Bajo el manto, reluce una espada corta, negra en el centro y bruñida en los bordes. En la empuñadura, un símbolo: la silueta de un casco espartano y un perro aullando al cielo. Alex aprieta los dientes. El dolor de la cicatriz cede. Mira instintivamente a su alrededor. La figura ha desaparecido, como si se la hubieran tragado las sombras.

Jason y Alex siguen las instrucciones del *daemon*. La estatua resplandece bajo la luz del sol, reflejando destellos dorados que la hacen parecer viva, como una gran llama que protege la *polis*. En su diestra sostiene una lanza, larga y firme, cuya punta brilla con intensidad. Su otra mano apoya un gigantesco escudo, adornado con relieves que rememoran las grandes batallas de Atenas. Su casco de capitana de todos los ejércitos le da un aura de autoridad y sus pies se asientan con firmeza sobre la roca sagrada como si no existiera poder alguno que pudiera desplazarla. Desde esa posición, Atenea parece desafiar al mundo. No solo protege la ciudad, la encarna. Más que una estatua parece un símbolo de la libertad de Atenas.

El humo del incienso asciende lentamente, dibujando espirales que envuelven el rostro de la diosa en una neblina aromática. A lo lejos, entre los intersticios de las columnas y la sombra de los muros, la figura encapuchada vuelve a aparecer. Todo queda en un silencio tenso, como si incluso el viento contuviera la respiración. Solo se escucha el crepitar de la resina ardiendo... y entonces, un leve temblor. La tierra tiembla bajo sus pies. Un zumbido metálico resuena en lo más profundo de la Acrópolis, como si el mármol hablara. La estatua vibra. Los ojos de Atenea se encienden con un fulgor dorado.

Desde su escondite, el encapuchado da un paso atrás. La tela de su manto tiembla con él. Huye despavorido, como si la luz de la

diosa pudiera herirlo. El alfa cicatrizada en la mano de Alex parece despertar nuevamente.

Un viento barre la colina apagando las antorchas que alumbran la escultura de Atenea. La lanza de la diosa se inclina con un leve crujido, y su escudo refleja la luz cegadora del sol. Jason y Alex caen sobre sus pies y se postran arrodillados. Sienten temor y admiración. Desde lo alto, una voz profunda y serena se hace oír, reverberando como el broce al ser golpeado:

—Bienvenidos a mi ciudad. Estáis aquí por una razón. *Daemon*, esta vez has cumplido con diligencia tu misión, no lo olvidaré. Atenea siempre paga sus deudas.

—Disculpe, señora... —se atreve Jason, alzando apenas la cabeza.

—Llámala mejor diosa —aconseja el *daemon.*

—Disculpe... diosa —rectifica Jason, carraspeando—. No quiero ser irrespetuoso, de verdad. Pero creo que se ha equivocado de persona. Solo soy un chaval que juega bien al fútbol. Mañana tengo un partido decisivo. Necesito volver cuanto antes, me juego mi destino.

—Tu destino no lo decidirá un balón —sentencia Atenea—. Tu destino está aquí, en esta ciudad. Y más exactamente, en el gimnasio de Cinosargo.

—¿El gimnasio de Cinosargo? —replica Jason—. ¿Qué narices tiene que ver eso conmigo?

La voz de Atenea desciende como un trueno envuelto en seda:

—Todo, Jason. Allí se forjan los espíritus, no los cuerpos. Allí encontrarás a quien puede enseñarte lo que nunca aprenderás en un campo de juego. Solo si cumples la misión que os he encomendado, solo si escuchas con humildad, cuestionas con coraje y buscas con sinceridad la verdad, tendrás derecho a regresar. Hasta entonces, esta ciudad es tu campo... y Sócrates, tu entrenador.

Jason se siente descolocado. El *daemon*, a su lado, le suelta con sorna:

—Ya te lo dije, cabezón.

—Dirigíos hacia ese lugar —ordena Atenea—. Abrid vuestra mirada y vuestra mente. Buscad a Sócrates. Escuchadlo. Y cuando termine de dialogar, decidle que venís de muy lejos para aprender de él. Que queréis ser sus discípulos. Vuestra misión es protegerlo. Evitar su muerte a toda costa.

—¡Pero gran diosa! —salta Alex, abriendo los brazos—. ¡Si no entendemos ni papa de lo que dicen! Yo apenas chapurreo algo de griego clásico... y Jason piensa que Aristóteles es una marca de zapatillas. ¿Cómo se supone que vamos a hablar con Sócrates?

La diosa esboza una leve sonrisa, como quien observa con ternura la torpeza de unos cachorros. Alza su mano con calma y un fulgor azul brota de su palma, envolviendo a los dos jóvenes en una ola de luz líquida. Alex y Jason sienten un cosquilleo en la nuca, una corriente fresca y vibrante que se desliza por sus sienes. Algo se desbloquea dentro de sus mentes, como si les abrieran una puerta secreta. Es una sensación extraña, pero no incómoda: como si sus pensamientos comenzaran a respirar en otro idioma.

—Ahora habláis la lengua de Sócrates —anuncia la voz de la diosa —. Podréis comprender cada palabra, cada matiz, cada pregunta que os haga. Pero no os equivoquéis: entender no es pensar. Traducir no es comprender. La filosofía no se aprende por ósmosis. Tendréis que usar esa lengua para dudar, examinar, analizar... y, sobre todo, para buscar la verdad por vosotros mismos. Id ahora. El tiempo es efímero. Incluso para los que lo atraviesan. No todos en esta ciudad desean proteger la verdad. Algunos ya están moviendo piezas para destruirla.

—¡Espere, diosa! —grita el *daemon*, alzando las garras como si fueran manos humanas—. He hecho lo que me pidió. He cumplido con mi parte del trato.

Atenea lo mira. En esa mirada hay siglos de sabiduría.

—Aún no. Tu penitencia no ha terminado. Tienes un papel crucial en esta historia. Te queda una misión importante que cumplir.

El resplandor se apaga. La estatua vuelve a su quietud imponente, como si nada hubiera ocurrido. Jason y Alex se miran, atónitos. Alex murmura, en un griego fluido y perfecto:

—¿Esto... habrá funcionado?

Jason lo entiende sin esfuerzo.

—Solo hay una forma de comprobarlo.

Sin pensarlo, se acerca a uno de los sacerdotes que custodian un templo cercano. El hombre, vestido con una túnica blanca, lo observa con una mezcla de recelo y cortesía.

—Salve, extranjero. ¿Buscas la bendición de Atenea?

—Salve. En realidad, busco el gimnasio de Cinosargo. ¿Podrías indicarme cómo llegar?

El sacerdote lo examina con curiosidad. Hay algo en su forma de hablar que descoloca, pero no duda.

—Desde aquí, desciende la colina de la Acrópolis y toma el camino que conduce a la puerta de Diochares. Está justo en la dirección opuesta a la Dípilon, por la que seguramente has entrado. Cruza la muralla y sigue el sendero que bordea el santuario de Heracles. Cinosargo está más allá, en las afueras, junto al río Iliso. Lo reconocerás por las columnas de su pórtico y la escultura de un perro blanco. Eres forastero, y sin embargo hablas como uno de los nuestros. Atenea debe haberte concedido su favor. No lo desperdicies.

Jason regresa junto a Alex. Le ofrece la palma. Chocan las manos con un golpe limpio.

—¿Funciona?

—¡Funciona! —responde Alex, casi sin creerlo.

En un claro solitario, oculto entre los cipreses de un bosque próximo, se alza una estatua de Ares. La piedra negra rezuma violencia contenida. No hay animales, ni viento, ni canto de aves. Solo el rumor de una tormenta que aún no ha estallado.

El encapuchado se arrodilla ante el dios. Con su espada se abre una herida en la palma y deja caer unas gotas de sangre sobre los pies de la escultura. El bronce absorbe el sacrificio como si lo reclamara. Entonces, susurra:

—El caduceo ha sido activado. Dos jóvenes han venido desde el futuro. Atenea camina con ellos.

El claro permanece en un silencio sepulcral. Y entonces, un sonido seco, brutal: el crujido de la piedra al desgarrarse desde dentro. Los ojos de la estatua se encienden con un fulgor rojo. El metal de la lanza chisporrotea. El dios de la guerra despierta y abre los ojos, cubierto con una armadura de tonos rojizos, como si aún conservara el fuego de la fragua que lo creó. Su puño, enorme y envuelto en espinas de hierro, cae sobre una roca cercana que se resquebraja como un cráneo hueco.

Un viento gélido barre el claro. Y, como si la naturaleza respondiera a la llamada de su señor, se escucha el aullido de un lobo. Uno solo al principio. Luego otro. Después una sinfonía salvaje que parece llamar a la guerra.

Donde el orgullo te lleve

Potidea, otoño del 432 a. C.

El amanecer corta el horizonte como el filo de una espada ensangrentada. La niebla se desvanece sobre la llanura de Calcídica y deja al descubierto las huellas frescas de caballos enemigos. Frente a las murallas de Potidea, enclavada en el istmo que conecta la península de Palene con el resto de Macedonia, las tropas de Atenas despliegan su falange en el terreno reseco: una muralla de escudos y lanzas largas, donde cada hoplita no protege su cuerpo, sino el flanco del compañero. Aunque son muchos, avanzan como si fueran un solo organismo. No son soldados: son engranajes de una máquina viva. La falange no es solo una formación, es un pacto.

El mando lo ejerce el estratego Calias, un hombre de rostro curtido, barba recortada con precisión y ojos que no pestañean ni ante los presagios del oráculo. Viste el peto de bronce cincelado con el emblema de Atenea Prómacos, un manto púrpura sobre el hombro izquierdo —símbolo de su rango— y un casco ático decorado con una crin oscura, sujeto bajo el brazo.

Camina entre las líneas con paso firme, acompañado por dos escuderos y un escriba que toma nota de los despliegues. Su mirada va de escudo en escudo, de lanza en lanza, como si pudiera medir la voluntad de cada hombre en la forma en que ajusta el yelmo. No da discursos. Su presencia pesa más que las palabras. A veces se detiene ante un joven tembloroso y le apoya una mano en el pecho. A veces entrechoca su brazal con el de un veterano cuyo escudo

está desgastado por campañas pasadas. Calias no inspira afecto. Inspira fe ciega. Ser estratego no es solo un rango militar, es el ideal de todo ciudadano varón: gobernar con sabiduría, hablar con autoridad en la asamblea, liderar con valor en la guerra. Es el punto de encuentro entre el logos y la lanza, entre la política y el campo de batalla. Todos los jóvenes de la *polis* sueñan con llevar algún día la clámide púrpura y escuchar su nombre vitoreado en la Ekklesía. Ser estratego es ser el alma de la ciudad... hecha carne en el frente.

Calias ha organizado las fuerzas en varias unidades hoplíticas, cada una bajo la autoridad de su propio oficial, cada una compuesta por hombres del mismo demos, del mismo barrio, de la misma tierra labrada. Han crecido juntos, trabajado juntos, compartido mesas, bodas, entierros, nacimientos... y ahora comparten también, luchan juntos. La falange es la prolongación natural de una comunidad en armas. La solidaridad ciudadana en marcha. La ciudad se hace fuerte cuando cada individuo protege con su escudo a su vecino de la izquierda. Cuando un hombre cae, no muere un soldado. Muere un vecino. Un hermano.

Al otro lado del campo, atrincherados tras sus estandartes, los corintios esperan. Son aliados de los *potideatas* rebeldes, pero, a diferencia de sus enemigos, no combaten por honor ni por gloria: combaten por territorio y por cuentas pendientes con Atenas. Observan en silencio. Las trompetas aún no suenan. El aire permanece tenso como la cuerda de un arco cargado. Respiran hondo, como bestias antes del salto. Los cien pasos de tierra que separan a los dos ejércitos son la antesala de una guerra que aún no tiene nombre, pero que arrastrará a toda Grecia. Hoy, Potidea es solo un episodio. Mañana será historia.

En el flanco izquierdo de la falange ateniense, donde la niebla empieza a disiparse y el barro huele a noche antigua, los hombres

del *demos* de Alopece se preparan en silencio. Son jóvenes que hace solo unas semanas estaban moldeando vasijas, vendimiando junto a sus padres o aprendiendo el arte de tallar la piedra. Algunos han recibido lecciones de retórica, otros apenas saben escribir su nombre, pero todos han crecido en los mismos campos, bajo el mismo sol del Ática, y ahora empuñan la lanza como empuñaban el arado o el torno. Han venido con más miedo que gloria, pero se mantienen firmes, hombro con hombro, como fueron enseñados en el gimnasio. Ajustan nerviosamente las correas del peto, musitan plegarias a dioses. Entre ellos camina un hombre de más edad, Sócrates... Su nariz es ancha, su frente despejada, su cuerpo robusto y firme como el tronco de un olivo. Su voz se abre paso entre los escudos.

—Estos escudos no son vuestras defensas —dice—, sino la vida de vuestros compañeros. Aquí no hay gloria individual, solo la hermandad de los hombres que luchan como uno solo. La falange es más que un muro: es un pacto de sangre. No debéis proteger vuestro cuerpo, sino el flanco de vuestro hermano.

Los jóvenes lo miran con entusiasmo. Es Sócrates, el héroe de Alopece. Asienten en silencio. Cuadran los hombros. Uno, el menor del grupo, deja de temblar y ajusta su escudo con gesto firme. Mira al veterano que tiene a su lado.

—¿Es cierto lo que dicen de él? —susurra el chico—. ¿Que caminaba descalzo por Tracia?

El veterano asiente, sin apartar la vista del frente.

—Descalzo, sí. Y sin quejarse. Mientras todos añadíamos capas, él dormía con lo puesto, sobre el hielo. Pan seco, agua, y ninguna palabra de lamento. Lo llamábamos el roble. Aguantaba como nadie. Templanza lo llama él.

—¿Y por qué no lo hicieron general?

—Porque no quiere mandar. Nunca lo ha querido. Pero todos le siguen.

El joven baja la mirada un instante.

—¿Y ha estado en más batallas?

—Muchas. En Delio lo vi cargar solo para cubrir la retirada de un compañero herido. Le cayeron flechas por todos lados, pero no soltó el escudo. Lo llevó hasta el final. Dicen que podía haber escapado como los demás, pero eligió quedarse. Para él lo justo está muy por encima de lo fácil.

—¿Y nunca se enfada?

—Sí. Pero solo con los soberbios. Y cuando habla, no dice lo que uno quiere oír. Dice lo que uno necesita. El sabio de Alopece, le llaman.

El muchacho da un pequeño paso al frente. Está preparado. A su derecha, casi hombro con hombro, Leoncio aprieta los puños con gesto impaciente. Es su primo. Su tía, antes de que partieran, lo miró a los ojos y se lo pidió: «Cuídalo. No me vuelvas sin él». Leoncio prometió. Pero ahora, con la tensión de la batalla quemándole los talones, en lo único que piensa es en la gloria. Solo siente el latido de su ego en el pecho.

—Vamos, que no pareces un hoplita, pareces un aprendiz de alfarero intentando levantar su primera ánfora —murmura entre dientes al chico—. ¡Saca pecho!

—He ajustado bien el escudo, creo —responde el otro, inseguro.

—No lo pienses tanto. Solo sigue mi paso. No tienes que brillar, para eso ya estoy yo. —Y le guiña un ojo, como si todo aquello fuera una obra de teatro y él, el protagonista.

Leoncio alza la voz, ahora sin contenerse:

—¡Hoy nos esperan las musas para cantar nuestras hazañas! ¿Quién teme a un puñado de corintios cuando Atenas nos respalda?

Un murmullo de incomodidad recorre la formación. Uno de los hombres más mayores le lanza una mirada afilada a Leoncio.

—Mucho gritas para no tener aún sangre en las sandalias, muchacho.

Alguien le susurra que se calle. Pero Leoncio se crece, inflando el pecho como un gallo antes del canto. Cree que ha conseguido lo que quería. Sócrates se gira. Camina despacio entre las filas hasta quedar frente a él. No hay dureza en su gesto. Solo autoridad... y un atisbo de ternura.

—Ese ego te perderá, Leoncio. Hoy no es día de palabras. Es día de dejar que las lanzas hablen.

Leoncio escucha. Pero no responde. Se limita a encogerse de hombros y mirar al frente, desafiante. Sócrates vuelve a la carga.

—El campo de batalla no es lugar para lucirse. Es lugar para proteger. Para contener. Para servir. Las musas no escriben sobre los que hablan mucho, sino sobre los que hacen lo justo.

Y tras un breve silencio:

—Guarda la voz. Vas a necesitar el aliento.

Sócrates se da la vuelta y continúa su camino. La formación recupera el silencio. El primo de Leoncio lo mira sin decir nada. Las trompetas aún no han sonado.

Un corintio emerge al galope desde la línea enemiga. Cruza la llanura con arrogancia y se acerca lo suficiente como para que su voz afilada retumbe entre las filas atenienses.

—¡Atenienses de mierda! ¿Dónde están vuestros guerreros? ¿Solo nos mandáis filósofos y campesinos?

Gira en círculos con el caballo, salpicando barro. Levanta la lanza burlándose del enemigo. Escupe hacia la falange.

—Cobardes. Ratas del ágora. Perros amaestrados con togas.

Leoncio da un paso adelante. Aprieta el escudo con tanta fuerza que los nudillos le crujen.

—¡Ven aquí si tienes valor, jinete de establo! ¡Ven a probar el acero de Alopece!

El corintio sonríe. Ha encontrado su presa. Sin dejar de cabalgar mira directamente a Leoncio y lanza el anzuelo:

—¡Tanto gritas, que parece que vienes a parir! Los de tu barrio no son soldados... son putas con escudos prestados.

Leoncio ruge. El insulto le enciende como una chispa sobre un campo seco. Rompe la formación. Sale corriendo, cegado por la ira y el orgullo, tras el jinete que se aleja al galope, riéndose. El clamor de los compañeros lo sigue.

—¡Leoncio, no! ¡La formación! ¡La línea!

Pero ya es tarde. El jinete se gira y le arroja su lanza que impacta en el casco de Leoncio. El bronce resuena como una campana. Leoncio cae como un saco al suelo, y con él la falange. El hueco que deja su escudo es una grieta en la muralla. Apenas un espacio de un cuerpo, pero suficiente.

—¡Cubrid el hueco! —grita alguien, pero ya es inútil.

Los escudos, que eran una muralla, ahora son islas. La armonía se rompe. El ritmo se pierde. La falange empieza a deshilacharse. Los corintios lo ven. Y cargan como lobos que huelen la sangre de su presa. El golpe es brutal. Una ola de escudos y lanzas se estrella justo por donde Leoncio ha roto la línea. Su primo, que estaba a su lado, queda expuesto. Su escudo le protegía. Pero ya no está. Una lanza le atraviesa el pecho. La sangre brota negra por la boca. Su

cuerpo de catorce años cae sobre la tierra de Potidea. No hay épica. Solo barro.

Atardece. La batalla termina. Leoncio se recupera. La victoria ateniense le sabe a derrota. Se tambalea entre cuerpos caídos hasta dar con él. Allí está su primo. El que marchó con él para hacerse hombre antes de tiempo. Se arrodilla a su lado. La lanza aún asoma del pecho como un mástil roto.

Leoncio alarga una mano temblorosa y le acaricia el cabello manchado de barro.

—¿Qué he hecho...? —susurra, como si aún pudiera hablarle.

Se dobla sobre él.

—¿Qué he hecho? —gime entre lágrimas—. ¡Lo maté yo!

Los hombros se le sacuden con cada espasmo del llanto. Esa noche, las musas no visitan a Leoncio. Lo hacen las Erinias. Las diosas de la culpa, del remordimiento y del castigo que uno no puede evitar ni olvidar. Leoncio se aparta del campamento y se arrodilla ante un altar de piedra, con una pequeña lámpara que apenas ilumina su rostro.

—Atenea... —murmura, con la voz rota—. No merezco volver a ver la luz del sol.

—¿Y así fue como dejaste de ser humano? —pregunta Jason, con voz temblorosa mientras los tres caminan por la ladera sur de la Acrópolis, a la sombra de los cipreses, bordeando los muros antiguos y pisando un sendero de piedra desgastada.

—Así fue —dice el *daemon*, con una tristeza serena—. Mi carne se disolvió, pero mi voz quedó para siempre. Ella vino a mí. Me habló

con voz de bronce:

»"Leoncio, has comprendido el precio de tus acciones. El orgullo no es virtud. Es humo disfrazado de fuego. Serás un *daemon*. Un guía sin cuerpo que solo susurrará a aquellos que busquen la verdad. Tus palabras servirán a la justicia y al bien... y nunca más a tu vanidad. Así expiarás tu culpa. Así dejarás de ser eco... y empezarás a ser voz."

—Oye... tú hiciste lo que creíste correcto —dice Jason, bajando la voz—. Quiero decir, cualquiera habría caído en la provocación. Te empujaron a fallar. No es culpa tuya del todo. Fue una mala jugada, eso es todo.

El *daemon* no responde. Solo sigue caminando, con la mirada perdida en la ciudad.

—No eras un mal tipo —insiste Jason, con la vista al frente—. Solo... no supiste hacerlo bien. No sabías cómo podía acabar. Era imposible que lo supieras.

Hace una nueva pausa. Piensa en palabras que esta vez sí puedan dar consuelo.

—A veces uno mete la pata sin saber ni lo que estaba haciendo. Como en un partido: fallas el pase... y solo después entiendes por qué. No creo que quisieras hacer daño —dice Jason, bajando un poco la voz—. Solo... no sabías lo que hacías.

—Déjalo, Jason —dice Alex, con suavidad—. Respeta su dolor.

Jason asiente en silencio. Por una vez, se muerde la lengua. Y siguen bajando la colina. El *daemon* se detiene en seco. Gira despacio y clava en Jason una mirada tan intensa que parece atravesarle el pecho. Sus ojos brillan por dentro como lámparas de aceite encendidas.

—¿Entiendes ahora, Jason? —dice, sin rastro de sarcasmo—. Tú y yo... no somos tan distintos. Tu orgullo. Tu ego. Tu necesidad de

demostrar a los demás que vales. Todo eso te aísla... como a mí. Solo quien ha sentido el peso del escudo ajeno... aprende a no herir con su propia voz.

Jason aguanta la mirada. No replica. Escucha y acepta una verdad que lleva tiempo evitando.

—Esta es mi historia —sentencia el *daemon* en un susurro lacónico—. La historia de Leoncia.

Jason parpadea. Frunce el ceño, confundido.

—¿Querrás decir Leoncio?

El *daemon* sonríe. Un gesto leve. Sincero. Casi humano.

—No, Jason. Has oído bien. Mi nombre verdadero... es Leoncia.

El silencio detiene a los tres. Incluso las chicharras parecen guardar respeto.

—¿Leoncia? —repite Alex, muy descolocado—. ¿Qué... qué quieres decir con eso?

—Nací chica —continúa el *daemon*, con voz baja pero firme—. Pero me hice pasar por varón. Desde niña supe que, en esta ciudad que tanto amo, una mujer no podía ser nada más que esposa, nodriza o sombra de un hombre. Y yo quería ser ciudadana.

Mira hacia Atenas, cuya luz se extiende como un mar dorado a los pies de la colina sagrada.

—En esta ciudad tan brillante, las mujeres viven encerradas en el gineceo, entre telares, especias y cunas. Sin voz. Sin voto. Sin armas. Sin derecho a formar parte del cuerpo cívico. Como mujer debía callar, bordar y obedecer. Pero yo quería hablar, luchar, decidir. Quería que mi vida valiese lo mismo que la de un hombre.

Jason y Alex no dicen nada. Escuchan atentamente.

—Mi madre fue la única que lo entendió. Quizá también Sócrates. Creo que él no necesitó saber mi verdadero nombre para conocerme realmente... Lo cierto es que mi madre no quiso para mí la vida que

a ella le tocó. Me ayudó a esconderme. A convertirme en lo que no me dejaban ser. Nadie más lo supo. Hasta hoy.

La mirada del *daemon* se pierde en un rincón antiguo de su memoria. Sus pupilas, usualmente traviesas, se tiñen de melancolía.

—Mi madre vivía encerrada en el gineceo desde que era niña. Su mundo era de paredes invisibles, pero infranqueables. Telar, cocina, hijos... sumisión. Nunca cruzó sola una plaza. Nunca opinó en voz alta. Nunca eligió a quién amar, ni cuándo callar.

El *daemon* respira hondo, como si aún cargara con el peso de esa historia.

—Una tarde la escuché llorar. No era tristeza. Era otra cosa. Me acerqué sin hacer ruido y la vi tejiendo, con los dientes apretados, las lágrimas cayendo sin consuelo. Lloraba por rabia. Por pura impotencia. Ella me vio y entonces supo que me amaría no guardándome cerca... sino empujándome a huir. Gracias a ella —dice el *daemon* con firmeza—, yo corté el hilo.

—¿Qué hilo? —pregunta Jason.

El *daemon* lo mira, como una amazona.

—El de Penélope. Ese que las mujeres tejen toda una vida esperando a que otro vuelva. Yo no quise esperar. Quería partir y vivir mi propia odisea.

Camina unos pasos. Su voz ya no tiembla. Porta la seguridad de quien, tras años de silencio, por fin puede llamarse con su verdadero nombre.

—Quise demostrar que valía tanto como cualquier hombre. Por eso fui la primera en alzar el escudo, en cargar con la lanza, en entrar en batalla. Creía que, si demostraba que era la mejor, algún día me dejarían ser parte.

Se detiene y se gira hacia los dos muchachos. Su figura recortada contra el cielo parece ahora más alta, más densa. Jason intenta

encajar en su cabeza todas las piezas nuevas del puzle.

—Amo esta ciudad —dice el *daemon*, con una mano sobre el pecho—. La amo con la rabia de quien no fue amada por ella. Atenas me enseñó a pensar, pero no me dejó hablar. Me enseñó a admirar a Pericles, a Milcíades, a Sócrates... pero me negó el derecho de ser una más entre ellos.

Y con voz serena, concluye:

—No quise ser Penélope, esperando entre hilos. Quise ser Odiseo, trazando caminos. Y ahora, sin carne ni nombre, al fin puedo ser lo que nunca me dejaron: una voz libre.

Jason ya no ve a un lagarto socarrón. Ve a alguien que, como él, luchó por encontrar su lugar en el mundo ... y que lo perdió todo en el intento.

—¿Y... nadie sospechó nunca nada? —pregunta Jason.

El *daemon* niega con la cabeza.

—Fingí bien. Aprendí a caminar como ellos, a sentarme como ellos, a reírme en el momento justo. Aprendí incluso a gritar como ellos. Pero por dentro... por dentro no dejé nunca de ser yo.

—¿Y mereció la pena? —pregunta, de nuevo, Jason.

—¿Conocéis a Hiparquía? La llamaban «la perra». No quiso ser esposa, quiso ser filósofa. Discutía como los hombres, amaba como los hombres, caminaba a su lado sin bajar la cabeza. Cuando la insultaron, no se calló. Cuando intentaron desvestirla, no se tapó. Y cuando quisieron borrarla, siguió hablando.

Jason y Alex intercambian una mirada rápida. El *daemon* los observa con dulzura, casi como una hermana mayor.

—Yo fui otra perra. Pero no elegí el bastón, como ella. Elegí la lanza. Mi filosofía fue el combate. Aunque no sé...Hay noches en que sueño con el telar que nunca usé.

Alex entreabre los labios, pensativo.

—Me suena... Hiparquía. Creo que aparece en mi libro. ¿No fue la que se enfrentó a un famoso filósofo en un banquete?

El *daemon* asiente, complacido.

—Esa misma. Teodoro intentó humillarla delante de todos. Le dijo que la filosofía era cosa de hombres. Y ella, con una calma brutal, le lanzó un silogismo que lo dejó sin palabras. Toda la sala estalló en carcajadas. Él, furioso, le tiró del vestido intentando avergonzarla. Pero ella no se cubrió. No conocía la vergüenza, solo la libertad.

Alex sonríe con admiración.

—Un espíritu libre.

—Y una ciudadana sin ciudad —dice el *daemon*—. Como yo. Sabes escuchar, Alex. Y quien sabe escuchar... ya ha empezado a cambiar el mundo.

Jason se rasca la nuca, incómodo.

—Pero... ¿No es duro vivir así? Sin pertenecer a nadie. Sin sitio.

—¿Y tú quieres pertenecer a alguien? —responde el *daemon*, con una media sonrisa—. ¿O que alguien te pertenezca a ti?

Jason no responde.

—Los cínicos no querían jaulas —continúa—. Ni de oro ni de mármol. Querían vivir como perros: con poco, con dignidad, con libertad. Aunque eso significara dormir en el suelo y ser insultados por los hombres «decentes».

—Era discípula de Sócrates, ¿no? —pregunta Alex, enderezándose, interesado.

—Lo fue, de forma indirecta —responde el *daemon*—. La cínica fue una escuela fundada por un discípulo de Sócrates. Conservaron su espíritu. Herederos de su rebeldía, de su verdad sin maquillaje. Rechazaban las normas que oprimen nuestra naturaleza y las máscaras que ocultan la verdad. Renunciaron al dinero, al prestigio, al poder... Solo buscaban vivir en libertad. La verdadera. La natural.

Aquella que no depende de nadie. Ni de padre, ni de marido, ni de amo.

Jason frunce el ceño.

—¿Y se puede ser feliz así?

El *daemon* lo observa. No hay burla en su rostro, solo una extraña ternura.

—Se puede —responde el *daemon*—. Pero duele. La libertad tiene un precio. Y no todos están dispuestos a pagarlo.

Se vuelve a hacer un silencio denso. Una ráfaga de aire mece las hojas, como si Atenas, por un instante, escuchara la voz que fue negada. A lo lejos, entre los cipreses oscuros y los caminos de tierra batida, ya se divisan las columnas del gimnasio de Cinosargo. Su silueta blanca parece flotar en la penumbra. El perro blanco los espera.

Pelea de gallos

El gimnasio de Cinosargo aparece ante ellos como una ciudad dentro de la ciudad. A Jason el lugar le resulta extrañamente familiar. Gritos de esfuerzo, el golpeteo rítmico de los pies descalzos sobre la tierra, el resuello compartido de decenas de cuerpos entrenando al unísono. El polvo se eleva en espirales suaves como una ofrenda a los dioses olímpicos. Frente a ellos se abre la palestra: un gran patio rectangular, delimitado por un pórtico de columnas dóricas. En su interior, un grupo de jóvenes se ejercitan en pareja, luchando cuerpo a cuerpo, sin más protección que una fina capa de aceite, la mirada atenta de los entrenadores, que corrigen posturas con gruñidos secos. Las arenas están marcadas con líneas de combate que guardan en la memoria los duelos de generaciones enteras. A Jason, todo aquello le recuerda al campo de entrenamiento de los Spartans, aunque sin las vallas publicitarias, sin cronómetro digital y sin la mirada inquisidora de su padre.

A la izquierda, una pista larga y estrecha, bordeada por piedras planas, se extiende hacia el fondo del recinto. Unos corredores se lanzan en series, impulsando sus talones sobre la tierra compacta con una fuerza que la hace vibrar. Más allá, bajo una techumbre sostenida por columnas, los más jóvenes levantan pesas rudimentarias: discos de piedra con asas, halteras de bronce, sacos de arena. En las paredes del peristilo cuelgan armas de madera, discos, jabalinas. Y en una esquina del patio, una pequeña fuente de

piedra permite que los atletas se refresquen, lavándose el sudor y la arena. El agua cae en un pilón cuadrado con la lentitud de lo ritual.

Un poco más apartado, bajo la sombra de un sicomoro, un anciano guía con manos firmes a un grupo de adolescentes en el arte de la cítara. Sentados en semicírculo, los jóvenes siguen con atención el vaivén del maestro, que marca el compás golpeando suavemente el suelo con un bastón nudoso. Las cuerdas vibran al unísono en un ritmo severo, casi marcial, una música austera, sin adornos, concebida para templar el alma del guerrero como se templa el acero de las espadas. El maestro no busca sensualidad, sino armonía; no emoción sensiblera, sino equilibrio. Les habla de cómo la música dórica forja la fortaleza interior, disciplina el deseo y alinea el cuerpo con el alma. Aunque alguna cuerda desafina, Jason piensa que hay algo noble en ese intento compartido de alcanzar el orden. Se detiene un instante a mirar. Siente que esa música —dura, contenida, recta— le cala hondo.

—Es un gimnasio —dice Jason, con deje de alivio—. Por fin algo que conozco.

—¿Ah, sí? —responde el *daemon*, arqueando una ceja con escepticismo—. ¿Y qué crees que ves? ¿Un club de *crossfit* sin licra? Te equivocas, *quarterback*. Este lugar no es solo para sudar los músculos... es para afilar el alma.

Señala con un amplio gesto. Jason mira alrededor siguiendo la garra. Hombres de todas las edades se mueven con gracia entre los espacios: unos corren, otros boxean, otros simplemente dialogan bajo la sombra de un árbol.

—Aquí se aprende a ser libre. Este es el lugar de entrenamiento del ciudadano. Se canta y se baila para aprender ritmo y medida. Se estudia medicina para conocerse por dentro, nutrición para no vivir como cerdos, música para domar el alma y filosofía para juzgar con

rectitud, preguntar con audacia, argumentar con rigor, refutar con ironía y consensuar sin servidumbre. Se asiste a conferencias, se discute sobre la virtud, el bien, la justicia... Todo cuerpo aquí aspira a ser más que un cuerpo. Aspira a ser un *kaloskagathos*... ¿Recuerdas qué era eso, zoquete?

—Un ciudadano perfecto —responde Jason.

—Muy bien, *quarterback*. Veo que sabes escuchar. Eres algo más que unos músculos ciclados. No está mal.

Alex se detiene frente a una escultura de piedra clara: un perro de proporciones sobrias, pecho erguido, orejas tensas, mirada alerta. No tiene la elegancia de los leones. Pero hay cierta dignidad en su manera de plantarse ante el mundo. El *daemon*, encantado con la ocasión, se encarama al pedestal y señala al animal como si lo presentara en sociedad:

—Aquí lo tenéis. El chucho fundador. Cinosargo: «el perro blanco». Guardián peludo del saber.

—¿Tiene algo que ver con los cínicos? —pregunta Alex, entornando los ojos.

El *daemon* aplaude con entusiasmo y se gira como un actor al que le acaban de dar pie.

—¡Por fin una pregunta decente! Sí, chaval, sí. Este sitio, dentro de poco, será el cuartel general de Antístenes, el discípulo más punk de Sócrates y el fundador de la escuela cínica. Predicaba que el perro era el auténtico sabio: sin ambiciones, sin hipocresía, sin vergüenza. El perro no adula, no finge, no teme. Ladra la verdad sin pedir permiso. Y si hace falta, muerde.

El *daemon* se agacha y finge morder el aire como un perro rabioso. Gruñe, salta en círculos y suelta un ladrido triunfal. Luego se incorpora, haciendo como si se sacudiese el polvo de los hombros.

—Y hablando de filósofos y de perros... —dice, señalando a ambos chicos con una garra extendida—. Sabéis por qué estáis aquí, ¿verdad?

Jason resopla con fastidio. Alex le sigue el gesto.

—Salvar al filósofo o comer pan de pita el resto de mis días —dice Jason—. Lo he pillado.

—Pues bien. ¿Estáis dispuestos a colaborar? Porque si seguís como hasta ahora, vuestros cuerpos acabarán desmembrados en el altar de Atenea. Y que sepas, Alex —le clava el dedo en el costado —, que tus michelines serían una ofrenda excelente. Grasos, tiernos, devocionales.

—Vale —responde Jason a regañadientes—. Si es lo que hace falta para volver... colaboraré.

—Trato hecho —asiente Alex—. Colaborar. Nada más.

Se dan la mano. Torpemente. Como dos boxeadores que acuerdan un descanso en mitad del asalto. El *daemon* sonríe como un árbitro satisfecho.

—Así se habla, ciudadanos. Un pacto entre enemigos... El primer paso hacia una buena epopeya.

Hace una pausa y se encoge de hombros.

—¿O era comedia? Bueno, ya lo veremos en el tercer acto.

Jason se detiene un momento a observar cómo un grupo de atletas practica el salto con pesas. Entre las columnas del pórtico, un joven lo observa con descaro, aunque con una compostura cuidadosamente mantenida.

—Eh —susurra Alex, acercándose por detrás—. No quiero alarmarte, pero creo que tienes admiradores.

—¿Qué?

—Ese de ahí. Te está comiendo con la mirada. Creo que le gustas.

—No digas gilipolleces —murmura Jason, incómodo.

Jason intenta ignorarlo, aunque no puede evitar echar un vistazo. Cruzan miradas. El joven se acerca. Su andar es firme, elegante. Sonríe, modulando cada gesto con una ensayada armonía.

—¡Salve! —dice una voz educada, modulada con natural elegancia —. ¿Sois metecos?

Jason y Alex se giran. Ante ellos se planta un joven de su misma edad, quizá un poco mayor, vestido con una túnica clara de lino y una cinta de cuero trenzado sujetándole los rizos oscuros. Su porte es impecable. Camina erguido como una columna dórica. Sus gestos son precisos, sus palabras, medidas. Denota una educación y una cortesía exquisitas. En su mirada hay curiosidad, como un niño que se sorprende admirado ante aquello que desconoce. En sus ojos brilla la alegría de quien acaba de descubrir un enigma a resolver.

—Este gimnasio es de los pocos que admite extranjeros —continúa el joven con amabilidad—. Y vosotros no parecéis atenienses. Pero no soy capaz de ubicaros. No reconozco la procedencia de vuestras indumentarias. ¿De dónde venís?

Alex titubea:

—De muy lejos.

—Eso ya lo suponía —responde el joven con una sonrisa educada —. Pero ¿de dónde exactamente? He viajado bastante durante mi formación: Egipto, Cirene, Asia Menor... Tengo debilidad por los acentos extraños y las historias remotas.

Jason se encoge de hombros. Alex improvisa:

—De Tartessos.

Los ojos del joven se iluminan.

—¡Tartessos! Aún no he tenido el placer, pero he oído hablar de esa tierra. Dicen que vuestro pueblo domina el arte de la salazón, y

que existe un manjar de pierna de cerdo curada con sal y tiempo. ¿Es cierto? ¿Se come crudo, cortado en finas láminas?

—Creo que te refieres al jamón —dice Alex.

—Jamón —repite el joven, degustando la palabra—. Qué nombre tan corto para algo tan noble. Lo probaré, os lo prometo. Me llamo Aristocles, pero todos me llaman Platón.

—Yo soy Jason —responde—. Y este de aquí es Alex... aunque puedes llamarlo Cabeza de Ajo.

—Vete a la mierda —masculla Alex—. No le hagas ni puñetero caso. Meterse conmigo es su forma favorita de pasar el tiempo.

Platón se ríe, pero los sigue observando con atención. Baja la mirada a los pies de Jason.

—¿Y esas sandalias? Jamás había visto unas así. ¿De qué material están hechas? ¿Y cómo consiguen ese color? Es... prodigioso.

Jason baja la mirada, orgulloso.

—Ni idea. Me las vendió un artesano. Edición limitada. Muy cotizadas.

—Pues tienen un diseño admirable. Muy... pitagórico.

Jason le lanza una mirada a Alex y, sin perder la oportunidad, suelta:

—¿Ves? Un tío con buen gusto.

Platón sonríe contenidamente.

—Bueno, Jason de Tartessos. La belleza no es una cuestión de gustos sino de geometría. Hay cuerpos... que parecen trazados con compás —dice mientras le acaricia un brazo—. Como si cada músculo obedeciera a una proporción sagrada.

—Eh... gracias, supongo.

—No te incomodes —añade Platón con suavidad—. Algunos hombres admiran las ostras. Otros, los caracoles. Y otros, como es

mi caso, sabemos apreciar la belleza, sin importar la concha. Dime, Jason de Tartessos, ¿te gustan las ostras o los caracoles?

—Me van más las hamburguesas —responde, quitándose con suavidad la mano de Platón del brazo.

Platón parpadea, confundido.

—¿Hamburguesa? ¿Qué es eso? ¿Algún tipo de pescado? ¿O un animal exótico de Tartessos?

—La hamburguesa es...

—Una receta bárbara —interviene Alex ante el silencio de Jason—. Se toma carne de vaca, se machaca hasta convertirla en una masa uniforme, se condimenta con sal, especias y algo de grasa, y luego se aplasta y se asa al fuego. Después se coloca entre dos panes blandos untados en mantequilla y se adorna con hojas de lechuga, queso fundido...

—¿Machacar la carne... y volver a darle forma? Qué idea más salvaje. Y sin embargo... tiene muy buena pinta. Se me hace la boca agua. Os prometo que probaré una hamburguesa. Y, quizá, quién sabe, alguna que otra delicia bárbara... Sois más interesantes de lo que parecía a primera vista —añade, con una media sonrisa—. Y yo tengo debilidad por lo interesante.

Extiende el brazo con gesto ceremonial.

—Acompañadme. Os presentaré a mis amigos. Estoy seguro de que ellos también querrán saborear un poco de Tartessos.

Platón los conduce por el pórtico cubierto hasta un rincón sombreado de la palestra, donde un grupo de jóvenes charla animadamente. Al ver llegar a Platón, todos se giran con curiosidad. Algunos se incorporan, otros simplemente alzan la vista.

—Amigos —dice Platón con una leve reverencia—, permitidme que os presente a dos viajeros que vienen de tierras lejanas: Jason y Alex, de Tartessos.

—¿Tartessos? —dice un joven de piel morena, ojos agudos y una túnica corta teñida de azul—. ¿Eso no queda más allá de las columnas de Heracles? Me llamo Aristipo. En Cirene dicen que me gusta demasiado el placer. No lo niego. ¿Para qué negarlo?

—¿Cirene? —pregunta Alex.

—Mi ciudad natal. Pero ahora me entreno aquí, en el gimnasio de Heracles con estos. Dicen que quien entrena aquí debe elegir, como él, la virtud al placer. Aunque yo sigo sin tenerlo tan claro...

—Y lo demuestra cada día —interviene Platón, medio en broma—. Mina de plata que cae en su mano, mina que pule en los mejores vinos y viandas. Es un manirroto con gusto.

—Pues bien que te bebes mis vinos, Platón —responde Aristipo con una carcajada—. Hacedme caso, extranjeros: más vale placer en mano que virtud volando. Gozad, gozad, que el mundo se va a acabar.

—No sé, Aristipo —replica Platón con respeto—. Me parece que hay algo inmoral en esa cultura del placer sin medida.

—Goza y haz gozar —responde Aristipo, imitando la voz y los gestos de Sócrates—. Sin hacer daño a nadie... ni a ti mismo. Esa es la moral.

—Sócrates lo aguanta porque le hace reír —murmura Platón.

—Eso espero —dice Aristipo, guiñando un ojo—. La risa es alegría para el alma. Yo me río de todo y de todos. Empezando por mí.

Platón señala al siguiente, un joven más corpulento. Timidez en la expresión. Honestidad en los ojos.

—Critón es de pocas palabras. Pero es el más leal de todos.

—Salve. La lealtad se presupone entre amigos.

—Y también el más humilde... —añade Platón.

—La humildad no es una virtud —interviene uno, con voz socarrona—. En todo caso, es la virtud de los que no tienen virtud.

El que ha hablado es más joven que el resto. Bello hasta rozar lo insultante. Anda descalzo y con la túnica mal cerrada a conciencia para presumir de su desnudez. Sus rizos dorados caen sobre los ojos con un desorden perfectamente calculado.

—Y este —dice Platón, sin ningún entusiasmo— es Alcibíades. No os dejéis seducir por su cara de efebo: es capaz de conquistar a un ejército entero... y llevarlo a la perdición sin despeinarse.

—Oh, vamos, Platón. No empecemos —dice Alcibíades—. ¿Acaso no es eso lo que harías tú, si tuvieras esta mandíbula? Yo he nacido para mandar y tú para escribir sobre mí.

«Menudo gilipollas», piensa Jason, aunque algo en esa arrogancia le resulta inquietantemente familiar.

—No perdáis el tiempo con las llamadas de atención de Alcibíades —apresura Platón, cambiando de aire la conversación—. Permitidme que os presente a Fedón. Fue esclavo, pero ahora camina como hombre libre.

—Sócrates me liberó —dice Fedón con sencillez—. Literalmente. Le debo algo más valioso que la vida. Nací en Élide, en el Peloponeso. Me capturaron en la guerra y me vendieron como esclavo en un burdel.

—Algo que, todo hay que decirlo —interrumpe Alcibíades con media sonrisa—, te dio mucho por... culo.

—¡Ya basta! —corta Aristipo, de repente serio—. No hay vergüenza alguna en los juegos de Afrodita, pero sí en burlarse de quien ha sido esclavizado. Tú sí que eres un esclavo.

—¡¿Qué?! —protesta Alcibíades, indignado—. Provengo de una de las tres familias nobles del Ática. Soy sobrino de Pericles. ¿Esclavo yo?

—Eres esclavo de la fama —responde Aristipo con afecto sincero —. Sabes que te queremos, pero tu ego... es insoportable.

Fedón apoya su mano en el hombro de Aristipo. Sonríe. Olvida con rapidez las palabras de Alcibíades y mira a los dos chicos.

—¿De verdad venís del otro lado del mar? —pregunta Fedón con un tono lírico—. ¿Qué soñáis en Tartessos cuando miráis el cielo?

Jason duda. Alex responde:

—Lo mismo que aquí, supongo —dice—. Volver algún día a casa.

Fedón asiente, como si conociera el significado de esa respuesta. Platón interrumpe con la delicadeza de un maestro de ceremonias.

—Y ahora... daos prisa. Acompañadnos hasta la exedra. Está a punto de comenzar el debate público que Atenas lleva esperando años.

—¡El debate del siglo! —prorrumpe Aristipo—. Sócrates contra Ánito. ¡No os lo podéis perder!

—¿Y ese Ánito quién es? —pregunta Jason, alzando una ceja.

Fedón responde antes que nadie:

—Ánito es un político influyente. Muy influyente. Comerciante naval, hijo de comerciantes navales, padre de comerciantes navales. Un hombre hecho a sí mismo... o al menos a imagen de su padre. Conservador hasta el tuétano. Devoto de las leyes, de los dioses y del orden tal como siempre ha sido.

—Y enemigo declarado de Sócrates —añade Platón—. Dice que es un cáncer para la ciudad. Que sus preguntas siembran dudas, desobediencia... caos.

—Vamos, un reaccionario —resopla Alex.

—Más bien un padre herido —matiza Fedón—. Su hijo estudió con Sócrates. Y desde entonces ya no quiso heredar el negocio familiar. Lo cuestionó todo. Incluso a él. Y Ánito... nunca se lo perdonó.

Jason frunce el ceño y su mirada vuela hacia otro lugar.

—¿Y por qué debatir con él? —pregunta Alex intrigado.

—Porque Sócrates encarna todo lo que Ánito teme —responde Platón—. La duda. El cambio. La libertad interior. Vais a presenciar lo que ocurre cuando el dogma se enfrenta a la razón viva.

—Suena a pelea de gallos —dice Jason.

—De gallos del verbo —corrige Platón con una sonrisa—. Vais a ver el *elenchus* en acción: la refutación socrática. Una danza de preguntas que arranca al otro sus propias contradicciones. Y si Sócrates lo hace bien... —Platón deja la frase en el aire, como un truco de magia aún por revelar—, Ánito acabará enredado en sus propias ideas, sin saber cómo.

—¿Y si lo hace mal? —pregunta Jason.

—No suele hacerlo mal —responde Fedón—. Solo Sócrates es capaz de desarmar a un general con una pregunta... y sin levantar un dedo.

—Vamos —dice Platón—. No os lo podéis perder. Es como un pancracio pero aquí los golpes se dan con palabras...

La exedra hierve. Cientos de ciudadanos se amontonan bajo el pórtico semicircular, apiñados en bancos de piedra, muros bajos o simplemente de pie. Algunos se han subido a columnas, otros a los arriates de los jardines. El murmullo es constante, salpicado de risas, aplausos y algún que otro abucheo aislado. No hay sitio ni para un tábano.

—¿Siempre hay tanta gente? —pregunta Jason, sorprendido.

—Cuando debate Sócrates, sí —responde Platón, empujando suavemente entre la multitud.

—¿Cómo va la cosa? —pregunta Platón a un ciudadano encaramado a una piedra.

—Le está dando una paliza —responde sin apartar los ojos del centro de la exedra—. Ánito no sabe ni dónde meterse.

Al fondo, en el centro del espacio, dos figuras se enfrentan sin moverse. La tensión se palpa. Ánito está rojo. Rojo como una granada madura a punto de estallar. Suda a chorros por la frente, se seca con el manto, carraspea. Intenta mantener el control, pero se le escapan gestos bruscos, miradas torvas, frases que se enredan en su propia furia. Frente a él, Sócrates parece estar de vacaciones. Sonríe. Está disfrutando. Escucha con la cabeza ladeada. Sus manos gesticulan con calma, su voz es clara y fluye como el agua. Cuando interrumpe a Ánito, lo hace con una cortesía afilada, casi burlona, que provoca carcajadas y hace que su interlocutor se encienda aún más.

—El gobierno de los mejores —insiste Ánito, enrojecido, agitando la mano—. Ese debería ser nuestro ideal. ¿O acaso la nave no debería ser gobernada por un buen piloto? ¿Confiarías tu salud a cualquiera, o buscarías al médico más sabio? ¿Por qué, entonces, confiarle la ciudad al vulgo ignorante y manipulable?

Algunas cabezas asienten entre el público. Pero muchas más esperan la respuesta de Sócrates con una sonrisa ya dibujada. El filósofo se acaricia el mentón con fingida gravedad, como si meditara la pregunta con enorme esfuerzo. Luego asiente lentamente, con una sonrisa traviesa:

—Te entiendo, Ánito. De veras que sí. Tu propuesta parece... sensata. Yo mismo, en mi ignorancia, no me atrevería a llevar un barco. Ni a curar una pierna. Mucho menos a dirigir una ciudad. Así que te doy la razón: lo mejor es dejar cada tarea en manos del experto.

Ánito parpadea, desconcertado. El público guarda silencio.

—Pero... —continúa Sócrates, con un tono marcadamente irónico — hay algo que no termino de entender. Disculpa mi torpeza, ya sabes que soy solo un viejo ignorante que no sabe nada. Si no es molestia, explícame: ¿quién decide quiénes son los mejores? ¿Y quién determina que ese que decide... es también el mejor para decidirlo? ¿Y el que lo nombró a él? ¿Y así, sucesivamente?

Ánito vuelve a quedarse en blanco. La exedra estalla en carcajadas. Sócrates sigue a la carga.

—Vamos, Ánito, no seas modesto. Comparte con nosotros esa sabiduría que te convierte en el más digno para gobernar. Ilumina a este rebaño ignorante que cree que gobernarnos entre todos es mejor que obedecer.

Ánito no logra articular respuesta. Se seca el sudor con un gesto brusco. Comienzan los primeros abucheos. Jason y Alex se miran, atónitos.

—Espera... —murmura—. ¿Ese no es el viejo chalado del ágora?

—El mismo —responde Alex.

—Joder —susurra Jason—. Pues no estaba tan loco como parecía.

El *daemon*, acomodado sobre un capitel, sonríe con satisfacción.

Entonces Sócrates lanza la estocada final:

—Porque si de verdad el gobierno debe ser de los mejores... y tú estás aquí en nombre de esa excelencia... quizá deberíamos empezar a preocuparnos...

La exedra explota en carcajadas. Algunos silban. Otros golpean el suelo con los pies.

Jason suelta un bufido de risa.

—Eso ha dolido.

Un hombre alto, envuelto en un manto militar con broches de bronce, se acerca hasta Ánito. Camina enfadado. Una cicatriz le cruza la mejilla izquierda. Irregular, como si una lanza le hubiese

dejado la marca. No la oculta. La lleva como un blasón. Su cuello erguido y el modo en que sus manos descansan sobre la empuñadura de su espada no dejan lugar a dudas: aquel hombre ha comandado batallas... Es un estratego. Se inclina junto a Ánito y le susurra algo al oído. El rival de Sócrates asiente de inmediato, como un sirviente obediente que ha recibido una orden.

Alex siente un fogonazo en la palma de la mano. La quemadura se enciende con una intensidad que no había experimentado antes. La observa: el alfa está enrojecida y palpita. Levanta la vista. El estratego lo está observando. Lo está escrutando. Aunque su mirada es terrible, Alex no puede apartarla. Algo en ese hombre lo arrastra, lo atrapa. Una presión invisible se cuela en su cabeza, como si alguien intentara entrar en ella sin permiso.

Jason se da cuenta de inmediato.

—¿Qué te pasa?

Alex tiene los ojos fijos en el estratego.

—Hay algo en ese tipo que no me gusta —murmura al fin—. Algo muy jodido.

Jason frunce el ceño y sigue su mirada.

—¿Ese? ¿Qué ha hecho? ¿Te ha guiñado un ojo?

—No estoy de coña, Jason. Ese hombre... hay algo en él. Es como si pudiera leerme la mente. Como si supiera quién soy.

Jason lo observa con más atención. Ve la tensión en su rostro.

—Tío... estás empezando a darme miedo.

El debate ha terminado. Ánito se retira entre murmullos y alguna risa que no se molesta en disimularse. Sócrates permanece en el centro, saludando a quienes se acercan, como si no hubiera hecho más que charlar un rato con un conocido en el mercado. Nada en él indica que acaba de dejar en evidencia a uno de los hombres más influyentes de Atenas.

—¿Queréis que os lo presente? —pregunta Platón con una chispa de orgullo en los ojos.

Jason y Alex asienten sin pensarlo.

Se acercan en grupo. Sócrates los ve llegar y sonríe antes de que nadie diga nada, como si ya los estuviera esperando.

—Sócrates —dice Platón, haciendo una ligera inclinación—. Quiero que conozcas a dos nuevos amigos: Jason y Alex. Vienen de muy lejos. De Tartessos.

—¡Ah! —exclama Sócrates, con una sonrisa que se abre como un hogar encendido—. Entonces vendrán también cargados de preguntas. Creo que nos cruzamos en el ágora. Bienvenidos, hijos del viento.

—Ha sido un espectáculo —dice Jason, aún impresionado—. Lo que ha dicho usted... verdades como puños.

—De puños entiendo algo —responde Sócrates, con una sonrisa torcida—. Me gané la vida como albañil y picapedrero. Pero de verdades... poco. No toméis demasiado en serio nada de lo que oigáis de mis labios. Yo no poseo ninguna verdad que pueda revelaros. Y tampoco pretendo que desconfiéis de vuestro propio pensamiento... Solo os muestro la desconfianza que tengo en el mío.

Alex sonríe con admiración, pero Jason lo dice en voz alta:

—Ojalá mis profesores fueran como usted.

—Que los dioses no lo quieran —ríe Sócrates—. No enseño nada. Solo hablo.

—¿Nos aceptaría como discípulos suyos? —pregunta Jason con descaro—. Queremos formar parte de su escuela.

—¿Escuela? —Sócrates frunce los labios, divertido—. Yo no tengo escuela. No soy maestro.

—¿Y entonces estos? —dice Jason, señalando al grupo que los acompaña.

—Estos no son mis alumnos. Son mis amigos.

Jason se queda en silencio. Lo piensa un segundo. Luego da un paso adelante.

—Entonces... déjeme ser su amigo.

El *daemon* se lleva una garra a la cara, negando con la cabeza en un gesto de desesperación, como si quisiera borrarse del mundo ante semejante cursilería.

Sócrates lo mira con una ternura que a Jason le trae reminiscencias del taller de su vecino, donde aprendió a arreglar carburadores y donde era libre de la tiranía del cronómetro. Asiente despacio.

—Eso, querido Jason, está en tu mano, no en la mía.

—¿Y eso qué significa? —pregunta Jason.

—Que la amistad, como la verdad, no se impone. Se cultiva. Mañana iremos de excursión a Delfos.

Hace una pausa breve.

—Vamos a visitar a la Pitia. ¿Queréis venir con nosotros?

—¿A Delfos? —repite Alex.

—Echaremos unos cinco días. El camino es largo, pero agradable —responde Sócrates—. Y quizá el oráculo tenga algo que deciros.

—¡Sí! —grita Alex.

Platón sonríe, entusiasmado. Jason no puede dejar de pensar en su partido, en cómo influirá en su rendimiento cinco días sin entrenar.

Fedón carraspea suavemente.

—Lamento no poder ir. Un maestro de medicina me espera en Cos.

Sócrates asiente con ternura.

—Haces bien. Te envío a la isla de Cos porque sé que puedes aprender mucho de Hipócrates. Y la medicina, Fedón, no solo cura

cuerpos: cura también el alma.

Hace una pausa, mirando a Jason y a Alex.

—¿No os parece curioso? El médico se preocupa del equilibrio del cuerpo. El filósofo hace lo mismo, pero en el alma. Cuando el cuerpo se desordena, llega la enfermedad. Y cuando el alma se desordena, nace la injusticia. ¿Qué es, entonces, la filosofía sino una medicina del espíritu?

Fedón sonríe y asiente, como si aquella comparación fuera el mejor augurio para su viaje.

—Nos veremos a la vuelta —dice, con una sonrisa tranquila, antes de perderse entre la multitud del gimnasio.

La exedra se ha vaciado, pero en uno de los pasillos laterales, la tensión se ha quedado atrapada en las columnas. Ánito camina con el manto arrugado, murmurando entre dientes. El estratego lo espera apoyado contra una pilastra. Sus ojos arden.

—Has hecho el ridículo —le espeta sin rodeos—. Te he visto sudar como un jabalí ante un cuchillo. ¿Eso es lo mejor que puedes ofrecerme?

—Ese hombre es un manipulador. Un encantador de serpientes. Juega con las palabras hasta volverte loco.

—Y tú te has dejado aplastar por ellas —escupe el estratego, acercándose con intimidación—. Parecías un aprendiz tartamudo, no un aristócrata. Has mancillado el nombre de tu casa, el honor de la nobleza griega... y el mío.

El estratego se le planta delante. A unos pocos centímetros de distancia.

—Escucha con atención, porque no lo repetiré: creo que mi hermana se ha entrometido. Ha enviado a dos extranjeros... y no son de este tiempo. Uno de ellos reaccionó a mi presencia, aún no sé cómo.

Ánito lo mira, perplejo.

—¿Del futuro...?

El estratego lo agarra por el brazo con fuerza.

—He librado suficientes guerras como para saber cuándo Atenea mueve ficha. Esos muchachos no están aquí por azar.

—¿Y qué quieres que haga?

—Adelanta el plan. La denuncia debe presentarse hoy mismo.

Ánito titubea.

—Pero... el procedimiento...

—¡Aceléralo! Acúsalo de impiedad, de corromper a la juventud. Preséntate ante los arcontes. No hacen falta pruebas. Solo convicción. El miedo hará el resto. O la ignorancia.

Se aparta un paso y mira al cielo.

—¡Esta vez el frío acero de la espada le cortará la cabeza a la lechuza en pleno vuelo!

*Katábasis*Katábasis

El sol todavía no ha trepado del todo por encima del monte Licabeto cuando el grupo cruza las puertas de Atenas con ánimo ligero y los zurrones llenos de pan, aceitunas y entusiasmo.

—¡Cinco días de marcha hasta Delfos! —protesta Aristipo—. ¿A quién se le ocurre peregrinar a pie teniendo mulas?

—A quien busca respuestas que no caben en un lomo ajeno —le responde Sócrates, sin detener la marcha—. El que llega sin esfuerzo no comprende la respuesta. Y aquí hay alguien que... tiene mucho que comprender.

—¿Seré yo, maestro? —replica Alcibíades, ajustándose la capa con gesto teatral—. He venido solo para que la Pitia confirme lo que Grecia ya sospecha... que estoy destinado a la grandeza.

—Y que necesitas un baño —responde Antístenes, oliéndolo de lejos—. No sé si la fama te alcanzará, pero el jabón lo esquivas con talento.

La carcajada de Critón contagia a todo el grupo. Platón se cubre la cabeza con la capucha y Alex se esfuerza en seguir el ritmo. Jason camina en silencio, un poco por detrás, observando la escena como si no terminara de formar parte de ella. Le cuesta disfrutar de aquel ambiente. Su cabeza está en otro sitio. No deja de pensar en el sábado. En el partido. La sola idea de que esa travesía dure cinco días lo inquieta. Cinco días sin entrenar. Sin tocar un balón. ¿Y si no llega a tiempo? Suspira. Aun así, no puede evitar que se le escape una sonrisa cuando el *daemon* le canta:

—Jason el Silencioso, campeón de nada, marcha hacia Delfos con cara de empanada...

Platón, que no ha dejado de observarlo, se da cuenta de que algo le preocupa. Se acerca con expresión suave.

—¿Te ocurre algo? —le pregunta, bajando un poco la voz para no ser oído por los demás.

Jason lo mira de reojo, malinterpretando el gesto.

—¿Otra vez? —suelta con hastío—. Mira, no es el momento. Ni las ganas. Así que ahórrate el jueguecito, ¿vale?

Platón no dice nada. Solo asiente levemente, como quien acepta un rechazo, aunque no lo entienda del todo. Se aparta, sin rencor. Jason resopla. No sabe si ha sido demasiado brusco. Pero tampoco tiene espacio mental para pensar en eso ahora.

El camino asciende suavemente hacia el noroeste. A lo lejos, Atenas se va desdibujando entre la bruma de la mañana.

—¿Sabéis qué es lo mejor de este viaje? —dice Sócrates, deteniéndose un momento para ajustar la sandalia—. Que salimos juntos... pero no todos volveremos.

—¿Insinúas que alguno de nosotros morirá? —pregunta Alcibíades, fingiendo terror.

—No necesariamente —sonríe Sócrates—. A veces basta con que muera el que eras... para que empiece a nacer el que podrías ser.

Jason aprieta el paso. El viento le revuelve el pelo.

Llegan a Eleusis con el sol ya alto. El camino se estrecha entre campos dorados y un viento suave acaricia las espigas. A lo lejos, se alzan las ruinas del Telesterion, el antiguo recinto sagrado donde se celebran los misterios en honor a Deméter.

—Este es el Telesterion —explica Platón, mientras se adelanta unos pasos—. Aquí dentro se celebran los Misterios de Eleusis. Solo pueden entrar los iniciados. Lo que sucede dentro... no puede contarse. Pero quienes salen, aseguran haber visto la muerte... y haber nacido de nuevo.

—¿Y tú estás iniciado? —pregunta Alex.

—Aún no —dice Platón—. Pero algún día lo estaré. Y quizá escriba sobre ello.

—¿Pero no acabas de decir que no puede contarse? —salta Jason.

—No todo lo que se vive puede explicarse... pero se puede insinuar. A veces, la verdad no puede pronunciarse, pero sí sugerirse entre líneas.

—O sea, que vas a escribir una obra llena de silencios —murmura Antístenes.

Sócrates, que los observaba discutir, interviene:

—No todos necesitan entrar en el Telesterion para conocer sus secretos.

Camina unos pasos y se detiene junto a una encina.

—Delfos no es un lugar. Es una pregunta.

Se agacha y recoge un puñado de tierra sagrada.

—Os propongo un ejercicio: enterremos algo nuestro en esta tierra. Y tomemos algo de ella en su lugar. Muerte y renacimiento. Como Deméter enseña.

—¿Qué estamos... en sesión de terapia? —masculla Jason por lo bajo.

Sócrates lo escucha, pero hace como que no lo ha oído.

Antístenes finge cavar con las manos como un perro. Alcibíades saca su broche de oro, lo contempla como si fuera una joya sagrada, lo besa con solemnidad... y luego, asegurándose de que todos miran, finge depositarlo en la tierra. Pero un segundo después, con

un gesto casi imperceptible, lo desliza de nuevo al zurrón. Alex recoge una ramita del suelo y la guarda.

Jason se aleja del grupo, cruzando el campo sembrado con paso tenso. No nota cómo las espigas le rozan las piernas mientras avanza sin rumbo. Su cabeza sigue atrapada en otro campo. Repasa jugadas en su mente cuando una figura, cubierta por un manto oscuro, emerge de entre los tallos dorados. Una sacerdotisa de Deméter. Se planta frente a él y le corta el paso sin decir palabra. La mirada que le lanza es severa. Jason se detiene en seco.

—¿Qué pasa? ¿No se puede caminar por aquí?

La mujer alza el brazo y señala su muñeca. La pulsera de capitán.

—¿Esto? —Jason la cubre instintivamente con la manga—. ¿Quieres que te dé esto?

La mujer insiste con impaciencia. Jason vacila. Mira la pulsera. La ha llevado desde que ganó su primer campeonato. Da un paso atrás, instintivamente. Pero ella lo agarra con una fuerza sorprendente para su edad. Sus dedos se cierran como garras sobre su muñeca. Jason intenta zafarse, pero algo en la mirada de la mujer le hiela el estómago. Y, sin saber muy bien por qué, se deja llevar. Se quita la pulsera de goma azul. Se la entrega. La sacerdotisa cava un pequeño hoyo con las manos, deposita en él la pulsera y comienza a cubrirla con tierra.

—¡Eh! ¿Qué coño haces, vieja loca? —protesta Jason, despertando de repente, pero su cuerpo no reacciona.

Ella coloca las palmas sobre la tierra recién removida. Y susurra algo en griego arcaico:

—La piedra blanca por el alma.

En cuanto la pulsera desaparece bajo la tierra sagrada de Deméter, Jason siente un alivio súbito, denso, como una ola cálida que le sube desde el estómago hasta la nuca. Suspira. Y se queda

muy quieto. Su cuerpo se afloja por primera vez en años. Los hombros caen. El pecho se expande. Una brisa suave le acaricia la cara. Nota los colores con más intensidad. Los sonidos, más separados. El mundo se vuelve lento y amable.

La anciana sacerdotisa saca de su manto una piedra blanca, lisa, casi luminosa. Se la ofrece. Jason la coge. Y sin saber por qué se aferra a ella. Tocar esa piedra le calma. La cierra en el puño. La vieja le mira dentro de los ojos como si pudiera entrar en su alma. Luego se da media vuelta y se pierde entre los trigales sin hacer ruido, como si nunca hubiera estado allí. Jason la sigue con los ojos. Querría preguntarle algo, pero no sabría ni por dónde empezar. Mete la piedra en el bolsillo y vuelve con paso lento hacia el grupo. Ya no camina como antes.

Sócrates se le acerca y, en voz baja, dice:

—La muerte de lo viejo no siempre es trágica. A veces... es una liberación... una oportunidad.

—¿De qué?

—De empezar a perderte...

Sócrates avanza dejando a Jason atrás. Mientras se alejan del templo, el *daemon* se le pone al lado.

—¿Qué tal la sesión de terapia, *quarterback*? ¿Abrazaste a tu niño interior?

—Solo era un juego —contesta. Y mientras lo dice, mete la mano en el bolsillo. Sus dedos rozan la piedra blanca. No dice nada más. Pero no suelta la piedra.

—¿Qué te pasa, *quarterback*?

Hace una pausa, ladea la cabeza, lo examina.

—Sí, estás raro... ¿Es por lo del partido?

Silencio.

—Claro que es por eso. Te conozco, *quarterback*. Es el puñetero partido, ¿verdad? Temes llegar tarde. Que otro ocupe tu sitio.

»Tranquilo. Aunque aquí pasen cinco días, diez, o una eternidad, si cumplimos la misión, volverás exactamente al mismo instante en que partiste. Ni un segundo antes, ni un segundo después. Es uno de los beneficios de trabajar con dioses: cierta flexibilidad espacio-temporal. Piensa en ello como como si el universo hubiera pulsado el botón de "pausa" en tu línea temporal. Todo seguirá igual allá cuando regreses. Te lo prometo. Bueno... casi todo. ¿Estás más tranquilo?

Jason asiente.

—Lo estoy.

Pero no es del todo cierto. Lo que de verdad lo está calmando no es la promesa del *daemon*. Es el roce de sus dedos con la piedra blanca en su bolsillo. «¿Qué es esta piedra? ¿Para qué sirve? ¿Por qué tocarla me tranquiliza...?» Aún no tiene respuestas. Pero no la suelta.

El sendero serpentea entre olivos retorcidos y piedras calientes. Las sandalias levantan polvo y el sol empieza a castigar con malicia.

—¿Cuánto queda para Delfos? —gime Alex, dejando caer la cabeza hacia atrás como un niño agotado.

—Cuatro días y un par de ampollas —responde Aristipo, sin dejar de andar.

El grupo se detiene a descansar junto a una fuente de piedra que brota a la sombra de unos laureles. Algunos se tumban, otros se lavan el polvo del rostro. Alex se sienta en una roca. Tiene hambre, pero nadie come. Al rato, Critón se le acerca sin decir palabra. Saca

de su zurrón un puñado de dátiles y se los tiende. Alex lo mira, extrañado.

—No, gracias —dice, intentando hacerse el fuerte.

Critón no responde. Solo deja los dátiles en la piedra, junto a él. Luego vuelve con los demás.

Aristipo comenta cuando lo ve acercarse:

—¿Sabéis cómo reconocer a Critón? Es el único que no habla... pero está siempre donde hace falta.

Un pájaro cruza el cielo y desaparece entre las encinas. Más adelante, el camino se ensancha y, al fondo, asoma la silueta severa de Tebas: la ciudad de las siete puertas.

—Ahí la tenéis —dice Sócrates, señalando con el bastón—. Tebas. Ciudad de héroes trágicos, oráculos dudosos... y decisiones desastrosas. —Se queda un momento en silencio, meciéndose la barba mientras contempla las murallas—. Curioso: vosotros sois siete. Como los héroes de la tragedia de Esquilo.

—¿Y quién de nosotros es Polinices? —pregunta Alcibíades.

—Tú, sin duda —salta Antístenes—. Tú serías capaz de atacar a la ciudad que te vio nacer solo por salir en los poemas.

—¿Quién era ese tal Polinices? —pregunta Alex, perdido.

—Uno de los hijos de Edipo —responde Platón—. Un príncipe tebano que trajo la guerra a su propia ciudad para arrebatarle el trono a su hermano, Eteocles. No les hagas caso. Estos dos siempre están como el perro y el gato. Pero si no aprenden a dialogar y aceptar sus diferencias... acabarán como Polinices y Eteocles: matándose el uno al otro.

El sol ya empieza a inclinarse cuando encuentran un pequeño teatro esculpido en la ladera de una montaña. Se sientan en las gradas de

piedra, agradeciendo la sombra escasa que regalan unos pinos, y sacan algo de comida para reponer fuerzas. Pan de cebada, aceitunas negras en salmuera, trozos de queso de cabra envueltos en hoja de parra, nueces, algo de miel espesa guardada en una pequeña vasija de barro. Antístenes reparte unas cebollas tiernas, Platón come con ansia unos higos y Aristipo saca, con orgullo, un botellín de vino aguado que ha sobrevivido al traqueteo. Alex abre la mochila, extrae un par de tortas y le ofrece una a Jason. Este la acepta sin decir palabra y la devora en apenas unos bocados. Solo cuando se sacude las migas de la sudadera, murmura un agradecimiento casi imperceptible. Alex sonríe.

Desde el centro del teatro, Aristipo irrumpe con voz engolada y brazos abiertos al cielo:

—¡Oh, Tebas, ciudad maldita! ¡Yo, Edipo, el hijo de la fatalidad, os maldigo a todos con mis desgracias y mis dramas familiares!

Lleva una rama torcida como bastón y se ha colocado una cuerda en la cabeza a modo de corona. Da una vuelta teatral y recita versos de Sófocles, con falsa gravedad:

—«¡Oh luz, que por última vez contemplo... maldito el lecho donde nací... y donde pequé sin saberlo!»

Se deja caer sobre una piedra con un gemido melodramático, cubriéndose los ojos con una mano mientras con la otra palpa el suelo en busca de su «bastón». Todos se ríen. Incluso Jason. Sócrates lo observa detenidamente y pregunta:

—Jason, ¿conoces la historia?

—Ni puta idea —responde encogiéndose de hombros—. Pero Aristipo me hace reír. Es un crack.

—Esta es la historia de un hijo cuyo destino era matar a su padre.

Jason se atraganta con su propia saliva. Lo mira, sorprendido y molesto.

—¿Qué? ¡Menuda barbaridad!

—No creo que sea una historia de bárbaros —responde Sócrates, con calma—. Más bien creo que Sófocles quiere invitarnos a meditar en algo más profundo: todos, en algún momento, tenemos que matar a nuestro padre. No con armas, claro. Hay un momento en la vida en que debemos dejar de ser hijos... para poder descubrir quiénes somos. Nuestra identidad no puede reducirse a ser «el hijo de». ¿No lo crees?

Jason no responde. Aprieta la piedra blanca en el bolsillo. Se aferra a ella como si naufragara en mar abierto.

—Pero ese viaje no está exento de dolor. Dime, Jason... —continúa Sócrates—, ¿crees que Edipo merecía su destino?

—No lo sé... Supongo que no.

—¿Y entonces? —pregunta Sócrates, inclinando apenas la cabeza —. ¿Crees que fue el destino el que lo arrastró... o sus decisiones?

Jason duda.

—Las dos cosas... quizá.

—¿Y tú? —insiste Sócrates—. ¿Crees que tienes un destino?

—No lo sé.

—Y si lo tuvieras... ¿te gustaría conocerlo?

Jason lo mira un instante. Acaricia la piedra en el interior de su bolsillo.

—Depende.

—¿Depende de qué?

—De si puedo cambiarlo.

Sócrates asiente lentamente.

—Buena respuesta. Entonces, parece que lo que te interesa no es el destino, sino la libertad. Pero dime, querido Jason: ¿hay libertad cuando uno no sabe quién es?

Jason se queda sin palabras.

—¿Y tú lo sabes? —bufa defendiéndose como gato panza arriba.

Sócrates sonríe.

—No del todo. Por eso hago preguntas.

A la mañana siguiente, dejan atrás las murallas de Tebas. Al mediodía, el calor arrecia. Encuentran un remanso en el camino. Un río estrecho serpentea entre las rocas, sus aguas claras invitan a sumergirse. Sócrates se sienta a la sombra. Aristipo ya se ha desnudado sin pudor y chapotea, riendo como un sátiro.

—Vamos, que el agua está más fresca que los muslos de una virgen —grita.

Alcibíades no desperdicia la ocasión para pavonearse. Se desnuda luciendo un cuerpo esculpido en el gimnasio a base de entrenamiento y vanidad. Chapotea, se moja la cara, luego se yergue en mitad del cauce y flexiona los brazos como si estuviera posando para una estatua de Apolo. Alex solo se quita las zapatillas. Se sienta en la orilla y mete los pies en el agua. El calor aprieta, le gustaría meterse. Pero no puede. Su camiseta *oversize* es algo más que una prenda. Para Alex la ropa nunca ha sido un adorno, la ropa es un escudo. No es una cuestión de estilo, sino de pura supervivencia.

—Vamos, métete —le dice Antístenes, señalando el agua—. Está buenísima.

—No me apetece —responde Alex, bajando la vista.

—Anímate —insiste Aristipo desde dentro del agua—. El saber no ocupa lugar, pero el sudor sí.

Desde la orilla, Critón levanta la mano y la abre hacia Alex invitándole a dar un paso al frente. Un gesto mínimo, pero lleno de

bondad. Platón es uno de los últimos en quedarse fuera. Le toca suavemente el hombro al pasar junto a Alex.

—Este es el descanso del guerrero. Aprovéchalo. Nos queda una subida rompe-piernas hasta la cima del Parnaso.

Acto seguido, se lanza al agua de cabeza.

Alex se queda solo. Mira a su alrededor. Todos chapotean, juegan, flotan. Sócrates, que hasta ahora ha permanecido sentado bajo una higuera, se levanta. Sin prisa, comienza a desnudarse. Lo hace sin rastro de pudor. Tiene un cuerpo desproporcionado, con una enorme barriga, los muslos blandos y el pecho hundido. Un cuerpo libre. Alex no puede dejar de mirarlo. Admira esa forma de estar en el mundo como si el cuerpo fuera solo una sombra del alma.

Jason, que está a unos pasos, le lanza una mirada desde el agua y le ordena:

—Vamos. Métete de una vez.

Alex asiente. Ese espacio parece un entorno seguro. Pero duda durante un instante, se queda quieto. ¿Es posible que ese mismo tipo que le amarga la existencia en el colegio —ese mismo que lo empujó, lo humilló, lo convirtió en diana—, sea ahora quien le está invitando, con naturalidad, a bañarse con él? Como en el cuento del escorpión y la rana. Jason vuelve a insistirle. Lo mira distinto. No son los ojos de un escorpión. Parecen, más bien, los ojos de la rana.

Alex respira hondo. Sus dedos se aferran al borde de la camiseta, como si estuvieran a punto de arrancarle la piel. Mira a un lado y al otro. Nadie lo está mirando. O al menos, no con juicio. Jason asiente con un leve gesto. Sócrates le lanza una sonrisa desdentada mientras se zambulle. Critón le hace una seña con la cabeza. Incluso Platón, que es de los últimos en entrar, le dedica una mirada sincera, limpia, sin doblez.

Alex levanta los brazos, despacio, y la camiseta comienza a deslizarse. Primero descubre su vientre, luego su pecho y por último los hombros. La prenda se queda en sus manos unos segundos; duda si volver a cubrirse, pero termina por dejarla caer sobre una piedra. El aire le roza la piel como si lo saludara por primera vez. Da un paso. Luego otro. El agua está fresca. Y entonces...

—¡Eh, cuidado! ¡Que se nos ha colado una ninfa! ¡Tiene más tetas que mi hermana!

El mundo se detiene un instante. La frase de Alcibíades flota como una bofetada húmeda. Jason la acompaña con una risotada automática. El agua ya no acaricia: escuece. Alex se cubre instintivamente sus pectorales grasientos. Quiere huir, pero no sabe por dónde. Se lanza de cabeza al agua. Ruido, burbujas, silencio. Bajo la superficie, Alex se oculta. Lo único visible es su cabeza cuando vuelve a emerger. La vergüenza le arde en la piel. Se odia por haber confiado en Jason. «Es un escorpión —se repite—. Está en su naturaleza. Y yo soy un imbécil por esperar otra cosa.» Entonces escucha su voz.

—Cállate, gilipollas —grita Jason encarándose a Alcibíades—. No tiene ni puta gracia.

Alex lo observa, desconcertado. Alex emerge. No esperaba aquello. Jason desvía la mirada avergonzado. Alex vuelve a sumergirse: necesita estar a solas. Bajo el agua, con los ojos cerrados, se le cruza una idea por la mente: quizá el capitán de los Spartans sí que es una rana.

Alcibíades abre la boca para contestar, pero Sócrates, que flota con la barriga al sol, levanta un dedo y se lo lleva a la boca ordenándole que se calle.

—¡Por los dioses! —le grita Sócrates—. Si los cuerpos hermosos tuvieran que decir siempre cosas hermosas... yo estaría condenado

al silencio eterno.

Una carcajada general lo acompaña.

—Mira este cuerpazo —añade, señalándole a Alex los hombros caídos y el pecho hundido—. Irresistible, ¿verdad? Tengo los muslos de un sátiro y la barriga de un tonel, pero aun así... no hay banquete en el que me falten amantes.

»Mira estos ojos saltones que me dio la naturaleza —prosigue, señalándose con sorna—. Algunos dirán que son feos. Pero ¿sabéis una cosa? Son grandes, redondos... y perfectos para ver. Y esta nariz chata, ¿qué? ¿Acaso no aspira el incienso de los dioses igual que una recta y elegante?

Aristipo escupe agua de la risa.

—El cuerpo, amigos, no se mide por su escultura, sino por su utilidad. Mis pies son feos, pero me han traído hasta Delfos. Mi vientre no es de mármol, pero digiere igual que el de Apolo. ¿Y este pecho? —dice dando una palmada en su torso flácido—. ¡Resiste el frío mejor que muchos mantos espartanos!

El grupo ríe con ganas. Hasta Platón sonríe, cómplice. Antístenes aplaude desde el agua. Alex no puede contener una sonrisa y se une al grupo que permanece un rato más bañándose, sin prisa. Cuando por fin regresan a la orilla, el sol ya ha empezado a inclinarse y el aire se ha vuelto más fresco. Sin necesidad de dar la señal, todos entienden que es momento de reemprender la marcha.

*Anábasis*Anábasis

El terreno empieza a ganar altura. El camino serpentea entre pinares, y a medida que ascienden, las voces del grupo se apagan. Comienzan a oírse los primeros jadeos. Jason va en cabeza, marcando el ritmo con paso firme. El terreno escarpado no le molesta. Al contrario: le da gusto notar el esfuerzo en las piernas. Es solo su cuerpo contra la pendiente y eso le tranquiliza. Puede controlarlo. El *daemon* camina a su lado, con las manos enlazadas tras la espalda.

—Vaya, vaya... míralo cómo corre. ¿Huyes de algo, *quarterback*?

—¿Tú no te cansas nunca de hablar?

—Reconócelo: sin mí, este viaje sería un puto peñazo.

—Ahí tengo que darte la razón.

—¿Con quién hablas? —pregunta Alcibíades, que sube trotando a zancadas largas.

—Con nadie. Pensaba en voz alta.

Alcibíades aprieta el paso dejando a Jason tras de sí. Jasón reacciona y lo pasa por la izquierda. Alcibíades echa a correr cuesta arriba, creando una estela de polvo. Jason lo sigue sin pensarlo, sus zapatillas golpean el suelo con furia. Suben entre empujones. En una curva del sendero, se cruzan con una mujer que desciende con una cabra herida en brazos.

—Al que sube buscando respuestas... el monte le pregunta primero por sus cicatrices —dice dejándolos atrás.

Jason afloja el paso. Se para en seco. Respira hondo. Como un Sísifo que deja que su carga caiga rodando por la ladera de la montaña y queda liberado de su condena. Se deja ganar. Por primera vez... no le importa perder. El *daemon*, que lo esperaba desde una roca más arriba, lo mira con los ojos abiertos como platos.

—¡Joder con el *quarterback*! —se dice a sí mismo.

El grupo alcanza el final del viaje. Delfos se presenta ante ellos suspendido entre el abismo y la eternidad. Todos dicen que es el ombligo del mundo, y así lo sienten al contemplarlo: todo parece haber nacido de allí o dirigirse hacia allí. Las columnas dóricas del templo de Apolo parecen estar soportando el peso de los cielos. El frontón, decorado con escenas de la lucha entre los dioses y los gigantes, brilla con la luz del mediodía. El templo es austero, proporcionado, ajeno a cualquier exceso. Como la verdad: no grita, no seduce, no se disfraza. Permanece. No necesita adornos. Su fuerza no está en el brillo, sino en la medida. Lleva siglos en pie, esperando a quien se atreva a mirar sin máscaras. Impone una única condición: la verdad solo se revela a quienes se atreven a hacerse las preguntas correctas.

El grupo camina sin decir palabra por la Vía Sacra, serpenteando entre exvotos, esculturas y pequeños altares donde arden ofrendas. A un lado, un anciano canta letanías a Apolo. Al otro, una madre besa la frente de su hija antes de subir al templo. Huele a laurel, a humo de sacrificio y a preguntas aún no respondidas. La multitud es densa. Peregrinos de toda Grecia se arremolinan en busca de un oráculo, una señal o una simple razón para la esperanza. Sócrates

tiene la vista fija en la piedra inscrita frente al templo. Jason está a su lado.

—¿Sabes lo que pone ahí? —pregunta Sócrates, sin apartar la vista de la piedra.

—Sé leer, Sócrates. «Conócete a ti mismo.»

—Dime entonces, Jason: ¿te conoces a ti mismo?

—¡Cómo no voy a conocerme! —responde con un bufido—. Qué pregunta más absurda...

—Entonces dime: ¿quién eres?

—¡Jason Miller!

—¿Y quién es Jason Miller?

Jason abre la boca para repetir lo obvio, pero las palabras no salen de su boca. De pronto, ese nombre le pesa como nunca antes. En su cabeza, sin que nadie las pronuncie, resuenan las cinco preguntas como un aullido interminable.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—Jason, señor.

—¿Cómo se llama tu padre?

—Jason, señor.

—¿Y tu abuelo?

—Jason, señor.

—Nomen omen*, ¿qué significa?*

—El nombre es tu destino. Soy Jason, el hijo de Jason, capitán de los Spartans y nieto de Jason, capitán de los Spartans.

—¿Cuál es tu deber?

—Llegar a ser quien soy.

Se siente vacío, como si alguien hubiera sacado el suelo bajo sus pies y se viera obligado a sostenerse sobre... nada. Lleva la mano al bolsillo, buscando a tientas la piedra blanca. Pero no la encuentra.

O quizá no es capaz de sentirla. Sócrates espera. No hay necesidad de empujar a quien ya ha empezado a caer.

—Disculpa que insista, Jason —dice Sócrates, encogiéndose de hombros—. Soy un poco tonto, ya sabes... por eso suelo preguntarlo todo.

Hace una pausa. Mira a Jason como si no supiera lo que va a decir a continuación.

—¿Crees que basta con saber cómo te llamas para conocer quién eres?

Jason no contesta. Sócrates sigue, con la suavidad de un felino que acecha a su presa.

—Imagina que alguien quiere comprar un caballo. Va al mercado, se acerca al vendedor y este le dice: «Aquí tienes una lista de nombres: Relámpago, Trueno, Centella... Elige el que más te guste y suelta las monedas».

Se detiene y alza las cejas.

—¿Tú crees que alguien sensato pagaría por un caballo solo sabiendo cómo se llama?

—No —responde Jason, lacónico.

—Claro que no. Antes de soltar una dracma, querría saber si es fuerte o débil, dócil o arisco, si aguanta las cuestas o se espanta con una sombra. Si ha nacido para correr, para cargar... o para luchar.

Sócrates acerca su voz al rostro de Jason.

—¿No deberíamos hacer lo mismo con nosotros mismos? ¿Por qué nos conformamos con un nombre, un apellido, una historia heredada? ¿No deberíamos preguntarnos si somos valientes o cobardes, si vivimos según lo que somos... o según lo que nos enseñaron a ser?

Mira con profundidad los ojos de Jason.

—Tú dices que eres Jason Miller. Pero dime: ¿qué clase de hombre es Jason Miller? ¿Lo sabes tú... o lo han decidido otros por ti?

Jason no puede responder. El aire se le queda atrapado en la garganta, como si hubiera tragado una verdad demasiado grande. Sus hombros tiemblan. Las lágrimas le caen sin pedir permiso. Se abren paso como el agua entre las grietas. Jason llora un río. De pie. Delante de todos. Agarrado a su piedra. Alex, que hasta ahora había permanecido al margen, da un paso al frente.

—Ya está bien. No hace falta machacarlo más. No delante de todos.

—No lo está machacando —dice Platón en voz baja, para que solo Alex lo oiga—. Está ayudándolo a nacer.

Alex sigue sin entender.

—No es fácil ni agradable dejarse examinar por Sócrates —continúa Platón—. Uno siente que lo desmontan pieza a pieza. Pero ese es el precio de la verdad. Lo que parece una humillación... en realidad es un parto. Sócrates no impone creencias, pregunta. Y sus preguntas abren grietas. Por ahí entra la luz. Sócrates asiste a las almas como su madre ayudaba a parir cuerpos. No te asustes. Lo que está sintiendo tu amigo son tan solo los dolores del parto.

Alex lo mira con escepticismo y se acerca hasta Jason. No se da cuenta de que Alex está a su lado hasta que siente su mano en el hombro.

—Ey —dice Alex, en voz baja—. No hace falta que sigas con esta mierda.

Jason deja de sollozar. Pero no se molesta en secarse las lágrimas. Bajo la luz dorada de Delfos, el chico que tenía todas las respuestas contempla un nuevo mundo en silencio. Y el chico que huía del peligro, da un paso adelante para quedarse a su lado. Uno baja la cabeza, otro la levanta, al unísono.

La noche cae sobre Delfos. Las voces del grupo se han apagado una a una, como las lámparas de aceite. Todos duermen ya, menos Jason. Permanece sentado sobre una roca, con la espalda curvada y la mirada clavada en el cielo. En su mano, la piedra blanca. Sócrates se acerca. No se sienta, simplemente permanece de pie a su lado, con la mirada fija también en la inmensidad de la noche griega, buscando asimismo una respuesta entre las constelaciones.

—¿Sabes? —dice al fin, con voz serena—. Homero no se cansa de contar cómo lloraban los héroes. Aquiles lloró por Patroclo... y por sí mismo. Héctor lloró sabiendo que no volvería a ver a su hijo. Incluso Odiseo, el astuto, rompió a llorar al oír su historia en boca de un rapsoda.

Jason no responde. Aprieta la piedra entre los dedos.

—Hoy tú también has llorado como aquellos héroes. Has descendido a tu propio infierno —continúa Sócrates—. Esa es la *katábasis* más difícil: la que no se ve. Y, sin embargo, aquí estás. No has huido. Has nacido de nuevo, como los iniciados en Eleusis. Y nadie vuelve igual de ese viaje.

Hace una pausa. Jason le mira de reojo. Sócrates sonríe con ternura.

—Hay que ser muy valiente para reconocer que no sabes quién eres.

Sócrates coloca una mano sobre el hombro de Jason, firme y cálida.

—Bienvenido al mundo, Jason Miller.

—Gracias.

Ambos se quedan contemplando un horizonte indistinguible.

—¿Crees que un padre puede llegar a odiar a su hijo? —pregunta Jason en un susurro.

—Un padre puede equivocarse —responde Sócrates—. Pero no odia a su hijo.

Sócrates palidece ante una vieja herida que se abre. Agacha la cabeza y dice mientras mira al suelo:

—¿Sabes, Jason? Mi hijo no me habla.

Jason lo mira, incrédulo.

—¿Tú? ¿Pero por qué?

Sócrates suspira, larga y profundamente.

—Es mucho más fácil ser filósofo que padre. Después de la batalla naval de Arginusas, Atenas necesitaba refuerzos. Se convocó a jóvenes voluntarios para alistarse. Lamprocles, mi hijo mayor, se presentó. Estaba decidido, pero era muy joven e inexperto. Habría caído en el primer asalto.

Hace una pausa.

—Tenía miedo. No quería perder a mi hijo. Y yo... Usé mi influencia para que eliminaran su nombre de la lista. Creí que hacía lo correcto.

—¿Y él lo descubrió?

—Sí. Y desde entonces... no me ha perdonado. Cree que soy un hipócrita. Que predico una cosa en público y hago otra en privado.

Jason contempla cómo una lágrima se asoma con timidez por el ojo de Sócrates.

—Un padre hace lo que debe, aunque le odien por ello —dice Jason intentando consolar a Sócrates.

Sócrates permanece callado, pensando. Los dos comparten una sonrisa cómplice mientras la luna llena brilla en lo alto y la sombra del templo los envuelve.

La noche en Delfos se consume en silencio. El grupo duerme bajo la montaña, respirando al unísono como un solo cuerpo, hermanados por la fatiga, con el canto de los grillos y el rumor del viento en los pinos como única vigilia.

Alex es el primero en despertarse. La aurora asoma tímida, desgarrando el horizonte con un hilo de luz que tiñe las piedras de un oro pálido. Hace frío. Se acerca a las brasas aún encendidas y las aviva con cuidado. Comprueba que está solo. Saca su cuaderno de la mochila con sigilo. La tapa está manchada y doblada por el viaje, con cicatrices de polvo y de agua, pero las páginas interiores permanecen intactas. En ellas guarda un secreto. Sus dedos tiemblan al pasar las hojas, hasta encontrar lo que escribió en los pasillos de Saint Xabier, frente al retrato solemne del abuelo de Jason, en el mismo instante en que todo empezó a torcerse. Lee en silencio su propia letra, pero con la extraña sensación de que es la de otro:

El secreto de los Miller

El mito que sostiene a una familia Miller, construido sobre una mentira. El abuelo Miller. El tronco dinástico de los Miller, héroe de guerra, alcalde, capitán de los Spartans. Pero también un hombre dividido en dos vidas. Una pública, hecha de discursos, galas y trofeos. Otra oculta, hecha de bares discretos en las afueras, viajes de negocios que eran fugas clandestinas, encuentros que nunca podían salir a la luz.

En el archivo del periódico local encontré la prueba: una fotografía granulada, tomada durante una redada policial en los años setenta, en un bar conocido como lugar de encuentro homosexual. Su rostro aparece borroso en un rincón, pero es inconfundible: el abuelo del actual capitán de los Spartans, traje arrugado, mirada asustada. Una vida al borde de la exposición y el derrumbe.

En aquel entonces, aunque Illinois había sido el primer estado en despenalizar la homosexualidad [*nota: Illinois despenalizó en 1961 → añadir*], muchas leyes contra la «conducta indecente» seguían vigentes y se aplicaban con saña. La

policía organizaba redadas en bares y saunas, fichaba a los clientes, publicaba sus nombres en los periódicos locales y arruinaba familias enteras. En Chicago, y también en ciudades pequeñas, ser descubierto en uno de aquellos lugares equivalía a perderlo todo: trabajo, reputación, futuro.

[*nota: Redadas policiales: muy comunes en bares gais. Ejemplo: los disturbios de Stonewall (1969, Nueva York). La policía irrumpió en el Stonewall Inn, un bar frecuentado por homosexuales, travestis y drag queens. Era una redada más —se hacían casi a diario—, pero aquella noche los clientes se rebelaron. Lanzaron monedas, botellas, ladrillos. La protesta duró varios días y se extendió por todo el barrio. Stonewall se convirtió en el símbolo de la resistencia y el punto de partida del movimiento moderno por los derechos LGTB+.*].

Entrevisté al dueño del bar que aparecía en la fotografía. El local ya no existe, ahora es una tienda de colchones, pero aquel anciano lo conservaba en la memoria como si aún oliera a humo y a ginebra. → [***Pero su dueño aún guarda en su memoria todo lo que allí ocurrió***] Cuando le mostré la foto, no dudó un instante. Lo reconoció al momento: «Era el hombre más valiente que conocí, pero también el más cobarde. Amó, pero nunca se dejó ver amando».

Se habían conocido en la guerra. Eran compañeros de unidad. Entre el ruido de las bombas y el miedo a morir, nació algo más fuerte que el miedo. Se enamoraron. «Era el amor de mi vida», dijo, con los ojos brillando en la penumbra del café.

[*nota: Contó que, después de la guerra, se buscaban a escondidas. Fingían viajes de trabajo para poder verse. Reservaban habitaciones de hotel bajo nombres falsos. Miller llegaba siempre con la excusa preparada: reuniones, congresos, negocios en otra ciudad. En realidad, eran escapadas para pasar unas horas juntos. «Yo esperaba en la habitación, y él aparecía con el traje aún puesto, oliendo a tabaco y a miedo. Nos abrazábamos como si el mundo fuese a acabarse esa noche. Lo recuerdo contra la pared, temblando entre mis manos, suplicando que no encendiera la luz. "Solo aquí", me decía. "Solo aquí existo de verdad." Pero al amanecer, volvía a ponerse la máscara.»*]

El anciano me contó cómo terminó todo. Habían pasado muchos años juntos, en secreto. Para entonces la sociedad ya empezaba a cambiar. Las marchas del Orgullo recorrían Nueva York y San Francisco, los tribunales reconocían derechos que antes parecían imposibles, y hasta en los periódicos de provincias se hablaba de libertad y dignidad para las personas LGTB. «El mundo se movía hacia delante», me dijo, «pero él se quedó atrás».

Miller nunca quiso salir de la sombra. Nunca aceptó vivir lo que sentía. Prefería su reputación antes que el amor. Se casó por convención social, engañándose a sí mismo y a su mujer, condenando a los dos a una mentira. «Amaba en la trinchera, en los bares escondidos, en las habitaciones de hotel... pero nunca en la luz del día.»

«No podía seguir siendo la sombra de un hombre que había elegido su apellido antes que mi amor.»

«Lo que más me dolió fue su voz en público. Lo vi por televisión, con su traje impecable, la sonrisa perfecta, presentándose como candidato a alcalde por el Partido Republicano. Y allí estaba, en una convención, hablando contra la ley de matrimonio homosexual. Contra lo que éramos. Ese día entendí que ya no era el miedo el que lo encadenaba, era la hipocresía. Y eso... eso ya no pude perdonarlo. Supe que lo había perdido para siempre.»

«No guardo rencor. Lo entendí demasiado tarde: no era valiente para amar como yo lo amaba. La ciudad se lo quedó. Yo solo me quedé con los recuerdos. Y todavía lo quiero, aunque me duela recordarlo.»

—Ese artículo es una bomba de relojería —resuena una voz a su espalda.

Alex se gira. El *daemon* lo mira con una sonrisa retorcida.

—Si lo publicas, volará por los aires la reputación de los Miller. Y, de paso, tu vida cambiaría. Adiós al friki invisible. Todo el colegio hablaría de ti: Alex Papadopoulos, el periodista que sacó la verdad a la luz. Podría ser el comienzo de una gran carrera. Imagina: años después, ejerciendo como reportero en *The New York Times*, ganando un Pulitzer por tus investigaciones. Entrevistas en televisión, charlas en universidades, tu nombre en los manuales de periodismo. Todo empezando con este artículo, con esta bomba. Podría ser el inicio de tu leyenda.

Hace una pausa. Sus ojos se clavan en Alex.

—Pero dime... ¿es así como quieres hacerlo?

Alex aprieta el cuaderno contra el pecho. La pregunta le muerde por dentro. El *daemon* ha formulado en alto lo que lleva tiempo

rumiando en silencio: El periodismo... no debería ser eso. No es un circo para exponer la intimidad de la gente. Es... servicio público. Es dar a conocer lo que afecta a todos, lo que ayuda a comprender el mundo en el que vivimos. No hurgar en lo que pertenece a un hombre y a su vergüenza. Hay verdades que no sirven a nadie. Hay verdades que no iluminan, que no construyen nada, que no corrigen una injusticia. Solo destruyen. Y destruir a una persona no es informar, es exhibir su cadáver moral en la plaza pública para que todos se diviertan. Kapuściński lo dijo claro: «Para ser buen periodista, primero hay que ser buena persona». El periodista debería ser un testigo del bien común, no un verdugo disfrazado de héroe. Si la verdad no sirve para mejorar la vida de la comunidad, si no ayuda a que seamos un poco más libres, entonces no es verdad, es veneno. ¿De qué le serviría al mundo esta historia?

Alex mira al *daemon* con los ojos encendidos por la duda. El silencio vuelve. Solo crepitan las brasas. Sin vacilar más, lanza el cuaderno al fuego. El cartón ennegrece, las llamas devoran las letras, y la historia de los Miller se convierte en humo.

—Bien hecho, muchacho —dice el *daemon* con un destello de respeto en los ojos.

La denuncia

El barrio de Sócrates se extiende al sureste de las murallas de Atenas, entre olivares dispersos y caminos polvorientos que descienden suavemente hacia el Iliso. Es una zona tranquila, algo apartada del bullicio del ágora, donde las casas son modestas pero dignas, y las huertas familiares perfuman el aire.

Aquí nacieron algunos de los ciudadanos más célebres de la *polis* y aún se respira cierta mezcla de orgullo rural y libertad ciudadana. Cuando el grupo alcanza por fin la linde del barrio, tras la larga caminata desde Delfos, lo hace con los pies doloridos pero el alma ligera. Aunque el cansancio les pesa en los hombros, la risa compartida y el vino bebido hacen que cada paso final parezca estar dándose sobre las huellas que Odiseo dejó en su regreso a Ítaca.

Las voces de los niños resuenan entre los muros blancos mientras juegan a empujarse con escudos de mimbre. Una mujer sacude una alfombra desde la azotea y les lanza una sonrisa cómplice al ver pasar al grupo. El olor a pan recién horneado y a cebollas sofritas les da la bienvenida. En una esquina, un anciano afila un cuchillo mientras charla con un joven aprendiz. Al ver a Sócrates, deja la piedra de lado y le dirige un saludo entre dientes:

—¿Dónde te habías metido, viejo zorro? —le grita con una carcajada—. Se te echaba de menos por el barrio.

—Me perdí siguiendo una pregunta y terminé en Delfos —responde Sócrates sin detenerse—. Pero he vuelto con más.

—A este paso, un día no sabrás ni cómo volver a tu casa.

—¡Quién querría volver a una casa regentada por Jantipa! —responde Sócrates, alzando las cejas con fingido temor.

Los dos se ríen con complicidad.

—¡Esa Jantipa es mucha mujer para ti, Sócrates!

—Mira, eso es algo que jamás pondré en duda.

Jason y Alex lo observan con asombro: no es el filósofo que imaginaban, sino alguien que se mezcla con su gente, que es parte del polvo de las calles, del pan de las casas y de la risa de los patios. Jason lo mira con extrañeza. En su mundo, nadie con autoridad caminaría descalzo entre gallinas.

La casa de Sócrates está justo al final de una calleja de tierra. Un muro encalado y una higuera vieja marcan el umbral. Sócrates empuja la puerta de madera que está entreabierta, y el grupo entra detrás de él. Nada más cruzar el zaguán, se abre el corazón del hogar: un patio central descubierto. En medio, un pozo rodeado de piedras y una gallina que picotea a su alrededor. Una parra enmarañada trepa por las columnas de madera que sostienen el pórtico, y sus hojas proyectan sombras ondulantes sobre el suelo de tierra apisonada. Huele a tomillo, lana seca y pan de cebada. Las paredes interiores están encaladas y adornadas con figuras geométricas pintadas a mano. No hay lujos, pero sí señales de una vida ordenada: un ánfora junto a la puerta, cacharros de barro alineados sobre un estante, una estera tejida con juncos para las siestas. La luz entra desde arriba sin pedir permiso, como si el mismísimo Apolo hubiera enviado a su astro a iluminar, entre todas las casas de Atenas, precisamente esta. Un estruendo rompe la calma: un perro sale disparado desde la sombra del pórtico y se lanza sobre Sócrates entre ladridos, saltos y lametones entusiastas.

—¡Logos! —ríe Sócrates mientras se agacha para recibir el asalto —. ¡Viejo amigo, yo también te he echado de menos!

El perro gime, se restriega contra su túnica, le da vueltas. Luego se sienta, pero no deja de mirarlo, jadeando feliz.

—Este perro ladra argumentos —bromea Antístenes, mientras se agacha a rascarle la cabeza—. No lo subestiméis: ya ha mordido a tres sofistas y a un político corrupto.

—Tiene buen oído para la contradicción —añade Sócrates, mientras el perro se le sienta al lado como un fiel compañero de método.

Desde el fondo de la casa, alguien se aproxima. Unos pasos firmes. El crujido de unas sandalias. Aparece Jantipa apoyada en el dintel y con una espátula de madera en la mano. Tiene el cabello recogido y una mancha de harina en la mejilla. Al verla, Sócrates se endereza como un niño que ha sido sorprendido con la mano en el ánfora del vino.

—Ah, la diosa del hogar en persona —dice, abriendo los brazos.

Le coge la mano manchada de harina y se la besa como si fuera una sacerdotisa, solemne y burlón a la vez. Ella resopla, pero no se aparta.

—¡Calla, vendedor de humos! —le espeta, aunque se le escapa una sonrisa—. Solo vienes por el pan caliente.

—Eso no es cierto, querida. También vengo por la cama caliente —dice Sócrates, aprovechando para besarla con descaro en la comisura de los labios.

—A la mesa y a la cama, solo una vez se llama. Y a ti te llevo llamando más de una semana. —Le da una colleja suave y lo besa—. Sed bienvenidos todos... pero que nadie me despiste a este, y me lo deje más loco de lo que está.

Jantipa se ríe y se aleja en dirección a la cocina, asumiendo el mando de esa pequeña ciudad-estado. Lanza instrucciones como una general en su patio de mando:

—Tú, el del perro, recoge los dátiles. El pelirrojo, corta el queso. El guapo... bueno, qué demonios, tú pon la mesa.

—¿Quién es el guapo? —pregunta Jason inseguro.

—Además de guapo, humilde. Me gusta este chico —responde Jantipa, sin volverse—. ¡El pan no se va a partir solo!

Todos se ponen en marcha, entre risas y miradas cómplices. Incluso el *daemon* hace como que colabora. Alex, mientras coloca unos cuencos de barro sobre una tabla improvisada, murmura:

—¿Esta es la temida Jantipa? Pues a mí me cae bien...

—¡Jantipa es una crack! —responde el *daemon*—. Ya lo comprobarás con tus propios ojos. Pero un hijo de perra, que no está muy lejos de aquí y cuyo nombre empieza por «Jen» y acaba en «ofonte», se dedicó a difamarla en sus escritos. Que si era arisca, que si amargada, que si gritaba...

Mientras el grupo termina de organizar la mesa, unos pasos descalzos retumban sobre el suelo de barro y dos cuerpos pequeños cruzan el patio como flechas. Son Menexeno y Sofronisco, los hijos pequeños de Sócrates, que irrumpen en escena entre gritos y risas.

—¡¡Papáááá!! —chillan al unísono, y se le lanzan al cuello.

Sócrates los recibe con los brazos abiertos, tropezando hacia atrás como si dos hoplitas hubieran embestido su pecho.

—¡Mis guerreros! —ríe mientras le llenan la cara de besos y preguntas atropelladas—. ¿Y ese músculo? ¿Qué os ha dado vuestra madre de comer en mi ausencia, pan con rayos de Zeus?

—¿Dónde estabas? ¿Es verdad que fuiste a ver al oráculo? ¿En Delfos hay serpientes gigantes? ¿Trajiste algo?

—¿Algo? ¡Traigo historias y buenos amigos!

Los niños se ríen. Entonces Sócrates mira a Jantipa por encima de sus cabezas:

—¿Y Lamprocles? ¿Dónde se ha metido nuestro primogénito?

Jantipa se seca las manos en el delantal y lanza una mirada hacia el interior de la casa.

—En su cuarto. Se encerró allí en cuanto oyó que venías.

Sócrates asiente lentamente, bajando a los pequeños al suelo.

—¿Está bien?

—Está... siendo Lamprocles —responde Jantipa—, un muchacho de diecisiete años que echa de menos a su padre.

—Iré a hablar con él.

Jantipa le detiene con una mano en el brazo.

—Dale tiempo. En esta casa, el cuchillo no solo es de palo, sino que además está mellado.

—Los cuchillos mellados, si no se afilan, se oxidan.

Un golpe seco en la puerta interrumpe la algarabía. Logos se incorpora de un salto y suelta un par de ladridos. Sócrates se adelanta y abre. Al otro lado aparece un joven que viste un manto perfectamente doblado, sandalias nuevas y una mirada seria que lo evalúa todo según el orden natural de las cosas.

—¡Jenofonte —saluda Sócrates—, qué alegría verte!

—He venido tan pronto como me enteré de vuestro regreso —responde con tono marcial—. Quería asegurarme de que estabas bien.

Su mirada se desliza sutilmente hacia Alex y Jason.

—Pues has llegado justo a tiempo —anuncia Jantipa—. Vamos a celebrar un banquete. Por el regreso de este cabeza hueca, y por la incorporación de estos dos chicos a la pandilla.

—¿Un banquete? —replica Jenofonte—. Me parece inapropiado.

—¿Inapropiado? —responde Jantipa, mientras porta una crátera decorada con imágenes de Dioniso.

—El banquete —declara él, con gravedad— es cosa de hombres. Como la guerra. Como la política. Como la filosofía. No corresponde a una mujer participar en él.

Se hace un incómodo silencio. Hasta Logos deja de mover la cola. Alcibíades lanza una carcajada contenida.

—¡A este meapilas le va a caer la del pulpo! —anuncia el *daemon* a Alex y Jason.

Jenofonte se dirige a Sócrates:

—Sé que es tu casa, maestro. Pero no me parece apropiado que trates a tu mujer como a una igual. No da buen ejemplo... y, además, puede resultar peligroso.

—¿Peligroso? —dice Jantipa, con una sonrisa que podría cortar el pan duro—. Dime una cosa, Jenofonte: ¿por qué te dan miedo las mujeres?

—No es lo que manda la tradición —responde Jenofonte, conteniéndose.

—¿Y desde cuándo es la tradición el criterio de lo justo? —añade ella, acercándose con la jarra de vino—. ¿Sabes qué me parece a mí peligroso? Un joven que es incapaz de pensar por sí mismo. Los hombres como tú han construido un mundo donde la mitad de la humanidad no tiene voz... y lo llaman «orden natural». Os repartís el poder, la palabra y el pan, y aun así tenéis miedo de que una mujer piense en voz alta.

Jenofonte aprieta los dientes. La tensión se palpa en el aire.

—La mujer debe gobernar el hogar. El varón, la *polis*.

—¿Y si la *polis* entra en el hogar? ¿Y si la injusticia llama a mi puerta? ¿Debo callarme por no tener barba?

—No es una cuestión de barba —responde él, visiblemente molesto—. Es una cuestión de orden.

—No hay peor desorden que silenciar a quienes tienen algo que decir —replica Jantipa—. Y si la filosofía sirve para algo, es para enseñarnos a no pensar con el culo para no tener ideas de mierda. Gracias por tu visita, Jenofonte —añade, dándole un golpecito en el hombro—. Pero en esta casa, la conversación va a estar muy por encima de tus prejuicios.

Jenofonte se sonroja. Sin decir palabra, se gira con el rostro endurecido y sale por la puerta sin despedirse. Jantipa suspira.

—A veces uno siembra filósofos... y le nacen jueces.

Jantipa se planta en medio con un gesto solemne.

—Bien, escúchese con atención, porque no lo repetiré —anuncia, alzando la voz como una pregonera en el ágora—. Esta tarde celebramos un simposio como Dioniso manda. Así que necesito un *simposiarca*.

Jason frunce el ceño.

—¿Un qué?

—El rey del banquete —aclara Aristipo—. El que decide cuánto se bebe... y cuánto se aguanta.

—Y qué se canta, qué se debate y quién se calla —añade el *daemon*, relamiéndose los colmillos—. Básicamente, un tirano de la alegría.

Jantipa señala a Jason sin dudar.

—Tú. El guapo. Hoy mandas tú.

—¿Yo? —Jason retrocede medio paso—. Pero si no tengo ni idea de cómo va esto...

—Tranquilo —dice Jantipa—. Ya te lo explico yo. Lo primero: esto no es una cena cualquiera. Es una ceremonia sagrada en honor a Dioniso. Comeremos, beberemos, pero, sobre todo, dialogaremos.

Disfrutaremos del vino y hablaremos del amor, del alma, de la muerte, del universo... Eso sí, con una norma clara: el vino no está para emborracharse, sino para abrir la mente. Aquí no se bebe para olvidar, sino para recordar. Para recordar quiénes somos, de dónde venimos y hacia dónde vamos. Y eso, guapetón, se llama filosofía.

—Vamos —le masculla el *daemon* por la espalda—, lo que viene siendo un botellón de toda la vida.

—Empezaremos con una comida abundante —prosigue Jantipa— y cuando los estómagos estén razonablemente felices, se retirarán las mesas, repartiremos el vino y comenzará el verdadero banquete. Tu trabajo —continúa Jantipa— es elegir la proporción de vino y agua que debemos beber.

—¿Y si me paso?

—Acabaremos bailando desnudos con la gallina —responde el *daemon*—. No es coña. Ha pasado.

—Aristipo te ayudará —le dice Jantipa—. Ningún filósofo sabe más de vino.

—Mezclar vino y agua es como mezclar el corazón con la razón —responde Aristipo, acercándose con una rama de parra en la cabeza —. Demasiada razón, y todo se enfría. Demasiada vida... y acabas cantando himnos a Apolo desde el tejado. Todo es cuestión de equilibrio.

—Templanza —apostilla Platón.

—Vamos a hacerlo fácil —añade Aristipo—. Tres partes de agua, una de vino. Así no nos matamos en la primera ronda. Coge esa jarra.

—Esa no —corrige Jantipa—. Esa es para las libaciones. La de barro.

Jason obedece. El vino cae espeso y oscuro dentro de la crátera. Luego el agua, fresca, se mezcla con un sonido que parece un

suspiro.

—¿Y ahora?

—Ahora toma esta cuchara de madera. Remueve despacio —dice Aristipo—. Esto es un rito sagrado. Dioniso nos dio el vino no para olvidar lo que somos, sino para soportarlo.

—No entiendo nada de lo que dices —responde Jason, removiendo—. Pero me gusta.

—Y tú tienes buena mano —dice Aristipo, observando el remolino rojo que se forma—. Pero que no se te suban a la cabeza los halagos. La borrachera del ego es más peligrosa que la del vino.

—¿Y ahora qué hago?

—Anuncias la mezcla, *simposiarca*. Y repartes las normas. Es tu banquete.

Aristipo le va dictando al oído como un apuntador. Jason se pone en pie. Todos los comensales callan. Incluso Logos se sienta con solemnidad.

Jason alza la copa:

—Hoy beberemos en proporción de tres aguas por una de vino. Y quien derrame su copa, diga una tontería sin gracia o intente besar a alguien sin su permiso... beberá el doble.

—¡Bien dicho! —brama Antístenes.

—¡Brindemos por Dioniso, por el poder de la palabra, y por los que aún no saben que están a punto de decir algo importante!

Todos brindan. Comienza el simposio. Comen olvidándose por un día de cultivar la templanza. En bandejas de cerámica negra, descansan quesos curados de cabra, cremosos, con vetas de sal que brillan a la luz de las lámparas. A su lado, un cuenco rebosa de aceitunas negras, pequeñas y arrugadas, bañadas en aceite de oliva fresco, espeso como el oro, con un toque de orégano recién machacado. Jantipa deja caer suavemente sobre la mesa una fuente

de pan ácimo todavía tibio, con la corteza crujiente y el interior esponjoso. Huele a horno y a campo. Al lado, higos partidos en dos, con su carne dulce y roja como un rubí maduro, ofrecen un contraste jugoso y casi erótico al crujido del pan. Critón sirve, en platos hondos, garbanzos estofados con comino y aceite, sedosos, que se deshacen sin masticar. Lentejas con ajo tierno y un toque de miel, que huelen a tierra recién regada. Llegan los postres, deslizándose sobre la mesa con una elegancia rústica: requesón fresco cubierto con miel oscura del monte Himeto y pastelillos de sésamo y pistacho.

Cuando los estómagos están llenos, la música suena suave. Las copas giran. La conversación, como el vino, empieza a fluir. Cuando las copas ya han dado una vuelta y los higos asados empiezan a perfumar el aire, Aristipo da una palmada y se pone en pie con la teatralidad de un actor trágico.

—¡Que se detenga el tiempo y la bebida, que llega la hora del *ainigma*! —declama—. Sabios, necios, amantes y dioses disfrazados: afilad el ingenio, porque aquí va el primer reto del simposio.

Se inclina ligeramente hacia el centro, como si fuera a contar un secreto a la crátera misma. Luego, en tono grave, recita:

Soy el hijo negro de un padre luminoso,
soy un ave sin alas que al cielo sube desde la tierra.
Ojo que me ve, ojo que llora,
y no es de pena.
En el aire me desvanezco nada más nacer.

Una pausa. Todos se miran. Alcibíades hace una mueca.
—¿Un político?
—¿Una suegra? —bromea Antístenes.
—¿El alma? —aventura Platón, con solemnidad.

—Por favor... —murmura el *daemon*—. Ya estamos.

—El humo —dice Alex en voz baja.

Silencio. Todos lo miran. Aristipo sonríe, satisfecho.

—Correcto.

Jason lo aplaude con un par de palmadas fuertes en la espalda.

—¡Empollón!

—No lo subestiméis —advierte el *daemon*—. Este ha leído más de lo que admite.

—¡Bravo! —grita Jantipa—. ¡Un acertijo más resuelto! ¡Y un trago más para el vencedor!

Aristipo da un golpe seco en la mesa con el borde de su copa.

—Bien, basta de juegos menores. Ya hemos calentado el paladar y el pensamiento. Es hora de pasar al plato principal. El humo se desvanece —responde Aristipo—. Pero hay algo que arde más, pesa más y confunde más que cualquier niebla: el amor.

Un murmullo recorre la mesa. Platón endereza la espalda. Alcibíades suelta una carcajada insinuante.

—Propongo —prosigue Aristipo, poniéndose en pie con la copa alzada— un duelo dialéctico. Una contienda de palabras. Un simposio dentro del simposio. Que hablen los dos titanes de la filosofía: Sócrates... y su igual —dice, girándose como el maestro de ceremonias de una velada de boxeo—, Jantipa.

—¡Sí! —grita Alcibíades—. ¡Amor, dialéctica y vino! Que el banquete arda con palabras.

—¿Y cuál es exactamente el tema a tratar? —pregunta Platón con interés.

Aristipo se gira hacia la mesa, desafiante:

—¿Es el amor una fuerza que nos eleva... o una trampa que nos somete? ¿Nos hace mejores... o más esclavos?

Un silencio expectante cae sobre el grupo. Jantipa y Sócrates se miran. Ella sonríe con picardía. Él alza una ceja con escepticismo.

—Acepto —dice ella, tomando una aceituna como si fuera una lanza.

—Yo también —responde Sócrates—. Pero que conste en acta: si gano, me harás un masaje de pies.

—¿Y si pierdes? —pregunta Critón.

—Entonces, querido Critón, le deberemos un gallo a Asclepio por haberme curado esta ignorancia... y darme, en Jantipa, la respuesta a todas mis preguntas.

—¡Zalamero! Prepárate, filósofo —replica Jantipa—. Esta noche duermes en el templo de Asclepio.

Aristipo se sube a un taburete y alza su copa como si fuera un cetro.

—¡Orden en el simposio! Como borracho autorizado, me reservo el derecho de distribuir los roles en este sagrado combate dialéctico.

Jason da un sorbo. Alex se acomoda para disfrutar del espectáculo.

—Sócrates —dice Aristipo—, esta vez tú serás quien defienda la tesis. Queremos escuchar al gran maestro explicar qué es el amor y por qué merece ser celebrado.

—¿Y Jantipa? —pregunta Platón, con media sonrisa.

—Jantipa será lo que siempre ha sido: la que pregunta, la que cuestiona, la que pincha —responde Aristipo, señalándola—. El arma secreta del método socrático.

Aristipo levanta las manos de los adversarios.

—¡Empieza el duelo! Sócrates, convéncenos de qué es el amor. Jantipa, destrúyelo si puedes...

Sócrates se pone en pie. Limpia las migas de pan de su túnica y camina lentamente por el centro del patio.

—Amigos —dice, lanzando una mirada picarona a Jantipa—, el amor no es otra cosa que el deseo de lo que no se tiene. Amamos porque nos falta algo. Porque sentimos, en lo más profundo, que hay una parte de nosotros incompleta. Y buscamos, en otro, esa belleza que nos devuelva la unidad. No hay mayor motor que la falta. Amamos porque carecemos. Y por eso, el amor nos eleva, nos empuja hacia el bien, hacia la belleza, hacia lo que somos cuando dejamos de ser solo nosotros.

Un murmullo de asentimiento recorre la sala. Pero Jantipa no se inmuta. Sonríe con malicia.

—Bonito, Sócrates. Muy bonito. Pero dime una cosa: si el amor es deseo de lo que no se tiene... ¿qué pasa cuando lo tienes?

Sócrates toma una bocanada de aire. Sabe bien que Jantipa solo está calentando motores y que el golpe mortal no tardará en llegar. Ella sigue, no le da tregua:

—¿Dejas de amar? ¿Solo se ama desde la carencia? ¿Desde la necesidad? Entonces... ¿el amor muere en cuanto se sienta a la mesa y comparte el pan?

—¡Vaya directo! —grita Antístenes, alzando su copa—. ¡Rematalo, Jantipa!

—Y otra cosa, mi querido Sócrates: dices que el amor nos empuja hacia lo bello, hacia lo bueno... ¿Pero quién decide qué es lo bello? ¿Qué ocurre cuando los amantes no comporten la misma idea de belleza o de lo bueno?

Sócrates parece haberse quedado sin palabras. Se ríe. Mira a Jantipa con admiración, asumiendo la derrota con dignidad.

—Solo puedo decir que todo lo que sé del amor me lo enseñó una mujer. Y esa eres tú.

Jantipa lo observa con sus ojos oscuros y brillantes como aceitunas negras. Se acerca, le acomoda con ternura la túnica y le

susurra, lo bastante alto como para que todos escuchen:

—Y yo que todo lo que sé de la paciencia me lo enseñaste tú. Aunque no siempre fue voluntario.

Jantipa le planta un beso y regresa a su sitio, victoriosa y serena. Todos ríen y aplauden. Aristipo levanta la copa:

—¡Por el amor que discute sin destruirse!

Las copas chocan. El vino corre y, por un instante, tanto el simposio como el amor parecen haber encontrado su forma perfecta. Pero el hechizo se rompe bruscamente. Suena un portazo. Eurito, un viejo amigo de Sócrates, curtido en la asamblea y conocedor de los entresijos del ágora, irrumpe con el rostro desencajado.

—¡Sócrates!

Todos se giran. Eurito está allí, de pie en el umbral, sudoroso, el himatión desordenado, el rostro desencajado como si acabara de ver a las Erinias.

—Han presentado una denuncia formal contra ti.

El silencio cae como una guadaña. Ni los grillos se atreven a cantar. Hasta el *daemon* se queda quieto, con el dátil a medio camino de la boca.

—¿Una denuncia? ¿Quién? ¿Por qué? —pregunta Jantipa, poniéndose en pie de un salto.

—La ha registrado un tal Meleto, en nombre de Ánito y Licón. Te acusan de impiedad: de no reconocer a los dioses de la ciudad... y de introducir divinidades nuevas. Y también de corromper a los jóvenes.

—¿Pero eso qué significa? —pregunta Jason.

Eurito suspira. Mira a los chicos.

—Son metecos, de Tartessos —aclara Platón.

—En Atenas —explica Eurito—, cualquier ciudadano puede presentar una denuncia pública, una *graphe*, si cree que alguien ha

cometido un delito contra la ciudad. Esta ha sido aceptada por el arconte rey. Si prospera, irá a juicio ante un tribunal de quinientos ciudadanos elegido por sorteo. Sócrates podría enfrentarse al destierro... o a la pena de muerte.

—¡Te lo dije! —estalla Jantipa, girándose con furia hacia su marido —. Te lo advertí mil veces. ¡No puedes ir por ahí humillando a políticos, desenmascarando sofistas y haciendo preguntas incómodas a medio Ática!

—Jantipa...

—¡No, no me calmes! —grita ella, al borde de las lágrimas.

—Esa denuncia no tiene recorrido. Es solo para amedrentarme. ¡Me acusan de introducir nuevos dioses y al mismo tiempo de no creer en ninguno! ¿En qué quedamos? ¡Ni siquiera se ponen de acuerdo en lo que odian de mí!

A Sócrates se le escapa una carcajada solitaria. Nadie de los presentes le acompaña.

—¡No es gracioso, Sócrates! —espeta Jantipa, dolida—. Te estás jugando la vida.

Sócrates la mira con ternura. Le toma las manos.

—La vida no se juega, Jantipa. La vida se piensa... y una vida que no se piensa, no merece ser vivida.

—¡Ni se te ocurra ponerte a filosofar conmigo ahora! —le corta ella, mordiéndose la rabia.

Jantipa aparta la mirada, indignada y preocupada. El *daemon* avisa con seriedad a Jason y Alex:

—Es vuestro turno. Empieza la cuenta atrás.

El grupo permanece aún conmocionado por la noticia. Jantipa se ha encerrado en la cocina. Sócrates va tras ella. Jason y Alex se miran.

Es el momento.

—Sócrates... tenemos que hablar contigo —dice Alex.

—¿Ahora? ¿No podéis esperar a que evite un inminente divorcio?

—No —interviene Jason, más serio que nunca—. No se puede esperar más.

Alex mete la mano en el zurrón del *daemon*. Este se revuelve.

—¡Eh! ¡Eso es propiedad privada!

Pero Alex ya ha metido la mano hasta el fondo. El caduceo aparece como salido de la nada ante los ojos de todos. Las escamas de las serpientes refulgen como bronce bruñido. Se enroscan vivas en torno al eje. Abren los ojos.

—¿Otra vez tú? —dice una con voz de pito—. Cómo te gusta meternos mano!

—¡Esto es un caduceo, no una casa de heteras! —resopla la otra, con la dignidad ofendida.

—¡Callaos! —dice Alex, sacudiéndolas.

Todos, menos Sócrates, quedan boquiabiertos.

—Por Perséfone... —murmura Antístenes.

—¿Es... magia? —pregunta Alcibíades, retrocediendo.

—¿Sois dioses? —pregunta Critón con temor.

—¡Por Dioniso! —grita Aristipo—. ¡Esto merece otra copa!

—¡Es el caduceo de Hermes! —exclama Platón con un brillo nuevo en la mirada—. He leído sobre él en los himnos órficos. Es la llave que abre las puertas del tiempo... el bastón del mensajero que viaja entre mundos. Ahora me lo explico todo...No sois de Tartessos... ¿verdad?

Alex asiente, serio. Inspira hondo.

—No. Venimos del futuro.

Platón se queda un instante en silencio. Luego baja ligeramente la mirada, decepcionado.

—Entonces... lo del jamón...

—Eso sí es verdad. El jamón existe. Algún día lo probarás —responde Alex

—¿Y a qué habéis venido, viajeros del tiempo? —pregunta Platón, conteniendo la emoción, pero no la curiosidad.

Sócrates se acerca y examina el caduceo como si fuera una vieja herramienta de trabajo. Lo toca. No se inmuta.

—Esta Atenea nunca se cansa —murmura con ternura—. Ya luchamos juntos por esta ciudad cuando apenas sabíamos lo que era la democracia. Y ahora os envía a vosotros...

—Cierto, Sócrates —confirma Alex—. Es Atenea quien nos manda. Nuestra misión es evitar tu muerte a toda costa.

Un murmullo de inquietud recorre el grupo.

—¿Sócrates va a morir? ¿Cómo sabéis eso? —pregunta Critón.

—Porque ya ha ocurrido —responde Alex—. Está escrito en los libros de historia. Vuestros nombres, vuestras decisiones, incluso este momento.

—¿Todo esto está escrito? —susurra Platón, como si la inspiración se encendiera en su interior.

—Sí —asiente Alex—. Lo conocemos todo. Sabemos que Sócrates será juzgado y condenado por un jurado popular. Que muchos de vosotros estaréis allí. Que Atenas lo obligará a beber la cicuta. Que morirá sin huir, por lealtad a sus principios. Y que su muerte marcará el inicio del fin.

—¿Del fin de qué? —pregunta Alcibíades, inquieto.

—De la democracia —interviene Alex—. El alma de esta ciudad. Tras la muerte de Sócrates, vendrán los demagogos. El miedo. El resentimiento. El imperio. El silencio... Nosotros venimos de un tiempo en el que todo eso está regresando. La sociedad está

dividida. Todo el mundo grita, pero nadie escucha. Ya no se dialoga. Se insulta. Se cancela.

Hace una pausa. Un estremecimiento recorre al grupo. Luego, añade con amargura:

—La verdad ha dejado de importar. Lo justo, lo razonable... da igual. Lo único que importa es tener razón, ganar discusiones, aplastar al que piensa diferente. Aunque sea con mentiras. Aunque sea con odio. Aunque lo que esté en juego sea la libertad de todos.

Jason siente un leve roce en el hombro. El *daemon* le dice algo al oído.

—No es solo ignorancia o miedo. Hay fuerzas oscuras moviendo los hilos. Ares está detrás —irrumpe el joven, mientras Alex lo mira, perplejo.

—¿Ares? —susurra Platón, con el rostro desencajado.

Jason asiente y se vuelve hacia Sócrates.

—Por eso estamos aquí. Para evitar que todo esto ocurra.

—Entonces no hay tiempo que perder. Si esta es la batalla, debemos prepararnos para ella —dice Platón con firmeza.

Mira a Sócrates, luego al grupo, y concluye:

—Tenemos que preparar una buena defensa. Y creo que conozco a la persona adecuada.

Palabras que salvan vidas

El ambiente en casa de Sócrates es tenso. El aire se ha quedado atrapado en las paredes y se resiste a moverse. Todos en aquel patio parecen respirar con dificultad. Hasta el oxígeno parece haberse contaminado de la angustia. Platón, pálido como un papiro sin escribir, se lleva una mano a la boca, da media vuelta y vomita entre los geranios. Alcibíades se gira hacia él, blanquecino, y sin tiempo para contenerse, se dobla también y vomita junto al muro, casi al mismo ritmo.

—¿A ti también te da arcadas la injusticia? —pregunta Platón, alzando apenas la voz, sintiéndose acompañado en la náusea ética.

—Lo que me da arcadas es verte vomitar —responde Alcibíades, jadeando—. Y la crátera de vino que llevo encima.

Sócrates se levanta con parsimonia y camina hacia la cocina en busca de Jantipa.

Ella reaparece con el delantal empapado, las mejillas encendidas y el ceño fruncido. Se seca las manos en el mandil y lanza una mirada de reproche al patio, donde Platón ha reunido al grupo como si estuviera a punto de revelar una estrategia militar.

—¿Y bien? —pregunta con los brazos cruzados—. ¿Seguimos esperando a que los dioses bajen a defender a Sócrates?

—No necesitamos dioses, Jantipa. Tenemos a Lisias —responde Platón—. El más célebre logógrafo de Atenas. Sus discursos pueden convencer hasta a una piedra. Si Sócrates lo pronuncia tal como se lo escriba, lo absuelven seguro.

—¿Logo... qué? —pregunta Jason, ladeando la cabeza.

—Alguien que escribe discursos por encargo —explica Platón, con tono paciente—. En Atenas no se permite tener abogados que hablen por ti, pero sí puedes comprar las palabras adecuadas. Lisias las vende mejor que nadie.

—¡Es una idea brillante! —salta Alcibíades, al borde de la euforia —. ¡Por fin alguien piensa como un estratega!

Se adelanta con una sonrisa iluminada por la esperanza.

—¿Sabéis a cuántos ha salvado Lisias con sus discursos? ¡A decenas! Defendió a Teofrasto cuando lo acusaron de impiedad por burlarse de los misterios, y el jurado lo abrazó al final del juicio. A Onétor, que había pegado a su mujer en público ¡y salió libre como si hubiera repartido higos en vez de puñetazos! Incluso a un comerciante de esclavos acusado de fraude... ¡lo convirtió en víctima de su propia generosidad!

Hace una pausa, con el pecho henchido de entusiasmo.

—Si Lisias escribe el discurso, estamos salvados. Nadie que haya usado sus palabras ha sido condenado. Ni uno solo.

Todos se miran ilusionados. Por un instante, la angustia se desvanece. Alex y Jason cruzan una mirada de esperanza. Su misión no puede tener un mejor aliado.

—¡Esa es tu brillante idea, zoquete! —revienta Jantipa, alzando la voz y señalando a Platón con el dedo—. ¿Traer al más caro de toda Grecia como si tuviéramos minas de plata escondidas en el patio?

Se adelanta unos pasos y toma el mandil como si le sirviera de látigo.

—Lisias cobra como un mercenario. Cada palabra suya cuesta más que un par de sandalias nuevas. ¿Con qué vamos a pagarle? ¿Con tus empalagosas tragedias, Platón? ¿O vas a convencerlo con un diálogo interminable sobre la forma ideal de la retórica? ¿Y tú qué?

—Mira a Alcibíades—. ¿Vas a seducirlo con ese ego tuyo que ya no cabe ni en esta casa?

Luego, apunta con el mentón a Antístenes, que observaba en silencio.

—¿Y tú? El amante de la pobreza. ¡Venga! ¡Haz tu magia! ¡Convierte la nada en oro!

Sus palabras caen como cubos de agua fría.

—¿Y tú, Critón? ¿Vas a decir algo por una vez en tu vida, o prefieres esperar a que Sócrates esté en la tumba para abrir la boca?

Jantipa los barre a todos con una mirada de furia que esconde el miedo.

Critón hunde la cabeza. No responde. Sus ojos, vidriosos, traicionan lo que su boca no dice. Se levanta y se marcha sin mirar atrás.

La puerta se cierra con un golpe seco.

—¡Eso, huye, cobarde! —le grita Jantipa—. ¡Como siempre!

Se vuelve hacia los demás con una risa áspera.

—¿Y este era el más leal de vosotros? —escupe—. ¡Qué tropa!

Nadie se atreve a romper el silencio que sigue a la marcha de Critón y a los reproches de Jantipa. Ella está de pie en el centro, temblando entre la rabia y el agotamiento. Sus ojos siguen clavados en la puerta cerrada. Platón se levanta. Toma un lienzo de lino doblado sobre una banqueta. Lo sacude con cuidado, lo extiende sobre la mesa del patio y lo alisa con las palmas, como si estuviera preparando un altar.

—Treinta minas de plata —dice alzando la voz mientras mira a todos los presentes—. Eso es lo que pide Lisias por uno de sus discursos.

Jason se inclina hasta la altura del *daemon*.

—¿Cuánto es eso? ¿Es mucho? —pregunta en voz baja.

El *daemon* suspira con resignación.

—Una mina equivale a cien dracmas. Y una dracma es lo que gana un soldado en un día. Así que treinta minas son tres mil dracmas. Ocho años de salario. ¡Una pasta!

—¿Lo conseguiremos? —pregunta Alex con inquietud.

—En tan poco tiempo, lo dudo mucho —responde el *daemon*, sin adornos.

Platón mete la mano en el pliegue interior de su túnica y extrae una bolsa de cuero oscura. La abre y deja caer sobre la tela una sola moneda. El sonido metálico resuena nítido. Una moneda gruesa, de plata pura, con el perfil de Atenea grabado en una cara y la lechuza con las alas recogidas en la otra.

—Que cada uno ponga lo que tenga.

Alcibíades no lo duda ni un segundo. Se lleva la mano al interior de su túnica y extrae un broche de oro brillante, labrado con la forma de león rampante. Lo observa un instante y lo deja caer sobre la tela.

—¿Pero no habías enterrado eso en los campos de Deméter? —dice Antístenes desde un rincón—. Mira tú. El broche ha resucitado. Si cavamos un poco más, a lo mejor encontramos tu vergüenza. ¡Vaya fantasma que estás hecho!

Alcibíades, por primera vez, no entra en la provocación. Su semblante es serio. Saca una cadena de plata, un anillo, y hasta una pequeña bolsita de esencias perfumadas.

—Por el maestro, lo que sea —dice.

Uno a uno, los demás le siguen. Antístenes saca de su zurrón unas cuantas dracmas y una figurilla de Heracles. Aristipo un brazalete de cobre y una sortija. Jantipa se lleva las manos a las orejas y comienza a desabrocharse los pendientes. Son de bronce, pequeños, gastados por el tiempo. No brillan. Pero brillaron una vez. En su

boda. Se los regaló su madre. Es su única herencia. Jason y Alex rebuscan en los bolsillos y en las carteras. Juntan unas cuantas monedas del siglo XXI.

—¿Servirán? —pregunta Jason mostrándoselas a Platón.

—Toda ayuda es poca —responde.

Jason deposita las monedas sobre el lienzo con la seriedad de quien hace una ofrenda. Las piezas resbalan entre las dracmas antiguas, los broches, los pendientes de boda y se quedan allí. Mezcladas. Como ellos.

Platón hace el recuento con manos metódicas. Va separando las monedas, agrupando los objetos, valorando cada pieza. El tintineo de los metales sobre la tela es lo único que se escucha. A cada moneda que cae, el corazón del grupo parece encogerse un poco más. La tensión se masca en el ambiente.

Jantipa se lleva las manos a la cara.

—Después de todo... —irrumpe Alcibíades con una voz quebrada —. Después de todo lo que ha dado por nosotros ¿ni siquiera podemos pagarle un discurso?

Una sandalia arrastra el polvo.

Sócrates se acerca desde el umbral. Lleva un rato allí, en la penumbra, sentado junto al muro del patio, escuchando en silencio. Nadie lo había notado. Pero siempre ha estado. Se detiene frente a la mesa. Sus ojos recorren, uno por uno, los objetos depositados. Toma los pendientes de Jantipa. Los acaricia con la yema de los dedos, como si pudiera escuchar el eco de aquel día. Y sin pedir permiso, le coloca de nuevo los pendientes en las orejas. Uno. Luego el otro.

—No os aflijáis —dice con una sonrisa mansa—. Esto que habéis hecho ya es defensa suficiente.

—¿Suficiente? —salta Jantipa, fuera de sí—. ¡Te van a matar!

Jason y Alex se dirigen hacia el *daemon* que se encuentra pensativo en el fondo del patio, dando vueltas sobre sí mismo.

—¿Qué hacemos ahora? —le pregunta Jason.

—¿Qué se te ocurre? —insiste Alex—. ¿De dónde sacamos esa pasta?

—Podíamos robar el tesoro de Delfos... ¿Atracar la cámara de la Boulé? ¿Subastar la toga de Platón por eBay?

Jason lo fulmina con la mirada.

—Habla en serio.

—Estoy hablando en serio —responde el *daemon*—. Si tenéis una idea brillante que compartir o una pistola, este es el momento de decirlo.

Alex se lleva las manos a la cabeza.

—No puede terminar así. Algo se nos está escapando. Tenemos que pensar en algo.

La puerta se abre. Entra Critón. Le sigue un hombre. Luego una mujer. Luego dos niños. Son vecinos. Gente del barrio. No dicen nada. No piden permiso. Solo avanzan hacia la mesa y, uno a uno, dejan lo que tienen. Unas pocas monedas, envueltas en trapo. Una pulsera de cobre. Un peine roto. Un saquito con lentejas. Una figurita de terracota. Y siguen entrando. Uno tras otro. Panaderos con las manos aún enharinadas. Ancianas que caminan despacio. Jóvenes con la ropa manchada de barro. Niños que observan con asombro. El carnicero de la esquina. La señora del puesto de verduras. El alfarero que siempre canta al amanecer. La mujer del cántaro, que deja sobre la mesa una cadena oxidada y una sonrisa. La casa de Sócrates no es una casa grande, ni hermosa. Pero en ella cabe todo el barrio. En tiempos de crisis es el barrio quien responde.

La comunidad. Ese milagro cotidiano de gente que no comparte sangre ni ideología, pero sí aceras, hornos y cansancios. Un barrio es una red de seguridad invisible hecha de saludos en la puerta. Es la forma más antigua —y más olvidada— de política. Cuando los dioses fallan, y la ciudad traiciona, queda el barrio.

Alcibíades camina con rapidez hacia Critón y lo abraza con fuerza, casi alzándolo del suelo.

—¡Loco! —exclama—. ¡Sabía que te traías algo entre manos! ¡Sabía que no nos fallarías!

—Tenemos más que suficiente —anuncia Platón con entusiasmo—. Mucho más de lo que esperaba. Pero no podemos perder el tiempo. Si queremos que Lisias redacte el discurso, debemos ir a buscarlo ahora.

—Yo voy contigo —dice Jason, dando un paso adelante.

—Y yo —añade Alex.

—De acuerdo. Marchemos ya. Cada segundo cuenta.

Platón toma un pequeño cofre de madera y guarda cuidadosamente las aportaciones. Alcibíades se acerca a Alex con un aura de conspirador.

—Necesito preguntarte algo sobre el futuro... ¿Ganaremos alguna vez a los espartanos?

—Bueno... —Alex duda un segundo—. Más o menos. Aunque no exactamente como imaginas.

Alcibíades alza una ceja, intrigado.

—¿Y el mundo? ¿Hablará griego? ¿Nos admirarán por nuestra belleza, nuestro ingenio, nuestra forma de vestir la túnica?

Alex resopla.

—Verás... El griego es una lengua muerta. Y la gente lleva pantalones.

Alcibíades abre los ojos como platos.

—¿¡Pantalones!? ¡No me jodas! ¿Al final triunfan los bárbaros?

—Me temo que sí.

—Qué asco. ¡Pantalones! —Hace una pausa, pensativo—. Y dime... ¿saldré yo en los libros de historia?

Alex lo mira fijamente.

—Sí.

Alcibíades sonríe, encantado.

—¡Lo sabía! ¿Qué gesta haré? ¿Qué recordaréis de mí?

Alex tuerce el gesto. Se queda pensando en ese chico tan perfecto, el cuerpo que siempre hubiera deseado tener él, saliendo de su casa en llamas, medio quemado, siendo abatido por una nube de flechas. En el «patriota» que venderá a su gente y cambiará de bando. En el fracaso escolar de Sócrates.

—¿De verdad quieres saberlo?

Alcibíades duda, como quien prefiere no abrir una carta que huele a tragedia.

—Déjalo. Prefiero quedarme con mi fantasía.

Alex, sin despedirse, cruza el umbral. Sigue a Jason y Platón con el corazón acelerado. Los tres caminan hacia una posibilidad real de salvar a Sócrates.

La casa de Lisias no está lejos de la Heliea, el tribunal supremo de Atenas, una vasta explanada techada sostenida por columnas, donde se reúnen a diario los jueces elegidos por sorteo para impartir justicia. En torno a la Heliea florece un vecindario singular. Se concentran los logógrafos, los escribas, los copistas, los hombres que viven de lo que otros no saben decir. Las calles del barrio son estrechas y empedradas. Las casas se apiñan unas contra otras, buscando una mutua protección del sol. Muros de adobe o de

piedra, fachadas ciegas que no ofrecen ni una rendija a la curiosidad del transeúnte. La casa de Lisias se distingue sin necesidad de alardes. Piedra bien trabajada, proporciones medidas, puerta alta, sin ornamentos superfluos. Solo una inscripción discreta en el dintel.

Platón se detiene ante ella. Entrecierra los ojos y lee en voz alta:

—«La verdad es lo más valioso del discurso».

Asiente con gravedad.

—Esta es la casa que buscamos.

Un esclavo les abre sin hablar. Podría tener diecisiete o veintisiete; la edad se le ha borrado de los ojos. Viene de Tracia, lo delata el tatuaje desdibujado en el hombro izquierdo: un águila con las alas plegadas. Tiene el torso desnudo, la mirada baja y los movimientos medidos. Hace una breve reverencia y los invita a entrar con un gesto. Platón asiente y cruza el umbral. Jason y Alex lo siguen. El *daemon* se detiene un instante, observa el dintel y entra el último. Mientras cruza, murmura para sí mismo:

—La verdad que se vende... nunca sale barata.

La casa se abre hacia un patio interior rodeado de columnas de mármol. Las estancias se organizan alrededor, con puertas entornadas y suelos de mosaico que dibujan geometrías precisas. Las paredes están decoradas con frescos bien conservados: escenas de caza, banquetes, divinidades menores. El esclavo que los guía avanza con paso medido por un corredor fresco hasta detenerse ante una puerta tallada. La empuja con suavidad. La estancia que se abre tras ella es un despacho amplio, sin muebles superfluos. Una mesa baja de madera negra, estanterías repletas de papiros, rollos sujetos con cordel rojo, tablillas de cera aún fresca. El lugar huele a tinta y aceite de mirra. El esclavo se retira tras dejarlos en el despacho. Jason se acerca a una estantería.

—¿Todo esto son discursos? —pregunta, señalando los rollos.

—Sí —responde Platón.

—¿Y Lisias los escribe todos? —insiste Alex.

—La mayoría. Algunos los corrige, otros los dicta. Aquí la palabra no es solo un medio: es un arma. En Atenas, quien sabe hablar, sabe vivir.

Jason se gira hacia él.

—¿Tan importante es saber hablar?

—En Atenas, la oratoria es más importante que la espada —dice Platón—. No basta con tener razón. Hay que saber decirla. Todo pasa por la palabra. Aquí, quien domina el logos, domina la *polis*.

En una esquina discreta, casi fuera del campo visual, se erige un pequeño altar doméstico. Sobre él, una estatua de bronce con los pies alzados sobre el casco alado. No parece nueva, pero ha sido cuidadosamente restaurada. Alex se acerca al altar. Algo en la figura le incomoda. Alarga la mano. La yema de los dedos roza el metal. Un calambre leve le recorre el brazo. La quemadura en su palma despierta. Se aparta bruscamente.

—¡Puto Hermes! —dice el *daemon* para sí al ver la estatua—. ¡Mierda! No estamos en terreno neutral.

La puerta se abre súbitamente. Entra Lisias. Detrás de él, un joven escriba. Carga varios rollos de papiro bajo el brazo. Tiene las uñas ennegrecidas, los dedos manchados de tinta, la mirada quieta de quien ha sido adiestrado en no opinar. Lisias se detiene justo en el umbral. Delgado, erguido, de edad imprecisa. Viste una túnica de lino fino decorada con ribetes púrpuras. No hay un pliegue fuera de sitio. En el dedo índice luce un anillo de sello tallado con una serpiente en espiral. Saluda con una sonrisa administrativa.

—Así que esta es la urgencia —dice—. Bien. Explicadme quién se muere... y por qué tendría que importarme.

—El que está en peligro es Sócrates. Ha sido acusado de impiedad y de corromper a la juventud. Los cargos son falsos, pero podrían costarle la vida.

Lisias enarca apenas una ceja.

—Necesitamos un discurso —añade Jason—. Uno que pueda salvarle.

Lisias guarda silencio. Avanza hasta la mesa. Sus sandalias no hacen ruido. El escriba le sigue y se queda a un lado, inmóvil, con los papiros aún en brazos.

Platón abre el pequeño cofre de madera. Lo gira con cuidado para que Lisias pueda ver su contenido. Lisias extiende una mano fina, mide con los dedos el peso de una de las monedas, tantea un brazalete.

—Veo que habéis reunido algo más de treinta minas —dice al fin.

Lisias deja la moneda donde estaba.

—Pero no puedo aceptarlo.

—¿Pero por qué? —dice Platón desconsolado—. Es todo lo que hemos podido reunir. Si nos das tiempo, podríamos conseguir más.

—No lo entendéis. Yo nunca cobraría por defender a Sócrates... Durante los Treinta Tiranos —continúa— fui marcado, como tantos. Se me acusó de conspirar, de simpatizar con la democracia. Iban a eliminarme. No importaban los hechos. Solo el miedo. En aquella ciudad de silencio y delación, solo un ciudadano se atrevió a interceder por mí. Uno. Lo hizo en voz alta. En público. Sabía que le costaría caro. Y, aun así, habló. Sócrates me salvó la vida. Poniendo en riesgo la suya.

Jason se gira hacia el *daemon* y le pregunta con discreción:

—¿Qué es eso de los Treinta Tiranos?

El *daemon* resopla.

—¡No sabes nada, *quarterback*! Por los dioses, coge un libro alguna vez, no muerden.

—Venga, suéltalo. Sabes que me lo vas a contar igual, con o sin pregunta.

—*Touché*... Está bien. Una pandilla de aristócratas resentidos con la democracia, con menos empatía que un gato de escayola y más rencor que un dios despechado. Se hicieron con el control de Atenas cuando los espartanos nos pasaron por encima en la guerra del Peloponeso. Se autodenominaban «gobierno provisional», pero de provisional tenían lo que yo de monje cartujo.

—¿Y qué hicieron?

—Lo que hacen todos los tiranos: purgas, listas negras, ejecuciones sin juicio, confiscaciones. Pusieron en marcha una máquina de miedo que ni Orwell se habría imaginado en sus peores pesadillas. Si tenías enemigos, bastaba con susurrar que eras demócrata. O amigo de un demócrata. O que habías pensado votar algún día. Plaf. Desaparecías. Aquello no era una ciudad: era una cacería.

—¿Y Sócrates?

—Sócrates no tragaba con eso. Cuando le ordenaron detener a un ciudadano inocente para ejecutarlo, los mandó a tomar por culo. Con sus santos cojones. En plena dictadura. Eso fue como escupirle a un espartano en la cara y luego pedirle fuego.

—¿Y no lo mataron?

—No. Pero se lo guardaron. Y cuando volvió la democracia, los demócratas tampoco le perdonaron su independencia. Los fanáticos no cambian de bando. Solo de bandera.

Durante unos segundos el despacho permanece en silencio. Hasta el *daemon* ha cerrado el pico. Todos los ojos se dirigen a Lisias. Platón inclina la cabeza, conmovido.

—No me debéis nada —dice Lisias—. Soy yo quien tiene una deuda pendiente.

Lisias cierra el cofre con un movimiento preciso.

—Guardadlo —dice—. Quizá necesitéis estas treinta minas.

Hace un gesto al escriba sin mirarlo.

—Trae todo lo necesario y que nadie entre hasta que terminemos.

El muchacho sale deprisa. Lisias se gira hacia el grupo.

—Tenéis vuestra defensa.

Su sonrisa ya no es administrativa.

El escriba regresa con manos diligentes: un cálamo recién afilado, un frasco de tinta oscura y un rollo de papiro extendido con sumo cuidado sobre la mesa. Lo fija con pequeñas piedras planas en las esquinas para que no se enrolle. Lisias se acomoda. Da un leve golpe con los nudillos sobre la madera.

—Empezamos.

El cálamo traza líneas firmes desde la primera palabra. El rollo empieza a llenarse con una escritura fluida, bien espaciada, pensada para la declamación. Lisias dicta con voz segura.

—Primero, dulzura. Elogios a los jueces, a su sabiduría, a su sentido de la justicia. Que parezca que confía en ellos como en los dioses. Eso siempre ablanda.

El escriba traza en silencio.

—Después, humildad. Nada de desafíos. Pedir perdón. Mostrar arrepentimiento. Prometer que dejará de filosofar. Que se ha dado cuenta de su error. Que ya es tarde para andar sembrando dudas por las calles.

Lisias continúa.

—Y luego... la parte sensible. La esposa. Los hijos. La vejez. La orfandad que dejará si lo condenan. Que mire al jurado y les diga: «¿Qué comerán estos niños cuando yo ya no esté?».

Jason lo mira con los ojos muy abiertos.

—¡Eso es perfecto!

—Esta fórmula nunca falla —concluye Lisias—. Simple. Probada. Eficaz. Dorar, llorar y prometer. Si Sócrates repite exactamente estas palabras, palabra por palabra, lo absuelven. Os doy una garantía del cien por cien.

El escriba levanta la pluma.

Lisias se inclina hacia ellos, serio.

—Pero tiene que memorizarlo al pie de la letra. Nada de improvisaciones. Ni ironías. Ni oráculos. Y, por los dioses, que no se le ocurra hablar de *daemones*.

—Mi-mi-mi... —canturrea el *daemon* ofendido—, ¡gilipollas!

Lisias mira a Jason.

—Adviértele: esto es un juicio. No un diálogo.

Jason asiente con una sonrisa tensa.

—Entendido.

—Bien —dice Lisias, reclinándose en su asiento—. Que lo memorice. Que lo ensaye y que no se salga del guion. Y no olvidéis traer a la esposa. Que llore. Eso siempre funciona.

El escriba deja a un lado el cálamo, sopla con cuidado sobre el papiro para secar la tinta y luego se inclina ligeramente hacia Lisias.

—Señor —dice con voz neutra—, si ya hemos terminado, permitidme ausentarme un momento. He olvidado encargar más tinta al esclavo del atrio. Si no lo hago ahora, se quedará sin preparar para la noche.

Lisias asiente sin mirarlo.

—Hazlo. Pero no tardes.

El escriba recoge sus utensilios con precisión. Pasa los dedos por el borde del papiro, lo enrolla con una delicadeza casi ceremonial y lo deja sobre la mesa. Luego sale sin hacer ruido, cerrando la puerta

tras de sí. En el interior de su túnica, bajo la capa interior, lleva otro rollo de papiro. Es delgado, apenas una lámina, pero contiene todo el discurso que Lisias acaba de dictar. Lo ha calcado. Mientras escribía, colocó una hoja en blanco bajo el papiro principal. La presión del cálamo bastó.

Corre por las callejuelas de Atenas como quien conoce el laberinto. Gira por una esquina, atraviesa una plaza vacía y entra sin llamar en una casa de muros altos, sin insignias. Allí le esperan tres hombres. Ánito levanta la cabeza cuando el esclavo entra y le tiende el rollo copiado.

—¿Es esto?

El escriba asiente sin hablar. Meleto lo desenrolla y comienza a leer en voz alta. A cada frase, los ojos de Licón brillan más. Ánito se pasa una mano por la barba.

—Bien. Muy bien. Ya conocemos el plan. Ares estará muy satisfecho.

Mira a los otros dos.

—Tenemos tiempo para reaccionar. Quizá incluso podamos conseguir un jurado más receptivo a nuestros intereses.

Los tres, Jason, Alex y Platón atraviesan las callejuelas con pasos rápidos, casi saltando de piedra en piedra. Llevan el rollo de papiro como si fuera un trofeo de guerra.

—¡Lo tenemos! —grita Jason, jadeando entre risas.

—Y no es cualquier discurso —añade Alex—. Es perfecto.

—¡Os lo dije! —salta Platón desde atrás—. ¡Sabía que funcionaría!

El *daemon* camina detrás, sin decir nada. No comparte el entusiasmo. Su mirada se pierde a ratos en los tejados. Llegan a la

casa. Abren la puerta. Dentro, todos están sentados en silencio, como si hubieran estado esperando una sentencia.

—¡Lo tenemos! —repite Jason, entrando con la voz aún cargada de euforia—. Un discurso de Lisias.

Saca el rollo y lo coloca con cuidado sobre la mesa, delante de Sócrates.

—Tienes que seguirlo al pie de la letra —explica Alex—. Halaga a los jueces, pide perdón, promete que dejarás de filosofar y al final... hablas de tu familia. Jantipa tiene que estar allí. Que llore un poco. Eso siempre funciona. Es lo que ha dicho Lisias.

Sócrates no toca el papiro. Lo mira. Luego los mira a ellos. Y sonríe. Al *daemon* no le gusta un pelo esa sonrisa. La ha visto antes. Y murmura para sí:

—Mierda. Ya ha elegido.

Sócrates recoge el papiro con delicadeza, como quien acepta un regalo que no desea, y se marcha a una habitación apartada. Todos en el patio celebran, por fin, un giro de suerte. Menos uno. El *daemon* lo sigue en silencio y se queda en la penumbra, apoyado contra la pared, espiando. Sócrates se sienta junto a una lámpara de aceite. Desenrolla el papiro con calma. Lee en voz baja. Muy despacio. Suspira. Toma un cálamo. Lo moja. Y comienza a tachar. Primero una línea entera de halagos. Luego la frase que hablaba del perdón. Borra la promesa de abandonar la filosofía con una X firme y rápida. Reescribe. Corrige. Añade. El *daemon* sale de las sombras.

—¡La madre que te parió! —dice, haciéndose visible ante el filósofo.

Sócrates levanta la vista del papiro.

—¡Querido amigo! Hacía tiempo que no coincidíamos. Te he echado de menos.

—¿Qué haces, viejo loco?

—Desinfecto.

—¡Te estás suicidando! —espeta el *daemon*.

—Tranquilo, fiel compañero, todo marcha según el plan.

Un golpe seco agita el aire. Algo cruje en lo alto de una viga. Una lechuza. La voz de Atenea se impone, ella ha hecho posible al *daemon* a los ojos de Sócrates:

—Déjalo ser.

—¿Cómo que «déjalo ser»? ¿Eso es todo? —El *daemon* alza los brazos, exasperado, y hace un gesto obsceno en dirección a la lechuza.

La lechuza no se inmuta.

—No es tu decisión —dice Atenea, con una severidad helada—. Márchate.

—¿Márchate? ¿Así, sin más? ¿Después de todo lo que he hecho?

—He dicho... —la voz de Atenea retumba como piedra en mármol — que te marches.

El *daemon* cruza el patio refunfuñando.

—Nos la está jugando —murmura, mientras tira un escupitajo—. Nos la está jugando a todos. Y Sócrates lo sabe. Por eso sonríe así.

Mira al cielo.

—Mierda. Esto no va a acabar bien.

El *daemon*, todavía mascullando insultos en dialectos olvidados, se deja caer con un suspiro en uno de los peldaños del patio. Jason está allí, sentado en silencio, dándole vueltas a algo entre los dedos.

—¿Y tú qué? —gruñe el *daemon* sin mirarlo.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan enfadado?

—Por nada. Déjame en paz.

Jason sigue en silencio. En su mano, una piedra pequeña, lisa, de color blanco. La hace girar con el pulgar.

«¿Qué significa conocerse a uno mismo? ¿Y si no soy más que un eco del nombre de mi padre?»

El *daemon* gira la cabeza y se queda helado.

—¿De dónde has sacado eso?

—¿Esto? Me la dio la sacerdotisa de Deméter, en Eleusis.

—Esa piedra... —susurra—, esa piedra se usó para votar en el juicio de Sócrates...

El *daemon* se pone en pie de un salto y empieza a dar vueltas, la mente en llamas.

—¿Qué demonios está pasando aquí?

Piedras negras

La ciudad amanece con el pulso acelerado. Pocos han sido los que han dormido a pierna suelta. Algunos no han pegado ojo. No hay función en el teatro de Dioniso, pero en el aire se masca la tragedia. No es un actor el que sube al escenario. No hay máscaras. No hay coro que cante los presagios. Los ciudadanos van camino de la Heliea, el tribunal supremo de Atenas, donde hoy se va a juzgar a un hombre por pensar. Desde todos los rincones de la *polis*, los atenienses se desplazan en grupos pequeños. Avanzan por las calles de tierra batida envueltos en sus mantos, esquivando a los comerciantes que ya abren sus puestos en el ágora.

El tribunal se alza a pocos pasos del Cerámico. No tiene frontón ni columnas monumentales. Su belleza está en la sobriedad: un espacio rectangular, amplio, rodeado por gradas de austera piedra. Un lugar pensado para que hablen los ciudadanos, no los dioses. El edificio no tiene techo. Está al aire libre. Solo un toldo de lino, tensado con cuerdas y contrapesos, protege del sol a los jueces. El resto aguanta como puede.

Las diez puertas del tribunal se abren al mismo tiempo. Una para cada tribu. Frente a cada una, un cántaro de barro espera. En su interior, bellotas de bronce marcadas con letras del alfabeto griego: Λ, M, N... Los ciudadanos se detienen, recogen una al azar y reciben un bastón de madera con la misma letra. Luego pasan al patio interior, donde funcionarios y esclavos del Estado controlan el acceso a los sorteros.

—¿Qué están haciendo? —pregunta Jason al *daemon* en un susurro.

—Eligiendo a los jueces.

—¿Cómo?

—Por sorteo.

Jason lo mira como si le hubiera dicho que van a resolverlo todo con una lotería o un piedra-papel-tijera.

—¿Me estás hablando en serio?

—Muy en serio. En Atenas, cualquier ciudadano varón mayor de treinta años puede ser juez por un día. Hoy el azar elegirá a quinientos uno: los *dikastai*. Y serán ellos los que decidan si el cabezón de nuestro amigo vive o se va derechito al Hades.

Jason y Alex observan cómo algunos hombres entregan unas tablillas pequeñas de madera y las introducen en una especie de máquina de piedra.

—¿Y eso? —pregunta Alex intrigado.

—El *cleroterion* —responde el *daemon*—. Una maravilla de la democracia radical. Ese bloque de piedra con ranuras y tubos sirve para decidir quién entra y quién no en el jurado. Esas tablillas son las *pinakia*. Se colocan en las ranuras por columnas, según la tribu. Luego, se hace rodar una bolita por el tubo lateral. Si cae blanca, se admiten los de esa fila. Si cae negra, se quedan fuera. Así de simple. Así de justo.

—¿La tribu? —pregunta Jason, alzando una ceja.

—A ver cómo te lo explico, *quarterback*, para que lo entiendas sin que se te funda el cerebro... Las tribus en Atenas son como distritos electorales, cada ciudadano pertenece a una, por herencia o por territorio, y todo en la ciudad se organiza así: las votaciones, el ejército, los turnos del poder. Diez tribus, diez puertas, diez formas de mezclar la ciudad para que nadie la controle.

Jason observa las bolas cayendo, los nombres siendo aceptados o descartados, las caras de decepción, de orgullo, de nerviosismo.

—Pues qué quieres que te diga —dice Jason con escepticismo—, a mí todo esto se me parece más al sorteo de la NFL que a un juicio.

—¡No tienes ni puñetera idea, *quarterback*! —le responde el *daemon* sensiblemente ofendido—. Es más fácil que expulses una piedra de tu riñón que un prejuicio de tu cerebro. La justicia es mucho más imparcial cuando decide una bolita y no una cuenta *offshore*. La bolita evita que el poder se quede siempre en las mismas manos. Evita el *lawfare*. ¿Sabes lo que haría vuestra generación con este aparato? Lo vendería en Amazon como decoración *vintage*. ¿Y sabes por qué? Porque tenéis miedo. Miedo a ser libres de verdad. A asumir responsabilidades. ¡Que sean otros los que juzguen por mí, los que gobiernen por mí, los que piensen por mí! ¡Sois siervos voluntarios!

—Tampoco es eso, *daemon* —contesta Jason, sin mirarlo—. No es que tengamos miedo... es que estamos hartos. ¿Para qué participar si todo está amañado desde el principio? La política no cree en nosotros. Y tú no apuestas por quien no apuesta por ti. Nadie nos escucha.

—Jason tiene razón —interviene Alex—. No es cobardía. Es hartazgo. Nos han enseñado a jugar en un tablero trucado. ¿Y ahora pretenden que confiemos en el juego?

El *daemon* refunfuña, pero se queda pensando en lo que Jason y Alex acaban de decir.

—Entonces hablad más alto —dice al fin, más serio—. Participad donde duele. ¡Indignaos, leche!

—¿Y por qué por sorteo? —interpela Alex con la intención de calmar los ánimos del *daemon*. Lo conoce bien. Sabe que le encantan las preguntas que dan pie a una conferencia.

—Porque el sorteo garantiza lo que vosotros habéis olvidado: que la democracia no es votar a un tirano cada cuatro años, ni elegir al que mejor miente en campaña. La democracia de verdad es participación. Gobierno directo. Aquí, cualquiera puede ser juez. Cualquiera puede ser legislador. Ser ciudadano, en definitiva.

Jason mira cómo la bolita cae por los tubos del *cleroterion*. El clac resuena en el aire. Otro grupo de jueces es admitido.

—¿Cuántos decías que eran? —pregunta Alex.

—Quinientos uno —responde el *daemon*—. Número impar, por si acaso.

—¿Y por qué tantos?

—Porque así no hay discusión. Cada uno escucha. Cada uno vota. Todos deciden.

Los *dikastai* elegidos cruzan el patio y se van acomodando en las gradas de piedra bajo el toldo. Un funcionario revisa sus bastones y *pinakia*. En la tribuna central, ya esperan los escribas y las urnas. Una clepsidra empieza a llenarse lentamente con agua clara. El tiempo, en la Heliea, se mide gota a gota. El juicio está a punto de comenzar.

Se produce un leve cambio de aire. Como cuando se anuncia la llegada de la tormenta sin que caiga aún la primera gota. Un murmullo recorre las gradas. Sócrates entra en la Heliea. Camina sin prisa. Las manos a la espalda. No ha querido ponerse sandalias. Viste la túnica de siempre, sencilla, sin adorno alguno. La frente despejada. Junto a él, Critón. Van llegando los suyos. Platón, serio. Jenofonte, más pálido que de costumbre. Aristipo, por una vez, no ríe. Antístenes, encorvado por una preocupación que no intenta disimular. Uno a uno, se colocan en las gradas reservadas al público,

en silencio. Poco después, comienzan a llegar también algunos vecinos de Alopece, artesanos, comerciantes, veteranos de guerra.

—¡Ánimo, Sócrates! —dice uno, alzando ligeramente la voz.

—¡Estamos contigo! —añade otro, un par de filas más arriba.

Se sientan juntos, en una esquina de la grada. Hablan entre ellos en voz baja. Algunos traen dátiles secos. Uno ofrece una alcuza con aceite para protegerse del sol. Hoy, hasta los gestos sencillos se han vuelto solemnes. Sócrates permanece de pie, observando el estrado vacío donde deberá hablar dentro de poco. Jantipa atraviesa la entrada con la cabeza alta, sin buscar refugio en la sombra. A cada lado, un niño pequeño le sujeta la mano con fuerza. Van descalzos. Uno no deja de mirar el suelo. El otro no deja de mirar a su madre. Sócrates los ve. Durante un instante, todo a su alrededor se desvanece: las gradas, el estrado, los murmullos. Solo está ella, firme como una columna, avanzando entre la multitud. Y los dos niños, que caminan sin entender que están cruzando el umbral de la historia.

—¿Y Lamprocles? —pregunta Sócrates.

Ella guarda silencio. Baja la vista. Sócrates no insiste. Cierra los ojos. La ausencia de su hijo mayor le pesa más que la propia condena. Luego asiente. Con lentitud. Asumiendo la pena con resignación.

—Está bien —murmura.

Jantipa le agarra el brazo con fuerza, como si lo salvase de un naufragio. Sócrates le acaricia el cabello con una ternura que nadie ha visto nunca en la Heliea.

Entre los funcionarios que rodean el *cleroterion*, uno llama la atención de Alex. Es alto. Desproporcionado. Sus movimientos son rígidos, como si estuviera dentro de un cuerpo prestado. Alex se

estremece. La quemadura en su mano despierta con un latigazo nítido.

—¿Qué te pasa? —pregunta Jason.

Alex se frota la palma, incómodo.

—Ese tipo. Me da muy mal rollo. Y esto —le muestra discretamente la cicatriz rojiza— se ha puesto a arder.

Jason busca con la vista al *daemon*.

—¡Eh, bicho! Necesito que uses tus superpoderes de lagarto. Ese tipo de ahí...

—¿Quieres que le pida el currículum?

—No, idiota. Quiero que te acerques. Que lo mires bien.

Alex le muestra la cicatriz con un gesto de dolor.

El *daemon* se estira como un gato. Se encoge, camina entre las columnas con la destreza de un animal sin dueño. Llega hasta el *cleroterion* y se detiene detrás de una pila de urnas. Fija la mirada. Y entonces lo ve. Ese magistrado no está revisando las *pinakia* como los demás. Está cambiando su orden, sustrayendo algunas, introduciendo otras nuevas desde una bolsa oculta bajo la túnica. Las mueve con rapidez. El *daemon* regresa junto a Alex y Jason.

—Tu cicatriz mágica tenía razón. Ese tío es un topo. Está manipulando el sorteo.

Jason no lo piensa dos veces. Se acerca a Platón y le susurra algo breve; el otro asiente una sola vez y parte corriendo hacia el estrado. El arconte rey le escucha en silencio.

—Arrestadlo —ordena el arconte, levantando la voz y señalando al funcionario con el dedo.

En las gradas, los murmullos estallan como un enjambre. Tres hombres se remueven en sus asientos. Ánito, Meleto y Licón. El sudor les cala el cuello. Su infiltrado ha sido descubierto. Polícrates se levanta de entre el público. Todos lo reconocen. Sofista célebre.

Autor de discursos brillantes y de panfletos venenosos. Capaz de defender con igual soltura a un tirano o a un traidor, según quién pague. Una lengua afilada al servicio del poder. Admirado por los jóvenes ambiciosos. Temido por los que aún creen en la verdad. Camina con calma entre los bancos de piedra. Su andar es fluido. Se acerca a los tres acusadores. Se sienta tras ellos. No les toca. Y su voz les habla como una serpiente que se desliza por el cuello.

—¿Sabéis lo que pasa cuando una pieza del plan falla?

Los tres se tensan al instante. Nadie responde.

—Se la sustituye por otra.

Meleto traga saliva. Ánito se limpia la frente con la manga. Licón no se atreve a girarse.

—Si falláis vosotros... —los ojos de Polícrates se encienden y sus pupilas emiten una brillante luz roja— conoceréis la cólera del dios de la guerra.

Ánito, con voz temblorosa, intenta balbucear una excusa.

—Nosotros no sabíamos...

Polícrates sonríe.

—Claro que no lo sabíais —dice—. Por eso os elegí. Porque sois previsibles. Frágiles. Necesitados de poder. Y cobardes.

Licón se atreve a susurrar:

—¿Y si Sócrates convence al jurado?

Ares ladea la cabeza.

—Entonces me encargaré yo —responde.

Polícrates se levanta y vuelve a su asiento. Sus ojos se cruzan con los de Alex. La quemadura arde como nunca. Es un incendio interior. Alex se tambalea ligeramente. Le falta el aire.

—Es él —susurra, casi sin voz.

—¿Quién? —pregunta Jason, sin apartar la vista.

—El mismo tipo del gimnasio. Su cuerpo es otro, pero te juro que es el mismo. Lo presiento.

Polícrates aguanta la mirada. Alex siente que le ve por dentro, que desde la distancia puede oler su miedo. Polícrates enfoca a Jason. Lo escruta con interés estratégico y sonríe para sí mismo.

—Justo lo que necesitaba... —piensa Polícrates en alto.

—¿Quién demonios es ese tío? —murmura Jason, casi fascinado por el poder que desprende.

—Ares —responde el *daemon*—. Aunque hoy prefiera firmar como Polícrates.

—¡Silencio en la Heliea! —interrumpe el heraldo—. ¡Que hablen solo quienes tienen derecho a hablar! ¡Que escuchen todos los que aún tienen oídos para la justicia!

El murmullo en las gradas se va apagando. Los *dikastai* se acomodan. La clepsidra está a punto de marcar el inicio. Una figura cruza la entrada. El hijo mayor de Sócrates camina con premura hasta su padre. Se detiene frente a él. Lo mira fijamente a los ojos. Se lanza hacia su progenitor y lo abraza. Sócrates cierra los ojos. Cuando los abre, una lágrima le cae por la mejilla.

—Gracias —susurra, sin voz.

Un funcionario se acerca con gesto severo.

—El juicio va a comenzar —dice—. Debes sentarte con tus hermanos.

El hijo asiente. No responde. Se aleja sin dejar de mirar hacia atrás. Sócrates lo sigue con la mirada. Su corazón descansa. No necesita conocer la sentencia del jurado. Ya ha sido absuelto.

El escriba del tribunal sube un par de peldaños hasta la tribuna elevada, alza la tablilla, se aclara la voz y comienza a leer con tono

litúrgico:

—En nombre del pueblo de Atenas, Meleto, hijo de Meleto, ha presentado una acusación formal contra Sócrates, hijo de Sofronisco, del *demos* de Alopece. Se le imputa, primero, no creer en los dioses. Segundo, introducir nuevas divinidades...

—¡Están hablando de mí! —interrumpe el *daemon*, visiblemente emocionado—. ¡Al fin me reconocen el rango! Qué bonito suena en boca de un funcionario...

—Y tercero —concluye el escriba—, corromper a la juventud.

La clepsidra comienza a vaciarse. El juicio ha empezado. El heraldo anuncia con voz firme:

—Comparece Meleto, hijo de Meleto, primer acusador.

Meleto se pone en pie. Le tiemblan las manos. Camina hasta la tribuna de los oradores sin levantar la vista. Intenta erguirse, pero la presencia de los quinientos le pesa como una losa. Se acomoda la túnica, carraspea dos veces. La ciudad lo mira.

—Ciudadanos de Atenas... —empieza, pero su voz suena demasiado alta y se asusta de sí mismo—. Vengo... —carraspea nuevamente—, vengo ante vosotros como garante de... de la virtud pública y el respeto a las leyes.

Busca la siguiente frase, pero no la encuentra. Consulta disimuladamente una tablilla. La vuelve a guardar con torpeza.

—El acusado... Sócrates... ha pronunciado palabras... digo, enseñanzas... contrarias al orden y la piedad. Ha influido en los jóvenes... y los ha apartado de sus deberes con la ciudad... con los dioses.

No puede mirar a Sócrates. Cada vez que lo intenta, baja la vista como un niño sorprendido en una mentira. Tartamudea. Repite frases. Se contradice.

—Y... y por eso... es justo que responda por sus actos. Por el daño causado. Por... eso.

Nadie lo detiene, pero él mismo tira la toalla. No agota el tiempo de su intervención. Da un paso atrás. Hace una torpe reverencia con la que queda en ridículo. Vuelve a su sitio como quien huye de un incendio.

En su banco, Polícrates no se mueve. Pero su mandíbula y sus nudillos se tensan. El partido no va como esperaba. Un murmullo de alivio recorre las bancadas de los amigos de Sócrates. Algunos intercambian miradas, otros contienen una sonrisa mal disimulada. Jenofonte respira por fin. Platón se inclina hacia Alex y Jason.

—Ahora le toca a Sócrates interrogar a Meleto —susurra, con media sonrisa.

Alcibíades, que no se molesta en disimular su entusiasmo, añade:

—Se lo va a merendar.

—Si esto sigue así, tenemos la victoria asegurada —apostilla Aristipo.

Jason alza el pulgar aunque sus piernas no paran de temblar. Alex comienza a sudar, pero sonríe. Sócrates camina hacia la tribuna en la que aún permanece Meleto. Sus pasos son tranquilos, casi ociosos. Parece pasear por el ágora tras una tarde de simposio. Se detiene a su lado, lo mira. Empieza a rodearlo como un maestro que observa la mala ortografía del alumno para luego corregirlo. No lo ataca aún. Lo estudia.

—Dime, Meleto —pregunta con tono amable, casi paternal—: ¿dices que no creo en los dioses?

—Lo digo. Y lo mantengo —responde Meleto, intentando sonar firme.

—Ajá... —Sócrates se acaricia la barbilla, como si de pronto todo le resultara confuso—. Pero también dices que introduzco nuevas

divinidades. ¿Estoy en lo cierto?

—Eso dice la denuncia —admite Meleto, sin mucha convicción.

—Entonces explícame una cosa, Meleto, porque no me cuadra: ¿cómo puede alguien adorar nuevos dioses si no cree en ninguno? No tiene ningún sentido —continúa con voz calmada—. O creo... o no creo. Pero las dos cosas a la vez... es como decir que soy ateo y sacerdote al mismo tiempo.

Suenan más risas en las gradas. Jason le lanza una mirada cómplice a Alex. Meleto enrojece. No sabe qué decir. Sócrates no lo deja respirar. Va por el segundo asalto.

—Pero sigamos —dice Sócrates, paseando a su alrededor como un boxeador a punto de hacerle un KO a su adversario—. Porque hay cosas de tu discurso que no termino de entender. Tú debes de ser un experto en educación, Meleto. Has logrado detectar, entre miles de ciudadanos, quién corrompe a nuestros jóvenes. Y según tú, ese soy yo. ¿Me equivoco?

—Así es... —responde, con un leve tartamudeo.

—Vale, entonces también sabrás decirme quién los mejora. Porque si sabes quién los empeora, sabrás quién los educa bien, ¿no?

Meleto enmudece. Busca una respuesta en el suelo, en el cielo, en su túnica. Pero no la encuentra.

—Excelente, Meleto —ironiza Sócrates—. Si no sabes quién los mejora, ¿cómo sabes quién los empeora? Me parece a mí que no te preocupa ni poco ni mucho la educación de los jóvenes, amigo. Más bien nada. Si te importara de verdad, tendrías una respuesta clara.

Hace una pausa, lo mira de lado.

—Pero vamos a lo siguiente. Dices que yo quiero hacer malos a los jóvenes. Que lo hago a propósito.

—Sí, eso afirmo...

—Muy bien. Te haré una pregunta muy simple: ¿conoces a alguien que quiera hacerse daño a sí mismo?

—No... nadie quiere eso.

—Entonces, dime: ¿por qué iba yo a querer fastidiar al que tengo al lado sabiendo que, tarde o temprano, iba devolverme el daño? ¿Por qué iba a enseñarle a mi perro a morderme?

Las risas se expanden, discretas pero imparables.

—Bueno... es que no lo haces conscientemente...

—¡Entonces no hay delito! —exclama Sócrates, alzando las cejas —. ¿Qué demonios hacemos aquí, Meleto? Si lo hago sin darme cuenta, lo que manda la ley es que me corrijas, no que me acuses.

Hace una pausa teatral. Mira al público.

—Pero no recuerdo que este buen ciudadano me haya corregido jamás. Ni una sola vez. A lo mejor estoy perdiendo la memoria, soy viejo, es posible que esté chocheando... ¿Alguien entre los presentes lo ha visto hacerlo alguna vez?

Sócrates se vuelve ahora hacia los jueces, con voz firme:

—Atenienses, el delincuente aquí no soy yo. Es Meleto. Porque se toma a la ligera algo tan serio como la educación. Habla de ella sin saber. Ni se ha preocupado por los jóvenes, ni se ha molestado en entender lo que significa enseñar. A mí me parece que otros hablan por su boca y que ni siquiera ha hecho el esfuerzo de aprenderse bien el guion.

Vuelve a mirar a Meleto. Luego, de nuevo al jurado:

—Y por respeto a vosotros, no me parece apropiado seguir preguntándole. Bastante espectáculo bochornoso llevamos ya. El tiempo corre, sobre todo el mío. Y me gustaría aprovecharlo en algo un poco menos vergonzoso.

Polícrates rompe su vara de madera con una sola mano. Su rostro arde de rabia contenida. Junto a Sócrates estalla el entusiasmo:

sonrisas, abrazos, miradas de alivio. Aristipo alza los puños en señal de victoria. El arconte rey hace un gesto al heraldo.

—Tiene ahora la palabra el acusado —anuncia—. Puede presentar su discurso de defensa.

La clepsidra vuelve a girarse. El agua comienza a caer, gota a gota.

—Sócrates, ahora solo tienes que seguir el discurso de Lisias —le recuerda Jason—. Tal cual, palabra por palabra.

—Por favor —añade Alex—, no improvises...

Sócrates asiente. Luego les dedica una mirada llena de una ternura extraña. Con un gesto lento, les acaricia la nuca a ambos, como quien despide a unos hijos antes de partir. Después, se encamina hacia el estrado.

—Ciudadanos de Atenas. No voy a defenderme con palabras bonitas ni con juegos de retórica. Me defenderé con la verdad.

Lisias, desde la grada, se lleva las manos a la cabeza.

—No puede ser... —dice Alex—. ¡No va a usarlo!

—¡Cabezón de mierda! —responde Jason, frustrado.

—Soy ya demasiado viejo para aprender a hablar como los oradores de moda. Demasiado viejo para aprender a decir lo que queréis oír. Así que hablaré como lo hago siempre. Con la misma voz que uso cuando me encuentro con vosotros en el ágora, en el gimnasio o en el mercado.

Platón no puede ocultar su preocupación ni Jantipa reprimir las lágrimas. Lo conocen bien como para saber lo que va a hacer.

—Mis acusadores me han presentado como uno de esos sabios extranjeros que no cree en los dioses de la ciudad y que se forra enseñando cosas peligrosas a los jóvenes. Pero no soy un sofista. Y desde luego, no enseño nada.

Saca las manos de su túnicaa y las muestra, vacías.

—Mi profesión es otra. Yo no soy sabio, soy un buscador de sabios, un filósofo. Dejadme que os cuente cómo descubrí mi vocación. Un día, mi amigo Querofonte viajó a Delfos. Y allí, la Pitia le anunció: «No hay nadie en Atenas más sabio que Sócrates».

Suelta una risa breve.

—Yo no salía de mi asombro. En serio. Pensé que tenía que haber un error. ¿Cómo iba a ser yo el más sabio, si casi no sé ni cómo vestir decentemente? —Señala su túnica y sus pies descalzos—. Mirad. Lo que he estado haciendo desde entonces es intentar convencer a Querofonte de que había entendido mal al oráculo. Pero claro... ya sabéis cómo era Querofonte: terco como una mula. Así que se me ocurrió otra idea. Si encontraba a alguien realmente sabio en Atenas podría demostrar que el oráculo era falso. Me lancé a buscar uno. Fui a hablar con todos los que aquí se consideran sabios: políticos, generales, profesores, empresarios, artesanos... Les hice preguntas. Muchas preguntas. Para comprobar qué sabían.

Hace una pausa. Baja el tono.

—Y descubrí algo que me dejó helado: todos creían saber, pero no sabían nada. Y lo peor es que no sabían que no sabían. Me sentí como un médico que descubre que alguien va por ahí diciendo que está sano y en realidad está muy enfermo. Y, claro, no me quedó otra que decírselo.

Se gira hacia sus acusadores con una sonrisa socarrona. Mira a la cara a alguno de sus jueces.

—Pero ya sabéis cómo es esto: hay gente que prefiere matar al médico antes que aceptar el diagnóstico.

Algunos jueces bajan la vista. Otros fingen mirar las gotas de la clepsidra.

—Y entonces, tras años preguntando y buscando, entendí el verdadero sentido de aquellas palabras del oráculo.

Se detiene. Mira al jurado con picardía.

—Yo, al menos... no me creo sabio.

Vuelve a hacer una pausa y, con una sonrisa burlona, alza la mano y señala directamente a los jueces.

—A diferencia de vosotros.

El estallido es inmediato. Los jueces se revuelven en sus asientos como un enjambre agitado. Algunos gritan, otros golpean el suelo con sus bastones. La clepsidra se desborda. El arconte rey se pone en pie, indignado.

—¡Este tribunal exige respeto! ¡Acusado, siéntese de inmediato!

Sócrates asiente en silencio. Se gira para volver a su sitio. Jantipa le sale al paso. Se planta frente a él, lo mira a los ojos y le cruza la cara con una bofetada seca. El golpe resuena más que cualquier grito. Sócrates no se defiende. No dice nada.

Inclina ligeramente la cabeza. Y sigue su camino.

El arconte rey golpea el suelo con su bastón ceremonial. Tres veces.

—Este tribunal decreta un receso —anuncia con voz firme—. Reanudaremos la sesión en cuanto se restablezca el orden.

Durante el receso, en uno de los extremos del tribunal, Polícrates convoca a sus tres peones. Ánito, Meleto y Licón se acercan como perros golpeados que aún esperan la orden del amo.

—Vamos a cambiar de estrategia —susurra Ares, con voz venenosa—. Tenderemos una trampa. Una que él mismo no pueda resistir.

Cuchichean durante unos segundos. Luego, Meleto y Licón se separan y se acercan discretamente al estrado del arconte rey. Le

susurran algo al oído. El arconte los escucha en silencio. Mira a Sócrates, luego al jurado. Finalmente asiente con gesto grave.

Cuando el receso concluye, los jueces regresan a sus asientos y el bullicio se apaga de súbito. El arconte golpea el suelo una vez más con el bastón. Se pone en pie. Su voz retumba como un decreto de los dioses:

—El tribunal ha recibido una propuesta de los acusadores.

Todos enmudecen.

—Atenienses, Meleto, Ánito y Licón anuncian que están dispuestos a retirar los cargos si el acusado se compromete públicamente a pedir perdón, admitir el daño causado y renuncia a su «profesión de filósofo». Este tribunal acepta la propuesta. Queda en manos del acusado aceptarla... o no.

El tiempo, por un instante, se detiene. Todos los ojos se clavan en Sócrates. Jantipa le habla desde su asiento, con los ojos enrojecidos.

—Hazlo por tus hijos —alza la voz—. No nos arrebates el derecho a tener esperanza, porque es prácticamente lo único que nos queda.

—Maestro, no es una rendición —argumenta Platón—. Podrás seguir enseñando... de otra forma.

Jenofonte y Aristipo asienten en silencio. Antístenes le aprieta el hombro. Alcibíades le ruega como un niño pequeño.

Alex se inclina y busca la complicidad de Jason.

—Nuestra misión depende de este momento.

—Eso es cierto —responde Jason—. Este momento...

Sócrates mira al cielo. Una lechuza cruza en vuelo. Entonces sonríe y respira profundamente.

—Este momento...

Jason le pone una mano en la rodilla y le dice:

—Míralos. Ya has ganado. Solo tienes que aceptar el acuerdo.

Sócrates los escucha a todos sin interrumpir. Sin negar ni asentir. En su rostro solo hay una paz extraña. Se levanta. Camina despacio hacia el estrado. Jason lo sigue con la mirada. Aprieta los dientes. Luego, se vuelve hacia el *daemon* y le pregunta:

—¿Tú crees que lo hemos convencido?

El *daemon* lo observa sin responder.

Sócrates se planta en el estrado. Mira a los jueces. Mira al público. Mira a sus amigos.

—Atenienses, os aprecio, de verdad, os respeto. Y por eso, precisamente, no voy a aceptar vuestra generosa oferta.

Un murmullo recorre las gradas.

—Sé que muchos de vosotros preferiríais que me callara, que aceptara el trato. Y me gustaría poder daros ese gusto. Pero, antes que al tribunal, tengo que obedecer a mi conciencia. No es que me guste llevar la contraria, ni que me falte cariño por esta ciudad. Pero no puedo traicionarme. Así que, aunque me cueste la vida, seguiré siendo quien soy. Y, mientras me quede aliento, mientras tenga fuerzas para hablar, no voy a dejar de filosofar y examinar a todo el que me encuentre.

Hace una pausa, busca a Lamprocles con la mirada y alza la voz.

—Y cuando me cruce con vosotros por el ágora, o por el puerto, o en una esquina del mercado, os voy a preguntar: «Amigo mío, ¿no te da vergüenza estar tan ocupado en ganar dinero, en comprar más cosas y en aparentar ante los demás y tan poco preocupado por conocerte a ti mismo, por buscar la verdad, por cuidar tu alma? ¿De qué sirve tener la casa más grande o el manto más caro, si no sabes cómo vivir?».

Algunas caras se bajan. Otras se endurecen.

—Y si alguno de vosotros me dice que ya cuida su alma y que sabe cómo vivir bien, lo examinaré. Le pediré que me lo demuestre.

Lo refutaré. Y si descubro que en realidad no tiene ni idea de lo que está diciendo, que va por ahí presumiendo de virtud sin saber siquiera qué es... se lo echaré en cara. Porque pocas cosas enferman tanto el alma como creer que vale mucho lo que en realidad no vale nada.

El silencio es absoluto.

—Por eso, pienso seguir haciendo preguntas, aunque eso me cueste la vida. Con todos. Con los jóvenes y con los viejos. Con los de aquí y con los de fuera. Con los ricos y con los pobres. Porque esa es la misión a la que me comprometí.

Jason no entiende por qué ha rechazado el trato. Por qué ha decidido jugarse la vida. Pero hay una dignidad en sus palabras que lo desarma.

«Quizá la dignidad sea eso, vivir de tal manera que sea preferible perder la vida al modo en que se vive. Atreverse a ser libre en un universo donde todo parece estar determinado. No se trata solo de cómo debemos actuar ante los demás, sino de cómo debemos actuar ante nosotros mismos. No podemos ser invisibles ante nosotros mismos. Quizá sea mejor morir como Sócrates que vivir como muchos... Pero... si Sócrates muere, no podré volver a mi mundo. Si Sócrates cumple su misión, yo no podré cumplir la mía. Yo también hice una promesa, a mi equipo, a mis compañeros, a mi padre... No puedo dejarlos tirados. Tengo que volver. Cueste lo que cueste. Quizá... quizá tenga que salvar a Sócrates. Incluso de sí mismo.»

Sus pensamientos se ven interrumpidos por un golpe seco en el suelo.

—¡Silencio! —proclama el arconte, en pie, con voz solemne—. El tiempo de la defensa ha concluido. La Heliea debe votar.

Dos funcionarios se acercan con una gran urna de barro cocido y la colocan en el centro, junto a la tribuna del arconte rey. Otra urna idéntica se sitúa a su lado. Un tercero, con una cesta de mimbre, reparte entre los jueces las piedras del veredicto: una piedra blanca para declarar inocente, una piedra negra para declarar culpable. El silencio se vuelve denso. Cada *dikastés* sostiene ambas piedras en las manos, como quien pesa su propia conciencia. Uno a uno, en orden, los jueces se levantan. Atraviesan el pasillo central. Llegan hasta las urnas y, sin decir palabra, introducen una de las dos piedras en la urna correspondiente. Cada piedra cae con un leve golpeteo. Quinientas una veces. Atenas contiene el aliento. Jason observa las manos de los jueces, las piedras del veredicto. Inmediatamente busca en su bolsillo. Saca su piedra y se queda atónito. Es idéntica. Misma forma. Mismo peso. La misma textura lisa y mate.

—*Quarterback*, esa vieja no te dio un recuerdo... te dio una elección.

Jason lo mira, desconcertado.

—¿Una elección? ¿Pero cuál? ¿A quién tengo que absolver?

El *daemon* se encoge de hombros.

—Ni idea. Lo sabrás cuando llegue el momento.

Los funcionarios remueven las urnas y comienzan el recuento. Jason aprieta la piedra blanca en su puño cerrado. No sabe a quién está rezando. Pero reza.

«Que todo salga bien. Que esto no acabe aquí. Que no sea demasiado tarde.»

Siente una mano en su brazo. Es Alex. Se miran.

—Va a salir bien —le dice Alex—. Tiene que salir bien. Hemos hecho nuestra parte.

Jason asiente.

El arconte rey se pone en pie. Todos los ojos se vuelven hacia él.

—Sócrates, hijo de Sofronisco, has sido declarado culpable —proclama con voz grave—. Doscientos ochenta votos a favor. Doscientos veinte en contra.

Un golpe seco. En el lado de la acusación, Meleto sonríe por primera vez en todo el juicio. Ánito se cruza de brazos, satisfecho. Licón asiente con una sonrisa cínica. Todo ha salido según lo previsto. En las bancadas de la defensa, la decepción se mastica. Platón hunde el rostro. Jenofonte reniega en silencio. Aristipo da un puñetazo al banco.

Jantipa estalla.

—¿¡Cómo puedes estar tan tranquilo!? —le espeta a Sócrates, que sigue en pie, con rostro sereno.

Lisias baja corriendo hacia ellos.

—Oídme —dice a todos los que lo rodean—. Esto aún no ha terminado.

Lo escuchan muy atentos.

—Ahora llega la segunda parte del juicio: la propuesta de pena. La ley permite que, tras una condena, el acusado proponga una pena alternativa. Sócrates puede ofrecer algo a cambio: una multa, un destierro, trabajos públicos... cualquier cosa que los jueces puedan aceptar en lugar de la muerte que solicita la acusación. El sistema está diseñado para que el acusado acepte su culpabilidad proponiendo un castigo menos duro que el de la acusación, pero que pueda ser validado por el tribunal. Así todos salen ganando.

—¿Funcionará? —pregunta Alex, esperanzado.

—Si juega bien sus cartas, sí —responde Lisias—. Debe ofrecer una pena razonable, como una multa alta.

Lisias se gira hacia Platón, con urgencia.

—¿Aún tienes esas treinta minas?

Platón, que hasta entonces parecía abatido, se endereza como si una llama le hubiera encendido por dentro.

—¡Sí! ¡Claro que sí! Las tengo.

Lisias asiente. Luego se vuelve hacia Sócrates.

—Propón una multa de treinta minas. Nosotros la cubrimos.

Sócrates los escucha con atención y asiente con la cabeza. Desde las gradas, Lamprocles murmura:

—No lo va a hacer.

—¡Calla! —le espeta Jantipa con lágrimas en los ojos.

El arconte golpea con el bastón ceremonial y alza la voz:

—Sócrates, hijo de Sofronisco, acércate a la tribuna y presenta tu propuesta de pena.

Sócrates da un paso al frente. Mira a los jueces, luego al público, luego a sus amigos. Toma aire.

—Propongo pagar una multa... —dice.

En la grada de la defensa se suelta el aire contenido. Lisias sonríe. Jantipa cierra los ojos. Platón asiente con alivio.

—Sí... una multa. Pero antes dejadme pensar con vosotros qué sería justo... Veamos ¿Qué he hecho yo? Haceros preguntas que han incomodado a algunos. Pero ¿os han hecho daño esas preguntas?

Niega con la cabeza, suavemente.

—Más bien al contrario: os han ayudado a ser mejores ciudadanos. Yo me veo más bien como un tábano molesto pero inofensivo, que le hace un gran favor a un caballo noble, grande, hermoso... pero que duerme demasiado.

Se encoge de hombros.

—Lo justo, entonces, sería que la multa me la paguéis vosotros. Por los servicios que he prestado a esta ciudad. Así que...

Mira al arconte. Todos enmudecen.

—Propongo que me invitéis a comer en el Pritaneo, a gastos pagados, durante el resto de mi vida.

El arconte no sabe si Sócrates está bromeando o si acaba de perder la cabeza.

—¿Es esa tu propuesta? —pregunta desde lo alto de la tribuna.

Sócrates lo mira, sereno.

—Esa es. Creo que merezco ser premiado, no castigado. Y el mejor premio que ofrece esta ciudad es el derecho a comer en el Pritaneo, junto a los campeones olímpicos. Yo no corro ni lanzo discos... pero con mis preguntas también he defendido el honor de esta ciudad.

El arconte se inclina hacia delante.

—¿Eres consciente de lo que arriesgas? Si no propones una pena razonable, el tribunal puede condenarte a muerte.

—Lo sé. Pero también sé que la muerte no es ningún mal. Pensadlo bien: con la cicuta solo pueden pasar dos cosas. Una, que me mandéis a dormir para siempre. Y oye, si es un sueño profundo, sin pesadillas ni gallo que te despierte... no me parece mal trato. La otra opción es aún mejor: que me mandéis al inframundo. Y allí, en vez de perder el tiempo con aduladores y falsos sabios, podré hablar con los grandes. Examinar a Aquiles, poner a prueba a Homero, discutir con Palamedes, debatir con Héctor...

Sócrates sonríe con ironía, y su mirada recorre el tribunal.

—Os lo digo con total sinceridad: prefiero pasar la eternidad con esos muertos ilustres que seguir soportando a ciertos vivos que hoy se creen jueces de la virtud.

Polícrates se frota las manos. Sus ojos brillan como brasas. Saborea con deleite un plato que lleva mucho tiempo esperando. El arconte rey se pone en pie.

—Sea, pues, valorada la propuesta del acusado —declara con solemnidad—. Procedan los *dikastai* a emitir su voto.

Los jueces se levantan. Las piedras caen, una tras otra, con un seco clac de sentencia inapelable. Jason no puede apartar la vista. Alex cierra los ojos. Nadie habla. Nadie respira. La clepsidra marca el final. El arconte toma de manos de un funcionario una tablilla con el resultado. Lo lee para sí. Vuelve al centro. Mira a Sócrates. Luego al público. Y habla:

—Sócrates, hijo de Sofronisco, la ciudad de Atenas te ha condenado a muerte. Según las leyes de Atenas, la pena se ejecutará con cicuta. Permanecerás en prisión hasta que la embajada sagrada a Delos regrese. El día que la nave tome puerto, deberás beber el veneno.

Jason se gira hacia Platón, aún aturdido.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —pregunta con urgencia.

—Unos treinta días. Más o menos —responde Platón con una enorme tristeza.

—Treinta días... —repite Alex—. Tenemos tiempo para hacer algo.

Jason asiente, firme.

—¿El qué? —pregunta Platón.

—Preparar un plan de fuga.

Critón asiente con entusiasmo. El arconte golpea nuevamente el suelo con el bastón, y prosigue:

—Sócrates, hijo de Sofronisco, por haber sido héroe de guerra en otro tiempo, este tribunal te concede un último turno de palabra para que expreses tus últimas voluntades.

—Gracias. No estoy aquí para suplicar. Ni para culpar a nadie. Sino para recordaros que hay algo más valioso que la vida: la virtud. No se trata de cuánto vives, sino de cómo vives.

Hace una pausa. Mira hacia sus amigos. Luego al cielo.

—No es difícil esquivar la muerte. Basta con callar. Basta con obedecer. Pero esquivar la bajeza moral, la cobardía, la mediocridad... eso sí que es complicado. Nada de lo que ha ocurrido hoy es casual. Hay en todo esto una voluntad divina. Una voz interior que me ha guiado desde el principio. Yo solo he obedecido. He cumplido fielmente con una misión.

Alex y Jason intercambian una mirada.

—¿Ha dicho «misión»? ¿Una misión divina? —susurra Alex.

—Sí. Lo ha dicho —murmura Jason, sin apartar la vista de Sócrates—. ¿Pero... de qué dios habla? Pensábamos que trabajaba para Atenea...

El filósofo baja la cabeza. Por un instante, parece agotado. Luego la alza de nuevo, con la fuerza de un toro que no se rinde. Sus ojos recorren la sala, hasta detenerse en los de sus hijos.

—Atenienses. Os ruego que me concedáis una última voluntad: cuando mis hijos crezcan, si veis que empiezan a preocuparse más por ganar dinero que por ser buenas personas, si un día los veis creyéndose importantes sin haber hecho nada que los haga dignos, os pido que los castiguéis. Como yo hice con vosotros. Recordadles que una vida sin examen no merece la pena ser vivida.

Guarda silencio. Luego, tras respirar hondo, añade con una media sonrisa:

—Ahora toca despedirse. Yo me marcho a morir. Vosotros, a vivir. ¿Quién sale ganando? Solo los dioses lo saben.

Toma el dinero y corre

La celda es minúscula, húmeda y mal ventilada. A través de una abertura enrejada se filtra un rayo de luz oblicua que ilumina una figura sentada en el suelo, con las piernas cruzadas y una pequeña lira entre las manos. Sócrates rasguea torpemente las cuerdas, concentrado, como un niño que prueba un juguete nuevo. El sonido no es armónico. Más bien recuerda al lamento de un gato enfadado. Pero él parece disfrutarlo. Tararea. Se equivoca. Ríe. Vuelve a empezar.

—¿Pero qué demonios haces? —pregunta Filón, el carcelero, alzando una ceja espesa desde el banco de piedra donde mastica un pan duro como su sentido del humor.

—¿No lo ves? —responde Sócrates, sin dejar de mirar la lira—. Estoy aprendiendo.

—¿Aprendiendo... a tocar la lira? —pregunta Filón, con expresión de asombro genuino—. ¿Ahora? ¿En serio? ¿Te quedan unos días de vida y te pones a estudiar música? ¿De qué te va a servir?

Sócrates sonríe, como si la pregunta fuera la más absurda que ha escuchado.

—¿Y por qué no? —dice—. Aprender algo bello nunca es tiempo perdido. Aunque solo lo goce un instante.

—Poco —gruñe Filón—. En cuanto vuelva ese barco maldito de Delos, se acabó tu concierto.

—Me parece, Filón, que soy para ti un castigo más severo que la cicuta —ríe Sócrates—. A ver quién de los dos muere antes: yo por

el veneno o tú por mi música.

Y se lanza de nuevo sobre las cuerdas, desafinadas, pero vivas.

La casa de Sócrates hoy parece el cuartel general de una banda de criminales de poca monta. Mapas, tablillas, copas a medio vaciar y restos de pan y aceitunas cubren la mesa central. Jantipa da vueltas como una loba inquieta. Platón está de pie, con los brazos cruzados, en mitad de la habitación. Jason y Alex, sentados uno frente al otro.

Jason se incorpora de golpe. Da un puñetazo sobre la mesa. Una copa tambalea, rueda y cae. El estallido seco de la cerámica contra el suelo, seguido del repiqueteo de los fragmentos deslizándose como dientes rotos sobre la piedra, llama la atención de todos. En la esquina, Critón afila un cálamo con gesto serio, como si fuera una espada mientras espera a que lleguen los demás. Cuando por fin están todos, Platón le pide a Jason que explique el plan.

—Usamos las treinta minas de Lisias para sobornar a los carceleros y conseguir un barco en el puerto. Sacamos a Sócrates de la ciudad antes de que vuelva el barco de Teseo. Fácil.

—¿Fácil? —resopla Jantipa desde el fondo, con las manos en la cadera—. ¿Cómo pensáis sacarlo sin que se le ocurra ponerse a debatir con el primer guardia?

—Lo convenceré yo —responde Lamprocles, con firmeza.

—Contamos contigo —responde Platón—. Pero esa no es la principal dificultad. Tenemos que pensar en una ciudad que esté dispuesta a proteger a Sócrates y a enfrentarse a Atenas.

—Y a la que mi marido quiera ir...

—Tesalia —dice Critón, con decisión—. Allí podemos llevarlo. Conozco a algunos aristócratas que lo veneran. Le darán asilo.

Además, la autoridad ateniense no tiene jurisdicción real en la región.

—¡Bien pensado, Critón! —grita Platón entusiasmado—. Jantipa, Lamprocles: vosotros seguiréis con la visita como cada día. Pero esta vez no llevaréis comida... sino argumentos. Vuestra misión es convencer a Sócrates. Tendremos que sobornar al carcelero. No aceptará de inmediato. Es terco.

—¿El carcelero o mi padre?

—Los dos —responde Platón.

—Yo me encargo del carcelero —añade Critón—. Lo conozco. Sé cómo hacerlo.

—Perfecto —asiente Platón—. Pero antes, acompaña a Jason y a Alex al Pireo. Necesitamos un barco. Uno que pueda zarpar rápido, sin hacer demasiadas preguntas. Pero, sobre todo, necesitamos hombres dispuestos a desobedecer a Atenas. Tú sabrás quién vendería a su madre por unas dracmas.

—¿Piratas? —pregunta Critón.

—Piratas —confirma Platón—. Aristipo, Antístenes y Alcibíades: contactad con nuestros aliados en Tesalia. Tenéis que partir hoy mismo.

—¿Y qué harás tú? —pregunta Antístenes, girándose hacia Platón —. ¿Te quedas aquí a escribir un diálogo sobre lo que hacemos los demás?

—Yo me quedo —responde Platón—. Me aseguraré de que nuestros enemigos no sospechen nada. Necesitaremos coartadas y rutas alternativas. Alguien que os cubra.

»Ya sabéis lo que tenéis que hacer —dice Platón, alzando la voz—. No hay margen para errores. Si algo falla, Sócrates morirá. Y con él morirá todo lo que somos.

Silencio. Solo el crujido del pan seco entre los dientes de Aristipo. Critón, Jason y Alex se ponen en marcha hacia el puerto del Pireo. El camino baja entre colinas de tierra reseca, huertos abandonados y santuarios menores dedicados a Hermes, Atenea y Poseidón. El sol del mediodía se cuela entre las ramas bajas de los olivos, y la ciudad va quedando atrás, empequeñecida.

—¿Este calor es legal? —protesta Alex, con la camiseta pegada al cuerpo y el rostro empapado de sudor.

La quemadura le escuece desde el juicio. Lleva horas rascándose sin darse cuenta, como si algo debajo de la piel quisiera salir. El bochorno le azuza el ardor, haciéndole sentir incómodo. Es como si su piel reaccionase ante un patógeno que pasa desapercibido a los ojos.

—Es verano en Grecia —responde el *daemon*, a su lado, paseando como si estuviera en un jardín—. Deja de quejarte y aprecia la brisa marina.

—¿A este viento abrasador lo llamas brisa?

—¿Con quién hablas? —pregunta Critón, volviéndose.

—Con nadie. Solo... me estaba quejando en alto.

Unos pasos más atrás, escondido entre las sombras de un bosquecillo de cipreses, alguien los escucha atentamente.

—¿Creéis que encontraremos a alguien que nos ayude a llevar a Sócrates a Tesalia? —pregunta Jason.

—Tenemos que intentarlo —responde Critón.

El esbirro de Ares ya sabe lo suficiente. Susurra unas palabras guturales y desaparece entre los arbustos.

—¿Aún con tu soliloquio? —dice entonces Critón, mirando de reojo a Alex.

—¿Eh...? —responde Alex, desconcertado.

Critón niega con la cabeza, resignado, y sigue caminando. Jason se estira los hombros y, sin mirar directamente a Alex, suelta:

—Por cierto... he leído tus artículos en el periódico del cole.

Alex se gira, incrédulo.

—¿Ah, pero sabes leer?

Jason finge indignación.

—No están mal. Me gusta lo que cuentas y cómo lo cuentas. Tienes huevos para ponerlo por escrito. No cualquiera lo haría.

Alex se encoge de hombros, incómodo, pero con una chispa de satisfacción en los ojos.

—Yo te he visto jugar... eres bueno. Muy bueno, en realidad.

—Deberías dedicarte al periodismo, ¿sabes? Lo llevas en la sangre.

—Ojalá fuera tan fácil —responde Alex—. Y yo no sé si valgo.

Se hace un silencio embarazoso entre los dos. Ni Alex ni Jason encuentran la manera de seguir, atrapados en sus propias palabras. La brisa del mar llega hasta ellos con olor a sal.

—¡Eh, muchachos! —grita Critón—. ¡Ya hemos llegado al Pireo!

Ambos caminan más deprisa, agradeciendo en silencio la interrupción. La entrada al puerto es bulliciosa, sucia y desbordante de vida. Huele a pescado, sudor, vino agrio y sal. Hay gritos en todas las lenguas del Mediterráneo: mercaderes fenicios, esclavos escitas, marineros chipriotas y soldados atenienses. Entre los barcos atracados, los hay de todos los tamaños y colores: trirremes, naves mercantes, botes de pesca, galeras privadas. Gaviotas chillan desde lo alto de los mástiles.

—¿Y ahora qué? —pregunta Jason—. ¿Qué buscamos exactamente?

—Un barco rápido, un patrón y unos hombres sin escrúpulos —responde Critón—. Sed discretos. Cuantos menos sepan lo que tramamos, mejor.

—Esa descripción se parece mucho a la de un partido político —apostilla el *daemon*.

Critón se detiene junto a una fuente de piedra.

—Propongo que nos separemos. Así cubriremos más terreno y levantaremos menos sospechas. Nos reuniremos aquí al caer el sol. Pero tened cuidado.

Jason y Alex asienten.

—Alex, tú busca en el *kapēleion* —dice Critón.

—¿Dónde?

—Una taberna de marineros. Oscura, maloliente y llena de gente peligrosa.

—Maloliente, tu especialidad —bromea el *daemon*.

—Jason, tú ve al *emporion*, el mercado del puerto. Habla con comerciantes, patrones, transportistas. Y yo buscaré en los *neosoikoi*, los astilleros. A veces los capataces saben más de lo que aparentan.

—Yo me voy con el friki —anuncia el *daemon*, señalando a Alex—. Me va a necesitar más que tú.

Se separan. Las voces del puerto se los tragan.

Los astilleros del Pireo son un laberinto de cuerdas, madera húmeda y olor a brea. Los trirremes reposan en hileras como bestias dormidas, algunas abiertas en canal, otras con los remos alineados como costillas. Critón camina despacio, con el manto recogido para no mancharlo, esquivando cubos, tablones y marineros. Se detiene ante una embarcación pequeña, de casco oscuro, con el nombre Λἰγεια grabado a fuego en la proa. Un hombre enjuto, de barba encanecida y mirada huidiza, supervisa a unos muchachos que calafatean la madera.

—Alceo —dice Critón.

El hombre se vuelve con brusquedad, como si no esperara oír su nombre.

—Critón... Por Zeus, cuánto tiempo.

—Desde la expedición a Eubea, si no me falla la memoria.

—No te falla. —Hace una señal a los aprendices—. Id a por agua.

Los jóvenes se alejan sin protestar. Queda un silencio espeso.

—Necesito tu ayuda —dice Critón, en voz baja—. Para un asunto importante.

—¿De qué tipo?

—De los que exigen valor y discreción.

Alceo desvía la mirada. Reprime un suspiro.

—¿Tiene que ver con Sócrates?

Critón no responde. Pero sus ojos dicen que sí.

—Escucha —dice Alceo, acercándose—. Sabes cuánto lo respeto. Pero los tiempos han cambiado.

—¿Tanto?

—Ayudarle sería lo mismo que atarse una piedra al cuello y saltar al mar.

Critón baja la voz aún más:

—Necesitamos un barco. Uno que zarpe en dos noches. Rumbo a Tesalia.

—¿Tesalia? —Alceo se rasca la sien, como si la palabra escociera —. Allí no llega el brazo de Atenas, pero sí el eco de sus amenazas.

—No te pido que navegues tú. Solo que nos pongas en contacto con alguien que no tema mojarse.

Alceo duda. Mira alrededor, se asegura de que nadie los escucha.

—Habla con Tersipo. Está al fondo, en el cobertizo del mástil mayor. Tiene un barco rápido. Y menos escrúpulos que dientes. Si alguien puede hacerlo, es él.

Critón asiente. Agradecido.

—Gracias, viejo amigo.

—No me des las gracias —responde Alceo, con voz apagada—. Dáselas al destino si esto no te cuesta la cabeza.

Se separan. Critón avanza por el pasillo de vigas y sogas hasta un cobertizo oscuro. En el interior, bajo una lámpara de aceite, un hombre corpulento, de brazos tatuados y mirada afilada, talla un remo con una cuchilla.

—¿Tersipo? —pregunta Critón.

El hombre alza la vista, lo examina con desconfianza y escupe en el suelo.

—Depende de quién pregunte.

—Critón. Amigo de Sócrates.

—He oído ese nombre. Demasiado, últimamente.

—Necesito un barco. Rápido. Discreto. Para zarpar en dos noches rumbo a Tesalia.

—¿Y qué se carga?

—Un hombre.

Tersipo suelta una risa breve, seca.

—¿Y qué demonios ha hecho ese filósofo para necesitar un barco?

—Te pagaremos bien —responde Critón.

Tersipo guarda silencio. Luego se incorpora y se limpia las manos en un trapo inmundo.

—Te costará diez minas.

—Trato hecho. Estate preparado. Será pronto.

Tersipo asiente sin dar la mano. Critón se marcha con paso rápido, aliviado. Se aleja por los corredores de madera. Tersipo lo sigue con la mirada, en silencio. Luego se gira, sale del cobertizo y da una palmada seca. Un muchacho aparece de entre las sombras.

—Corre. Dile a nuestro amigo que ya picaron el anzuelo.

El chico asiente y echa a correr entre los tablones, hasta perderse tras una empalizada donde una figura encapuchada lo espera. El chico le susurra. El encapuchado se agacha dejando al descubierto una parte de su rostro. Una cara curtida y una cicatriz en la ceja derecha.

Jason se aleja del bullicio del mercado, cansado de escuchar la misma respuesta: «No nos metemos en política», «No sabemos quién es ese Sócrates», «Tesalia está lejos, chico». La frustración le pesa más que el calor. Cruza un pasillo estrecho entre puestos y galeras varadas hasta llegar a una fuente de piedra, medio oculta entre dos almacenes. Se agacha, se lava la cara con agua tibia y turbia.

—Vaya, vaya —dice una voz grave a su espalda—. Un guerrero derrotado.

Al levantar la vista, ve el reflejo de un hombre tras de sí. Durante un instante, su corazón se detiene. El rostro es el de su padre. Se gira de golpe. Pero no es él. Un hombre alto, curtido por el sol y por la guerra, lo observa desde la sombra de una vela rasgada. Lleva una túnica oscura bajo un peto de cuero resquebrajado. Los brazos desnudos están cubiertos de cicatrices antiguas, y una línea rota atraviesa su ceja derecha.

—¿Quién eres? —pregunta Jason, con la voz tensa.

El hombre da un paso adelante.

—Un viejo conocido. Cruzamos miradas en el juicio de Sócrates.

—Yo no soy un guerrero —dice Jason, levantándose.

—Oh, claro que lo eres. Solo que aún no lo has aceptado. Lo llevas dentro. Lo has heredado. Está en tu sangre.

—¿Qué quieres?

—Hablar —responde el desconocido—. De hombre a hombre. De guerrero a guerrero. Quiero hacerte una sola pregunta.

Jason no dice nada.

—¿Tú crees que se puede servir a la justicia... perdiendo?

Jason lo mira, desconcertado.

—¿Quieres cambiar las cosas? Gana primero —añade el hombre—. La victoria es lo único que debería importarle al capitán de un equipo.

—Ares... —susurra.

El dios sonríe. Jason retrocede, tenso.

—Tranquilo. No soy tu enemigo. Tú y yo somos iguales. Ambos sabemos que el honor no se hereda: se conquista.

Hace una pausa.

—Eres hijo de un hombre que vive para la victoria. Lo has sentido. Cuando ganas, todo encaja. Y cuando pierdes... tu padre no te mira igual.

Jason vuelve lentamente a sentarse en el brocal de la fuente.

—Tienes algo dentro de ti que nadie puede darte ni quitarte. El deseo de vencer. El hambre de grandeza. Pero ahora andas corriendo tras un viejo que ha decidido morir. ¿Por qué?

—Porque es justo —responde Jason.

Ares ladea la cabeza, como si evaluara esa respuesta.

—¿O porque necesitas creer que lo es para justificar haber perdido tu lugar en el mundo? No te mientas, muchacho. No quieres salvar a Sócrates. Quieres salvarte tú. Demostrar que vales. Que no eres un fraude.

Jason se queda sin palabras.

—Los de nuestra clase no hemos nacido para vivir a la sombra de otro —continúa Ares—. Somos hijos del fuego.

Jason lo mira con atención.

—Sabes que soy el único dios que no te ha fallado nunca —dice Ares—. He estado ahí cada vez que te rompías los nudillos. Cada vez que sangrabas por ganar.

Da un paso más. Se acerca y le susurra al oído:

—¿Cómo te llamas, muchacho? ¿Cómo se llama tu padre? ¿Y tu abuelo?... *Nomen omen*, ¿qué significa?... ¿Cuál es tu deber?...

Jason cierra los ojos. Piensa en su habitación, con las estanterías llenas de trofeos y las cintas de sus primeras victorias. En su taquilla del vestuario, con la puerta abollada y el número 12 pintado con rotulador. En las huellas de los tacos marcadas en el barro después de un partido bajo la lluvia. En las luces del estadio encendiéndose poco a poco, como un ritual. En la música atronadora. En el rugido de la grada cuando salían al campo. Piensa en su equipo. En Zack. Su amigo del alma. El que le hacía reír cuando todo iba mal. El que lo levantó tras su primera lesión. El que lo cubría cuando fallaba. Piensa en la vuelta a casa, en el coche, sudados y riendo, con la radio a todo volumen. En las noches de pizza y videojuegos. En las bromas privadas. En los abrazos tras una victoria y en los silencios compartidos tras una derrota. Piensa en su padre...

—Te ofrezco lo que mereces. Piénsalo. No respondas ahora. Nos veremos pronto. Cuando estés listo para ganar.

Jason duda.

—Si algún día quieres regresar a casa, busca el camino entre las sombras.

Ares da media vuelta. Se pierde entre las callejuelas del puerto.

En la otra punta del puerto, Alex ha conseguido encontrar la taberna. Está al final de un callejón estrecho. Su entrada es oscura como la boca de un lobo. En el interior, un ánfora rota despide un

olor ácido. Una docena de hombres beben vino rancio desperdigados en mesas de maderas que en otro tiempo surcaron el Mediterráneo. Rostros curtidos por la sal y los años. Ojos que han visto cosas que no se pueden contar. Uno tras otro, levantan la mirada hacia él. Se hace el silencio. Solo se oye el crujido de una silla y el sonido viscoso de un escupitajo.

—Buen sitio. Huele a aventura y a salmonelosis —dice el *daemon* para aliviar la tensión.

El tabernero, un hombre de brazos peludos y mirada cansada, se le acerca sin sonreír.

—¿Qué quieres?

—Una copa de lo que sirvas —dice Alex, intentando parecer mayor de lo que es.

El tabernero escupe al suelo y saca una jarra de barro con un líquido marrón. Sirve sin esmero en una copa astillada y la empuja hacia Alex con dos dedos mugrientos. El vino huele a vinagre con acento criminal. Alex se la acerca a los labios y bebe. Apenas un sorbo. El líquido le abrasa la garganta, le sube al cerebro como fuego y baja al estómago como plomo fundido. Hace un esfuerzo titánico por no escupirlo. Las arcadas le tiemblan en la nuez. Pero aguanta. El *daemon* lo observa en silencio y luego estalla.

—Bravo, machote —se carcajea—. Has bebido infusión de rata de trirreme y no has llorado. Estás listo para liderar una flota... de estómagos rotos.

Alex intenta mantener la compostura, pero le lagrimea un ojo.

—Buen vino —murmura con voz impostada, grave.

El tabernero no dice nada. Solo se gira y empieza a limpiar una jarra con un trapo más sucio que el suelo. El *daemon* sigue riéndose por lo bajo.

—Esto promete.

Alex se aclara la garganta, aún ardiendo, y se inclina sobre la barra, como si fuera un habitual de aquel tugurio.

—Busco... a alguien —dice en voz baja—. Alguien discreto. Que pueda sacar a una persona de Atenas... rumbo a Tesalia.

—¡Vamos, Tarantino! —se carcajea el *daemon*—. Ya casi lo tienes.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo?

—Nada. Solo pensé... que en un sitio como este... quizá alguien sabría algo.

—En un sitio como este se viene a beber, no a hablar. ¿Quieres otra copa? —amenaza el tabernero, con una ceja levantada y la jarra ya en la mano.

Alex siente cómo su estómago se retuerce.

—No, gracias.

Deja una moneda sobre la barra y se gira hacia la salida. La luz del exterior lo ciega un instante. Una voz ronca lo llama desde un callejón:

—Eh, chico.

Se gira. No ve a nadie.

—Por aquí.

Una sombra se desliza. Un brazo tatuado le hace un gesto. Alex duda un segundo. Luego da un paso. Y otro. Entra en el callejón. Siente un golpe seco en la nuca. El mundo se apaga.

El honor de un pirata

Un tambor sordo martillea en su cabeza. Bum. Bum. Bum. Su cráneo parece una caja de resonancia. El vaivén del mar no tiene nada de reconfortante; es una oscilación sucia, viscosa, que le revuelve el estómago con cada sacudida. El olor que flota en el aire es una mezcla espesa de sal, humedad rancia y sangre seca. Un sabor a óxido le inunda la boca, como si hubiera estado masticando clavos.

Alex abre los ojos. La oscuridad no se retira del todo, solo cambia de forma. Una rendija de luz se cuela por una escotilla, proyectando líneas temblorosas que apenas perfilan la geometría de la bodega. Cuerdas, redes, barriles rezumantes. Está atado. Con los brazos entumecidos por la presión brutal de unas ligaduras que le cortan la circulación. Los dedos se le han quedado dormidos y parecen pertenecer a otro cuerpo.

Parpadea. Al enfocar, descubre que no está solo. Delante de él, las sombras de seis hombres, quizá siete. Imposible contarlos con precisión. La luz apenas los roza, pero revela lo suficiente: músculos duros como raíces, torsos curtidos por la intemperie, cicatrices que cruzan rostros y brazos con recuerdos de guerras pasadas. Uno de ellos lleva una cadena al cuello. Otro, una daga colgando de la boca, como si su dieta se redujese a masticar acero. Y allí, en el centro, como un recuerdo deformado, el tabernero. Con la misma expresión agria de antes, pero ahora más amenazante.

Nadie habla. Solo se oye el crujido del barco. Y el tambor en su cabeza, que ahora late al ritmo del miedo.

—¿Quién eres? —pregunta uno, con voz grave.

Otro le sigue con un tono más áspero:

—¿Qué quieres? —Y le suelta un manotazo sin previo aviso que le hace ladear la cabeza—. Habla. ¿Quién te envía?

Alex no responde. La cabeza le zumba. El miedo le aprieta el pecho como si fuera otra cuerda más. Entonces, una voz diminuta. Cerca de su oído.

—Escucha —susurra el *daemon*, nervioso—. Sal de aquí. Como sea. Ya.

—Solo... quiero sacar a un amigo de Atenas —dice Alex, con los labios resecos—. Lo van a matar. Necesito ayuda.

El crujido de la madera se detiene. El mar parece dejar de moverse. Incluso el tambor en su cabeza calla un instante.

—¿Quién? —pregunta el tabernero, con un tono más bajo.

Alex duda. Mira al *daemon*, esperando un consejo. Pero el *daemon* parece tan perdido como él. Ladea la cabeza. Parece un lagarto confundido frente a un cubo de Rubik.

—Un hombre justo —suelta Alex, como quien lanza un dado sin mirar.

Uno de los marineros, con cara de haber visto demasiada gente perder la vida, gruñe:

—Todos los muertos lo son.

—Tengo dinero —insiste Alex—. Treinta minas.

—¿Treinta minas? —repite un tercero, con voz ronca—. Espero que la oferta también incluya una virgen de Apolo, siete trípodes, veinte calderas y doce caballos. ¿O te crees que valemos menos que Aquiles? Agamenón fofo.

—¿Crees que eso basta para pagar los servicios de unos ciudadanos honrados como nosotros? —añade otro, con una risa corta.

—Es todo lo que tengo —admite Alex, bajando la voz.

—Entonces no tienes nada —sentencia el primero, con la tranquilidad de quien ya ha decidido cómo va a terminar la noche.

El corazón de Alex golpea tan fuerte que le duele el esternón. Nota el sudor correrle por la espalda, frío, traicionero. Las cuerdas le cortan la piel. Y en ese instante lo entiende: esos tipos no lo están interrogando. No buscan respuestas. Lo están oliendo. Pesando. Degustando. Como carniceros aburridos que discuten si lo suyo va a ser filete o embutido. No es un rehén. Es un juguete. Están jugando con él como un gato con el ratón antes de darle muerte. Y cuando terminen de divertirse, lo trincharán con la misma indiferencia con la que un cocinero da vueltas al pincho de kebab: sin odio, sin pasión, solo rutina, con la mente puesta en si queda cerveza fría en la nevera. Como quien mata el tiempo. O una mosca.

—Dejadme ir. No diré nada —lloriquea Alex sin ningún resquicio de dignidad.

—Ya has visto nuestros rostros. ¿Crees que vas a salir por esa puerta como si nada?

Alex busca una salida. Mira al *daemon* con ojos de perro a punto de ser atropellado.

—Estoy pensando —responde el *daemon*, más nervioso de lo habitual—. Di algo. Lo primero que se te ocurra. No sé, ¡invoca a Aquiles! ¡Recita un fragmento del *Critón*! ¡Comparte tu secreto para las croquetas! ¡Habla, idiota!

Alex cierra los ojos. Y entonces lo dice:

—¡Tengo que salvar a Sócrates!

Silencio. Todos se miran. El tabernero da un paso.

—¿Qué has dicho?

—Sócrates. El hombre al que quiero salvar... es Sócrates. Lo han condenado. Pero aún tenemos tiempo. Necesitamos un barco. Solo

eso.

El pirata más viejo deja escapar un suspiro largo.

—Por Sócrates... daríamos hasta la última gota de vino. Y si hace falta, la vida también.

—Ese hombre se jugó el cuello por nosotros —dice el tabernero, con la voz hecha astillas.

—Y nos salvó —añade otro, con un hilo de voz—. Estábamos muertos. Pero ese hombre nos devolvió la vida.

—¿Quiénes sois? —pregunta Alex.

El tabernero clava los ojos en la nada, como si rebobinara una pesadilla.

—Fuimos generales de la flota ateniense. Hace años, en la batalla naval de las Arginusas, vencimos a los espartanos. Fue una victoria dura. Sangrienta. Pero al final, vencimos.

—Vino la tormenta —interviene el de la cicatriz—. Un temporal feroz. No pudimos recoger los cuerpos de los marineros muertos. Ni a los heridos que flotaban entre los restos. Tuvimos que elegir: o salvar a los vivos o morir todos allí mismo.

El tabernero continúa:

—Y al volver a Atenas nos esperaban con antorchas. Nos llamaron traidores. Dijeron que habíamos deshonrado a los caídos. Que éramos cobardes. Que merecíamos la muerte. La asamblea quería juzgarnos a todos juntos. Sin defensa. Sin juicio justo.

—Una pantomima de justicia —escupe otro—. Nos iban a ejecutar solo para calmar la ira del pueblo.

—Y entonces —dice el tabernero, con la voz quebrada por la emoción—, Sócrates se levantó. En mitad de la asamblea. Solo. Contra todos. Dijo que no permitiría que se violaran las leyes. Que ningún crimen se puede juzgar sin escuchar a cada acusado por separado. Que incluso los culpables merecen justicia.

—Nadie más se atrevió a hablar —dice el de la cicatriz—. Ni los políticos. Ni los soldados. Ni los amigos. Solo él.

Uno de ellos se acerca y le corta las cuerdas con un cuchillo curvo.

—Por Sócrates hasta el fin del mundo si hace falta.

Alex se frota las muñecas adormecidas. El *daemon* respira hondo.

—¿Cuándo será la fuga? —pregunta Alex.

—En dos noches —dice el tabernero—. Esperadnos en el muelle viejo, junto al almacén abandonado del templo de Deméter. Pasado el último farol. Ni antes, ni después.

El tabernero le tiende la mano. Alex la estrecha. La mano del tabernero es áspera y firme. Es la mano de un hombre que lo ha ganado y perdido todo.

—Gracias —dice Alex.

El tabernero sonríe por fin.

—No nos des las gracias. Dáselas a él. Y dile que los muertos de Arginusas no lo han olvidado.

El sol cae sobre el puerto del Pireo cuando Alex llega corriendo a la fuente donde habían quedado. Jason y Critón ya están allí, sentados en el borde de piedra, con el rostro cansado. El *daemon* aparece justo detrás de Alex, aún con gesto nervioso.

—¿Dónde cojones te habías metido? —pregunta Jason.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Critón.

Alex asiente, aún sin aliento.

—Tenemos barco. Y hombres. La fuga será en dos noches.

Se sienta junto a la fuente y comienza a contar su increíble historia. Critón y Jason lo escuchan en silencio, cada vez más asombrados. Cuando termina, el cielo ya ha empezado a oscurecerse.

—No llegaremos a Atenas antes de que cierren las puertas —dice Critón, pensativo—. Será mejor que acampemos aquí cerca. Conozco un campo de olivos, no lejos del puerto. Es tranquilo. Podremos pasar la noche sin llamar la atención.

La noche cae lenta sobre los olivos. Han reunido algunas ramas secas y encendido una hoguera pequeña, lo justo para no llamar la atención. El crepitar del fuego les da consuelo. Se reparten pan, un poco de queso y el pellejo de vino. Jason se levanta de golpe.

—Voy a por leña —dice con brusquedad y se aleja.

Critón se acerca despacio a Alex.

—¿Está bien?

Alex asiente, pero no convence a nadie.

—Estará cansado.

—¿Echas de menos tu mundo? —pregunta Critón, con una suavidad inesperada.

—No. En realidad, no.

Critón arquea una ceja, sorprendido.

—¿No?

—Mi mundo es una mierda —dice Alex, bajando la voz—. Vivo en una ciudad enorme, rodeado de miles de personas que no me ven. Estudio en un colegio donde no encajo, y todos me lo recuerdan cada día.

—Eso suena... agotador.

—Lo es —asiente Alex—. Los profesores me tratan como un intruso. Los alumnos como una plaga. Hay uno en especial. Zack. Ese cabrón me tiene atravesado desde el primer día. Me esconde la mochila. Me empuja en los pasillos. Me encerró en una taquilla. Me llama Cabeza de Ajo. Y todos se ríen con sus estúpidas bromas.

Desde el bosque, se oyen pasos: Jason regresa con unos troncos en los brazos y los tira al fuego. Los tres permanecen en silencio un buen rato, observando el fuego.

—Gracias —dice Critón, mirando a Alex y luego a Jason—. No solo por hoy. Por todo.

Jason baja la mirada. Alex arranca una brizna de hierba seca y la hace girar entre los dedos.

—Cuando todo esto acabe... —continúa Critón—. Me gustaría que os quedaseis. Que os unierais a nosotros. A la pandilla de Sócrates. Hay lugar para vosotros aquí. Más del que creéis.

—Yo no puedo, Critón —resopla Jason.

—¿Por qué? —pregunta Critón, intrigado.

—Tengo un partido. La final. Soy el capitán de un equipo de fútbol. Si no vuelvo...

Alex lo mira como si acabara de decir que es pastor de dinosaurios

—Cómo no va a querer volver, Jason lo tiene todo: familia, dinero, amigos, éxito...

—No tienes ni puta idea —salta Jason, iracundo—. Para ti es fácil hablar. Tú no tienes nada que perder. Tú no cargas con nada, nadie espera nada de ti. Yo tengo que levantar una losa todas las putas mañanas y poner buena cara.

—¿Nada que perder? —replica Alex, con los ojos brillantes—. Cierto, yo no tengo una «fachada» que proteger. Te pareces más a tu abuelo de lo que pensaba...

—¿Qué cojones quieres decir con eso?

—Que me da a mí que el fútbol es tan solo una tapadera para cubrir tus carencias. Algo que te viene de familia...

La cara de Jason se enciende de ira.

—¿Qué es el fútbol? —pregunta Critón, frunciendo el ceño.

—El fútbol —responde Alex— es una especie de ritual moderno donde dos tribus se pelean por una pelota mientras miles de energúmenos les gritan desde las gradas.

—¿Quiénes son esos salvajes? —insiste Critón.

—Gente con músculos hipertrofiados, el cerebro del tamaño de una aceituna y un vocabulario de seis palabras.

—¿Me estás llamando subnormal? —se encara Jason.

—Tú eres una anomalía —responde Alex, sin borrar la sonrisa—. Pero tienes que admitir que tus compañeros son exactamente así. Especialmente el capullo de Zack.

—¿Qué has dicho?

—Zack —repite Alex—. Ese gorila rubio que se ríe de mí en los pasillos. El que me tiró la mochila por la ventana. Es un hijo de puta.

Jason aprieta los puños. El *daemon* da un paso atrás, incómodo.

—No vuelvas a hablar de Zack.

—¿Por qué? ¿Porque no soportas oír la verdad? Que es un abusón. Como todos los de tu equipo.

—¡Cállate ya!

—¡No! ¡Estoy harto de que os creáis mejores que yo y con el derecho a pisotearme!

—¡Y yo estoy harto de ti! ¡De tu complejo de mártir!

—¡Tú nunca tendrías que haber estado aquí!

—¡Estoy aquí por tu culpa!

Silencio. Jason da media vuelta y se aleja entre los olivos. Alex se queda sentado junto al fuego. La brizna de hierba se le ha roto entre los dedos.

—Llevaba tanto tiempo queriendo decir todo esto...

Jason camina alejándose de la hoguera. La luz de la luna platea las ramas y deja sombras alargadas en el suelo. El crujido de sus pasos acelerados sobre la hierba seca es el único sonido.

—Idiota —murmura para sí mismo.

El aire cambia súbitamente. Todo se vuelve más denso. Más frío. Una figura emerge de entre los árboles. Alta. Con una capa de escamas de hierro y fuego. Ojos rojos como brasas encendidas.

—Buenas noches, campeón.

Jason se detiene en seco. Las piernas le tiemblan por el miedo.

—¿Quién eres...?

—¿No me reconoces? —dice la figura, avanzando—. Te dije que nos volveríamos a ver pronto.

—¡Ares!

Jason retrocede.

—¿Qué quieres ahora de mí?

Ares no responde. Extiende una mano. Y Jason cae de rodillas. De pronto ya no está entre olivos. Está en un estadio. Repleto. Es la Super Bowl. Pantallas gigantes, fuegos artificiales, gritos enloquecidos que resuenan como el canto de sirenas. Miles de personas lo vitorean. Luces. Banderas. Drones con su nombre. Camisetas con su dorsal. El balón está en sus manos. El marcador acaba de cambiar. Ha marcado el tanto de la victoria. Su equipo lo levanta en hombros. El entrenador lo abraza. Y entre la multitud... su padre. Sonriendo. Con los ojos húmedos. Orgulloso.

—¿Ves lo que podrías tener? —susurra Ares, a su espalda—. ¿Ves lo que puedes ser? El pasado no ha existido. Solo este momento. Solo el futuro. Solo la gloria.

Jason se gira. Está de nuevo bajo la luna. Temblando.

—¿Qué quieres de mí?

Ares lo mira con calma.

—Ya sabes lo que quiero.

Jason no responde.

—Te ofrezco un regreso. Un camino de vuelta. Con una condición.

—¿Cuál?

Ares sonríe.

—Solo puedes volver tú... Roba el caduceo y yo te enseñaré a usarlo. Tú volverás a casa esta misma noche. Al partido. A la gloria. Te ofrezco solo lo que tú siempre has querido.

Jason lo mira, confundido.

—Piénsalo —dice Ares, girándose para desaparecer entre los árboles—. Solo tienes que elegir entre el recuerdo de un viejo loco o el futuro que mereces.

Jason se queda solo. De rodillas. Bajo la luna. En mitad del campo. Regresa al campamento sin hacer ruido. El cielo está cubierto de estrellas, y la hoguera se ha reducido a brasas anaranjadas. Critón duerme sobre una piedra lisa, arrebujado en su manto. Alex está de espaldas, roncando. El *daemon* también duerme, encogido junto a su zurrón, como una criatura exhausta. Jason se agacha. Mira al *daemon*. Luego al zurrón. El caduceo asoma entre los pliegues de la tela, envuelto con cuidado. Jason estira la mano. Sus dedos lo rozan. Pero un recuerdo surca su mente como un relámpago. La voz de Sócrates, firme, como el eco que devuelve la montaña:

«Es mejor sufrir una injusticia que cometerla.
Mejor perder el mundo que perderse a uno mismo.»

Jason siente que el caduceo le pesa como la culpa. A duras penas puede sostenerlo. Le arde en las manos. Mira a Alex. Suspira. Su pulso tiembla. Vuelve a colocar el caduceo en su sitio como el que

devuelve una ofrenda robada al altar. El *daemon* entreabre un ojo. No dice nada. Pero lo ha visto todo.

Esa noche, en aquel huerto de olivos, Jason no dormirá.

Cuando las leyes hablan...

El cielo apenas empieza a clarear cuando Jason se incorpora sobre el lecho improvisado. Sigue teniendo la piedra blanca en la mano, tan apretada que le ha dejado marca. Critón se aleja hacia un arroyo cercano y los deja solos. Alex está despierto también, sentado junto al fuego ya apagado. Mira el suelo, sin atreverse a levantar la vista. El silencio entre ambos es un muro invisible que ninguno es capaz de derribar.

—Jason... —murmura por fin Alex.

Jason no contesta. Ni siquiera se gira. Alex respira hondo.

—Lo de anoche... me pasé. Dije cosas que no sentía. Se me fue la olla. De verdad.

Jason sigue en silencio. Alex se rasca la nuca, incómodo. Luego continúa, atropellado, las palabras le arden por dentro:

—No creo que seas un capullo. Sé que Zack es tu colega. No quería ofenderte.

Jason traga saliva, sin mirarlo aún.

—Sé que me defendiste cuando Alcibíades me dejó en ridículo. A veces me parece que eres más valiente de lo que yo seré jamás. Has arriesgado más que nadie por Sócrates. Y por mí.

El *daemon* los observa con interés desde una roca cercana. No dice nada. Solo sonríe.

Jason respira hondo, y por fin habla.

—No soy valiente —dice. Su voz se quiebra—. Soy un traidor.

Alex lo mira, desconcertado.

—¿Por qué dices eso?

Jason aprieta la piedra blanca en el puño.

—Porque estuve a punto de hacerlo. De quedarme el caduceo. Lo tuve en la mano. Y pensé en usarlo para volver. Solo. Dejarlo todo. Dejarte a ti. A Sócrates. A la misión. A tomar por culo todo.

Hace una pausa. Mira al suelo.

—Ares apareció... Me ofreció lo que siempre había querido. Me vi en la final de la Super Bowl, levantando el Lombardi, la grada rugiendo mi nombre, mi padre por fin... Era tan real que dolía.

Levanta la mirada. Los ojos de Alex lo atraviesan como dos cuchillas.

—Y lo peor es que no me importó traicionaros. Una parte de mí lo deseaba con toda el alma.

Alex cierra los puños con fuerza y abre, por fin, la boca:

—¿Y qué coño haces aquí?

Jason retrocede con los hombros completamente hundidos.

—No pude hacerlo —responde, con voz ronca—. Me acordé de lo que dijo Sócrates en el juicio. Que es fácil esquivar la muerte, pero no la bajeza moral. Que más vale morir con dignidad que vivir con vergüenza.

Se le escapa una carcajada amarga.

—Lo jodido es que pensé que sí podía. Que, si nadie se enteraba, no pasaba nada. Que total, ya había hecho bastante, ¿no?

—Total... ni las ratas me quieren... ¿verdad, Jason?

Jason baja la cabeza, derrotado.

—Te fallé. Os fallé a todos.

Silencio. Jason cierra los ojos. No se mueve. Está esperando un puñetazo en la cara. Que le parta el labio o le reviente el orgullo. Aprieta los dientes. Siente algo, pero no es dolor y no en la cara. Una presión leve en la mano derecha. Alex le ha dejado algo. Abre

los ojos. Lo reconoce al instante. Su trozo del símbolo. El mismo que tiró al suelo con desprecio en el templo de Asclepio.

—No me fallaste —dice—. Pensar no es traicionar. Lo que importa es lo que eliges.

Jason aprieta el fragmento entre los dedos.

—¿Por qué lo guardaste?

Alex se encoge de hombros.

—Por la misma razón por la que tú sigues aquí.

Alex saca su otro trozo y lo junta con el de Jason. Los aplausos del *daemon* interrumpen la escena.

—¡Las piezas del puzle por fin han encajado! —proclama, abriendo los brazos.

Brinca como una cabra feliz.

—Los dos unidos sois el *kaloskagathos*, el ciudadano ideal. La armonía entre el cuerpo y el alma, la acción y la reflexión, la fuerza y la prudencia. Nada podrá hacer Ares, si permanecéis unidos.

Jason y Alex intercambian una mirada.

—Ahora sí —dice el *daemon* con solemnidad—. Estáis listos para cumplir la misión. Yo también he cumplido la mía. Quizá Atenea me deje por fin descansar. Quizá, hasta me convierta en una constelación como a Heracles. Quién sabe.

Justo entonces, el aire se vuelve denso. Una ráfaga fría recorre el claro. Alex siente que la cicatriz le duele como nunca antes lo había hecho. Y una voz profunda, rugosa, surge de la nada. Como si brotara de las raíces mismas de la tierra.

—¿Creéis que esto ha terminado?

La risa que le sigue es áspera, cruel.

—No le podéis ganar la guerra al dios de la guerra. Los hombres preferirán siempre la seguridad de las cadenas a la incertidumbre de la libertad. Volveré cuando estén cansados de pensar.

Otra ráfaga súbita de aire. Ares desaparece.

—¡Puto Ares! —grita el *daemon* al vacío—. ¡Ven aquí si tienes huevos! ¡No te escondas entre sombras, que te reviento ese casco oxidado y te quito el palo de escoba que te metieron por el culo!

Alex y Jason se ríen.

—Déjalo, anda.

—Sí —añade Alex—. Has hecho suficiente teatro por hoy.

El *daemon* se cruza de brazos, ofendido. Pero se le escapa una sonrisa de medio lado. Aparece Critón por el sendero, con la cara recién lavada y el cabello aún chorreando.

—¿Me he perdido algo?

—Nada importante —responde uno de los chicos, mirando al otro con una sonrisa cómplice.

—Entonces pongámonos en marcha —indica Critón—. Las puertas de Atenas están a punto de abrirse. Tenemos que hablar con Sócrates cuanto antes. Espero que Lamprocles lo haya convencido.

Apenas han tardado dos horas en llegar a la prisión. El carcelero emerge al escuchar sus pasos. Tiene cara de no haber dormido mucho y el aliento le apesta a vino barato.

—¿Quiénes sois y qué queréis?

Critón da un paso al frente.

—Venimos a visitar al ciudadano Sócrates. Es urgente.

El carcelero lo examina de arriba abajo.

—Solo familia. Y solo uno.

—Entiendo —dice Critón con una leve sonrisa—. Pero seguro que un hombre tan razonable como tú... sabrá hacer una excepción si las circunstancias lo justifican.

Saca con discreción una pequeña bolsa de cuero. El tintineo es inequívoco. La abre, extrae una moneda y la deja caer en la palma del carcelero.

—Una mina —añade—. Por mirar hacia otro lado... solo durante un rato.

El carcelero la sopesa en el puño cerrado. Frunce el ceño. Se guarda la moneda entre los pliegues de la túnica. Gruñe.

—Entrad. Pero que sea rápido. Y cuidad la lengua: las paredes oyen.

Gira una pesada llave de bronce. La puerta se abre con un quejido.

Los tres cruzan el umbral, pero antes de que el carcelero cierre tras ellos, Critón se detiene. Mira al hombre con seriedad.

—Una cosa más.

Vuelve a sacar la bolsa. La abre apenas un segundo para que el carcelero vea el contenido: monedas brillantes.

—Cinco minas más. Por lo que vendrá en un par de noches.

El carcelero se pone tenso.

—¿Qué estás insinuando?

—Nada que no hayas visto antes —responde Critón con calma—. Sócrates no tiene que morir. Y tú no tienes por qué ser parte de esta injusticia.

—¿Y si me pillan?

—No te pillarán. Está todo previsto. Un barco espera en el Pireo.

El carcelero duda. Sus ojos se posan en la bolsa abierta. Critón le pone diez minas en la mano.

—Tendrás el resto cuando Sócrates esté fuera de Atenas.

El carcelero guarda con rapidez las monedas. Mira a un lado y al otro, y luego asiente con un leve movimiento de cabeza. Hace un ademán.

—Id. Está al fondo. No tardéis mucho.

Los tres caminan por el pasillo en penumbra, hasta llegar a la celda donde los espera Sócrates. Sentado. Sereno. Como si la muerte solo fuera un tema de conversación.

Al verlos, sonríe.

—¡Ah, mis jóvenes filósofos! ¿Venís a dialogar con este viejo?

—No. Venimos a sacarte de aquí —responde Jason decidido.

—¿A sacarme? ¿Y adónde, si se puede saber?

—A cualquier sitio donde no te vayan a matar —interviene Alex—. Un barco nos espera en el Pireo con rumbo a Tesalia. Ya está todo preparado.

—La ruta, los contactos, la coartada —añade Critón—. Será en dos noches.

Sócrates apoya la espalda en la pared. Suspira con cariño.

—Sois valientes. Y leales. Y por eso, precisamente, debo deciros que no.

Jason frunce el ceño.

—¿Cómo que no?

—No puedo irme. No debo.

—¿Por qué? —pregunta Alex asombrado.

Sócrates lo mira con ternura. Luego pasea despacio por la celda, como si pensara en voz alta.

—Imaginad por un momento que las leyes de Atenas pudieran hablar. Que entraran por esa puerta ahora mismo y me dijeran: «Sócrates, ¿qué haces? ¿Vas a incumplir el contrato que libremente firmaste con nosotras? ¿Es que no tienes palabra?».

Los tres lo observan sin dar crédito a lo que oyen. El *daemon* bufa y se echa las manos a la cabeza.

—Las leyes me vieron nacer —prosigue Sócrates—. Me protegieron cuando era niño, me educaron, me permitieron formar

una familia, participar en la vida pública. Nunca me obligaron a quedarme aquí. Pude irme en cualquier momento. Pero me quedé. Y, al hacerlo, acepté vivir bajo sus normas. Pero también bajo sus errores.

Se detiene y los mira con gravedad.

—Si huyo ahora, ¿qué os enseño? ¿Que cuando una ley no me gusta, puedo saltármela? ¿Que si tengo dinero, amigos o poder puedo escapar de la justicia?

Critón intenta protestar.

—Pero esta condena no es justa.

—Si destruyo las leyes cuando me perjudican, ¿quién las apoyará cuando me protejan? He dedicado mis días a defender la *polis*, no puedo escapar de ella como un ladrón, ¿qué sentido habría tenido entonces mi vida? Dejadme morir como he vivido.

Critón sale de la celda silente, cabizbajo. El *daemon* levanta los brazos, muy enfadado.

—¡Pero qué narices está pasando! —exclama, dando vueltas sobre sí mismo—. ¿Así termina todo? ¿Con Sócrates diciendo que prefiere morir para defender el Estado de derecho? ¿De verdad, Atenea? ¿Esta era tu jugada maestra?

Jason aprieta los dientes. Alex lanza una mirada furiosa hacia el techo, como si esperara una respuesta divina.

—Nos trajiste aquí para esto... ¿para verlo morir, otra vez?

La lámpara de aceite parpadea. Un viento recorre la celda. Del rincón más oscuro surge una figura. No camina: se desplaza como si la luz misma la dibujara al avanzar. Atenea. Sócrates la saluda con una sonrisa. El *daemon* da un paso hacia la diosa, envalentonado.

—¿Has venido a ver cómo se arruina todo? —pregunta con ironía amarga.

Atenea mira a Sócrates. Él inclina la cabeza.

—No os he traído aquí para salvar a Sócrates.

La voz de la diosa suena con la gravedad de un oráculo escrito en piedra hace mucho tiempo.

—¿Cómo que no? —salta Alex—. ¡Pero si todo este viaje...!

—¡¿Entonces qué demonios era todo eso?! —interrumpe Jason.

—Os he traído para que Sócrates os salve a vosotros.

—¿Salvarnos? —protesta Alex—. ¿Salvarnos de qué?

—Del futuro que ya estáis construyendo —responde Atenea.

La diosa extiende una mano y la apoya con delicadeza sobre la cabeza de Jason. Luego, la otra sobre la de Alex. Los ojos de ambos se abren repentinamente y quedan en blanco. La celda desaparece. Están en una ciudad que no reconocen. Un abismo de ruido, luces frías y sombras veloces. Una ciudad devastada por el miedo.

—Bienvenidos a vuestro futuro —dice Atenea, con voz grave—. Bienvenidos a un siglo XXI en el que Ares ha ganado la guerra.

Las imágenes se suceden como una película proyectada a cámara rápida: linchamientos en redes sociales, obras de teatro censuradas, universidades cerradas, bibliotecas quemadas. Escenas de violencia, grupos organizados que atacan a gente indefensa, minorías, entre vítores y banderas. Hombres y mujeres tratados como animales, niños separados de sus padres, niños encerrados en jaulas. Cárceles, prisiones, guetos, patrullas armadas, alambres de espino, muros en las fronteras, banderas, más banderas, muchas banderas.

Una plaza vacía.

—En vuestro futuro, la democracia ha dejado paso a gobiernos autoritarios que han pervertido el concepto «libertad». La razón no tiene poder, domina la fuerza, el miedo y el enfrentamiento permanente. La palabra ha sido sustituida por la propaganda.

Millones de personas solas en habitaciones iluminadas por pantallas, tecleando sin descanso, la cárcel invisible...

—Os habéis entregado a unas redes sociales que no sirven para pensar —explica Atenea—. Sirven para señalar, para destruir, para gritar más alto que el otro. El que duda, pierde. El que razona, aburre. El algoritmo premia la indignación, la polarización y la violencia. Las redes son campos de batalla culturales.

Un programa de televisión con gente que discute acaloradamente.

—Los valores cívicos han sido sustituidos por la lógica de la guerra —continúa la diosa—. Los ciudadanos se han convertido en soldados tribales. Cada colectivo está atrincherado en su identidad. Nadie escucha. Nadie se mueve. Nadie cede. La verdad... ha dejado de importar. Ya no se busca el bien común, sino el interés propio.

Una gran avenida. Una pantalla enorme, en lo alto de un edificio, proyecta de forma continua eslóganes: «Defiende tu verdad». «Gana el relato.» «Solo importas tú.» «Consume.»

—Las ciudades ya no son *polis* —dice Atenea—. Ya no son espacios comunes donde se delibera. Se han convertido en fortalezas del yo. Han desaparecido los barrios, las plazas, los vínculos. Vivís juntos, pero estáis solos. La gente compra, opina y ama desde el sofá. Todo vínculo es sospechoso. Todo compromiso, una carga.

Un hemiciclo vacío. Un orador habla a tres diputados somnolientos.

—Los nuevos dueños del poder han convertido el parlamento en solo un teatro. El poder real está en manos de los nuevos dioses: las grandes corporaciones tecnológicas. CEOS que gobiernan desde algoritmos. Y líderes autoritarios con discursos simples, mesiánicos, eficaces como cuchillos.

Una escuela. Cientos de alumnos idénticos frente a pantallas, tecleando sin levantar la vista. Ni una palabra. Ni una pregunta.

—La educación ha sido desmantelada —concluye Atenea—. Ya no se busca formar ciudadanos. Solo piezas útiles para el engranaje. El pensamiento crítico es un peligro. La filosofía, prescindible. Y Sócrates, innecesario.

Una pantalla de móvil. Un joven desliza el dedo. Una noticia falsa que enciende un odio verdadero.

—Ese es el mundo al que vais a regresar. Y ese es el mundo que debéis salvar.

La visión se apaga. La celda regresa. Las paredes de piedra. El olor a aceite. El *daemon*, incrédulo. Sócrates, en calma. Jason y Alex jadean.

—¿Cómo...? —balbucea Jason—. ¿Cómo llegaremos a eso?

Atenea no responde, mira a Sócrates que toma la palabra sin moverse de su rincón.

—La democracia entrará en crisis. Atenea también me lo mostró. Pero esta vez, Ares no atacará desde fuera. No enviará tanques. No quemará urnas. No gritará «abajo la democracia». No. Ares entrará por la puerta principal. Con traje, con sonrisa. Prometiendo orden, seguridad y arreglarlo todo con «sentido común». Partidos políticos usarán las propias reglas de la democracia para vaciarla desde dentro. Legalmente. Paso a paso. Harán de la mentira su bandera. Del odio, una estrategia. De la libertad, una palabra hueca. Y todo con apariencia de legitimidad.

—Pero la gente no puede ser tan estúpida... —intenta decir Jason.

—La gente querrá creerles —interrumpe Sócrates—. Porque tendrán miedo. Y el miedo es el mejor aliado del tirano. Les prometerán devolverles el control, la identidad, la grandeza perdida. Y para eso culparán a otros: los pobres, los extranjeros, los disidentes, los profesores, los periodistas, las mujeres que alzan la voz.

—¿Y nadie hará nada? —pregunta Alex—. No me creo que nuestra generación se quede de brazos cruzados.

—Los jóvenes no harán nada —contesta Atenea—. Y ese será precisamente el problema. Se rendirán al *no future*. No lucharán por la democracia porque ya no creerán en ella. Preferirán los memes a las ideas y los *likes* a los argumentos. Rechazarán toda forma de compromiso. No defenderán la verdad cuando empiece a ser perseguida.

—Ares no necesita destruir la democracia. Basta con que nadie la defienda —concluye Sócrates—. Basta con que los ciudadanos dejen de actuar como tales y se comporten como súbditos.

Jason baja la mirada.

—Y cuando quieran reaccionar —añade Atenea— será tarde. Porque ya no quedará nada. Solo urnas vacías. Parlamentos sin poder. Y el miedo gobernando en nombre de la patria. Ese es el verdadero rostro de Ares. No el de la guerra.

Jason se deja caer sobre una piedra. Tiene la cara desencajada. Alex permanece de pie, pero los labios le tiemblan.

—¿Todo esto es real? —pregunta con un hilo de voz—. ¿De verdad esto va a pasar?

Atenea asiente.

—Esto es lo que va a pasar, si no lo impedís.

Jason sacude la cabeza, incrédulo.

—Pero somos solo dos chavales. ¿Qué se supone que podemos hacer?

—Ya no sois los mismos —responde Atenea—. Esta aventura tenía un propósito. Era una *paideía*. Una forja para vuestro carácter.

La diosa sonríe por primera vez.

—Habéis conocido el valor, la vergüenza, la amistad, la moderación, el pensamiento crítico, la verdad, el diálogo, el honor, la

dignidad. Habéis aprendido a resistir la tentación de huir y a enfrentaros a vosotros mismos. Y lo más importante: habéis empezado a actuar como ciudadanos.

Jason la mira, aún con dudas.

—¿Y eso basta?

—Es el principio de todo —responde Sócrates desde su rincón—. Una democracia no necesita líderes salvapatrias, necesita ciudadanos dispuestos a pensar, a escuchar, a dialogar, a defender lo justo, aunque duela.

—La democracia tampoco necesita dioses —añade Atenea—. Necesita humanos dispuestos a intentarlo.

Jason se pone en pie. Mira a su amigo. Luego a Sócrates. Y, finalmente, a la diosa.

—Vale. Dinos qué tenemos que hacer.

Atenea se inclina levemente hacia ellos.

—Volver. Y recordar.

—Recordar qué —pregunta Alex.

—A Sócrates. Vosotros sois su legado.

El *daemon* da un par de pasos hacia Sócrates. Entorna los ojos con desconfianza.

—A ver, barbas... ¿tú lo sabías todo desde el principio?

Sócrates le dedica una media sonrisa.

—Sí.

—¡Claro, claro! ¡Y a mí me ninguneas! —bufa el *daemon*, girándose hacia Atenea—. ¡Me tuviste como un idiota haciendo de niñera mágica! ¡Ni un mísero *spoiler* me diste, diosa!

—Eres un bocazas, *daemon* —dice la diosa—. Y tu lengua podría haber arruinado la misión.

—¡¿Yo?! ¡Yo que me callé lo del caduceo! ¡Lo de la piedra blanca!

Atenea guarda silencio unos segundos. Luego, asiente.

—Lo hiciste bien.

El *daemon* se queda quieto. Parpadea.

—¿Perdón? ¿Puedes repetir eso? Que lo grabo en tablilla de mármol.

—Lo hiciste bien —repite Atenea, con una pequeña sonrisa—. A tu manera. Caótica. Insolente. Pero eficaz.

Jason se queda en silencio un instante. Mira a Sócrates con los ojos vidriosos. Y, finalmente, suelta la pregunta que lleva clavada en el pecho desde el principio.

—¿Por qué tienes que morir? ¿No hay otra manera?

Sócrates lo mira con ternura. Y niega despacio.

—He vivido lo suficiente, Jason. Y he vivido bien.

Se pone en pie con calma. Camina unos pasos dentro de la celda, como si acariciara con los pies la tierra de su ciudad por última vez.

—He amado. He reído. He discutido hasta quedarme sin voz. He luchado. He escuchado a los poetas. He bailado en los banquetes. He paseado por el ágora. He hablado con sabios... y con necios. He sido libre. ¿Qué más se puede pedir?

Hace una pausa.

—No conservéis este viejo cuerpo, sino el espíritu que lo habita.

Critón llora. El barco de Teseo cada vez está más cerca.

El gallo de Asclepio

La puerta de la casa se abre con un golpe que hace temblar la estancia. Critón entra, pálido, con los pies cubiertos por el polvo del camino del Pireo, el aliento entrecortado, su pecho subiendo y bajando aceleradamente.

—Ha llegado... —dice apenas—. El barco de Teseo está en el puerto.

El silencio se adueña de la sala. El mundo deja de girar. Jantipa se lleva una mano a la boca. Lamprocles se adelanta y la rodea con los brazos, apretándola contra su pecho. Alex y Jason intercambian una mirada muda que lo dice todo. El *daemon* baja la cabeza.

—Hoy... —Critón no termina la frase. No hace falta. Todos entienden que ha llegado el día de la ejecución.

Antístenes rompe el mutismo formulando en alto la pregunta que todos se están haciendo.

—¿Entonces... ya no hay nada que hacer?

—¿Qué se hace —responde Platón— cuando todo parece perdido?

Se abre un murmullo de voces. Aristipo, con la frente perlada de sudor, murmura algo sobre resistir. Alcibíades, con una mueca amarga, sugiere huir mientras aún hay tiempo. Jenofonte, el más joven de los tres, susurra que lo piadoso no es la esperanza sino aceptar el destino dictado por los dioses.

—¿Qué sentido tiene seguir esperando? —se dice Platón a sí mismo—. ¿De qué sirve la esperanza?

Jantipa, con los ojos húmedos, responde con voz temblorosa:

—Platón, la esperanza no es esperar que algo cambie, es negarse a que lo que amamos muera antes de tiempo.

—La esperanza es una trampa —replica Antístenes—. Una forma de aplazar lo inevitable para no afrontarlo.

Alex recuerda algo que leyó una vez y no puede evitar decirlo en voz alta:

—La esperanza no es ilusión, sino coraje. Esperar no es una espera pasiva, no es quedarse de brazos cruzados, sino sostenerse en pie, aunque el final esté escrito.

—¡Cierra la bocaza! —le corta el *daemon*, fulminándolo con la mirada—. Byung-Chul Han no ha nacido todavía. ¿Quieres reventar la historia de la filosofía y que Platón acabe escribiendo *La sociedad del cansancio*?

Jason asiente con la cabeza, rumiando las palabras que Alex acaba de decir.

—Si no podemos salvarlo, al menos podemos acompañarlo —afirma Lamprocles mientras aprieta la mano de su madre.

Las miradas se encuentran. Nadie discute. Saben que es la única victoria que les queda: estar allí.

Critón se pone en pie y dice con firmeza, pero con un brillo triste en los ojos:

—Entonces, vayamos a la prisión. No lo dejaremos solo.

—Yo... no puedo —dice Platón, encogido en el rincón más oscuro —. No soportaría verlo morir.

Antístenes se gira hacia él con una mezcla de incredulidad y rabia.

—¿No soportarías? —Su voz es un látigo—. ¡Siempre hablando de virtud, llenándote la boca con discursos sobre el valor y ahora te escondes como una rata asustada!

Platón levanta la cabeza.

—No es cobardía, Antístenes. Es amor. No quiero que mi último recuerdo de él sea verlo expirar. Prefiero quedarme con su voz y con su risa.

—¡El amor también exige estar! —replica Antístenes, enfadado—. Es sostener la mirada cuando la muerte viene por quien amas

—¡Basta ya! —interviene Jantipa—. Este no es el momento para medir el amor con una vara. Cada uno lo vive como puede y todos, aunque de maneras distintas, sufrimos por el mismo hombre. La muerte del ser amado se enfrenta de mil formas, y todas duelen.

Uno a uno, se levantan. El hijo pequeño parpadea, confundido, incapaz de comprender la gravedad del momento. El *daemon* suelta un suspiro largo de quien ya ha vivido demasiadas despedidas. Salen en silencio, arrastrando los pies. La casa queda vacía. Platón permanece sentado un instante, rígido. Se deja caer sobre el banco. Sus manos tiemblan. Empuja con rabia un ánfora; el barro se rompe contra el suelo en un estallido seco. La contención se derrumba. Las lágrimas acuden sin control. El dolor le enferma, le retuerce el estómago hasta provocarle náuseas.

Los primeros en llegar a la prisión son Alex, Jason, Critón y el *daemon*. El guardia de la entrada los deja pasar sin mediar palabra, hoy las formalidades sobran. El aire del interior huele a piedra húmeda y a aceite rancio de lámpara. Los pasos resuenan en el pasillo, largos y huecos. Se detienen ante una puerta entreabierta. Dentro, Sócrates duerme. Está tendido sobre un jergón áspero, pero su cuerpo parece descansar en un lecho de plumas. Sus manos, entrelazadas sobre el vientre, suben y bajan con un ritmo sereno. En su rostro no hay sombra de miedo; la luz que entra por la pequeña ventana le dibuja un halo en la frente. Sonríe levemente, como

quien sueña con algo hermoso. Alex se queda en el umbral, incapaz de dar un paso. Jason, en cambio, se adelanta un par de metros y lo observa con los brazos cruzados. Critón se arrodilla junto al jergón, con el impulso de tocarlo pero sin atreverse.

—No deberíamos despertarlo —murmura Alex, bajando la voz—. Déjalo soñar.

—No —responde Jason, tajante—. Él querría la verdad, aunque duela. Despiértalo.

—¿Y para qué? —replica Critón, sin apartar la vista del maestro—. ¿Para robarle este último instante de calma?

Se oyen gotas cayendo en algún rincón y la respiración de Sócrates. Alex duda en su corazón: quizá la ilusión que consuela valga más que la verdad que hiere. O no. Sócrates abre los ojos, se despereza y los mira con una paz que no es de este mundo.

—¿Cuánto tiempo lleváis ahí? ¿Por qué no me habéis despertado antes? —pregunta, con una ligera sonrisa.

—Pensamos que estabas mejor... así —responde Alex.

Sócrates se incorpora despacio, apoyándose en un codo.

—¿Mejor? —ríe suavemente.

Antes de que Alex pueda responder, se oyen pasos acercándose por el pasillo. La puerta se abre y entran Jantipa con los dos pequeños, Lamprocles, Antístenes, Aristipo, Alcibíades y Jenofonte. La habitación se llena de silencio, como si cada uno de ellos hubiera dejado las palabras en la entrada.

—Ha llegado el barco, Sócrates —dice Critón.

—Y hemos venido... —añade Jenofonte, bajando la cabeza— a acompañarte en este día.

Sócrates se sienta despacio en el borde del jergón. Flexiona una pierna y con ambas manos se frota el tobillo, justo donde las correas

de los grilletes han dejado una marca roja. Cierra los ojos un instante y deja escapar:

—Ah... qué gustito.

Levanta la mirada hacia ellos, con una sonrisa cargada de curiosidad infantil.

—Es curioso esto del placer. Siempre va de la mano del dolor, como si no pudiera vivir sin él. Para obtener uno, hay que estar dispuesto a pasar por el otro.

Se queda en silencio, y durante unos segundos solo se oye el roce de su mano contra la piel. Luego añade, con voz serena:

—Parece que me marcho hoy. Así lo han decidido los atenienses.

Nadie contesta. Salvo Alex, que no deja de mirarlo:

—¿Cómo se acompaña a un amigo a su muerte?

—Con filosofía, mi querido Alex —responde—. Filosofar no es otra cosa que aprender a morir.

—¿Qué narices quiere decir eso? —pregunta Jason.

Sócrates acaricia el pelo de Jason y le responde.

—Que debéis resolver un enigma: ¿por qué estaríais dispuestos a dar la vida? Quien quiera vivir como un verdadero filósofo debe resolver esta pregunta y no dar un paso atrás cuando llegue la hora.

Sus manos se abren, como si les ofreciera algo.

—Cuando uno encuentra la respuesta, la muerte deja de ser un monstruo y se convierte en el final natural de un viaje. Filosofar es aprender a no retroceder ante ella, para que cada momento de vida tenga la intensidad que merece.

Se reclina un poco hacia atrás, apoyándose en las manos.

—Creedme, a la hora de la verdad se muere como se ha vivido.

Aristipo baja la cabeza y se cubre el rostro con las manos. Antístes rompe a llorar. Incluso Jenofonte, siempre comedido, aparta la vista para que no le vean los ojos vidriosos.

Sócrates los mira a todos y les dice:

—Vamos, amigos. ¿No os dais cuenta? No es el final.

Se inclina un poco hacia delante, como si confiara un secreto.

—Pensadlo así: si el alma naciera y muriera junto con el cuerpo, la vida no sería más que un paréntesis entre dos vacíos. Pero nada surge de la nada, y nada se desvanece sin dejar huella. Todo lo que muere nace de algo y todo lo que nace un día muere. El día se convierte en noche, el invierno en verano, la semilla en fruto... y el fruto en semilla. Vida y muerte son solo estaciones de un mismo viaje.

Levanta la vista y recorre con ella los rostros tensos que le rodean.

—¿No es lógico pensar que, igual que la vida precede a la muerte, la muerte pueda dar paso a otra vida? Si el alma es inmortal, la muerte no puede separarnos. Lo que somos de verdad permanece y lo que hemos compartido, también.

Jason se enciende, resoplando como un toro acorralado. La humedad en sus ojos no apaga el fuego que lleva dentro.

—¿De verdad te crees esa mierda? —escupe con rabia—. Te juro que no te entiendo.

Alex, en cambio, sí lo entiende. Una media sonrisa le cruza el rostro mientras piensa: «Viejo zorro, no estás hablando para ti, sino para nosotros». Se da cuenta de que todo ese razonamiento no es un ejercicio intelectual, sino un bálsamo. «Veníamos a consolarte y eres tú quien nos está consolando.»

Lamprocles se arrodilla junto al jergón y clava los ojos en su padre.

—Perdóname, padre —dice con la voz rota—. Por...

Sócrates le acaricia la cabeza con ternura deteniendo las palabras de su hijo.

—Soy yo quien ha de pedirte perdón por no haberte entendido siempre. Yo...

Lamprocles acaricia la cabellera plateada de su padre y calla al filósofo por primera vez. Se funden en un abrazo. Lamprocles no aguanta más. Se agarra a su padre y rompe a llorar, como si quisiera retenerlo a la fuerza.

—No puedo quedarme sin ti. ¿Cómo se vive sin la persona que amas?

Sócrates lo abraza y espera a que el temblor de su hijo se calme un poco. Luego, con voz suave pero llena de certeza, responde:

—Cuando la persona que amamos muere, lo primero que sentimos es un vacío que parece tragárselo todo. Una soledad tan grande que no cabe en el corazón. Es como si una parte de ti quedara en silencio para siempre. Y, sin embargo, el amor no muere con el cuerpo.

Lamprocles levanta la cabeza, todavía con lágrimas. Sócrates continúa:

—El cuerpo que abrazabas ya no estará aquí, no podrás escuchar su voz ni sentir su calor. Pero si lo has amado de verdad, esa persona sigue contigo de otra manera. Pasa de ser alguien cercano a una presencia en la distancia. Y a veces esa presencia es más intensa que cuando estaba físicamente a tu lado.

Hace una pausa, acariciándole la mejilla.

—El amor convierte esa ausencia en compañía. Te empuja a vivir, porque mientras vivas, sigues amando. No es que «se haya ido» del todo. Es que ahora está en ti. Y en esa medida, nunca desaparece.

Lamprocles cierra los ojos, dejándose envolver por las palabras de su padre. Sócrates aprieta un poco más el abrazo a su hijo.

—No quiero que tu vida se detenga. Llévame contigo. Haz que tu vida sea la prueba de que este amor sigue vivo. Así, cuando llegue el

momento, nos reencontraremos. Haz que tu luto no sea un homenaje a la muerte, sino al amor que no se deja destruir por ella.

Jantipa se acerca despacio. Pone una mano suave sobre el hombro de Lamprocles. El muchacho la mira, y en ese cruce de miradas entiende lo que su madre le pide. Con esfuerzo, se separa de su padre, como si le arrancaran algo de dentro. Sócrates le da un último apretón en la mano antes de soltarlo. Jantipa se arrodilla frente a Sócrates. No habla. Su mirada recorre su rostro con lentitud. Pasa la yema de los dedos por las arrugas de su frente, por la curva de su mejilla, por la barba ya encanecida. Sócrates le toma las manos y las retiene entre las suyas, notando su temblor.

—Mi querida Jantipa...

Ella traga saliva, intentando que la voz no le falle.

—No sé cómo voy a seguir —confiesa.

Ella baja la cabeza, las lágrimas cayendo sobre las manos que él sostiene. Sócrates, a pesar de los grilletes, se inclina hacia delante y le seca una mejilla con el dorso de la mano.

—No permitas que mi partida se convierta en tu prisión. Vive, Jantipa. Vive por ti, por ellos y por nosotros.

Sus frentes se tocan un instante. Se besan. Un beso lento, profundo, el de quienes se despiden sabiendo que no habrá otro. Un beso que no intenta retener, sino llevarse consigo todo lo que fueron.

Un carraspeo incómodo corta el silencio.

—Disculpad... —la voz viene desde la puerta, grave pero contenida—. Ha llegado el momento.

El verdugo, un hombre corpulento de rostro cansado, se queda en el umbral, como si no quisiera entrar del todo. Evita mirar directamente a Sócrates; en su lugar, fija los ojos en el suelo.

—La ejecución debe llevarse a cabo ahora —añade, casi en un susurro—. Los niños no deben estar presentes.

Jantipa se vuelve hacia él, instintivamente cubriendo con sus brazos a los dos pequeños, que se aferran a su túnica como náufragos a una tabla. El más pequeño mira alrededor, inquieto, mientras el mayor clava sus ojos en el padre memorizando su rostro. Ella se inclina hacia él una última vez, roza su mejilla con los labios y se separa, llevándose a los niños de la mano. El pequeño se gira para mirar atrás, pero Jantipa lo impulsa suavemente hacia la salida. Sus pasos se alejan por el pasillo, cada uno más rápido que el anterior, hasta que el sonido desaparece. El verdugo entra despacio, sin decir nada, llevando en las manos una pequeña copa de barro. Sócrates recorre con la mirada a todos los presentes, deteniéndose en cada rostro.

—Los que estamos reunidos en esta celda no formamos ni una familia ni una tribu —dice con voz firme—. Somos amigos. Pero la nuestra no es una amistad cualquiera, sino una amistad filosófica. Proteged la verdad.

El verdugo avanza con paso medido, como si cada huella quedara marcada para siempre en el suelo. Deja la copa de barro sobre la mesa. El líquido, espeso y verdoso, desprende un olor acre que se mezcla con la humedad de la celda. Sócrates ladea la cabeza, lo contempla como quien evalúa un vino nuevo y se pregunta si estará a la altura de la ocasión.

—Y bien, buen hombre —interpela con una sonrisa burlona—, tú que eres un experto en matar ciudadanos, ¿qué debo hacer exactamente?

—Yo solo... preparo la cantidad justa de cicuta —responde el verdugo con brusquedad—. Bebe el veneno y camina un poco, hasta

que las piernas se te vuelvan pesadas. Luego, túmbate para que haga efecto.

—¿Y no acostumbras a brindar a los dioses antes de entregar la copa? —insiste Sócrates, con un destello de ironía en los ojos—. No quisiera yo que te acusaran de impío.

El verdugo no responde. Se incomoda y carraspea.

—Pues entonces —dice Sócrates, tomando la copa con ambas manos—, brindaré yo. Por los dioses, para que me acompañen en este viaje. ¡Que así sea!

Alza el cuenco con solemnidad, como si estuviera en un banquete, y bebe de un trago, conteniendo la respiración. Ni una mueca de asco, ni un titubeo. Solo un leve «ah» cuando deja la copa vacía sobre la mesa. Hasta ese momento, Alex y Jason habían logrado contenerse. Pero al verlo beber, rompen a llorar.

—Pero ¿qué demonios hacéis? —protesta Sócrates—. ¿Es que uno no va a poder morir tranquilo?

Sócrates empieza a pasear despacio por la celda. Después de un rato, se tumba boca arriba, como le había indicado el verdugo. Este se acerca, le aprieta un pie y pregunta:

—¿Lo sientes?

—No.

La mano del verdugo asciende por la pierna, mostrando cómo el frío se adueña del cuerpo.

—Cuando llegue al corazón —dice—, será el final.

Sócrates asiente. Su respiración es tranquila. El frío sube, y cuando alcanza el vientre, gira el rostro hacia Alex y Jason. Con un hilo de voz, casi un suspiro, pronuncia:

—Le debemos un gallo a Asclepio...

—No entiendo... —dice Alex desconcertado.

—Lo entenderás —responde Sócrates, con la sombra de una sonrisa.

Poco después, un estremecimiento recorre su cuerpo. La mirada se le queda fija en un punto invisible y el aire se escapa de sus labios por última vez. Critón se acerca, el único que se atreve, y con manos firmes le cierra los ojos y la boca. Alex y Jason se apartan despacio, saliendo de la celda sin decir palabra. Caminan unos pasos, intentando dejar atrás la habitación.

—«Un gallo a Asclepio»... —la voz del *daemon* los detiene—. ¿Vais a dejar que esas palabras se las lleve el aire?

Jason lo mira, aún con los ojos enrojecidos.

—¿Qué quería decir?

Alex aparta la vista del cuerpo y mira a Jason.

—Asclepio es el dios de la medicina, el que cura.

—¿Y el gallo? —pregunta Jason, como si fueran piezas sueltas de un puzle.

—Una ofrenda de agradecimiento —responde Alex—. Cuando alguien sanaba, se le daba un gallo.

—Sócrates nos está diciendo que su muerte nos ha salvado —dice Jason, con la voz quebrada.

Alex abre la mochila con manos temblorosas. Dentro, un pequeño gallo de cerámica espera desde aquel día en que el *daemon* se lo dio, recordándoles que no era una simple figurilla, sino un símbolo de deuda ética: un recordatorio de que, cuando recibes algo valioso, asumes una responsabilidad con la ciudad y con los demás. Alex se queda un instante contemplándolo, sintiendo su peso. Luego se lo tiende a Jason, que lo toma sin decir palabra. Caminan juntos hasta el lecho donde Sócrates descansa como si estuviera dormido.

Colocan el gallo a sus pies. Se quedan allí, en silencio, mirando al hombre que les había cambiado para siempre.

La constelación del *daemon*

La celda permanece en silencio. Sócrates yace inmóvil, su piel ya fría. La luz tenue se filtra por las rendijas, dibujando líneas de oro sobre la piedra. Un leve aleteo rompe la quietud. Una sombra cruza la pared. Desde la pequeña ventana enrejada, una lechuza entra planeando con elegancia. Sus ojos azules se clavan en Jason y Alex; en ellos reside una inteligencia que ha guiado a héroes y reyes. La lechuza bate las alas una última vez, y en medio de un resplandor que ciega, su cuerpo se alarga, las plumas se transforman en un manto azul oscuro, tejido como la noche estrellada. Donde había garras, ahora hay sandalias aladas que apenas rozan el suelo. En una mano sostiene la lanza, alta y recta como un juramento; en la otra, el escudo redondo con la cabeza de la Gorgona grabada, fiera y protectora. Su cabello, recogido en trenzas que parecen hilos de luz, cae bajo un yelmo coronado por un penacho blanco que se agita como si aún lo acariciara el viento del vuelo. Sus ojos de lechuza destilan sabiduría.

Jason y Alex se incorporan instintivamente, como si la diosa impusiera de manera natural una reverencia. El *daemon*, sin embargo, se limita a levantar una mano en un saludo informal.

—Hola, jefa.

Atenea ladea la cabeza con una media sonrisa.

—*Daemon*. —Luego mira a los chicos—. Jason, Alex... habéis hecho un buen trabajo.

—No lo habría dicho así... —responde Alex mirando a Sócrates inmóvil—, pero gracias.

—Habéis descifrado el enigma del gallo de Asclepio —dice Atenea, con una voz cargada de autoridad—. Y al hacerlo, habéis demostrado que estáis preparados para volver. Ya no necesitáis al *daemon*.

—¿Cómo que no lo necesitamos? —pregunta Jason sorprendido—. Sin él no...

—Vaya... así que ahora soy imprescindible —interrumpe el *daemon*, cruzándose de brazos con una mueca burlona.

—Todo guía que cumple su propósito sabe cuándo retirarse. —Atenea se acerca a los chicos.

—Sí, bueno —dice el *daemon*—, pero aún necesitan a alguien que les indique dónde están las tabernas baratas.

La diosa abarca a los dos chicos con la mirada.

—Ya no necesitáis que nadie os indique el camino. Sabéis encontrarlo y, lo más importante, sabéis encontrarlo juntos.

El *daemon* sonríe de medio lado, pero su expresión se suaviza un instante.

—Vaya, esto suena a discurso de despedida. Y odio las despedidas.

—No nos dejes... —le suplica Jason.

—¿En serio quieres que me quede? —replica el *daemon*, ladeando la cabeza—. Podría seguir criticando tu ropa hortera de niño pijo hasta que te jubiles.

Jason fuerza una sonrisa, pero sus ojos dicen lo contrario.

—Si eso significa que sigues con nosotros, podría llegar a acostumbrarme.

Los ojos del *daemon* se encienden y se humedecen. Atenea le dedica una mirada paciente.

—Descansarás, *daemon*. Y tu descanso será en el cielo, junto a los héroes, donde podrás seguir guiando a todo aquel que alce la mirada.

—¿Y dónde debemos buscar? —pregunta Alex, incapaz de ocultar la impaciencia.

—Entre Hércules y la Osa Menor —responde la diosa—. Allí encontraréis la constelación del *daemon*. Cuando miréis hacia ese lugar, sabréis que os está guiando.

—... y juzgando vuestras decisiones con todo el sarcasmo del mundo —interrumpe el *daemon*, levantando una ceja—. Venga, ya está bien de miraditas. Abrazadme antes de que me arrepienta. ¿Me lo concedes, jefa?

—Te lo has ganado, *daemon* —responde Atenea.

La diosa extiende la mano, y al tocarle, el *daemon* recupera su forma humana. Jason lo rodea con los brazos, apretándolo con fuerza. Alex se une un segundo después. El *daemon* se queda rígido al principio, como si quisiera conservar su fachada de tipo duro, pero finalmente cierra los ojos y aprieta también, como si no quisiera soltarlos.

—Sois unos pesados —murmura—. Pero voy a echaros de menos.

Atenea alza la lanza. Una luz azulada envuelve al *daemon*, que se fragmenta en un millar de puntos brillantes que ascienden lentamente, como si el aire mismo lo llevara hacia lo alto.

—Recordad —dice mientras su voz se disuelve—: entre Hércules y la Osa Menor. Allí estaré, vigilando que no la volváis a liar.

Y desaparece. Atenea baja la lanza. Jason y Alex siguen mirando el lugar donde estuvo, como si esperaran que apareciera de nuevo. Entonces, en el suelo, justo en ese punto, descubren su viejo zurrón de cuero. Jason se agacha, lo abre y encuentra dentro el caduceo, envuelto con cuidado en un paño.

—Es hora de que volváis —ordena la diosa.

—¿Ahora? —pregunta Alex.

—Sí. El caduceo solo responderá si lo activáis con el último rayo del sol, y hoy caerá sobre la casa de Sócrates. Id allí.

—¿Por qué en su casa? —pregunta Jason.

—Porque el final de esta historia merece cerrarse donde comenzó.

Sin esperar réplica, la diosa extiende la mano. Una ráfaga de viento los envuelve y, en un parpadeo, se desvanece. Jason se cuelga el zurrón, y ambos ponen rumbo a la casa que fue de Sócrates.

El último sol de la tarde se filtra entre las vigas de madera del patio, tiñendo las paredes de un ámbar cálido. Jason y Alex cruzan el umbral y se encuentran con rostros conocidos: Jantipa, Lamprocles y sus hermanos, Critón, Antístenes, Aristipo, Jenofonte, Alcibíades... y Platón, que está sentado solo. Las conversaciones se apagan poco a poco al verlos entrar. Critón se adelanta para abrazarlos. Aristipo les ofrece vino; Antístenes, una sonrisa triste.

—Por vuestras caras veo que tenéis que partir. No somos buenos con las despedidas —dice Critón—. Pero gracias de nuevo por todo lo que habéis hecho.

Jason responde con un apretón en el hombro. Alex, sin embargo, se fija en un rincón: Platón está sentado, con los codos sobre las rodillas, la mirada fija en el suelo. Alex se acerca y se sienta a su lado.

—No pude despedirme —murmura Platón—. Fingí estar enfermo. No soportaba verlo morir. Me siento un cobarde. ¿Qué clase de amigo soy?

Alex lo observa un momento, como midiendo el peso de sus palabras.

—Eres el amigo que va a hacer que Sócrates siga hablando cuando todos nosotros nos hayamos ido.

Platón lo mira, confundido.

—¿Qué quieres decir?

—No te olvides de escribir —dice Alex, con una sonrisa.

Platón parpadea, como si no supiera si creerlo.

—¿Escribir...?

Se estrechan la mano. En ese gesto, Alex siente que la historia está a punto de seguir su curso, con o sin ellos.

—Alex —la voz de Jason irrumpe entre murmullos y despedidas—. Es ahora.

Alex asiente y los dos se alejan hasta un rincón del patio en el que cae el último rayo del día. Jason abre el zurrón y, con cuidado, saca el caduceo. Las dos serpientes enroscadas abren los ojos.

—¡Por fin! —sisea la de la izquierda—. Ya era hora.

—¿En serio? —responde la otra, indignada—. Nos dejas ahí tiradas en una bolsa y ahora pretendes que...

Las serpientes están a punto de terminar la frase cuando un haz dorado del sol, largo y oblicuo, cae sobre ellas. El brillo las recorre de cabeza a cola y, de repente, se quedan rígidas, como si el tiempo se hubiera detenido en sus escamas. Alex, con dedos rápidos, empieza a girar los anillos metálicos grabados con símbolos, tal y como le enseñó el *daemon*, hasta que las coordenadas de su presente quedan alineadas.

—Listo —murmura.

Jason siente cómo el metal vibra bajo sus dedos. Un zumbido grave inunda el aire. La luz dorada se intensifica, doblándose sobre sí misma hasta formar un vórtice. El aire se retuerce, las paredes del

patio parecen alejarse y curvarse. A sus pies, el suelo se convierte en un remolino de luces y sombras que gira cada vez más rápido. La sensación es la misma que recordaban: el estómago encogiéndose, los oídos zumbando, el mundo estirándose como si fuera de goma y, de repente, silencio. El remolino se desvanece y el olor a patio es sustituido por lejía y humedad. Están de nuevo en el baño del parque público.

Como si nada hubiera pasado. Jason y Alex se miran en silencio, respirando hondo. Han vuelto. Alex todavía sostiene el caduceo, sin saber muy bien qué hacer con él, cuando la puerta se abre de golpe. Zack entra con paso rápido, mandíbula tensa y los puños preparados.

—No podía quedarme en el coche. Si hay hostias, yo también juego. No pienso dejarte toda la diversión.

Jason se interpone entre él y Alex, colocándose justo en su camino. No aparta la mirada.

—No.

Zack frunce el ceño.

—¿Qué?

Jason no se mueve ni un centímetro. Zack intenta empujarlo, pero es como si hubiese chocado contra una pared. Entonces, Jason le dice:

—«Es mejor sufrir una injusticia que cometerla».

Zack parpadea, confundido.

—¿Qué cojones significa eso?

—Significa que hoy no va a haber pelea —responde Jason, sin cambiar el tono—. Confía en mí, Zack. Te lo explicaré... tengo mucho que contarte.

Zack duda. Algo en la mirada de Jason le resulta extraño. Como si su amigo hubiera sido abducido.

—Vete al coche y espérame.

Zack resopla.

—No entiendo nada, tío...

—Lo harás. —Jason le da una palmada en el hombro—. Ahora vete.

Zack mira a Alex, luego a Jason. Intenta descifrar algo en la expresión de su amigo. Finalmente, da media vuelta. El portazo del baño resuena como un punto y aparte. Queda un silencio incómodo. Ambos se miran, sabiendo que ese momento no se repetirá.

—Prométeme algo —dice Jason.

—¿Qué?

—Que te vas a convertir en periodista.

—Vale... pero tú prométeme algo a cambio.

—Dime.

—Que te vas a enfrentar a tu padre.

Jason respira hondo.

—Hecho.

Alex extiende la mano. Jason la toma. Entrelazan los dedos y giran las muñecas, como hacían los hoplitas para jurar en el campo de batalla.

—Periodista —dice Jason.

—Hijo libre —responde Alex.

Se sueltan al mismo tiempo, como si el pacto se sellara en ese instante. Salen del baño por separado. Afuera, el aparcamiento está medio vacío. Jason se dirige hacia el coche de Zack, que espera con los brazos cruzados apoyado en la puerta y refunfuñando.

Alex camina en dirección contraria, hacia la vieja tartana de su tío. Una vez dentro, deja el zurrón del *daemon* en el asiento del copiloto. El motor despierta con un rugido grave, casi ensordecedor, como si el vehículo protestara por tener que arrancar a esas horas. Alex

conecta la radio y, entre un mar de estática, irrumpe el *riff* inconfundible de *Born to Be Wild* de Steppenwolf. El sonido llena el habitáculo, tan fuerte que tapa cualquier otro ruido. Mientras la música lo envuelve, Alex mira por el retrovisor y ve a Jason hablando con Zack. Sonríe para sí, pensando en lo improbable que ha sido todo lo que han vivido. Y en lo mucho que aún queda por hacer. En las promesas contraídas. No oye, por culpa del estruendo del motor y la música, el leve susurro que escapa del zurrón:

—No te limpies las escamas todavía...

—Lo sé —responde la otra serpiente, con un deje travieso—. Dentro de poco tendremos que volver a trabajar.

Alex siente un leve picor en la quemadura de su mano. Baja la vista y observa la piel. Se dice a sí mismo que quizá solo se lo ha imaginado. Engrana la marcha y pisa el acelerador. La tartana se aleja del parque dejando tras de sí un eco metálico y un hilo de humo negro. Las farolas se suceden como destellos en la carrocería oxidada mientras la guitarra de Steppenwolf ruge. El coche se pierde en la curva, tragado por la oscuridad de la tarde.

Sábado. Muy temprano. Aún no ha amanecido del todo y la casa de los Miller está envuelta en el ritual que precede a los días importantes. Jason baja las escaleras sin prisa, con el pelo revuelto y aún en pijama. Desde la cocina llega el golpeteo de la cafetera y el crujir suave del pan tostándose. Su padre está impecable como siempre, camisa planchada, peinado perfecto, un vaso de café humeante en una mano y el móvil en la otra. Al verlo entrar, levanta la vista y frunce el ceño.

—¿Qué haces sin vestir? No tenemos tiempo que perder. Desayuna rápido y sube a ponerte el uniforme. Tenemos que salir

hacia el estadio en menos de media hora.

Jason se acerca a la ventana antes de contestar. Afuera, el cielo todavía está salpicado de estrellas. Entre ellas, distingue el perfil luminoso de una constelación brillando justo entre Hércules y la Osa Menor. El *daemon*. Una sonrisa privada se le dibuja en los labios.

Su padre, impaciente, guarda el móvil y empieza con su habitual ritual de las «5 preguntas».

—¿Cómo te llamas, muchacho?

Jason lo mira directamente a los ojos y, con voz tranquila pero firme, dice:

—Siéntate, papá. Tenemos que hablar.

Salvar a Sócrates
Eduardo Infante

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Ilustración de la cubierta: © Pep Boatella

© Eduardo Infante Perulero, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2026

ISBN: 978-84-344-4041-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Table of Contents

Portadilla
Un persistente olor a ajo
Demonios del pasado
Asamblea de dioses
¡Al despacho de dirección!
Ecos del legado
El robo del caduceo
La puerta del espacio-tiempo
Una puerta con dos puertas
No tocar los penes con barba
Todos los caminos llevan a Atenea
Donde el orgullo te lleve
Pelea de gallos
«Katábasis»
«Anábasis»
La denuncia
Palabras que salvan vidas
Piedras negras
Toma el dinero y corre
El honor de un pirata
Cuando las leyes hablan...
El gallo de Asclepio
La constelación del «daemon»
Créditos